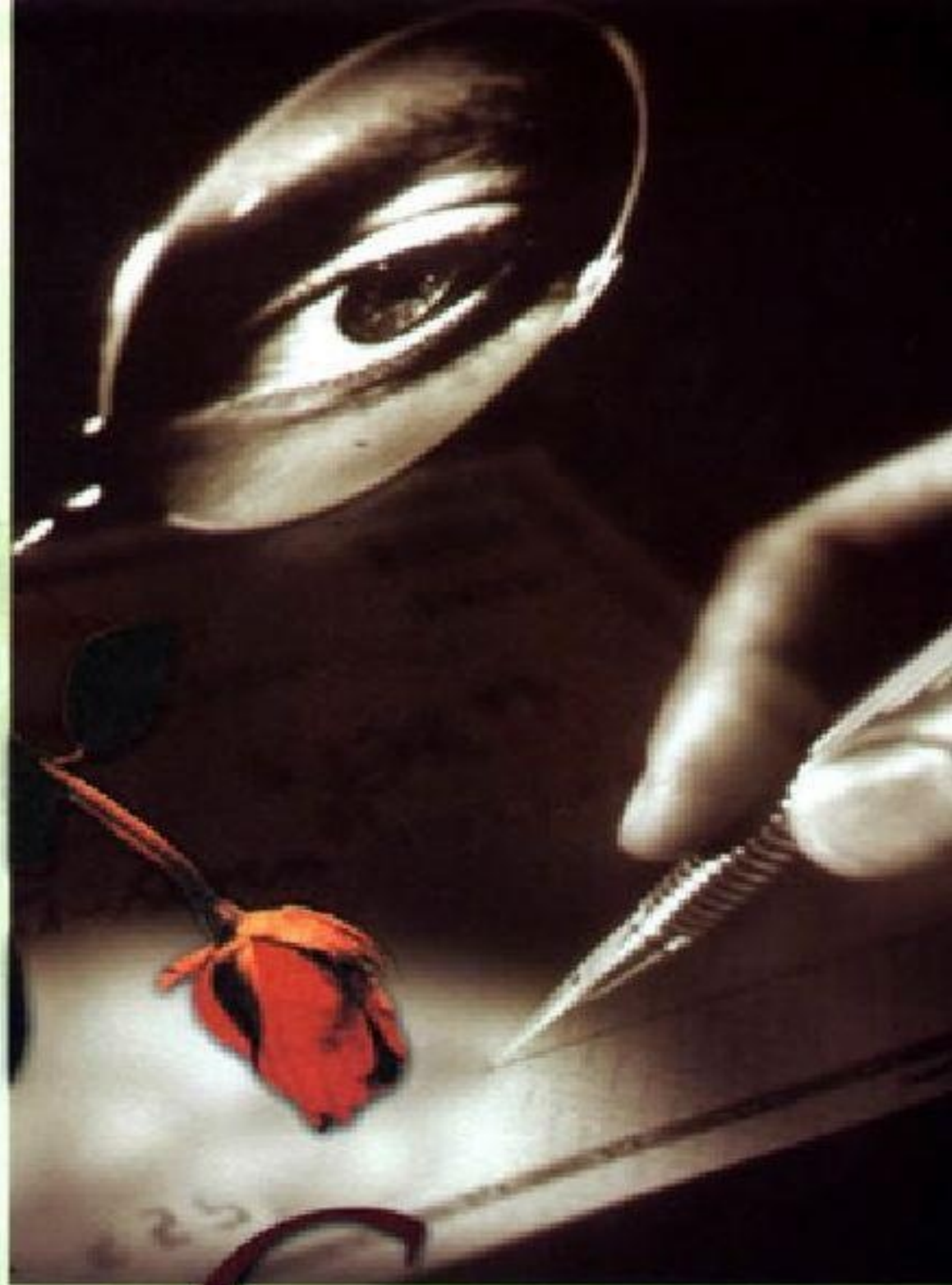


MARCOS AGUINIS



*Cantata
de los diablos*

Lectulandia

Cantata de los diablos es una novela estructurada con rigor musical. El relato es conducido por tres voces, identificables por corresponder a las tres personas del singular: la primera es confidencial y trágica, la segunda farsesca y la tercera simbólica; corresponden a tres dimensiones: conciencia, acontecer e ilusión. Esas voces se trenzan, multiplicando ideas y episodios. La obra avanza con nudos y descansos, estremecimientos, mística y humorismo, desde una especie de *allegretto* hasta un clímax arrollador. La novela reúne sus materiales en una culminante unidad, donde cada uno de sus movimientos demuestra el sentido de parte necesaria.

Cantata de los diablos pinta con fuerza magistral el patriotismo ingenuo, el desdoblamiento del hombre, la estafa, el mesianismo, la esclavitud ideológica y el imperativo de continuar soplando brasas para que el fuego no se extinga. Esta novela es un periplo estético y también una plegaria por la dignidad del ser humano, fabuloso creador de sus propios demonios

Lectulandia

Marcos Aguinis

Cantata de los diablos

ePub r1.0

Achab1951 21.08.13

Título original: *Cantata de los diablos*
Marcos Aguinis, 1972

Editor digital: Achab1951
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Él deseaba volver a imponer la caballería en decadencia; yo, por el contrario, deseo fervientemente aniquilar lo que de ella ha sobrevivido hasta mis días, y esto por motivos totalmente distintos. Mi colega confundió los molinos de viento con gigantes. Yo, por el contrario, sólo veo molinos de viento vociferantes en nuestros colosos modernos. Él confundió un odre de vino con un mago astuto; yo sólo veo odres de vino en nuestros magos modernos. Él confundía cada posada para mendigos con un castillo, cada montador de burro con un caballero, cada moza de establo con una dama de la corte. Yo, por el contrario, veo nuestros castillos como posadas disfrazadas; veo a nuestros caballeros como montadores de burros y a nuestras damas de la corte como mozas de establo. Así como él confundió una farsa de títeres con un asunto de estado, yo también tomo nuestros asuntos de estado por una deplorable farsa de títeres.

ENRIQUE HEINE

MANE

Utopía y ciencia se disputarán siempre el alma del socialismo. Pero la ciencia puede cambiar cada treinta o cincuenta años, mientras que la utopía puede sobrevivir a los milenios, puede durar cuanto dure la inquietud en el corazón humano.

IGNACIO SILONE

CAPÍTULO PRIMERO

ESCUADRILLAS DE AVIONES oscurecieron el cielo arrojando pequeños cubos forrados con pétalos impermeables. La gente de las ciudades y aldeas corrió a las calles y a los campos para recogerlos. Despedían un aroma intenso y embriagador, provocando sensación de bienestar. Los hombres los regalaron a las mujeres, los niños a sus padres y los vecinos entre sí, con entusiasmo y rebumbio. En pocos días los habitantes del país se repartieron solidariamente millones de cubos perfumados. Los sacerdotes y los idealistas se regocijaron al contemplar esa sorprendente y espontánea distribución.

Algunos guardaron el objeto prodigioso en un bolsillo, otros en la caja fuerte. Quienes deseaban conservar sus poderes aromáticos lo sometieron a variados procesos. Mas pronto llegaron las instrucciones: debe ser fijado sobre la nariz. La propuesta insólita originó risas; pero los jóvenes encontraron un motivo para quebrar rutinas y se calzaron el cubo sobre la cara, donde quedaba confortablemente instalado como si su diseño hubiera previsto esta eventualidad. Los comentarios de reproche mantuvieron un tono de jocosidad y pronto los adultos y ancianos, entregándose al travieso alborozo que recorría el país, también se pusieron el cubo sobre la nariz. Parecemos rinocerontes, dijo alguien; yo diría payasos; yo más bien extraterrestres. Somos hombres nuevos, voceó un líder: y cundió la frase.

El cubo lanzaba continuos efluvios aromáticos tonificantes. En las fábricas, en las oficinas, en las aulas, en los establecimientos rurales, se estaba produciendo una revolución energética: los humanos se sentían animosos para trabajar.

Esa nutrición olfativa, que apelaba al sentido más antiguo y casi atrofiado de la especie, fortalecía los centros basales del encéfalo y desde allí repercutía sobre todo el cuerpo. Al principio los usuarios se quitaban los cubos cuando se acostaban y al lavarse el rostro; pero el sueño era más reparador aspirando su aroma y algunos olvidaron sacárselos hasta para higienizarse. Su envoltorio impermeable no sufría deterioro alguno. En pocas semanas todo el país decidió voluntariamente dejarse siempre puesto el maravilloso obsequio con el que regaron al país aquellos aviones, más abundantes que las nubes de lluvia que embeben los campos o las nubes de maná que regocijaron el paladar de los hombres en los yermos del Sinaí.

Los medios de información difundieron estas buenas noticias; los caricaturistas incorporaron la curiosa verruga nasal en sus personajes y algunos diputados propusieron erigir un monumento al artefacto maravilloso que había operado la transformación milagrosa del pueblo. Los científicos estudiaron sus virtudes y los mecanismos de acción; los músicos y poetas le compusieron cantos. Ensayistas, filósofos y sociólogos se lanzaron con voracidad a ese riquísimo filón que eran las multitudes transformadas mediante efectos físico-biológicos, estudiando conductas, nuevas relaciones intergrupales y apetencias del espíritu.

Manuel, que había presenciado el asombroso acontecimiento, guardaba una terca desconfianza. Aunque las conclusiones de los científicos eran positivas y algunos teólogos encontraron con rapidez una explicación satisfactoria, presentía que esa situación de alegría estimulada por dispositivos manejados desde una central poderosa, chocaba con sus aspiraciones más profundas. Fue uno de los pocos hombres —quizás el único— que no dormía con el cubo sobre la nariz. Se convirtió por eso en un excéntrico de la flamante sociedad, pero un excéntrico que no recaudaba simpatías ni adherentes. ¿Quién podía negarse a la felicidad, la revitalización continua, el confort íntimo sin estar intelectualmente limitado?

Sus amigos quisieron hacerle entrar en razón, por el sentimiento solidario que en ellos estimulaban los cubos, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos.

Manuel extrañaba los binomios alegría-tristeza, optimismo-desesperanza. La euritmia planificada, uniforme, aunque lumínica, le sabía a muerte.

El país llevó en andas a los aviadores celebrando sus proezas heroicas, desfilaron ante los palcos desde donde les arrojaba su saludo un delegado de las nuevas y eficientes jerarquías y organizó fiestas para celebrar el inagotable funcionamiento de los cubos aromáticos. En la memoria se fijaron estos hechos con mayor intensidad que los más notables de la vida anterior. El regocijo creciente produjo iniciativas temerarias: contabilizar el tiempo en antes y después de la lluvia prodigiosa, cambiar el nombre de los meses, modificar el idioma de tal suerte que todas las palabras tengan su raíz en un perfume.

Teólogos vanguardistas compararon los cubos a ángeles de la guarda y lúcidos antropólogos, asimilándolos a un mito indígena, propusieron llamarlos *tona*. Unos y otros manifestaron en sesudos artículos su complacencia por la cristalización de viejas lucubraciones.

CAPÍTULO II

A MITAD DE CAMINO entre los océanos, sobre la pampa medanosa, dinámicos puntitos se empeñan en destruir su aislamiento. Es sabido, Héctor, cómo estiran un brazo hacia el ayer y otro hacia el mañana, fantaseando sobre epopeyas que existieron o que fabrican. De una epopeya quisieron hacerte el héroe. Leubucó se amontonó alrededor tuyo como la arena empujada por gigantescas manos del viento. Te sentiste apoyado, protegido, amado...

El proceso empezó cuando entregaste el manuscrito de tu novela al *tonante* Bartolomé López Plaza. O quizá cuando lo descubrió tu padre. Lo cierto es que se produjeron estampidos en serie, imprevisibles. Tu nombre se encontró de repente fijado en un meteorito. Brotaron llamas en la solitaria Leubucó. Mucha gente aportó sus tizones. Y acudieron a ver el incendio desde Mendoza, Rosario, Río Cuarto, Córdoba, Buenos Aires. Esa mañana habían arribado escritores, periodistas e incluso un diplomático. Las beatas afirmaron que se produjo un temblor en el cementerio: participaba el otro mundo.

En el Palacio Ranquel los empleados no podían terminar con los arreglos, como si una legión invisible los deteriorara a medida que iban concluyéndolos. Ingresó en el salón principal un muchacho con el enorme ramo de flores que debía instalarse en el estrado, sobre la mesa cubierta con un paño escarlata. Los altavoces aullaban durante las pruebas y entre diez hombres trataban de calzar en la parte posterior del escenario la monumental reproducción de la tapa de tu libro que había realizado el maestro Dante Cicognatti.

Quizá favoreció este acontecimiento aquella Fiesta de la Poesía ideada y enaltecida por Azucena Irrazúriz ocho años antes con el patrocinio de la Independencia. Ahora presentaban tu novela; antes presentaron tu poesía. Eventos corrientes en Buenos Aires, Héctor, pero excepcionales en Leubucó. Es decir, casi fantásticos.

Empecemos con aquella Fiesta de la Poesía que marcó las vísperas de tu pubertad. Tenías diez años. Azucena Irrazúriz ingresó en el aula con taconeo vigoroso, dispuesta a sorprender con su buena noticia. Flechas de papel y gritos destemplados se entrecruzaban en el aire. Extendió sus manos para aplacar las cabezas desenfrenadas. Silencio, silencio. Algunos no pudieron descender el brazo sin arrojar su último proyectil. Silencio, escuchen algo importante. Casi todos se sentaron, pero diciendo cosas: se suspenden las clases, nos vamos de picnic, se murió el Director, diga pronto, callate: dejala hablar. Silencio: un alumno de este Grado obtuvo el primer premio de poesía. La cara de la maestra resplandeció como una manzana al ser tocada por un cilindro de sol. La Independencia, al inaugurarse en Leubucó hacía cuatro meses, como parte de su programa de festejos lanzó un concurso de poesías para todas las Escuelas: iniciativa simpática, según comentarios

frecuentes; o impropia, según otros, también frecuentes. El concurso entusiasmó a muchos padres porque la recompensa lucía grata. No al tuyo, Héctor, hombre práctico, descreído e incorruptible. *Pero la empresa tendrá una proyección internacional, don Lorenzo ¿no lo sabe?... Y a mí qué: la Maffia también es internacional... ¿No le interesa el premio?: dos semanas en Buenos Aires, con toda la familia, íntegramente pago, una bicoca, señor... Eso es propaganda; a mí no me joden...*

La maestra adelantó un paso y desapareció la manzana. Su rostro entró en la penumbra cuando exclamó por encima del oleaje: Héctor Célico. Así, sencillamente. Y tu cara ardió. No lo esperabas. No lo esperabas en absoluto. Tus compañeros iniciaron la celebración: ah loco, cuándo te vas a Buenos Aires, dónde la copiaste, muy bien varón, ¿tu viejo lo charló al Jurado?

Porque ni siquiera pensaste en el premio: habías entregado la hoja llena de versos con la emoción de obtener un solo milagro: otros la leerán. Leerán tus palabras deleitosamente agrupadas, que saltarán del papel para frotar ojos y entrañas ajenos; nada más. Te incorporaste con la conciencia de saberte mirado a causa de esos versos. Era la primera vez que te contemplaban por tu obra: caricia del halago virgen de prevenciones. Tus compañeros, dispuestos a utilizar cualquier excusa que rompiera la seriedad —mezcla de acritud y amargura— que reclaman los docentes, aplaudieron. Insólito. Como si fueras un prócer, igual que en aquel homenaje a Sarmiento en el que los oradores gritaban sobre una tarima arrancando aplausos frenéticos.

El estruendo se expandía hacia los rincones alejados de la Escuela y la señorita Azucena movía sus manos como aletas de un ventilador, exigiendo orden. Te hizo señas para que avanzaras. Tus vecinos te empujaron. Recorriste el breve trecho que lleva a la pizarra, lugar donde se repite la lección o uno se queda enrollando los dedos hasta que lo mandan al banco con un reproche y un aplazo. La frutal maestra apoyó su mano sobre tu hombro. Sentiste algo nuevo, no sólo afecto y protección. Tus labios parecían pintados con tiza blanca.

—Alumno Célico —voz firme, conocida, como su aroma de almidón—: tus versos me han gustado mucho; merecen el premio. ¡Te felicito! —sus dedos oprimieron tu hombro; te aproximó a su costado, percibiste el profundo hueco de su cintura y la firme convexidad de su cadera—. Me han comunicado que la fecha en que te entregarán el galardón coincide con otro aniversario de Gustavo Adolfo Bécquer.

—¿Quién es Véquer?... ¡Un poeta, bestia!... ¡Tu madre!

—Será un gran acontecimiento literario, alumnos.

—Explique, explique —porque las explicaciones demoran el comienzo de las clases.

—Será algo así como... una ¡gran Fiesta de la Poesía! ¿Se dan cuenta?

—¿Con música y todo? ¿También baile? ¡Que compren Coca-cola!

Azucena Irrazúriz flotaba en una rara complacencia. Por primera vez su corpulento pecho respiraba la batahola como si fuera el aire revuelto del campo en otoño y no una insoportable pestilencia. En ese momento podías decirle a tu papá: ¿Viste?, escribir versos no es perder el tiempo. Y tu papá dudaría. Me gusta escribir versos, papá. —¿Estás seguro, hijo?, los poetas se mueren de hambre, se vuelven locos. —Pero me gusta escribir, papá. —Está bien, hablaremos después. Y tu papá saldrá para su trabajo, dudando. Héctor: una victoria.

La maestra dijo que hablaría con el Director para que en esa Fiesta las paredes del teatro se tapicen con versos de los alumnos, versos que escribirán a partir de este momento. Los mejores serán recitados. Una maravilla, chicos.

—A mí no me salen las poesías... Y a mí no me gusta recitar: es de maricones, señorita... Qué te haces, macho... ¡No te pongás adelante, por las dudas!... Que recite Célico: nosotros aplaudiremos.

—Silencio. Cada uno escribirá algo. «Hacer las cosas mal, pero hacerlas. » Yo lo ayudaré.

—Mejor nos ayuda en el examen... Yo prefiero la prosa, señorita... ¡Hola, prosaico!... ¿Y vos, nena?... No tendrá gracia con ayuda... ¡Callate, querés!

—¡Si-len-cio! —descolgó el brazo de tu hombro y endureció su cuerpo para enfrentar a la horda. Sus ojos estrangulaban el aula, deteniendo el estrepitoso derrumbe, pero cayeron aún, sin ritmo, algunos cascotes amortiguados: Explique... está bien... Que no sea mucho trabajo, eh... Si otro escribe, yo recito... ¡Qué vas a recitar: harás un papelón!... Ándate a la... ¡Shtt!

—¡Si-len-cio!... El sol le tocó de nuevo la mejilla. Quedaste atrás, contemplando los tres cuartos posteriores de la mujer. Tus compañeros dejaron de tenerte en cuenta: en pocos minutos percibiste el sabor del aplauso y el olvido. Ella en el centro, como siempre.

Uno de los numerosos tabiques de sol que caían de las celosías aspiró algunos cabellos de Azucena, separándolos entre sí, haciéndolos vibrar y despedir partículas doradas. *Se deja despeinar por el Patriota, te digo que es cierto.*

—Empezamos la clase. Después piensen y escriban versos.

Más versos, Héctor. Tu padre preguntará si es otra poesía, ¿no ganaste el premio? Sí, pero yo quiero seguir escribiendo, me gusta. Te vas a cansar, Héctor. No, de escribir, no.

La maestra endulzó brevemente sus ojos grandes y claros: puedes regresar a tu pupitre. El breve corredor, transitado tantas veces. De los costados seguían estallando burbujas obstinadas: que la Fiesta es con empanadas; que yo escribo sin pensar; que vos no pensás nunca, claro; que es más fácil con el diccionario; que mi papá prefiere la aritmética; que a quién le interesa tu papá, bebote.

—¡Bas-tá! —gritó ella. Orden. Los de la primera fila trataron de verle disimuladamente los muslos. Los de la última abrían en el piso, con la punta de las zapatillas, una revista de historietas. Y en apariencia funcionaba la clase, con nombres y fechas y listas que a la semana olvidarías. Sentada al frente, luego paseándose, Azucena Irrazúriz lucía su cuerpo sólido y codiciado, *es la mina del Patriota. Además en los bailes se estruja con los grandotes*. Acababa de estrecharte contra su cuerpo, te sonrió, te felicitó, tal vez pensaría en alguien cautivante y soñador. Con una excusa cualquiera te invitaría a su casa para revisar poesías y te dejaría tocarle las rodillas brillantes.

Al empezar el recreo dijo que le acompañaras a la Dirección. Tus amigos conjeturaron. Podías envanecerte. Ibas hacia la guarida del Patriota con aire triunfal, saboreando el favor de esa mujer. Por repentina dignidad, no les hiciste un reglamentario corte de manga.

La vieja alfombra de la antesala tenía el color de musgo que frío y viento quemaban en invierno. Dos maestras salieron del despacho privado saludando alegremente.

El retrato de Domingo Faustino Sarmiento llenaba una pared. Su fuerte cabeza, mirando hacia abajo, amenazaba descolgarse. Su calvicie había sido lustrada con fruición por el artista: de ella se desprendían nubes conteniendo escuelas, libros, plumas de ganso, batallas, puños, naves, observatorios astronómicos, ciudades. Su codo oprimía un mazo de cuartillas sobre el que descansaba su cuerpo de gigante. Los ojos de Sarmiento miraban hacia adentro, con preocupaciones exclusivas de los inmortales: no hacían un guiño, ni una burla, nada podía tomarse a risa. Prócer, prócer, sin remedio. Con un fondo de cuantiosos libros, escritos durante su fecunda vida. ¡Cuántos libros! Te conformarías con escribir dos, uno. Y Sarmiento no parecía contento... vaya hombre ambicioso. Inclina su amarillenta cabezota como para que todos los que esperaban ser recibidos por el Director le tuvieran algo de lástima. En su lugar, Héctor, retozarías.

Apareció López Plaza: su pañuelo blanco en forma de flor resaltaba sobre el oscuro e impecable traje: adelante, por favor. Conociste su mentada guarida, donde pasaba horas en compañía de Azucena. *Es el mejor orador de toda la provincia, señor, le dijeron a tu padre*.

—Siéntense —su negro cabello fijado y brillante parecía el lomo de un lobo marino. Su cuello, blanco y duro como un trozo de marfil, oprimía los pliegues laxos de su piel. Restregó parsimoniosamente sus nudosas manos, decoradas con un par de anillos relucientes. López Plaza era la suma magnética de los contrastes.

—Hemos venido a saludarle, doctor —empezó tu maestra— porque Héctor Célico, como usted seguramente ya se ha enterado, acaba de obtener el primer premio del concurso organizado por la Independencia.

Escuchó. De repente separó las manos. ¡Ah, cierto! Con una alegría que ingenuamente supusiste legítima. ¡Muy bien! ¡Muy bien! —su voz era espesa, bronca. Extendió su brazo y te regaló una palmadita paternal en el hombro.

—Primer premio ¿eh?... primer premio.

Comprendiste entonces que el Patriota no tenía idea del asunto.

—Es un joven talentoso para las letras —agregó Azucena Irrazúriz alisándose la falda. El Director corrió violentamente la mirada de los muslos femeninos hacia sus propios zapatos.

—Pues hay que cultivarlas obstinadamente —sentenció. *Le gustan las frases difíciles. Y aburre con sus consejos.* Cruzó las piernas, exageró la oscura papada, entrelazó sus dedos largos y adoptó una pose que con el tiempo se haría familiar, anunciadora de momentos grávidos y trascendentes: Como Director de esta escuela, joven alumno, tengo el profundo regocijo de expresarle mis plácemes. He tenido discípulos que han descollado en varias disciplinas. Me alegra incluirlo en esa legión estupenda. La historia de nuestro establecimiento registra nombres que se hicieron ilustres en la historia de Leubucó.

Tu maestra asintió con una suave inclinación de cabeza. El Director se puso de pie. Apoyó solemnemente su mano izquierda en el borde del escritorio y elevó la derecha para exaltar el recuerdo de las figuras egregias. Simulaste embeleso para no sonreír. Después se acercó. Ella te hizo señas para que te incorporaras. El Director parecía un rey dispuesto a ordenarte caballero. Apoyó su diestra sobre tu hombro y dijo con una voz que caía desde lo alto: Hago votos para que en el futuro, usted llegue a ser... un gran... ¡poeta!... ¡nacional!

Quitó su mano. A un amigo le hubieras dicho que este hombre estaba loco. Ella gozaba.

—Y a usted, Azucena —envolvió la mano blanda entre las suyas, abrigándola como a un animalito— la felicito por descubrir vocaciones. Para mí no es sorpresa, porque conozco su talento y exquisitez.

Ella se ruborizó. López Plaza, con galantería, la ayudó a levantarse: venga después, dijo, tengo que referirle algo de mi última lectura. Encantada, respondió, también desearía contarle mis proyectos para cuando entreguen el premio del concurso; coincide con el aniversario de Bécquer.

¿Viste? Se quedan solos; es cierto. Tu maestra le explicará la Fiesta y él le tocará las rodillas. Tal vez se interesará por tu poema. El Patriota querrá saber si en tus versos abundan las referencias a la amistad, el amor, los próceres, la solidaridad humana. Hará un discurso. *Siguió clases de oratoria en Buenos Aires, señor. Cada palabra en sus labios es una garrocha que le hace saltar hacia las estrellas, girando en cabriolas metafóricas que por lo general terminan en la mitología griega: tiene un dominio excepcional de la frase.* Y como no escribiste sobre la patria, el futuro, la

amistad ni el amor, su rostro grave —inspirado en el agónico retrato de Sarmiento— lamentará que *los jóvenes no atrapen y hagan suyos los aspectos cardinales de la vida y la nacionalidad.*

CAPÍTULO III

¿FUE SOLEDAD una esposa perfecta? Un balance honesto diría que se preocupó intensamente por serlo. No sólo con demostraciones —andamiajes precarios—, sino con su acción continua y alerta. Al menos durante un tiempo. Aquel tiempo...

En un rincón de nuestro cuarto preparaba café. Sus negros ojos controlaban la pre-ebullición del agua mientras el agua de su cerebro hervía siempre y sus ideas estallaban como burbujas. Siempre. El calentador que servía para el desayuno y la cena de nuestras precarias comidas, iluminaba su misterioso rostro concentrado, destacando la única arruga que atravesaba horizontalmente su frente soñadora. Después acomodaba los pocillos en la bandeja y se acercaba a mi mesa atrapada en el cono de la lámpara de pie instalada en su ángulo izquierdo. Disimulaba su presencia tantos minutos como exigía mi abstracción. Y cuando levantaba mi cabeza, chocaba con la convexidad de su mirada dulce. Deslizaba el café, milagrosamente caliente aún. Ella sabía si esos minutos de aislamiento espiritual resultaron fructuosos o estériles: si echando un acariciante parpadeo sobre lo escrito provocaba un estímulo a mi creatividad o si con un párrafo intrascendente conseguía liberar un difícil encallamiento.

Debés escribir, decía Soledad de maneras diferentes, leal a sus aspiraciones. Y yo contestaba que no era sencillo escribir de un modo que a otro le interese: para que otro me lea debía pronunciar la palabra primordial, esa de la que tanto habló Buber. Debés buscarla y pronunciarla, Fernando. Es que el mundo padece una anartria incorregible. ¿Incorregible?... Claro, Soledad: mi tú es cada lector, el último hombre o mujer que se acerca a mis páginas, un tú que yo no conozco, pero que debe *sentirme*, notar el temblor y la fiebre con que esculpo cada frase, arrancándola prácticamente de mi vida. Tu vida es arte, querido, afirmaba.

En esa pensión nos alojamos desde que vinimos de Leubucó, ella con la carga de su padre recientemente muerto, yo con los restos de una etapa definitivamente abrasada. El cuarto tenía un precario balcón que nos ofrecía el panorama de infinitas pajareras grises y una puerta cuyo picaporte nunca se arreglaba. Ambas aberturas dejaban transitar corrientes de aire contaminado con olores de fritanga. Durante la noche asegurábamos nuestra intimidad apoyando una silla contra la puerta rebelde, entregándonos al frenesí de un amor turgente e imaginativo. Ella amaba a un escritor que sería célebre y yo a la musa que me soplabla su aliento milagroso.

Los pasos de Soledad sobre las maderas crujientes eran cuidadosos y ligeros. De sus pasos dependía la bandeja, única bandeja y casi único regalo de boda —de mis amigos—, sobre la que se balanceaba rítmicamente el café, sin desbordar la circunferencia esmaltada de los pocillos. ¡Lo recuerdo tan bien, Héctor!... Soledad me contemplaba mientras escribía; sus ojos emitían dedos que me tocaban la cabeza: yemas suaves que penetraban por los intersticios de mis cabellos, atravesaban la piel

y el hueso, acariciaban mis circunvoluciones y producían un estremecimiento incomparable. La cabeza se me llenaba de sangre. Soledad me absorbía, yo la adoraba. Sus ojos negros, profundos, mágicos, fueron los que me atraparon en Leubucó cuando entré en la pretensiosa librería de su padre y me cegaron en la reunión organizada por ese periodista y poeta fanático de los cactus: Gumersindo Arenas. Ya no los pude sacar de mi frente. Con ellos me topé, sorpresivamente, en la escandalosa predicación de Joe Tradiner, de la que deben de resonar ecos todavía en Leubucó, ¿verdad?... Sus ojos.

Era extraño realmente. Yo tecleaba la portátil sabiendo que me miraba. Su mirada me hacía bien, transmitía inspiración. Hubiera dicho que sus ojos manejaban la portátil; tal cual. El blanco de la hoja se

cubría rápidamente con letras como el cielo con fragorosas nubes de lluvia. Sus ojos me besaban, Héctor. Y mis dedos recorrían enloquecidamente los círculos erógenos de la cosquillosa máquina, haciéndola decir indirectamente que amo a Soledad —amo a Soledad, como en la inolvidable y fatídica tarjeta—. Amo a Soledad y Soledad me ama, nos sentimos llenos de dicha, llenos hasta reventar, abrazando ilusiones y proyectos ardientes.

Durante los primeros tiempos no escribía de noche porque salíamos mucho. Soledad no conocía a fondo Buenos Aires. Es una ciudad encantada, un laberinto que apenas disimula sus sorpresas con ligeros mantos de rutina. Teníamos un tesoro inmenso para solazarnos... y estábamos ávidos de él. Era nuestra época nupcial, con bolsillos exangües y la sensibilidad excitada. Buenos Aires nos dio fiesta barata: calles, puertos, parques, barrios, bares y hasta amigos ricachones.

Yo proseguí mi trabajo mal remunerado en el semanario *Prospectiva*. Soledad consiguió ser contratada en una librería. El desayuno que hacía bailotear el calentador nos encontraba disputando frente al único espejo, ella fijándose el cabello y yo rasurándome deprisa. Las noches de amor producían una fatiga que el despertador debía sacudir con grandes esfuerzos. Después, asustados por lo avanzado de la hora, con el último sorbo en la garganta, nos precipitábamos escaleras abajo. En la esquina la besaba con apuro y corría tras el ómnibus repleto, en cuya puerta se arracimaba el exceso de pasajeros. Las horas de trabajo se movían con insoportable lentitud, sujetadas por frenos inexorables. El periodismo me significaba aproximación a la literatura, no la literatura que yo quería producir; no tenía vocación de periodista, sino de profeta. Tampoco de cualquier profeta: un inconformista como Jeremías o, mejor aún, un gigante como Elías, que debía aislarse, comer raíces y las migajas aportadas por las aves, forjando un pensamiento que después se abalanzaría sobre los secuaces de Baal, aplastándolos. Porque el profeta, Héctor, casi siempre es también un artista...

Esa actividad bulliciosa de la redacción de *Prospectiva*, en cambio, semejaba un

panal de abejas zumbonas: trabajo, trabajo, trabajo. Producción en serie, anónima, estereotipada, propia de esclavos con vocación de tales; existe una abismal diferencia entre esclavo y esclavo con vocación. Se lo decía a Soledad, pero conveníamos que no quedaba otra alternativa por el momento: era nuestro único ingreso seguro. La manera de librarme, insistió ella, consistía en proseguir mi actividad creadora: no saldríamos tanto por las noches, tampoco los domingos. Soledad se sentía feliz acompañándome, preparando café para combatir mi sueño, insistiendo en el placer que le daba arreglar nuestra ropa, incluso cocinar sobre el abnegado calentador. Mi cupo de cuartillas nocturnas se interrumpía cuando la fatiga intelectual desataba los impulsos eróticos. Entonces nuestras miradas se transformaban en abrazos suntuosos de placer. Tapaba la portátil, apoyaba la silla contra la puerta y el cuarto empezaba a volar en una espiral deleitosa.

En ese tiempo visitamos también algunas amigas que Soledad tenía en Buenos Aires. Esto gravitó de modo fundamental. Perteneían a familias tradicionales, propietarias de grandes extensiones de tierra concentradas por los bisabuelos. La riqueza provenía de una explotación sin mayores esfuerzos. Un brazo de esos latifundios se extendía hasta las proximidades de Leubucó. Allí existían hermosos cascos de estancia adonde llegaban en avión para disfrutar dos meses de verano. El padre de Soledad, aunque simple librero, por su educación, sus convicciones políticas o su amor a los caballos, fue un asiduo del Jockey Club. Por esa vía entabló relaciones con los Martínez Pastor y los Ramos Ortega. Frecuentaba con Soledad las estancias y estimulaba la relación de ella con las hijas de esos terratenientes. Las diversiones comunes esfumaron transitoriamente diferencias de fondo. Soledad cabalgaba con ellas, disfrutaba sus piscinas, las acompañaba en los paseos por Leubucó y durante los meses que permanecían en Buenos Aires mantenían el contacto por carta.

A medida que las muchachas crecían, sin embargo, la espontaneidad y efusión de sus vínculos, empezó a resentirse. Contribuyeron también a esto los galancitos distinguidos que llegaban de la gran ciudad, concentrando focos de interés. Algunos años Soledad no pudo ver a sus amigas porque se habían lanzado a periplos fantásticos, enviándole algunas postales rutilantes del otro lado del mundo.

Cuando descendimos del tren que nos trajo a Buenos Aires, Soledad quiso telefonarlas enseguida. Pero al instalarnos en nuestra gruta de amor, tan linda para nosotros y tan repugnante para ajenos, dudó. No obstante, su duda se borró pronto, porque era superior la alegría de nuestro idilio que los comentarios seguramente despectivos que lanzarían sus amigas, entre divertidas y escandalizadas. Total: nos invitaron a beber té en la mansión de Ramos Ortega y también a una fiesta informal; a dos tertulias artísticas en el piso de Martínez Pastor. En una de éstas conocí a Antonio Ceballos, el brujo.

Yo tenía más aprensión que Soledad porque aborrecía los individuos a quienes les llovieron herencias que nadie consideró si merecían. Eran en cierto modo la hez de mi país, los usufructuarios de una feracidad que pertenece a todos, que nació con el continente y que ellos alambraron para su exclusivo provecho. Crucé los pórticos de sus admirables palacios como la chusma que entró en las Tullerías de Luis XVI, con ganas de ensuciar y humillar. Pero también con ganas de demostrarles que yo, la chusma, era digno de ese palacio y lo merecía tanto como ellos. Soledad actuó con naturalidad y yo con abierta ostentación de mi cultura e ingenio.

Reconozco que nos trataron correctamente. No descubrí tanta frivolidad como esperaba ni muestras de una degradación propia de dinastías agónicas. Nuestra pobreza, mi condición de periodista secundario y la de empleada que tenía Soledad, no provocaron actitudes de indiferencia o desprecio. Incluso algunos de los hombres me gustaron por la soltura y el humor con que respondieron a muchas de mis incontenibles críticas sociales.

Antonio Ceballos era un apreciado hombre de negocios, vinculado a ese grupo de terratenientes, firmas extranjeras y otros pulpos cuyos nombres y funcionamientos yo ignoraba. Cuando entramos, reconoció a Soledad y se aproximó a saludarla: la había visto en un par de viajes que hizo a las estancias cercanas de Leubucó. Me impresionó la intensa fragancia que irradiaba su traje, su pelo y sus manos, como si se hubiera sumergido en una tina de perfumes. Su abundante cabellera gris contrastaba con la claridad de sus ojos y la negrura del bigote. En esa oportunidad vestía un juvenil conjunto sport. Se expresaba en forma desembozadamente irónica, replicando con inagotable jocundia en asuntos graves o banales. Pronto trascendió que era un ilustre solterón que gustaba ser perseguido por jaurías de codiciosas —y codiciables— mujeres. Tipo de hombre que uno cree haber tratado ya en otras épocas y circunstancias.

Cuando volvíamos a nuestro cuchitril, no sólo regresábamos a nuestro caldo, sino a una plataforma de libertad. Nos sentíamos de veras llenos por dentro. Los palacios eran otra cosa, aún prescindibles, como museos cuya riqueza llegaba a fatigar. Estábamos más cerca de otras personas: el bueno de Gumersindo Arenas, sus poemas gauchescos, sus artículos en *Horizonte* y sus cactus gigantes; incluso de Bartolomé López Plaza, que empalagaba con su verborragia de miel y almendras.

Sin embargo, Antonio Ceballos fue quien gravitó, desatando un cambio alucinante.

CAPÍTULO IV

CUANDO MANUEL ERA ADOLESCENTE —muchos años antes que los aviones arrojaran cubos forrados con pétalos impermeables— observó que su cabello, chisporroteaba al contacto con el peine. Sorprendido, repitió la operación, fascinado con las brillantes estrellitas, hasta que los extremos sensibles del pelo se alisaron y cesó el fenómeno. Se enteró después que algunas personas se arrancan lluvias de chispas cuando entran en trance místico. Sus ensoñaciones echaron a rodar, entonces, creyendo que la fosforescencia había sido una fugaz incursión en el éxtasis. Un médico inglés había comunicado sus observaciones sobre una niña de catorce años que emitía chispas cuando tocaba objetos metálicos. Asimismo una mujer alemana perturbaba su alrededor haciendo caer cuadros, prender luces intermitentes, sonar timbres e interferir las comunicaciones telefónicas. En Ginebra, una niña de diecisiete años solía caer en estado cataléptico, hablaba de lugares y acontecimientos desconocidos y, cuando tocaba personas u objetos despedía descargas eléctricas. ¿Era también el caso del rey Midas?, pensó Manuel.

Si él pudiera influir sobre lo que tocaba ¿qué desearía transformar? No le importaría que una manzana dulce pasara a ser una fría escultura de oro, tampoco que alrededor de su pelo la fosforescencia pintara una esplendorosa aureola de santo para que sus parientes y vecinos hincaran la rodilla. Sí, desearía influir sobre las cuerdas que maniatan la libertad del hombre, conseguir una raza de seres que se deshacen fácilmente de las inhibiciones.

Su imposición de manos no sería como aquella pintoresca costumbre real destinada a lograr ilusas curaciones de escrofulosos, sino una milagrosa liberación de la voluntad; quitaría el obstáculo que cierra el regreso al Paraíso. Los hombres libres se despeñarían en un caótico entrecruzamiento de designios, ignorarían el Bien y el Mal, robarían, violarían, blasfemarían. En esencia: volverían a la pureza, porque su pensamiento no estaría filtrado por una cerrada malla de cadenas. El caos, el diluvio: la muerte del sedimento y la destilación de un nuevo orden sin tanto orden, la libertad.

El peine reprodujo la fosforescencia en otras ocasiones, nimbando su cabeza. El joven Manuel disponía de pintorescas virtudes, evidentemente. Pero no asombraba con otras manifestaciones excepcionales que certificaran poderes emanados de Dios o del Diablo. Como los profetas, contaba solamente con una dolorosa vulnerabilidad y su cáustica palabra, su posibilidad de fracaso y su bravura desenfrenada. Toda acción redentora contiene una enorme lágrima y una dichosa risa.

El joven Manuel desearía lanzarse al centro de ese hipódromo pagano que es la avenida 9 de Julio y enfrentar a las cuadrigas de acero. Detenerlas, con riesgo de su vida. Hablar con voz ignívoma y persuadir a los hombres para que desciendan de sus vehículos perniciosos, adheridos a sus espaldas como caparazones. Manuel

convencería a los hombres que son bípedos y no quelonios. Que los monstruos metálicos los afean deformándoles la pelvis y luxándoles la columna, que en vez de perfeccionar su belleza los transforman en un enorme trasero con minúsculos apéndices.

¡Los rodados atrofian todo menos el trasero, inconscientes habitantes de la Tierra! —gritaría Manuel corriendo hacia uno y otro extremo de la ancha avenida, abriendo las puertas, abrazando a la gente, explicando y enardeciendo. Los vehículos repudiados se amontonarían vacíos hacia el Sur y hacia el Norte. Alrededor se concentraría la humanidad, libre por fin del escorpión que se pegaba a las nalgas, asombrada de usar las piernas no sólo en los pedales, comprendiendo que hasta sus juicios se elaboraban con el rabo. Desbordados por el júbilo, los hombres recuperados incendiarían sus lujosos juguetes succionadores y arrojarían hacia las nubes sus licencias de conductor. Las manos mesiánicas de Manuel lucirían más hermosas que las de los reyes curando enfermos en fanáticas asambleas. Su pelo fosforescente y su voz eléctrica serían una batería más poderosa que las de aquellos extraños casos clínicos trascendidos al perplejizante anecdotario popular.

CAPÍTULO V

LA FIESTA DE LA POESÍA, lejana y presuntuosa, volvía a tu cabeza con obstinación mientras se preparaba el lanzamiento de tu novela. Entonces no conocías a Fernando Albariconte. Pero se daban otras coincidencias. No yerran quienes interpretan la historia como una espiral: la vida también es una espiral. Para tu novela se eligió el Palacio Ranquel. Para la Fiesta de la Poesía, Azucena Irrazúriz pretendió el teatro, pero sus autoridades habían resuelto después de la última remodelación que no entraran los estudiantes cuyos cortaplumas estragaban pinturas y tapizados. Se conformó con un cine. El diario local Horizonte anunció el acontecimiento con rimbombantes notas alusivas a Bécquer, la Escuela Sarmiento, la Independencia y su «ejemplar patriotismo», el doctor Bartolomé López Plaza, la señorita Azucena Irrazúriz, la cultura de Leubucó, la juventud «estudiosa», el concurso de poesías. De vos se ocuparon poco, es verdad. Tus ambiciones ya se ponían exigentes. Pero no mordían aún.

—*Tenés la ropa lista. Cambiate o llegaremos tarde.*

—*Ya voy, mujer, ya voy.*

—*Héctor se vistió hace una hora.*

—*¿Una hora?... Perdí la cuenta.*

—*Bueno ¿para qué lo mortificamos? Es su fiesta ¿no?*

—*Más o menos. Él ganó y otros quieren lucirse.*

Con tarjetas, por el diario y personalmente, se invitó a casi toda la población. Acudió el Intendente con su ancha y roma sonrisa política.

Enseguida llegó el cura párroco y, casi pisándole la sotana, el Jefe de la Guarnición Militar. Rodeado por maestras se destacó el uniforme del Jefe de Policía. Optimismo. El hall del cine se atestó de hombres y mujeres que representaban a las instituciones de bien público: culturales, sociales, deportivas. El éxito ya estaba en la bolsa. Te asombró la multitud, tan insólita como los aplausos de tus compañeros. Atravesaste el hall, pegado a la pared. Algunos giraron para acariciar tu cabeza y la de tus amigos. ¡Rápido, niños, avancen! Ingresaste en el salón aún vacío, como en los días de ensayo. Cada uno se instaló en su lugar. El telón ocultó la platea. Contra la pantalla, enorme, sostenido con varias cuerdas, pendía el retrato de Bécquer. La señorita Irrazúriz impartió las últimas instrucciones —siempre iguales— y corrió hacia la parte lateral, ocultándose tras un panel negro. Se abrió la compuerta de acceso y una fragorosa catarata humana invadió el recinto. Daba miedo: tras el telón rojo oías a la multitud arrebatándose las mejores butacas. La señorita Irrazúriz, pálida y trémula, se llevaba a cada rato el índice a los labios, como si fueran ustedes los autores del brutal estrépito. Al rato, la Banda Municipal irrumpió desde el foso con la marcha San Lorenzo. El telón empezó a abrirse. El público estalló en aplausos dirigidos a la música, a ustedes, al astigmático retrato de Bécquer, al concurso.

Sentías un hormigueo en la piel y en las vísceras. El enorme hueco lleno de gente se oscureció. Azucena Irrazúriz empezó a contar con su taco y arrancó decididamente hacia el centro de la escena. Los aplausos se intensificaron. El locutor la miró sorprendido ante su inesperada alteración del programa. Todavía no, todavía no, dijo por lo bajo. Pero ella estaba allí, electrizada de emoción, azorada y arrepentida. No era su turno, sino el del Himno. Caramba, debía volver, qué papelón. Le tuviste lástima. Que se hunda el tablado. Los aplausos seguían. El locutor decidió:

—Señoras y señores, iniciando este acto excepcional que enorgullece a la cultura de Leubucó, hablará la señorita Azucena Irrazúriz.

Antes del Himno: innovación sorprendente. Le cedió el micrófono. Ella no salía de su perplejidad, vaya torpeza. En la platea la gente se chistaba exigiendo silencio, que las madres atrapen a sus niños jugando en el corredor, que dejen las mujeres de abrir paquetes de golosinas, que no chirrien más las dolientes butacas. Azucena desplegó una hoja de papel. Su borde temblaba.

—Señor Intendente Municipal —empezó a leer la lista de notables, con dicción clara y estudiada, como recomendaba a sus alumnos, pero nerviosa; luego señores de aquí, y señor de allá, una ristra interminable y aburrida, que remató con el salva-omisiones de «autoridades civiles, militares y eclesiásticas». Hizo una pausa, acomodó su laringe en una tesitura dulce, acorde con el ideal de mujer que propalaron los románticos y se lanzó a un delicado periplo de imágenes adobadas con golondrinas y flores en homenaje *al egregio vate hispano, cuyos versos de oro puro estremecen los peldaños de la gloria*. Después, frenando la abrumadora adjetivación que *desata una poesía incomparable*, destacó la importancia de la literatura en los jóvenes, *no sólo para alejarlos de las abyectas tentaciones del materialismo, sino para encaminarlos por el sendero de la grandeza argentina*. Dedicó un extenso párrafo a la Independencia, *productora de un bien eminentemente espiritual como es la rosa, que no sólo acrecienta nuestro prestigio ante las demás naciones del orbe y moviliza el progreso de Leubucó, sino que se preocupa por el engrandecimiento de las artes y su intenso cultivo en los corazones fértiles de nuestros niños que pueden llegar a ser, Dios mediante, los protagonistas de un nuevo siglo de Pericles...* Sus frases prolijamente bordadas con hilos de colores, fascinaban a la multitud ignorante, obligándola a escuchar, admirar y aplaudir. Aplausos frecuentes. Cuando terminó, el gran aplauso.

Avanzó el locutor. Ella inclinó la cabeza. Sobre las filas de adelante se derramaba la luz del escenario. El resto era una cavidad negra donde brillaban gafas y pendientes.

El aluvión sonoro continuaba. Observaste un extraño movimiento. Se levantó el Director: con los brazos tendidos subió rápidamente al escenario y felicitó con un prolongado y vibrante estrechón de manos —gozoso, desinhibido, casi dispuesto a

tornarse en un abrazo— a la señorita Azucena Irrazúriz. Su intervención produjo un sacudimiento. La Fiesta ingresaba en el clímax. El Patriota aprobó el orden del acto. Todo marchaba bien. Ella se tranquilizó.

¿No debió cantarse el Himno al principio?... Sí, pero el Director quiso que se programara algo nuevo. Es un revolucionario; en serio te digo.

La batuta imantó a los músicos. Sonó el primer acorde, poderoso y digno. La platea se incorporó. La respetada música te llenaba de orgullo: señorial, viril, esperanzada.

Después, los aplausos al Himno hilvanaron todas las palmas, excepto las de los músicos, preocupados en acomodar sus instrumentos para fugar sigilosamente hacia el corredor.

Ustedes permanecieron de pie. Eran los poetas. Desde las butacas los contemplaban como a una fauna exótica. Y aunque habías deseado algo así e incluso lo disfrutabas, sentías un desequilibrio. Alrededor del retrato de Bécquer, enormes letras amarillas contorneadas de negro decían Escuela Sarmiento, Concurso de Poesías, la Independencia S. A., Leubucó. Alumnos expuestos como flores. Literatura y rosas. La primera y más grande plantación de rosas del interior del país inspira los versos más bellos y descubre una cantera de poetas. Gustavo Adolfo Bécquer instaló sus arpas y golondrinas en las plantaciones maravillosas de Leubucó. La Pampa medanosa será el jardín de América. *La iniciativa más simpática, señor; cante, silbe, baile, alégrese.*

Continuaba la Fiesta: más discursos. El locutor tensó al auditorio: *Don Robustiano Buteler, Presidente del Directorio de la Independencia usará la palabra.* Él debía entregarte el premio. Diría que en nombre de la entidad organizadora, etcétera, etcétera, pongo en manos del joven estudiante y promisorio valor de las letras, Héctor Célico, una medalla, un diploma y los pasajes para Buenos Aires. Responderías: Gracias en

Don Robustiano avanzó pesadamente, como un tractor envuelto en traje de franela gris. Tenía un aspecto romboidal, con la cintura tan ancha como su longitud. Su cabeza, relativamente pequeña, se ajustaba a los hombros merced a un espeso rodillo de grasa. En el extremo inferior, los pantalones se afinaban bruscamente al encuentro de los zapatos. Su inmenso abdomen giró hacia la platea, como una amplia mesada sobre la que apoyó las hojas del discurso.

Robustiano Buteler ha sido el dueño del primer automóvil fabricado en el país que recorrió las polvorientas calles de Leubucó. Siempre tuvo confianza en la industria nacional, aunque ahora ningún auto argentino o extranjero ofrece capacidad para su barriga. En mérito a su patriotismo, por unanimidad se le designó Presidente del Directorio al constituirse la Independencia S. A., gigantesca plantación de flores que transformará a Leubucó. Consciente de su alta

responsabilidad e histórica investidura, ordenó a su mujer que en su ojal nunca faltara una rosa. Don Robustiano, con voz pastosa y monocorde, repasó la historia de la empresa, destacando la valentía y visión de sus gestores. *Como dijo alguien... nuestra emancipación deberá ser ahora económica... y estas rosas son la fragua de la nueva campaña li-ber-ta-do-ra... Yo las llamo... ¡rosas-de-la-libertad!* Empezaron a abrirse golosinas, los chiquillos levaron anclas e irrumpió sorpresivamente un bostezo ordinario seguido de risas. Don Robustiano, sin despegar sus ojos bultosos del papel afirmado sobre el abdomen, siguió barboteando pesadamente las filas de letras que no veía bien, sin prestarle atención a las pausas y menos al sentido. De modo que pudiste oír hacia al final que «entre las actividades de extensión proyectadas por... la empresa figuraba un... concurso de poesías... para los estudiantes... que son parte... de Leubucó el éxito... del mismo se tradujo en la cantidad... de par-ti-ci-pan-tes y la calidad de... los trabajos como... en su maravillosa... —tos para deletrear la próxima palabra— conse-cuen-cia que es esta Fiesta... de la Poesía... organizada a pedido del ilustre... Director de la Escuela... Sarmiento doctor don Bartolomé López Plaza en nombre... del Directorio felicito al joven Héctor... Célico por haber vencido...

Héctor, cuando pequeño, introdujo dos dedos en el enchufe y lo arrancó su madre.

—... la justa lite-ra-ria con... su poema que le reportará... un viaje a Buenos Aires por dos semanas... en compañía de sus... padres con todos los gastos... a cargo de nuestra empresa... nada más... sí, nada más».

Levantó la cabeza enrojecida, que mantuvo flexionada durante media hora. Líneas de transpiración surcaban sus pliegues. Giró hacia la derecha y empezó el riesgoso descenso del escenario.

(¿Y el diploma?)

López Plaza, de pie, lo recibió y felicitó.

El locutor apareció junto al micrófono:

—Señoras y señores —su voz perfecta anunció que el programa establecido conducía hacia el pináculo de esa inolvidable primera Gran Fiesta de la Poesía—. ¡Escucharemos la Palabra con mayúscula!... ¡La palabra sapiente! —subía el volumen—. ¡La palabra excelsa!... ¡La palabra justa! —extendió su mano hacia la negra oquedad, sin precisar aún—. ¡La palabra que enaltece a Leubucó! —se apoyó firmemente sobre ambos pies y abrió los brazos en cruz—. ¡Con ustedes!... ¡El doctor!... ¡Bartolomé López Plazaaaa!... —y empezó a aplaudir, destapando el volcán colectivo.

En la butaca central de la primera fila, el Patriota parecía ausente. Había empezado a actuar: miraba el suelo. Al rato, con lenta parsimonia se levantó: no era el mismo que había disparado como un bólido para felicitar a tu maestra. Era ya el

magos de la elocuencia. Desde el instante en que todos los ojos se unieron en su persona, había empezado su discurso. Caminó sin prisa hacia el escenario, arrastrando miradas y corazones. Su cabeza lustrosa revelaba una trascendental meditación. Ya en el centro de la escena, se mantuvo inmóvil recaudando silencios. El público se achicharró bajo una plancha de expectación y respeto.

Bartolomé López Plaza alzó su cabeza majestuosa. Susto. El auditorio ya estaba a su merced.

En cada actuación, antes de hablar, recorre con enervante prolijidad, de izquierda a derecha, todos los rostros. Después se frota las manos. El locutor le aproximó el micrófono, que López Plaza rechazó con un gesto simple y categórico: su voz no necesitaba auxilios artificiales..,

Un niño gritó. El chillido sobresaltó a la platea. Su madre lo aplastó con una sonora bofetada. Silencio otra vez. El aire se extendía como un mantel nuevo.

—¡Amigos!

Un crispamiento deleitoso se expandió como onda de fuego. El doctor López Plaza, con el hombro izquierdo adelantado hacia la multitud, alzó su diestra y la hizo girar ampliamente hacia los estudiantes formados a sus espaldas, bajo el retrato de Bécquer, estos jóvenes nos han ofrecido una lección.

Y calló. La frase siguiente se hizo esperar. Silencio amedrentado.

—La lección que estos jóvenes nos han ofrecido —realizó la primera variación retórica—, es la de su juventud...

¿...?

¡Fascinación... ! ¡Qué sonido! ¿Te reís, Héctor? Vamos. Entonces eras una estatua, como los demás.

El Director se concedió una tregua más prolongada. Su frente estaba seleccionando los párrafos que el público aguardaba con la respiración anhelante. Algunos empezaron a tiritar. El tórax de López Plaza se fue llenando de aire, las solapas de la chaqueta se abrieron y de pronto su boca lanzó un chorro incandescente:

—La juventud maravillosa que no sabe de cadenas ergastulares y es capaz por ello de alzar el mayestático vuelo de las águilas en busca de la belleza, es la juventud que llena este proscenio; es esta juventud que nos obsequia con versos de inspiración legítima; es esta juventud que nos invita a recapacitar sobre la pureza y trascendencia de nuestras vidas —bajó abruptamente el volumen, consiguiendo un estremecedor contraste—. Nuestros alumnos, nuestros hijos —te miró,

Héctor, miró a los cuarenta parados con susto ante la pantalla, miró al oscilante y feo retrato de Bécquer y encaró de nuevo a la platea espasmodizada—, esta juventud que es el futuro de la Patria, que heredará nuestros errores y (¡por qué no decirlo!) también nuestros aciertos, que llegará a la cumbre del año 2000..., cargará en sus ánforas sublimes, como óleo de unción real, este día, esta Fiesta, este homenaje al

gran poeta, donde se conjugan hermosura, verso, sangre —machacaba ya cada palabra con sacudidas rítmicas de su brazo— para nuestro solaz, nuestra enseñanza, nuestra lustración... de maestros, de padres, de argentinos y, ¡so-bre-to-do!... —su índice apuntó como un cañón hacia el público que se encogió instintivamente—. ¡So-bre-to-do!... de... hombres!

Los aplausos decontracturaron la sala: catarsis por el ruido. El Director, con un mechón de cabellos sobre sus ojos como testimonio de una tormenta espiritual, dejó caer exhausto su brazo grandilocuente y miró otra vez el suelo, asociando un saludo modesto a la profunda concentración que demandaban sus próximas frases.

Rechazó el pelo, desnudando su frente filosófica. Abrió sus manos y empleó una voz de pastel. Sonreíste, Héctor.

—Alguien merece un párrafo especial.

Llegó tu turno, muchacho. Te sonrojaste.

—Una persona enorgullece a nuestro Colegio.

(yo, yo, me nombra —lo deseabas.)

—Me refiero a la maestra señorita Azucena Irrazúriz.

Es su mina. Estoy seguro. Se quedan solos en la Dirección después de las clases. Es cierto te digo. Y seguiste sonrosado, Héctor.

—Esta maestra, de foja excelente y sensibilidad superior, acudió no hace mucho a mi despacho, acompañada por un alumno.

(Ahora sí, Héctor, y enrojeciste más.)

—Un alumno cuyo nombre todos conocen ya.

(¿No se acuerda de mi nombre?, sospechaste.)

—Que mencionó el Presidente de la benemérita Sociedad Anónima la Independencia, don Robustiano Buteler, y que yo tengo la complacencia de volver a pronunciar: ¡Héctor! ¡Célico!

Aplausos. Te aplaudían. Todos. La platea entera. El locutor te miraba. Los compañeros de la derecha y la izquierda te tocaron con los codos. De atrás alguien dijo ah, loco. El Director giró la cabeza, flotabas.

El hueco negro te había tragado. Desde el aire pudiste ver a tus padres que tendían dolorosamente la cabeza hacia el techo para verte y seguir aplaudiendo. Tus padres te aplaudían, Héctor. Tu papá te aplaudía.

—Señoras, señores. Amigos —inclinó la cabeza sobre su hombro derecho, su dulzura se tornó confidencial: atrapaba con garfios—. La señorita Irrazúriz, que enaltece nuestra casa, concurrió a mi modesto despacho para solicitar apoyo a su iniciativa de transformar el concurso organizado por la Independencia en una Fiesta de la Poesía, bajo la advocación del soberbio vate sevillano.

Calló. Sus silencios poderosos secaban la lengua. Algunos contemplaban el retrato deforme.

Azucena parpadeaba, sacudida por la emoción.

—¿Creen acaso que prometí mi colaboración, mi apoyo?

Pasmo absoluto. Azucena temblaba. Leubucó temblaba. El gancho de la interrogación se clavó en las gargantas.

El rector movió lentamente su cabeza y abrió la boca, de la que salió un violento ¡Nooo!

Horror. Locura. Hasta los resortes de las butacas chirriaron, absorbidos por el vértigo.

Bartolomé López Plaza sacó pecho.

—No le concedí mi adhesión a la señorita Irrazúriz porque su propuesta me dejó paralizado —y aprovechó este resquicio de alivio para abrir el dique de su potencia sonora—. Mi sorpresa fue enorme, mayúscula: me excedió. Una iniciativa de tanta imaginación, originalidad y proyecciones enlazó con cuerdas de oro a mi espíritu, impidiéndole expresarse...

La gente volvió a respirar: comenzó a circular nuevamente el aire. Los cuerpos se aflojaron contra los respaldos. Epítima, Héctor.

—Quizá la señorita Irrazúriz no percibió el impacto que me produjo su propuesta —dirigió la mirada paternal hacia ella—, abstraída como estaba en transmitirme los detalles de la Fiesta poética.

Inspiró.

—Cuando pude recobrar me del arrobamiento...

Sí, le llama arrobamiento a otra cosa... Es cierto te digo.

—...expresé mi profunda alegría, mi adhesión total, mi colaboración jubilosa... Ruego al Todopoderoso —sus ojos se torcieron hacia el cielo raso y su garganta tremoló— que por lo menos cada diez años a un integrante de nuestro calificado cuerpo docente se le ocurra una iniciativa de esta magnitud, significación, euritmia, riqueza y jerarquía, como la que ahora estamos disfrutando gracias a la... ¡señorita! ... ¡Azucena!... ¡Irrazúriz!

Aplausos. Miraste a tu maestra exaltada por el halago, tierna como un gorrión, empequeñecida por el afecto olímpico del tonante López Plaza.

—Pueblo de Leubucó: esta Fiesta es histórica. No solamente porque ocupará una porción de nuestra memoria o un párrafo en la cronología de nuestra ciudad, sino porque es la primera vez que una poderosa empresa celebra su inauguración con un evento poético. ¡Justo repudio a las empresas inhumanas que en otros tiempos y aún hoy en otros lugares, impulsadas por una repulsiva voracidad material, explotan al hombre, sin darle más recompensa que el combustible necesario para que siga produciendo! ¡Qué contraste con la Independencia, que instaló una explotación de rosas en la pampa seca, para romper el maleficio de su esterilidad y desolación! ¡Qué contraste con esta firma emplazada en el interior profundo de la Patria, para

descentralizar el nudo paralizante de Buenos Aires! ¡Qué contraste con esta empresa que trae capital, trabajo y progreso a Leubucó, legendaria capital del imperio ranquel, olvidada y ahora, gracias a ella, recuperada, orgullosa y feliz!...

¡Esta Fiesta es una revolución, señores, porque el capital rompiendo fosilizados esquemas, se vuelca hacia el arte que es (y lo fue siempre), verdad y belleza! Mi corazón estalla de alegría al comprobar que en los momentos cruciales de nuestra vida nacional, surgen acontecimientos providenciales que con originalidad genial impulsan nuevamente a nuestra Patria hacia los anchos derroteros de una grandeza jamás denegada. Mi intenso fervor de argentino me lleva a bendecir a todos los hombres que en Buenos Aires y Leubucó bregan por esta empresa modelo; y a formular ardientes votos para que las rosas cultivadas en esta tierra de bravura, lleguen a todos los rincones del planeta, como mensajeras de la venustidad, esplendor y gallardía de nuestra juventud. Porque la rosa, señores, la rosa será el símbolo de la sangre resurrecta de Leubucó, una brasa inextinguible de altruismo, excelsitud, poder y... ¡fraternidad!

Aplausos furiosos.

—No quiero extenderme demasiado, porque esta notable Fiesta ha sido organizada para escuchar poesías, no discursos —sonrió y todos le imitaron, con obediencia—. Felicito especialmente a los alumnos que se hicieron acreedores a los premios. Felicito a los padres que saben estimular su amor por las letras, que es el amor sublime.

¿Oíste, papá? No me tenés que retar porque escribo versos.

—Felicito a la señorita Azucena Irrazúriz por su idea y espectacular capacidad organizadora. Felicito al señor Robustiano Buteler y al honorable Directorio de la Independencia por haber patrocinado esta Fiesta: ¡han sentado un precedente ecuménico!... Felicito al cuerpo docente de nuestra Escuela por su habilidad para cincelar, con la magia de la educación, nuestros ciudadanos del futuro. Y por último —extendió las manos en cruz; veías sus espaldas dilatadas, que pretendían tocar el último confín del universo—, por último, ¡me felicito a mí mismo! —recuperó su diestra y la apoyó sobre el corazón—; *¡me felicito porque el Señor, fuente de toda razón y justicia*, ha tenido la bondad de hacerme hijo de esta pujante Leubucó y ponerme al frente de esta cohorte invicta que es nuestra querida Escuela Sarmiento!

Aplausos formidables. El locutor se aproximó aplaudiendo también. No se sintió digno de estrecharle la mano, deteniéndose a escasa distancia avergonzado y dubitativo. Pero el doctor Bartolomé López Plaza, inclinando su cabeza sobre el hombro derecho, como los santos, se la oprimió largamente, reiterando las sacudidas.

—Gracias... Gracias... Muchas gracias...

La aclamación tronó mientras descendía del escenario y caminaba lentamente, respondiendo con afabilidad a los saludos de las autoridades, que le aguardaban de

pie, formando guardia de honor.

Ya estabas cansado, Héctor.

El locutor, conmocionado por la reciedumbre de López Plaza..., anunció con su voz pequeña que empezaba el pequeño recital poético pequeño. Tenía una lista. Fue llamando a los estudiantes, que se desprendían de las tres hileras apostadas bajo el irresponsable retrato, leían sus propios versos, chupaban con las orejas congestionadas el palmoreo de aprobación (o simplemente automático) y regresaban a su incómodo sitio.

Tu poema quedó para el último. Era «la culminación», como insistió el locutor. Mejor no recordar tanto ¿verdad? Los chiquillos correteaban con más desenfreno. Algunos voceaban los nombres de sus hermanitos poetas, de pie a tu lado, organizando claques desincronizadas y con efectos negativos. Mucha gente aburrida se levantó y se fue. Quedaban pocos. Toda tu familia, algunos amigos.

La concurrencia superó los cálculos. Ha sido un éxito clamoroso. La Fiesta debe repetirse todos los años. Como Director, me comprometo.

Eras el primer premio, Héctor. Te entregaron un diploma que tu mamá hizo enmarcar, colgándolo en el comedor, una medalla que tu papá guardó para cuando seas grande y un sobre con los pasajes a Buenos Aires.

Te dije que no te ilusionaras.

Escribo porque me gusta, papá.

Escúchame bien: los poetas se vuelven locos. O «los» vuelven locos.

CAPÍTULO VI

ANTONIO CEBALLOS hizo señas para que le siguiera. Con el vaso de whisky en la mano me condujo hacia el balcón que daba a la elegante calle cubierta de tilos. Aspiré complacido el aire: Ceballos comprendió que la multitud invitada por los Martínez Pastor me había fatigado.

—¡Qué contraste! ¿no?... Adentro, la gente, las reverencias, la tensión caballeresca. Aquí afuera, el oxígeno, los astros, la distensión. Supongo que prefiere esto.

—Toda la vida.

Sorbió su whisky y miró hacia arriba.

—Es hermoso. Un cielo sereno; detenido. Casi como el de Leubucó. Usted conoce Leubucó, por cierto, de allí es su mujer.

—Ahá...

—Sí, las noches de Leubucó son quietas, luminosas. Pero cuando no hay viento, es claro... Porque cuando hay viento... bueno.

Al rato asoció el viento de la pampa seca con los médanos prodigiosos.

—¿Sabe que los médanos tienen vida? —preguntó.

—¿Se refiere a sus desplazamientos?

—La última vez que anduve por allí, hace aproximadamente tres meses, volví a sentir la emoción del paisaje modificado. Esas lomas de guadal no estaban donde las dejé. Me impresionaba que cambiaran de sitio tan rápidamente, por obra exclusiva del viento. Una noche soñé algo con respecto al viento y los médanos; me desperté creyendo que era media mañana, pero el cuarto permanecía a oscuras. Ya no pude dormirme; me fijé en la ventana, me di cuenta de que estaba abierta y que la sombra se debía a una insólita pared. Corría hacia ella: un médano más alto que la casa se había instalado durante la noche. Me precipité en busca de los dueños para comentarles el prodigio. Pero no era un prodigio, sino una rutina. En Leubucó la montaña va hacia Mahoma. Es tierra de milagros.

—En mis notas sobre Leubucó hice referencias a esos médanos peregrinos.

—¡Son fantásticos!... Como le decía, amigo Albariconte, llegué a la conclusión de que allí son posibles los milagros. Y decidí participar en uno.

—Caramba.

—Sí, tan sorprendente como el de esas montañas con rueditas.

—¿Me lo puede adelantar?

—¿Lo publicará en *Prospectiva*?

—Depende...

—Prometa que no lo hará sin mi autorización.

—Pedirle a un periodista que calle es tan inmoral como exigirle a un médico que hable.

—Soy entonces un inmoral; calle esto: en Leubucó instalaremos una empresa de fábula, acorde con el milagro de los médanos y la imprecisión de su geografía. Una gran empresa. Muy poderosa y extremadamente insólita.

—¿De qué?

—Flores.

—¿Flores?

—Sí, señor. Rosas, para satisfacer su curiosidad. Las rosas crecen rápido, una plantación sirve para diez años; con riego automatizado y tijeras especiales un operario puede atender diez invernáculos. Será una producción gigantesca, con cámaras frigoríficas para conservarla. Haremos las plantaciones pronto, en invierno. Al mes ya se recogerán las primicias.

—Pero tan lejos...

—Son flores para exportación.

—¿Y el aeropuerto? El de Leubucó sólo sirve para vuelos internos.

—Todo está perfectamente calculado. Y detrás de los cálculos, amigo, ¡el milagro!

Sorbió el resto de whisky permitiendo que los cubitos de hielo bailotearan sobre sus labios.

—Ninguna empresa racional se basa en milagros —repliqué.

—Y ésta es muy racional, le aseguro; extremadamente racional.

Cuando regresamos a nuestra covacha le referí a Soledad el proyecto de Ceballos. El milagro de las montañas movedizas iba a cristalizar en un milagro de flores: ese punto olvidado de la pampa seca se transformaría en un vergel. Su futuro esmeraldino de pastizales, marrón de ganado o dorado de trigo con el que soñaban los esforzados colonos, daría un brinco insólito hacia el carmín de las rosas. El futuro cambiaba de pronto hacia un objetivo sorprendente. Los médanos habían estado prefigurando el acontecimiento.

Especulamos sobre la magnitud de la empresa, el monto de la inversión, el sacudimiento que originaría a Leubucó, la mano de obra que contrataría y la riqueza que volcaría sobre esa zona. Yo no me olvidaba, por cierto, de las ventajas que los inversores esperaban obtener de esa operación inusual. Pero, de todos modos, le haría bien a la olvidada capital de los indios ranqueles.

—Seguramente te ofreció esos datos para que escribás un artículo.

—Así lo he pensado, Soledad. Pero no le daré con el gusto. Veremos qué ocurre.

Ocurrió que a los diez días me llamó a su oficina en el edificio Patria. «Véngase con su esposa», dijo.

La enorme construcción en el centro de Buenos Aires concentraba numerosas empresas; trascendía que estaban dominadas por el «grupo Brain». El acceso hacia Antonio Ceballos pasaba por ascensores, corredores, empleados y antesalas. Su mesa

de trabajo, cubierta con carpetas, estaba en el centro de una habitación revestida de madera, y adornada con cuadros, espadas, libros y objetos de arte oriental. Nos ubicó en un rincón cálido y mullido. Él expandía su personal e intenso perfume. Su abundante cabellera de plata sucia permanecía cuidadosamente fijada.

—Entraremos en materia rápidamente —sonrió abriendo una cigarrera de jade—. Los grandes sucesos no se exceden en prolegómenos... El otro día le conté algo respecto a un proyecto. Le rogué que callara. Mire: he comprado ya dos números de *Prospectiva* y usted no arruinó mi secreto. Gracias.

—¿Esperaba que lo hiciera?

—¿Al menos lo comentó a su mujer?

Soledad asintió. Para ella era el mismo caballero honorable y galante que conoció en las estancias de sus amigas.

—Entonces su silencio periodístico ha respondido a un propósito —afirmó.

—¿Cuál?

—Consciente o inconsciente... Y lo ha logrado. Por eso está aquí. O necesita más datos o ha querido impresionarme, Fernando Albariconte.

—Como periodista me interesa recabar una información más completa, desde luego.

—¿No ha querido impresionarme? Supongamos que intenta conocerme mejor, que trata de abrir el cofre de mi alma para echarle un vistazo. Ha percibido en mi cara algún rasgo diabólico, posiblemente.

—Sí, el bigote.

—Bueno, es algo.

Ceballos no entró en materia, como anunció: giraba en torno al carozo, se acercaba y alejaba haciendo fintas. Transcurrió casi una hora. En ese tiempo fue largando datos sobre la industria floral, su funcionamiento ultramoderno, el entusiasmo que había despertado en altas esferas económicas, los mercados de exportación que habían manifestado su interés y hasta el nombre con que la bautizarían: Independencia. Empresa nacional, patriótica, bien vista por el Gobierno que descentralizaría el nudo gordiano de Buenos Aires, aprovechando la fertilidad virgen de provincias postergadas. Ceballos decía esto y aquello aderezándolo con bromas, anécdotas e ironías. Cuando estuvimos de pie junto a la puerta, despidiéndonos, le agradecí la información: ¿desea o no que la publique?

—¿Lo haría?... No tiene pruebas de su veracidad: no ha grabado mi palabra ni tomado fotografías de mis papeles —advirtió.

—Entonces...

Nuestras conversaciones han correspondido a un propósito diferente.

—No lo conozco.

—¿Usted desea incorporarse a esta empresa?

—¿Yo?

—No hace falta simular, Fernando. Además, en este lapso he recabado buenas opiniones sobre usted. Sus inclinaciones místicas (perdón: socio-místicas), sus sueños, encajan perfectamente con esta empresa, que nació en mi mente durante el sueño, mientras se desplazaban las montañas de guadal, como ya le conté.

—No pretendo ingresar en la Independencia, Ceballos.

—¡Estos periodistas! —palmeó mi hombro, como acostumbraba, mirando a Soledad—, ¿cuándo vencerán el pundonor? El sueldo doblaría cuatro veces lo que gana ahora; eso al comienzo. Espero su contestación... pero no me haga esperar demasiado.

Los corredores bruñidos del edificio Patria contemplaron nuestro asombro, las paredes manchadas del cuchitril, nuestras reflexiones. Soledad se entusiasmó con la oferta: nos arrancaría violentamente de la miseria; yo podría escribir y ella leer, ambos fregaríamos con desprecio nuestras renunciadas a los amos que nos estaban explotando.

—Para bajar la cabeza ante un nuevo amo, Soledad.

—Es distinto; otro nivel, otra actividad, otro trato. Tendrás más horas libres, en cambio *Prospectiva* te quema los ojos. Cada noche escribís menos, estás cansado, lo noto. La suerte ha llamado a nuestra puerta, Fernando, no seamos necios.

Soledad trataba de perforar mi resistencia por cualquier lado. Hasta recordó a su padre muerto, que no se sentiría tan frustrado al conocer nuestro ascenso. Porque consideraba sin reparos que mi eventual ingreso en esa empresa era un ascenso. También habló de su tía Eloísa, abandonada en Leubucó, donde lloraba a su hermano enterrado y a su sobrina fugada. Fernando: incorporados nada menos que a la empresa que transformará Leubucó, ¡es una cachetada a las cotorras que tanto nos han humillado!

—¿Te importan las cotorras?

—Es que te quiero convencer. Presiento que otra oportunidad semejante no se presentará nunca.

—¿Y si nos arrepentimos?

—Ingresá por un tiempo, solamente: un par de años, hasta que publiqués tu novela. Mientras, compraremos lo necesario para vivir cómodos: un departamento, muebles... No son pretensiones excesivas, no me acuses de burguesa, es lo elemental. Viviremos mejor, escribirás mejor. Tal vez tengamos un hijo.

—Un hijo...

—Aquí no podríamos criarlo. Nuestro calentador es esforzado, pero no alcanzaría para tres —sonrió.

Encogí los hombros.

—¿Le dirás que sí?... Antonio Ceballos nos aprecia, pero conseguirá otro, le

pedirán el cargo de rodillas, a montones.

Un médano se había introducido en nuestro cuarto, transformándolo. Era también una especie de prodigio. Porque Soledad y yo seguíamos amándonos, considerábamos nuestro idilio superior a cualquier otra circunstancia, gozábamos nuestra compañía aislándonos, pero habíamos salido del Paraíso. El ofrecimiento de Antonio Ceballos equivalía a la fruta del árbol prohibido, que nos llenó de pensamientos inquietantes.

Empujado por Soledad, volví a conversar con él.

Cuando insistí que yo era un artista, rió sonoramente.

—Observe —dijo sosteniéndose las mandíbulas—: el comercio tiene dios y las artes sólo musas.

Una empleada entró con una pila de carpetas.

—La Independencia ya está en marcha —las señaló—. Su afecto a la literatura me da una idea: entre los actos de su inauguración, organizaremos un concurso de poesías, ¿qué le parece?

Mascullé que me parecía bien.

—Es un negocio de artistas, un juego de ajedrez, mi amigo —prosiguió—. Tardará en comprender su mecanismo, pero cuando lo consiga, se sentirá fascinado. Los cuerdos, esos hombres tabicados por la normalidad fría, cadavérica, no entienden ni gozan estas audacias patrocinadas por el dios del comercio.

En otra entrevista, acompañado por Soledad, firmé el contrato como Fausto con Mefisto, para ganar mi tiempo de escritor. El médano que se atascó en mi garganta me hizo sospechar que había perdido la libertad. Era el médano que me impulsó a firmar y a entregarme, que inspiró a Ceballos y enardeció las ambiciones de Soledad. Movía los pensamientos y sentimientos como él mismo movía sus residencias y sus formas. ¿Qué libertad perdía, entonces? ¿La que me ofrecía el periodismo?, ¿la de mascullar resentimientos cuando no nos alcanzaba para comprar la cena?... Perdía mi dignidad también. ¿Dignidad? Se fabrica fácilmente y se vende a buen precio, diría Ceballos; las alas de Mercurio apantallan las calderas donde se cocina...

Después, con dos meses de sueldos, abandonamos la pieza confidente, el colchón gastado, el picaporte roto. Cargando bolsos y paquetes descendimos por los peldaños que oyeron nuestras risas matinales salpicadas con el desayuno apresurado. La única lámpara que iluminaba mis papeles, el único calentador que preparaba nuestras comidas, la única bandeja que portaba el café nocturno, perdieron su orgullosa exclusividad.

Lámparas, cocina y vajilla modernas ingresaron en el nuevo departamento. La primera llamada la hizo un dependiente que traía una canasta de rosas, con buenos augurios de Ceballos. El símbolo se hacía presente. Después nos visitaron Ramos Ortega y Martínez Pastor. Habíamos dado el salto.

CAPÍTULO VII

LA CASA DE MANUEL tenía un patio donde crecía infatigablemente un gigantesco algarrobo. Sus raíces, oscuras y enormes, reptaban alrededor del añoso tronco antes de hundirse en la tierra. La copa enmarañada se divertía atrapando en forma intermitente y caprichosa trozos de sol. Rebotando en los caminos que dejaba abierto el delicado follaje, llegaron varios cubos aromáticos el día que las escuadrillas de aviones oscurecieron el cielo. Manuel recogió su propio cubo en el patio de la casa, el mismo patio que muchos años antes presenció su infancia y el primer encuentro con el viejo Diantre, en una época en que nadie podía presagiar una lluvia de objetos forrados con pétalos indestructibles.

Diantre era todo gris: gris blanquecina la barba, gris verdoso el iris, gris rosada la boca, gris oscuro las cejas. Cargaba un grisáceo paralelepípedo y un banco también gris. En su oreja lucía una flor marchita. Se sentaba bajo la sombra cortés del algarrobo, estiraba sus secas piernas y aguardaba que le trajeran los zapatos que iba a lustrar. Cuando los gorriones se agrupaban en las ramas, silbaba agudamente, espantándolos; después sonreía, contento de su poder.

El enigmático lustrabotas calzaba la izquierda en el interior de un zapato y con la otra mano lo cepillaba enérgicamente. Con la cabeza inclinada acompañaba el movimiento que imprimía al zapato, embebiéndolo con tinta, secando, luego cubriéndolo con pomada, algo de cera, cepillando de nuevo el borde interno y externo, la parte posterior, el empeine.

Manuel, aún niño, le contemplaba deslumbrado, con el mentón apoyado en sus palmas abiertas.

—¿De dónde es usted?

Sus ojos, glaucos, giraron en las órbitas.

—Vengo de lejos, hijito, de otro mundo.

—¿Solo?

—¡Ah, sí, solo! —se concentró en el calzado; un mechón rodó hasta su nariz y lo apartó con una breve sacudida de cabeza, sin que cayera su ajada flor. Sus labios se contraían al ritmo del esfuerzo, como si fueran un volante.

—¿Por qué no se afeita?

El anciano sonrió.

—¿Por qué habría de afeitarme?

—Dicen que es más higiénico y no se pegan los fideos al comer.

—¡Qué gracioso! —festejó sin mella de ofensa.

Manuel empuñó una ramita y garabateó en la tierra mientras el anciano proseguía su labor. Al rato éste se interesó por el dibujo.

—No sé... parece un elefante, aquí está la trompa, ¿no es cierto? —dudó Manuel.

—Ahá... Dibujás sin plan, lo que te viene a la mano.

—Sí.

—Una tribu de indios hace algo similar —comentó al descuido.

—¿Cuál tribu, señor? Cuénteme.

—Cuando va a nacer un niño dibujan animales en la tierra, así como vos: con un palito; cualquier animal, y apenas lo terminan borran y empiezan otro. Pero cuando nace el niño respetan el dibujo hecho, porque ese animal será su segundo yo, como su ángel de la guarda.

—¿Segundo yo?

—Ahá... Lo llaman él «tona».

—Tona...

—Cuando la criatura crece le consiguen el animal dibujado, porque el destino de ambos ya es idéntico. Si la persona enferma, enfermará el animal; y si matan al animal, también morirá la persona.

Cuando Diante lustró los zapatos se peinó con sus dedos rugosos y afirmó la flor en su oreja. Manuel sintió una extraña emanación, como si los cabellos de Diante, también eléctricos, hubieran establecido contacto con los suyos. Le acompañó hasta la calle.

—¿Volverá, señor?

—¿Volverme loco?

Manuel no entendió. El anciano, entonces, le acarició el pelo, arrepentido por el exabrupto.

—¿Qué hacen los locos, señor?

—Olvidan que los demás son nuestro espejo, se aíslan.

—Se aíslan...

—Es fácil, hijito. ¿Alguna vez viste un muerto?

—No... Digo, sí.

—Es tu espejo: en él uno se refleja; por él uno sabe que se muere. Y también que se vive. Los locos olvidan esto.

—Señor Diante, yo nunca vi un muerto...

—Mejor, hijito, mejor.

—Señor Diante: ¿es cierto lo que se dice de usted?

—Muchas cosas, supongo —se restregó los párpados.

—Que es un santo.

—¡Qué gracioso! —sus conjuntivas habían enrojecido.

—Y que hace milagros.

Miró los zapatos. Su tez, amarillenta y apergaminada, adquirió algo de vida, como sus ojos, siempre húmedos y en ese momento irritados. Manuel creyó que haría un milagro, por ejemplo transformar sus zapatos negros en una golondrina nerviosa, a la que soltaría las alas y empujaría hacia el algarrobo. ¿Y el zapato?, preguntaría

Manuel. Se transformó en pájaro, no le gustaba que lo pisoteen, contestaría el viejo gozando el vuelo jubiloso del ave. Yo no lo pisoteaba, señor, devuélvame el zapato o, mejor, enséñeme el truco.

—Enséñeme algún truco —imploró sobreponiéndose a la vergüenza.

—¿Qué truco?

—Esos que usted hace: los milagros.

—No se enseñan, hijito. Salen solos... cuando salen. ¿Qué milagros estás necesitando?... ¿mejorar las notas en la escuela?, ¿desquitarte de un mal amigo?

—No, no —exclamó Manuel—. Yo quiero hacer el milagro.

—¿Subir a un pedestal?, ¿hablarle a un gran público?, ¿quitarte un zapato y transformarlo en golondrina?

Manuel enmudeció. Diante acababa de adivinarle el pensamiento: era poderoso. Con parsimonia el anciano alisó los mechones ralos de su barba y controló el orden de sus botellas, pomadas, cepillos y paños. Miró hacia el algarrobo: en una rama jugueteaban trémulos gorriones. Les silbó y ahuyentó. Manuel no pudo comprender ese desprecio hacia los pájaros.

Desapareció de su vista. Meses más tarde lo buscó en la orilla del río, donde algunos lo habían localizado. Chiquillos desnudos brotaban de la tierra y de los árboles. ¿Aquí vive Diante?, preguntó. ¡El viejo florido!, ¡el viejo florido!, contestaban con risas y susto, huyendo hacia los latones protegidos por matorrales. Manuel se acercó a una arpillera que hacía de puerta. ¿Qué quiere? —exclamó una mujer enojada. —¿Dónde vive el viejo? —¿Qué viejo? —El viejo Diante, el lustrabotas. —Hay varios lustrabotas, ¿para qué lo necesita? —El viejo Diante, señora, el de la barba gris y una flor en la oreja. —Ah... Diante: siga: a la vuelta de ese sauce grande, ¿lo ve?

El sauce acodaba su ramaje como un gimnasta que toca el suelo con la mano sin doblar las rodillas. Chiquillos desnudos salieron del sauce: eran los mismos. ¡El viejo florido, el viejo florido!... Manuel alzó una rama para defenderse. Diante podía transformar esa rama en víbora: la soltó. Descubrió entonces un cubo de ladrillos sin revocar, con un precario alero de zinc, que dormitaba en el centro de un reducido círculo de tierra apisonada.

El sauce doblaba su melancólica cabellera verde sobre el precario tejido. Manuel miró la puerta abierta. Se acercó mordiendo curiosidad, angustia y entusiasmo. Algo brillaba. Se movía. Como un animal en su cueva. Como un mago en su guarida... fabricando tonas con millares de flores.

CAPÍTULO VIII

ESA FIESTA DE LA POESÍA, por ejemplo, tenía algo de cursi, de grotesco, de inverosímil, de ingenuo, quizá de fantástico. La habías vivido y eso cargaba tu memoria con una emoción particular. El Director era inmenso; tu maestra, excepcional. El acontecimiento, insuperable. Tu gloria... Bueno, empezaron ciertas contradicciones importantes. Habías ganado el primer premio de un concurso que se olvidó. Recibiste los elogios de mucha gente que te parecía valiosa, pero que jamás saboreó un poema. Bastaron meses para que no se hablara más de tu premio ni de la Fiesta. Es decir, fuera de tu casa. Porque tu familia enarboló sin cansancio la bandera de tu celebridad precoz: ella le reportó a tu padre nada menos que el codiciado ingreso en la Independencia, con más sueldo y jerarquía de los que gozaba en el Banco.

Para vos la gloria duró poco: sólo alcanzaste a darle un lengüetazo a la soberbia golosina.

Pero no te desanimaste. Prueba de ello son los acontecimientos que sobrevinieron años después.

Estabas decidido a ser escritor. O quizá, sin atrapar exactamente la aceptación completa del oficio, amabas escribir: poesías, artículos para el diario Horizonte (sólo te publicaron algunos, de favor), cuentos para revistas imaginarias, ensayos serios (demasiado serios y tontos), adivinanzas ingeniosas, cuentos de final imprevisto (y forzado), divagaciones sobre tus conocimientos, bromas acerca de tus experiencias (quizá lo mejor de todo). Alzaste un gordo paquete de hojas familiares, sobre las que te habías inclinado amorosamente.

Eran cómplices de un romance burlón contado en voz baja. Dejaste correr por tu pulgar izquierdo las ciento ochenta páginas manuscritas con letra diminuta. Luego aferraste con los diez dedos el sólido mazo, percibiendo gozosamente su espesor y lo levantaste por arriba de tu cabeza, como a un fetiche poderoso. Era casi un libro. Tu libro. Contenía dinamita. Hablaba de los turbios negocios de tierras y la inexplicable amnesia sobre episodios decisivos de nuestra historia nacional. Una bomba bajo el pedestal de algunos próceres. Así creías... Y te regocijabas. Hiciste tu trabajo a escondidas, temiendo que tu padre, espantado por tus inclinaciones, lo destruyera. Luego revisaste miles de palabras enlazadas conscientemente, que zumbaban y ardían. No pensabas publicarlo. Pero soñabas, Héctor. En un inexplicable impulso, mostraste el manuscrito a tu padre. Una bravata irresponsable.

El hombre cuya altura física habías alcanzado, viajó raudamente en un cometa de perplejidad, orgullo, confusión. Sus blancas manos acariciaron el manuscrito, abriéndolo en el medio, en el tercio posterior, en la primera página.

—¿Cuándo escribiste todo esto? —exclamó sorprendido.

Qué contento estabas, Héctor, aunque pisabas el borde de una cornisa, temiendo

caer en una decepción mortal, con el empujón de una sola palabra.

—Es mucho, mucho... —evaluaba—. ¿Querés ser escritor?

Sonreíste.

El hombre descendió a una silla. Su cabello con salpicaduras de cal ocultaron el rostro.

—Sos joven. Los escritores se mueren de hambre, los poetas se vuelven locos.

—Pero, papá, éstos no son argumentos, por favor.

—Ya vas a ver... Que no sea demasiado tarde cuando te des cuenta.

—Tengo derecho a ser lo que me gusta, papá.

—A mí me gustaría vivir sin trabajar. ¿Y?... *Contramalón* —leyó el título—, ¿qué quiere decir?

—Bueno, el argumento lo explica.

—Lo voy a leer.

—Claro, papá... Si tenés ganas.

—Vos tenés ganas —levantó el rostro, que de repente se alegró algo: entre su realismo y su orgullo, prevaleció el orgullo. Llamó a tu mamá y le comentó la proeza, pero sin entusiasmo, revolviendo las densas hojas—. Con tal que esto sea lo último, ¿eh?

Lo leyó en un par de semanas. De noche lo oías dar vuelta a las páginas. Intentabas acertar en qué pasaje iba y percibir sus efectos. Pero no formuló comentarios. Una vez lanzó una carcajada.

—¿De qué te reís? —le preguntó tu madre.

—Esto está muy bueno. ¡Qué ocurrencia! ¿De dónde Héctor sacó tamaña idea? —y siguió leyendo. Encontraste a tu madre con el manuscrito durante las horas en que él trabajaba en la Independencia. Pensaste que lo discutían, especialmente cuando bordeabas los asuntos eróticos o ironizabas acerca de la historia. Te interesaba su opinión sobre la novela —alguna opinión—, mucho más que sobre tu situación o tu futuro. Te diste cuenta de que no eras tan desaprensivo como decían: algo empezó a importar en tu vida, y era el fruto de un juego. Si ellos no juzgaban bien la novela, pues como a una hija la seguirías amando y protegiendo.

—Héctor, terminé. Me gusta.

—¿En serio?

—Sí, me gusta. Por ahí te ponés algo loco. Hay que tener cuidado, ¿eh? No sé qué dirán los que entienden.

—Pero ¿la leíste con placer?, ¿te interesó?

—Claro, claro. Ya te dije.

—¿Vale la pena que siga escribiendo entonces?

—Héctor: no confundir placer con deber. Estamos hablando de tu libro, (¡Dijo «libro»!)

—y no de tu futuro. Un abogado, un médico, un ingeniero pueden escribir y publicar. Pero antes que nada, en esta vida, hay que ser abogado, médico, ingeniero o cualquier cosa útil ¿entendés?

Cruzaste los brazos y torciste la cara: el eterno debate. Pero ocurrió algo imprevisto.

—¿Lo vas a publicar?

—¿Publicar?

—Por supuesto. Has trabajado mucho. Supongo que no lo escribiste para que lo lean tres parientes y dos amigos.

—Me gustaría, sí. Pero ¿quién, cómo?

Levantó la carpeta, la miró por los lados, dejó correr las hojas: deberás conversar con gente que publicó. Te explicarán el procedimiento, te recomendarán algún editor.

Lo escuchabas anonadado, sin deshacer tu mueca incrédula.

—Es una historia interesante, por ahí cómica. Y podrías ganarte unos pesos. ¿Por qué no? Mucha gente sin llamarse poetas o escritores lo hacen. Adquieren algo de fama, indirectamente... Escribir un libro no es soplar y hacer botellas, como dijo... Bueno ¿por qué no lo visitás al doctor López Plaza?

—¿El Patriota? Es insoportable.

—No habrá olvidado aquel concurso de poesías ¿eh?

—De ese concurso no se acuerdan ni los perros.

—Fue el Director de tu Escuela, Héctor. Te ayudará: es un tipo gaucho.

—Gaucho... inflado a pedo, mejor.

—No es mal hombre: yo te lo digo. Lo editaron en Buenos Aires.

—Sí: *Confesiones selénicas*.

—Eso.

—Siempre está en la luna ¿ves? —demostraste.

—Ese libro es de versos. Tiene otro.

—*Cartas a un presente que no está*. No lo leí. Ustedes tampoco ¿no es cierto? A nadie interesa.

—Anda, Héctor —dijo tu madre—. Es una oportunidad. ¡Tu libro es maravilloso!

A Celina le hubiera encantado cualquier obra, Héctor, si le decían que la escribió su hijo, desde luego.

—Tu libro es... «interesante» —precisó tu padre, descendiendo el calificativo—. No lo entusiasmés demasiado, Celina. Se hará escritor y deberá vivir como mendigo: ojo. —Andá, Héctor —insistió ella.

—No lo trago al Patriota. Empezará un discurso, me inflará durante dos horas y encima tendré que darle las gracias.

—Te acompañaré —resolvió tu padre. —No hace falta.

—Te acompañaré. Que no vaya a suponer que trata con un escritorzuelo:

estudiarás y trabajarás. Ahora escribiste una novela y hay que publicarla. Es otra cosa. No sos un parásito.

—Pero, papá... no estoy resuelto a ir. Además un escritor no es un parásito.

—¿Que no? Pongamos por ejemplo a López Plaza. Es abogado; no conforme con ello es Director de la Escuela Sarmiento. Hace años publicó dos libros: ¿vive de los libros o de su trabajo?

—¡Esa flatulencia no es ejemplo!

—¿Y don Gumersindo Arenas?

—Pero don Gumersindo...

—¡Don Gumersindo qué! El mejor poeta de Leubucó. Presidente del Centro de Escritores, nada menos. Invitado a Encuentros Nacionales. La Nación y La Prensa le han publicado versos. ¿Vive de los versos o de su trabajo? ¿Tampoco es ejemplo? Está bien: no discutamos más, no discutamos más. Llámalo por teléfono a López Plaza de una vez, por favor.

—¿Con quién?

—Héctor Célico, doctor.

—¿Quién, por favor?

—Héctor Célico. Ex alumno de la Escuela Sarmiento.

—Ah, sí... Por supuesto; sí. ¿Cómo va, joven?

—Bien —suponías que te olvidó; tu paso por la Escuela y el famoso premio de poesía con su cacareada Fiesta se habían hundido en la prehistoria—. Yo le hablaba para...

—Héctor Célico... ¿el poeta?

(¡Te asoció!)

—En fin...

—¿Escribes todavía? —usaba un culto tuteo hispánico.

—No, yo, en realidad..,

—¡Cómo!... ¿No eres el que ganó el primer premio del concurso organizado por la Independencia hace siete años?

—Ocho. Sí, escribo. Lo que pas...

—La poesía no debe abandonarse nunca —empezó a recitar; el teléfono también servía para dar consejos y emitir apotegmas inmortales.

—Claro. Escribo versos, pero no como antes...

—Por supuesto... Has crecido, has madurado. La poesía es el fruto en que culmina la flor de nuestra sensibilidad —su oratoria ignoraba las ligaduras de lo inoportuno; tuviste que apartar el auricular de la oreja, ante su incremento de volumen—. Los versos son lágrimas de musa, amigo, son diamantes. ¡Necio quien los ignora!

—Sí, doctor. Ahora, yo... Yo quería verle porque... usted sabe, escribí un libro.

—¡Escribiste un libro!

—Así es.

—¿Poesías?

—No: una novela histórica.

—Caramba. Caramba. Muy interesante. Dime cuál es el tema.

—Justamente sobre eso quería hablarle. Si usted me pudiera recibir en su casa... si no implicase molestia —estudiabas las palabras, tenías un difícil interlocutor.

—Ninguna molestia. Veamos... Déjame pensar... Mañana, mañana... Bueno, sí. ¿Mañana a las dieciocho?

—Cómo no.

—¿Está bien? —añadió con afabilidad.

—Ideal —te abrazó el entusiasmo—. Gracias; le llevaré el manuscrito.

—Desde luego. Sin falta. Hasta entonces, joven. Adiós.

—¿Permiso?

—Entra —el Director, fuerte, oscuro, impecablemente ajustado el lazo de su corbata y armada la flor de su pañuelo, te recibió en su estudio acorazado con libros de Derecho—. Tu puntualidad es un buen signo. Siéntate —cerró la puerta. Solos; sin tu padre, a quien convenciste que esperara en casa; sin la señorita Azucena Irrazúriz que transitaba con angustia su soltería. El Patriota estaba dispuesto a oírte; ese hombre temido, distante y admirado, te ofrecía porciones de su valioso tiempo.

—¿Trajiste el manuscrito?

—Sí, aquí está.

López Plaza cogió la carpeta. Pensaste que un escritor tiene curiosidad por los productos de otro escritor. Te sentías escritor, Héctor. Escritor. Escritor. La vanidad pellizcaba.

—Ahá... ¿Cuántas páginas? Ciento ochenta. Llenitas... ¿Cómo se titula? *Contramalón*... Interesante. Novela histórica, dijiste. Sí... Mmm... Ya veo. *Contramalón*, novela histórica, por Héctor Célico. Muy bien. Muy bien. En letras de molde serían ¿cuántas páginas? —alzó los ojos para leer en una computadora distante.

—Y.., doscientas sesenta, más o menos —conjeturaste. López Plaza contrajo su frente para verificar la cifra.

—Los renglones son... —miró el manuscrito— cuatro, ocho... dieciséis... treinta... cuarenta y nueve. En ancho... Sí, puede llegar a doscientas sesenta páginas. Es un libro voluminoso —contempló el borde derecho e izquierdo de la carpeta—. Mis Cartas a un presente que no está tienen ciento cincuenta y tres páginas. Las conoces ¿no?

—Este... sí.

—Claro, claro. Las publiqué hace mucho —su mano le quitó importancia a tu

negligencia impúdica. Añadió—: Son trabajos de juventud que tardé mucho en publicar. ¡Pero no te equivoques!...

¿No te equivoques?

—Eso de juventud no arrastra nada en contra. Atención.

Tranquilidad: sólo hizo una frase: sí, doctor.

—Sabes el alto concepto que tengo de la juventud.

Claro que sí. Era uno de sus temas de lucimiento discursivo.

—Yo me siento joven —añadió, irguiendo la cabeza—. La juventud es potente, se orienta hacia el espíritu, es el almácigo de la esperanza.

—Así es, doctor —concediste, tratando de no sonreír con la boca.

Frenó en seco la amenazadora carrera de palabras.

—Y bien, joven. Volvamos a tu manuscrito —apoyó su mano abierta sobre la tapa de cartón.

—Si no es abuso, deseaba pedirle que lo lea.

—Ahá... —dejó correr sus hojas por tercera vez, calculando el tiempo que le demandaría.

—Su opinión es importante para mí —lo tanteaste lisonjeramente.

—Desde luego.

—Además me interesan sus observaciones. Supongo que lo encontrará lleno de errores —simulaste humildad.

—En ciento ochenta páginas se escapan errores... En cuanto a lo que en la literatura de vanguardia se llama errores... —moverió dubitativamente la cabeza—. Cuando termine te avisaré.

—Gracias.

—Nada que agradecer. La obra es tuya. A mi cargo queda el disfrute.

—Espero que sea disfrute, no tortura.

—Yo también... —replicó.

—¿Podrá ser editada? —lanzaste la piedra: para eso habías venido.

—Es mejor que primero la lea ¿verdad? —el Patriota no bajaba su guardia, por cierto.

—En caso de gustarle —insististe— ¿dónde podría?...

—Veremos, veremos. Es fácil, es difícil —inspiró; quería decir más bien difícil; si consigue algo, le deberás mucho.

—Usted mantiene contacto con editoriales, seguramente.

—Por supuesto. Pero a este asunto lo dejamos para más adelante —no aflojó—. Leeré la novela, elaboraré mi opinión. Vayamos por partes.

—Está bien, doctor —cediste otra vez.

—Entendido. Te acompaño hasta la puerta... lástima que me escaseen las horas... No sé en qué momento del día podré hacerle un lugarcito. Ya veré. Me asiste la mejor

buena voluntad.

CAPÍTULO IX

UN FATALISTA SOSTENDRÍA que nació buscando a Soledad. En la adolescencia inventé un método para descubrirla. Pensaba en las muchachas de las historietas, del cine, en las dos o tres que tenían mayor cotización para la barra. De cada una eliminaba los rasgos que no parecían perfectos, trabándome muchas veces con serias dudas en la calificación. Armaba el cuerpo ideal como un rompecabezas, integrado por nariz, boca, pelo, orejas, piernas y cintura de varios modelos. La tarea se tornaba ímproba por la resistencia que a veces ofrecían los materiales, negándose un perfil a concordar con el frente, una nariz con determinada mejilla. Cuando lograba adherir los trozos selectos para acabar la construcción, solían asaltarme interferencias oníricas desconcertantes: ojos rojos que miraban con ardor, piernas chuecas entre las cuales jugaba holgadamente un asqueroso perro, dientes de la más repelente exposición aquelárrica, nariz que dejaba caer un ondulante tallarín verdoso. Entonces, espantado, temiendo que esos rasgos se afirmaran implacablemente sobre la mujer que me reservaba el destino, buscaba mi lápiz y trazaba óvalos. Luego la boca, que debía sonreír sin separar los labios porque el detalle de la dentadura siempre daba impresión de voracidad. Las piernas derechas y juntas, sin espacio para animales de pesadilla. Las órbitas ligeramente oscurecidas, con misterio, profundidad, bohemia, tuberculosis romántica, locura de entrega.

El dibujo no terminaba por gustarme, aunque superpusiera trazos que moldearan mejor la frente y otorgaran más dulzura al maxilar.

Las líneas iniciales eran cubiertas por otras hasta convertirse en anchas barras sinuosas. Sobre el mismo papel evolucionaba un rostro que oscilaba entre la sonrisa y la perplejidad, la indiferencia y la burla. Cuando creó Dios a la primera mujer ¿también dudó entre un detalle y otro siendo que todos eran igualmente inéditos y originales? ¿Cómo ideaban figuras de animales o de objetos los indios zapotecas mientras aguardaban el nacimiento de un niño, convencidos de que la imagen lograda al producirse el alumbramiento será el tona del niño, su segundo yo, el compañero indisoluble de un destino idéntico?

Ningún dibujo me satisfacía. Los intentaba mejorar redondeando algo la nariz, elevando un poco las comisuras de los labios herméticos, perforando las pupilas con un círculo de luz. Acumulaba los escorzos y después los rompía. Cuando alguien dijo que yo era un espíritu perfeccionista, sentí la caricia del halago. Después me acusaron de indefinición caracterológica, debida a una insatisfacción nutrida por frustraciones en cadena. Un medicastro afirmó que cuando mayor caería en la neurosis: se quedó corto.

Mi futura y desconocida mujer se resistía a manifestarse —¿o no aceptaba que mi dibujo fuera su tona?—. Mi propósito era irracional, anhelando tironear las invisibles riendas del futuro para obligarlo a desandarse hasta mi presente, convertir a una

ficción en carne y hueso, incluso con el propósito de obrar sobre esa carne y hueso como sobre las líneas de mis dibujos.

Por fin conocí a Soledad, en mi primer viaje a Leubucó, hacia donde me envió Prospectiva para escribir una nota. Entré en la librería de su padre.

—Me parece haberla visto antes —dije mientras ella empaquetaba la Antología Poética que, paradójicamente, había comprado para otra mujer. ¿Coincidía con mis dibujos?

Soledad sonrió, escatimándose sus ojos de gruta encantada.

—¿Me conoce? —insistí.

—No.

Su cutis lucía joven y terso; su cabello, abundante y liviano. Su frente insinuaba una sola arruga horizontal que se profundizaba cuando hablaba.

—Sírvase —me extendió el libro.

—Gracias —le di la mano y la retuve; sus ojos se izaron hacia los míos; se juntaron un instante; entonces la solté: hasta pronto.

—Hasta pronto —contestó con voz llena, de extraña connotación erótica para el acondicionamiento de mi oído. Salí contento: la había encontrado.

Regresé al día siguiente. Conversamos y me olvidé de comprarle otro libro. Pero contemplé cartulinas con dibujos a lápiz, sujetos con un broche a un anaquel; eran reproducciones de mujeres argentinas ilustres, para uso escolar. Entre ellas podía haberse filtrado alguno de mis proyectos de adolescencia sobre mi futura mujer. ¿Puedo mirar? Seguro. Los bucles de las damas egregias no eran los de Soledad; tampoco sus tocas y peinetas. El rostro, el busto, la cintura, las piernas, los ojos endrinos. Soledad era distinta,

—¿Qué compara? —dijo ella ruborizándose.

—Me quedo con usted —resolví.

Su padre, Conrado Castelli, le formuló una clara advertencia, me contó después, porque no tenía información clara sobre mi actividad en Buenos Aires.

—Nada de bohemios —le ordenó—. Para sacrificios, bastante padecemos tu madre y yo.

—Pero, papá...

—Te lo digo antes que empiece el entusiasmo. Yo sé cómo son estas cosas. No es muchacho para vos: merecés más.

—¿Así te que graduaste de maestra? —pregunté al despedirme.

—Pero no consigo ningún puesto en Leubucó. Papá habló con un ministro a través de un primo que vive en Santa Rosa, pero sólo me ofrecen trabajar en escuelas rurales. Mis padres no quieren, es peligroso para una chica joven.

—¿Y vos que opinás?

—¡Yo aceptaría! ¿Para qué estudié? ¿Para colgar el título? Odio ser vendedora.

—Yo, tal vez, en Buenos Aires... —dije sin pensar y sin querer; me arrepentí en el acto.

—¿Sí? ¿En Buenos Aires? —se excitó; ansiaba ejercer el magisterio; no se dio cuenta de que me estaba apretando la mano.

—No es fácil... —me retraje—, tengo que reflexionar... tendría que repasar las posibilidades... —balbuceaba acariciando sus dedos, largos y delicados, de piel tibia. Quiso soltarse, pero no la dejé. Me miró: ¡Soledad!

Por su mente pasaron revueltos, seguramente, el amor al trabajo y mi insinuación imprevista. Hablamos seriamente sobre mis relaciones e influencias, mientras en forma independiente nuestras manos se enlazaban y comprimían, como si nuestros cuerpos se hubieran dicotomizado en dos planos que se ignoraban mutuamente.

La reencontré en la función de Joe Tradiner.

CAPÍTULO X

LOS AFICHES CUBRÍAN todas las puertas del cine: Joe Tradiner, cura. Joe Tradiner consuela. Colores vivos; dibujos sugerentes, dinámicos, modernos. Algunos estaban escritos en inglés —procedían de los Estados Unidos—, otros en portugués y los restantes en castellano, impresos en México, Paraguay, Chile, Colombia. Los rasgos místicos de Joe se destacaban sobre una cruz o resplandecían sobre una Biblia. Joe Tradiner en Panamá. Joe Tradiner en Buenos Aires. Cristo multiplica sus milagros a través de su siervo. Cristo es la salud, repite Joe. Caminan los paralíticos y oyen los sordos. Joe Tradiner en Leubucó: hoy.

Encogí los hombros y entré: puede servir para el artículo... Nadie protegía el acceso. Atravesé el hall que el público ensució con envoltorios de golosinas y cigarrillos. Corrí la espesa cortina y me introduje en la penumbra. La multitud rezaba en voz alta. Esperé que se dilataran mis pupilas y busqué un lugar.

—¡Hermanos! —detonó el altavoz—. Joe Tradiner, calvo, de gruesas gafas y con un micrófono colgado del cuello, llenaba el iluminado escenario. Cristo cura. Loado sea el Señor Jesús. ¡Aleluya!

—¡Aleluyaaa! —replicó el disonante y extasiado coro.

—Cristo cura las llagas, hace ver al ciego y oír al sordo, caminar al paralítico y resucitar al muerto. Loado sea el Señor Jesús. ¡Aleluya! —su voz con acento americano ejercía una evidente seducción.

—¡Aleluyaaa!

—Cristo cura al que tiene fe. Porque Él es la salvación y la salud. Creemos en el Señor Jesús. La fe es vida. Cristo es curación. Loado sea el Señor Jesús. ¡Aleluya!

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

—La hija del Presidente Truman estaba ciega y vino a mí. Yo no curo, le dije. Y ella me rogó. Sólo Cristo cura. Cree en Cristo, rézale, dije. Y rezó. Las multitudes rezaron con ella. Las plegarias se remontaron hasta el corazón piadoso del Señor. Las plegarias eran sinceras y ardientes, como deben serlo ahora. Y la hija del Presidente corrió por el angosto puente que unía el gran escenario con la dilatada platea, gritando su júbilo: ¡Veo! ¡Veo!

—¡Aleluyaaa! —rugió la multitud.

—¡Se produjo el milagro! ¡Dios oyó sus ruegos! ¡Aleluya! —insistió Tradiner.

—¡Aleluya! ¡Aleluya! —replicó la platea.

—¡Recuperó la visión! Porque Cristo hace ver a los ciegos. Cristo hace caminar a los paralíticos. Cristo cierra las llagas. Cristo resucita a los muertos. Loado sea el Señor. ¡Aleluya! ¡Aleluya!

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

El cuero de la butaca transmitía una confortable frescura. El show depende a veces de cómo se lo mira... Mis vecinos rezaban fervorosamente, dejándose

estremecer por las eléctricas sílabas que pronunciaba el reverendo. Algunos niños, asustados, lloraban, y sus padres alternaban los versículos sacros con una impaciente explicación. El murmullo semejava la protesta del mar agitado. La comunión entre pastor y feligresía se ajustaba progresivamente. Las mujeres se extasiaban, los hombres tensaban el cuello. Y cada ejemplo indiscutible recibía un eco estruendoso.

—El hermano del Presidente Getulio Vargas cayó postrado con una parálisis —contó—; la mitad izquierda de su cuerpo no tenía ni fuerzas ni sensibilidad. Los médicos no pudieron curarle. Su familia, desesperada, me llevó a él. Yo dije que no curo, sino a través del Señor Jesús. Sólo Cristo cura, porque Él es la salud, y la vida, y la

—¡Loado sea!

—Reuní a la familia en torno al enfermo y dije: Recemos al Señor Jesús. Recemos al Señor Jesús. Recemos al Señor Jesús, que hace andar a los paralíticos. El hermano del Presidente Vargas rezó con fervor. ¡Rezad todos ahora!

Un bramido largo emergió de la platea.

—¡Confiad en Cristo! ¡Tened fe! Cristo es el gran doctor de la humanidad. Cierra las llagas, da visión al ciego y fuerzas al paralítico. Tened fe. Cristo es la salud. Cristo es la salvación. Loado sea. Aleluya.

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

De pronto vi corretear a un hombre con muletas por el pasillo. Le seguía una mujer con el rostro mojado. Brotaban exclamaciones. ¡Camina! ¡Camina! ¡Camina!

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

El hombre avanzó renqueando grotescamente, con precipitación, diciendo: Aleluya, aleluya, y la mujer, asustada, le sostenía los brazos. Algunos se pusieron de pie.

—¡Cristo cura! ¡Cristo cura! ¡Cristo cura! —repiqueteaba el pastor.

—¡Aleluya! ¡Aleluya! —se exaltaba el auditorio.

—Aleluya, aleluya —decía el cojo.

—¡Hace caminar a los paralíticos! ¡Ver a los ciegos! ¡Oír a los sordos! ¡Resucitar a los muertos!

Una gritería histérica ovacionaba al rengo que se despeñaba hacia el escenario. Aleluya, aleluya. El pastor continuaba alimentando el frenesí de la multitud. El pobre lisiado, sostenido desde el aire como una marioneta, seguía progresando temerariamente por el declive del pasillo hasta que se desplomó: aleluya, ayuden, aleluya, ayuden, Señor. Tras él corrieron otros cojos, con y sin muletas, impacientes, ridículos. Algunos se arrastraron después de caer y contra ellos tropezaron los siguientes. Se acumularon varios cuerpos. Aleluya, aleluya.

—¡Rezad al Señor Jesús! —ordenaba implacablemente el reverendo Joe—. Loado sea quien nos libera de enfermedades y nos limpia del pecado. Loado sea el

Señor. Loado sea el Señor.

La multitud empezó a desorganizarse cuando los cojos se apilaron en los pasillos, jadeantes y extasiados, agitando muletas y bastones como amenaza o exaltación.

Hervía la plegaria salpicada por el llanto de los niños y las demandas agudas de emoción. El reverendo exigió mayor sonoridad hasta ahogar los reclamos.

Me pregunté si para darle más objetividad a la crónica que me encargó la revista *Prospectiva* necesitaba condenar abiertamente al pastor y a los feligreses, ridiculizándolos como ellos ridiculizaban a Cristo. O si debía elogiar el dominio que sobre las multitudes ejercía el pastor y la inocencia crédula y seráfica de los leubuquenses. O, si en vez de condenar y elogiar, todo esto merecía una reflexión sobre las apetencias profundas del hombre, caprichosamente enhebradas a un pedestre concepto de Dios, en el que luchan dialécticamente —y oscuramente— el mismo Dios y Lucifer, ángel de los disconformes. Así como ya había encontrado a Soledad, que se anunció caprichosamente en mis divagaciones, en ese cine encontraba a Joe Tradiner, el hipócrita contra el que debería batirme rabiosamente cuando se encarnara en mi conducta. Pero así como había presentado a Soledad en sueños y dibujos, jamás intuí relación ni semejanza con un estafador. Más que elogiar o condenar, lo objetivo era la presentación simultánea del bálsamo y el veneno.

Un adolescente subió al escenario, acompañado por su madre. Llevaba anteojos oscuros y marchaba con vacilación. Tradiner lo recibió con los brazos extendidos. Luego, haciéndolo girar hacia la platea, dijo:

—Este niño es ciego. ¿Cómo es tu nombre, hijo?

—Setián...

—¿Cómo? ¡Dilo más fuerte! ¡Que todos oigan!

—¡Sebastián! —pinchó su voz aguda.

—Sebastián... Eres ciego como ese gran músico Juan Sebastián Bach. ¿Crees que Cristo cura?

—Sí... señor.

—Entonces serás curado.

—¡Aleluya! ¡Aleluya! —apoyó la claqué.

Extendió sus manos sobre la cabeza del asustado muchacho y ordenó:

—Reza conmigo. Rézale al Señor Jesús. Es la salud y la vida. Él es la salvación. Jesús hace caminar al paralítico y oír a los sordos. Jesús hace ver a los que tienen fe: Jesús te curará los ojos. ¡Reza, Sebastián, reza!

Y el murmullo aumentó. Joe Tradiner mantenía apoyadas sus palmas sobre la cabeza del chico, ligeramente flexionada con temor.

—¡Loado sea el Señor! Él es salud. Él es vida. Él es sonido. Él es fuerza. Él es resurrección. ¡Loado sea mil veces! ¡Loado sea mil veces! Loado sea el Señor.

—¡Loado sea! ¡Loado sea!

—¡Piensa en el Señor, Sebastián! ¡Ten fe en el Señor, Sebastián! ¡El Señor es la medicina! ¡El Señor hace la luz y las tinieblas! ¡El Señor te curará a través de su siervo Joe Tradiner! ¡Concéntrate en Cristo, Sebastián! ¡Pronto la luz entrará en tus ojos! ¡Atención, Sebastián!

—¡Loado sea el Señor! ¡Loado sea el Señor! —temblaba la feligresía.

—¡Loado sea el Señor! ¡Loado sea el Señor! —aceptaba la feligresía.

—Pondré mis manos sobre tu cabeza, Sebastián, y cuando las levante, penetrará la luz en tus ojos. ¡Atención, Sebastián! Concéntrate en Cristo, nuestro Señor. Loado sea quien cura a los enfermos. Piensa en Él... Cristo sana, Cristo da vida, Cristo da luz. ¡Atención, Sebastián! —ensordecía Tradiner.

—¡Loado sea el Señor! ¡Loado sea el Señor! —se impacientaba la feligresía ante la inminencia del milagro.

—¡Atención, Sebastián...! ¡Levantaré mis manos...! ¡Ya... es...tá! —y retiró, violentamente sus dos brazos, como si se los tironearan desde arriba.

La cabeza del muchacho quedó suelta, desprotegida, giró hacia un lado y otro buscando algo.

Su madre se acercó temblorosamente, Joe Tradiner impidió que la mujer tocara a su hijo... Asió por los hombros al muchacho y, zarandeándolo, gritó:

—¡Crees en Cristo!

—S... sí —se sobrecogió.

—¡Crees que Cristo cura! —lo sacudió con mayor violencia.

—S... sí, señor —dijo con horror.

—¡Crees que Cristo es la salud y la vida!

—Sí... —estaba a punto de quebrarse en llanto.

—¡Crees que Cristo hace andar a los inválidos y ver a los ciegos!

—Sí... —ya sollozaba; el muchacho se tambaleaba como un muñeco.

—Ahora Cristo te cura por mi intermedio. ¡Dilo!

—S... sí —el chico buscaba a su madre.

—¡Cristo da luz a tus ojos! ¡Cristo cura tu ceguera!

—Sí... —las lágrimas rodaban.

—¡Ven tus ojos! ¡Di! ¡Ven tus ojos! —lo zangoloteó con ímpetu.

—S... sí —se secó las mejillas con la manga.

—¡Aleluyaaa...! ¡Aleluya! ¡Milagro! —Tradiner se abalanzó hacia el público con los brazos extendidos—. ¡Milagro! ¡Sus ojos han recuperado la visión...!

Se irguió un rugido salvaje. ¡Milagro! ¡Milagro! El pastor brincaba. El muchacho lloraba y reía, impresionado. Su madre lo abrazó. A mi costado la gente taconeaba, gritándole loas al Señor.

El adolescente, adherido a su madre gozosa, descendió del escenario explorando el piso con su precario bastón, mientras Joe Tradiner continuaba atizando la emoción

desbordada de los fieles. Extraje mis anteojos de sol y me incorporé, con un impulso irresponsable y limpio, juguetón, indignado, como el que asistió seguramente a Jesús en su vida siempre juvenil, espontánea, tan opuesta a la de esos seguidores embrutecidos.

Estoy inspirado, pensé, dispuesto a ofrecer batalla. Salí hacia el corredor imitando la vacilante marcha de un ciego. Tuve que esquivar a los cojos que intentaban llegar antes o demostrar a sus parientes que el Señor les había devuelto la salud.

—El hermano de Eisenhower —prosiguió el inflamado Tradiner— contrajo cáncer. Fue operado sin esperanza. Y rogó al Señor que lo curara. ¡Loado sea el Señor Jesús! Porque el Señor Jesús me envió a su lado. Y yo, Tradiner, siervo del Señor, le recordé al hermano del presidente Eisenhower que sólo Cristo cura. No hay imposibles para Quien creó el mundo de la nada, no hay imposibles para Quien da la vida y resucita a los muertos. Sólo el Señor cura lo incurable. Loado sea.

—¡Loado sea!

Con los brazos de sonámbulo aparté los cuerpos que obstruían mi marcha y llegué al escenario.

—Cristo hace y deshace el cuerpo. Cristo maneja las células, Cristo da salud y borra la enfermedad. El hermano del presidente rezó y creyó. Rezó con fuerza y Cristo oyó su plegaria.

—Loado sea el Señor.

—El hermano del presidente se curó.

—¡Aleluya!

—¡Y ya lleva quince años de perfecta salud...! ¡Desapareció su cáncer! Se apartó el Demonio.

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

Llegué a la escalinata y simulé ignorar sus peldaños. Ya veremos dónde está el Demonio, murmuré. Alguien me sostuvo un brazo: gracias, hermano.

—Cantemos el Salmo 51 —ordenó Tradiner.

Ten piedaaaad de mí, oh, Dios.

Lávame más y máaaas de mi maldad —la melodía se desperezó alegremente. Ingresaron centenares de bocas.

La exaltada garganta de Tradiner sobresalía: Purifícame con hisopo y seréeee limpio.

Trepé al escenario con los brazos extendidos hacia el pastor, quien parecía no haberse enterado de mi presencia o prefería ignorarla. Pero las voces de la platea le obligaron a atenderme.

—¡Cree usted que Cristo hace ver a los ciegos! —me espetó a la cara, como si quisiera ver la lesión de mis ojos u obligarme a descender a la platea.

—Sí, creo —respondí con aplomo, manteniendo siempre extendidos mis brazos hacia delante. Temblaba un poco.

—¿Cómo se llama? —preguntó el pastor.

—Manuel —mentí, aunque no me hubiera importado decir Fernando Albariconte.

—¿Manuel?

—Sí, Manuel.

—Manuel... —meditó Joe Tradiner. Y pareció tranquilizarse porque el nombre era mesiánico o porque le recordaba un vecino de Kansas.

—¡Cúreme, por favor! —imploré descaradamente.

Y el reverendo me miró con majestuosidad; sacudió la sala con sus frases reiterativas:

—¡Sólo Cristo cura! Diga: loado sea Cristo, el gran doctor.

—Loado sea Cristo, el gran doctor —repetí.

—Cristo hace ver a los ciegos. Diga.

—Cristo hace ver a los ciegos.

—Cristo hace oír a los sordos. Diga.

—Cristo hace oír a los sordos.

—Cristo hace caminar al paralítico. Diga.

—Cristo hace caminar al paralítico.

—Loado sea el Señor.

—Loado sea el Señor.

—Cantemos el salmo 91. El que habita al abrigo del Altísimooooo.

El coro cerró las filas prestamente: Morará bajo la sombra del Omnipotente.

—Cristo hace ver a los ciegos. Diga.

—Cristo hace ver a los ciegos.

—Creo en Cristo. Cristo me curará. Diga.

—Creo en Cristo. Cristo me curará.

—Cristo borraré mi ceguera. Diga.

—Cristo borraré mi ceguera.

—¡Creo en Cristo!

—Creo en Cristo.

—¡Luz a los ciegos!

—Luz a los ciegos.

—¡Luz! ¡Luz! ¡Luz! Diga.

—¡...!

No hice eco, interrumpiendo el hechizo. Giré lentamente la cabeza en redondo y levanté los brazos. Entreabrí los labios. La feligresía disminuyó la sonoridad de su plegaria. Joe Tradiner se alejó dos pasos, expectante o temeroso. Algo extraño estaba sucediendo. ¿Un ataque de epilepsia? ¿Era yo capaz de simular semejante crisis? El

miedo empezaba a recaudar víctimas en la platea. Yo continuaba girando, daba la espalda al público y con los brazos extendidos parecía el director de orquesta que se dirigía a los músicos disimulados en la profusión de afiches que hacían el fondo de la escena. Completé la rotación, enfrenté otra vez al público y fui hacia el borde del escenario presurosamente, con ánimo de arrojarme a la platea; las primeras filas se encogieron. ¡Se cae...! Paré de golpe y chillé histéricamente:

—¡VEOOOOO...!

Unos segundos de espanto paralizaron a la multitud; luego estalló en incontenibles ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Tradiner hablaba, pero resultaba imposible distinguir sus sonidos. Con un pañuelo secaba la transpiración de su calvicie. Este nuevo ciego le resultaba soberbio. Me estrechó en un abrazo. Poco a poco su voz se clarificó y reorganizó las manifestaciones anárquicas en fórmulas unánimes e hipnóticas.

—Loado sea el Señor Jesús que hace ver a los ciegos. Loado sea el Señor Jesús que se dignó devolverle la vista a este hombre en nuestra presencia. Loado sea el Señor.

—Loado sea el Señor.

—Este hombre estaba ciego. Este hombre caminaba dirigiéndose con las manos. Y este hombre ahora ve. Loado sea el Señor.

—Loado sea.

—Este hombre vivía en las tinieblas y ahora goza de la luz. Loado sea el Señor.

—Loado sea.

—Este hombre cree en Cristo y Cristo le recompensó. Loado sea el Señor.

—Loado sea. Loado sea.

—¿Cuánto hace que estaba ciego?

—Hace tres años que perdí la vista.

—¡Hace tres años que perdió la vista y ahora la recuperó! ¡Milagro, milagro de Dios! ¡Loado sea el Señor Jesús!

—Loado sea. Loado sea.

—He sentido algo extraño —dije quebrando la monotonía que mareaba.

—Dios oyó sus plegarias —me interrumpió Tradiner, que no aceptaba perder el monopolio—. Cristo es misericordioso y da salud al que cree en Él. ¡Loado sea el Señor Jesús!

—Loado sea. Loado sea.

—He sentido algo extraño —insistí—. Todo estaba oscuro, era una noche de tormenta.

—Y Dios le trajo la luz —interrumpió de nuevo el pastor—. Loado sea. Ahora cantaremos el salmo...

—¡Que hable el ciego! —gritó alguien, impresionado por la manifestación divina.

—¡Que hable el ciego! ¡Que hable el ciego! —brotaron los apoyos entusiastas.

—Ya no es ciego —replicó el pastor—. El Señor le devolvió la vista. Loado sea el Señor.

—Loado sea... ¡Pero que hable!

—Sí, ¡qué hable!

—¡Qué hable, que hable, que hable!

Me ablandé en un gesto de resignación. Joe Tradiner estaba molesto.

—¡Que este hombre nos diga cómo se produjo el milagro! —quiso seguir comandando el proceso—. Repítanos cómo se llama

—Manuel —sostuve la mentira que ya habría dejado de ser tal: Manuel había nacido en mi interior, gravitaba, estaba impaciente por cumplir un gran proyecto. Yo era Manuel, en efecto, y asumí su rol impresionante—. Desde hace tres años vivía en las tinieblas...

—Y ahora en la luz. ¡Loado sea el Señor! —interfirió implacablemente Joe.

—He rogado al Señor que me asista. Pero todo seguía oscuro, muy oscuro.

—y tenía fe en nuestro Señor Jesús. Loado sea. Aleluya, aleluya —machacaba Tradiner.

—No me interrumpa, por favor —solicité cortésmente.

Joe Tradiner gruñó: ¡Loado sea el Señor Jesús!

—Me sentía en un desierto —recité—. Era el desierto de Moisés, de Elias, de Jesús. En ese desierto acechaba Satanás y sus tentaciones contra la fe. Las nubes oscuras se teñían de rojo y amarillo: Satanás me prometía la luz. Pero yo me aferraba a la fe; mi nombre era la protección contra el mal. Mi nombre es Manuel, es el nombre que Isaías profetizó para el Salvador del mundo. Con fe en Dios crucé la noche de tres años, hasta llegar a este sitio. Loado sea Dios.

—Loado sea Dios —respondió la platea, fascinada.

—Y de pronto en este sitio, mientras la mano de Dios se posaba sobre mi cabeza, se abrieron las nubes. Oí una música de arpas y aparecieron dos figuras de Cristo.

—¡Loado sea el Señor!

—¡Qué dice! —me increpó horrorizado Joe Tradiner.

—¡Que hable! ¡Que hable!

—Extendí una mano hacia la derecha y otra hacia la izquierda: aparecieron dos Cristos, uno con ropas de campesino y el otro, sentado en un trono, con toga de juez.

—¡Cuidado con lo que dice! —amenazó Tradiner con el índice erecto.

—¡Déjelo hablar! ¡Queremos oír al ciego! ¡Dios le inspira!

—Y cesó la música. Sentí que estaba suspendido en el aire, que algo grande iba a suceder.

—Loado sea el Señor —temblaba la multitud.

—Y una voz suave que llenaba todo el Cielo dijo: tres son los patriarcas, tres las

noches que Jonás habitó en el vientre de la ballena, tres los miembros de la Sagrada Familia, tres las etapas de Nuestro Señor: Vida, Pasión y Muerte, tres los días que Jesús tardó en resucitar, tres las personas de la Santísima Trinidad, tres los años de tu noche y tres son las venidas de Cristo a la Tierra.

—¡Loado sea el Señor! Padre nuestro que estás en...

—¡Blasfemia! —gritó el pastor—. ¡Este hombre está loco! Recemos al Señor para purificarnos.

—Y el Señor me agració con su milagro. ¡Devolvió la luz a mis ojos...! ¡Veo!, ¡veo! ¡Aleluya!

—¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Que se calle! ¡Aleluya! ¡Que hable! ¡No interrumpan! ¡Aleluya! ¡Loado sea Dios!

La multitud se había dividido. Una mezcla de estupor, embeleso y duda, recorría como sierpes las butacas. En escena Tradiner y yo nos arrebatábamos el micrófono. Muchas personas rezaban de pie, otras gritaban tomando partido. Nuestras voces se mezclaban. No perdí la serenidad: en mi forcejeo no había violencia ni precipitación. El reverendo Joe, por el contrario, tenía la cabeza tumefacta. La indignación le torturaba: el inocente ciego podía ser un impostor, un hereje o la misma encarnación de Belcebú. Recurrió entonces a una treta simple exclamando a todo pulmón: ¡Hablará este hombre! ¡Hagan silencio! ¡Que cada uno vuelva a su butaca! ¡Respeten esta Asamblea del Señor!

Asentí mansamente. Joe Tradiner volvió a repetir sus cantinelas monocordes: Loado sea el Señor Jesús que devolvió la vista a este ciego.

—Loado sea el Señor.

—Muchos son los que deberán ser curados hoy por Cristo. Y Cristo los curará. Loado sea.

—Loado sea.

—Cristo da luz a los ciegos. Fuerza a los inválidos. Sonido a los sordos. ¡Aleluya! ¡Aleluya!

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

—Que venga otro enfermo... Cristo lo curará. Loado sea el Señor.

—Loado sea el Señor.

—Que venga otro enfermo al escenario —insistió Joe Tradiner—. Sólo Cristo cura y yo soy su siervo.

—¡Que hable el hermano Manuel! —chilló una voz femenina.

—Respetemos esta Asamblea —insistió Tradiner—. Cristo quiere hacer milagros y curar. No alteremos el plan de Dios. Ha devuelto la vista a este ciego y otros merecen también el milagro.

—¡Tiene razón: Bendito sea el Señor Jesús!

—¡Bendito sea!

Algunas figuras hesitantes avanzaron por el corredor, temblaban sus bastones: los cojos insistían en alcanzar al reverendo. Pero la exigencia estridente no claudicaba: ¡Que hable Manuel! ¡El Señor le ha iluminado!

—Loado sea el Señor. Loado sea el Señor.

—El Señor me devolvió la luz después de tres años —dije arrebatándole el micrófono.

—Le ruego que descienda —Tradiner me oprimió imperativamente el brazo, empujándome hacia la platea. Pero no claudiqué:

—Esos tres años tienen un símbolo. ¿Por qué el reverendo Joe Tradiner se niega a escuchar?

—Ésta es una Asamblea para curar enfermos. Usted padece la emoción del milagro. ¡Descienda, por favor!

—El Señor me eligió con su benevolencia y debo transmitir sus palabras.

—¡Que hable! ¡Sí, que hable! ¡Que diga su visión! —y la multitud volvió a desatarse en exigencias.

Aferré el micrófono con las dos manos:

—El Cristo de la izquierda vestía ropas sucias y el de la derecha túnicas brillantes —dije—. El de la izquierda era el Jesús que nació en Belén y el de la derecha el Señor que presidirá la instauración del Reino. El de la izquierda me mostró la letra alfa y el de la derecha la omega. Eran dos Cristos, cuyos rostros son imposibles de definir, porque se parecen a todos los hombres, se parecen al del reverendo Tradiner —Tradiner se encogió—, se parecen al de algunos de ustedes, que distingo en la penumbra, se parecían incluso a mi misma cara, como si fueran un espejo. Y la voz que llenaba el cosmos insistía que tres fueron los patriarcas, tres las personas de la Santísima Trinidad, tres los años de mi ceguera y tres las venidas de Cristo.

—¡Blasfemia! ¡Aleluya! ¡Que hable! ¡Loado sea el Señor! ¡Silencio! ¡Horror! ¡Es el demonio!

Intenté sobreponerme al caos.

—Jesús trajo el mensaje del Padre. Su sacrificio concilió la primera Persona de la Santísima Trinidad con el producto de su Creación. El Cristo de la derecha, señalando el punto Omega, establece el reinado del Espíritu sobre el cosmos. Ésas son las dos venidas de Cristo reveladas: Padre y Espíritu Santo.

—¡Cállese! —gritó con los puños en alto Tradiner.

—La segunda venida de Cristo es la del hombre reconciliado con el hombre. Es el Hijo que completa la Santísima Trinidad, que se constituye en eje y en cemento, que tiende sus brazos en cruz del Padre al Espíritu, el abecedario que conduce del alfa al omega.

—¡Cállese! ¡Blasfemia! ¡Horror! —pataleaba Tradiner.

—Tres fueron los patriarcas, tres las noches de Jonás en la ballena, tres los días

que Jesús tardó en resucitar, tres las etapas del Señor, tres las personas de la Santísima Trinidad y tres las venidas de Cristo. Cristo está nuevamente con nosotros en su segunda venida.

—¡Loado sea! ¡Loado sea!

—¡No lo ignoremos! ¡Hosanna! ¡Hosanna!

—¡Cállese, loco! ¡Demonio! —escupió Tradiner; se le caían los anteojos por el dorso transpirado de la nariz.

—¡Hosanna! ¡Hosanna! —vociferaban las mujeres. Otras voces, en cambio: blasfemia; Lucifer; impostor; esquizofrénico; hereje.

Yo, francamente posesionado, retomé el micrófono: ¡Cristo está con nosotros! ¡No lo ignoremos! ¡Cristo es otra vez hombre y sufre por los hombres y con los hombres!

Tradiner no controlaba su furia. Tomó impulso y se arrojó contra mi espalda, derribándome a la platea. Extendí las manos, instintivamente: sentí un vacío horrible; enseguida me aplasté sobre hombros y cabezas. Una mano se incrustó en mi boca. Cuidado, carajo. Manoteé otras caras, muslos, algún abdomen. ¡Qué es esto, Dios santo! ¡Ay, me muero! Heridos, heridos, calma, mujer. Me apoyé en el dorso de una butaca y, pisando con disculpas otros cuerpos, alcancé el piso. Una anciana se había desmayado.

—¿Cómo estás?

—Bien, bien —contesté sacudiéndome la ropa—. Esta mujer. .. —la señalé— hay que sacarla afuera. Ya la sacaban sus vecinos.

—¿Cómo estás? —repitió la misma voz.

—Bien, bien... —giré y di con el rostro de Soledad.

—¿No te hiciste daño? —preguntaron sus ojos llenos de susto y preocupación.

—N... no —su aparición súbita era el verdadero milagro.

—¡Oiga! ¡Usted es un simulador! —gritó un petiso sanguíneo, con el puño en ristre, abriéndose camino peligrosamente hacia nosotros.

—Vamos —ordenó Soledad.

—¡No le permito! —contesté al provocador con más pose que convicción.

—¡Esto no es una feria! —prosiguió furioso—. ¡Ésta es una Asamblea del Señor! ¡Usted se quería burlar! ¡Usted es un infame! —la baba espesa se acumuló en sus labios trémulos.

—Vamos, vamos —empujaba Soledad—. Salgamos de aquí.

Algunos nos abrían paso. Otros lo querían obstruir. Nos empezaron a rodear las amenazas: ¡Satanás! ¡Farsante! ¡Anticristo! El petiso nos seguía dando voces, tratando de reclutar aliados, su boca desbordaba espuma.

—¡Usted es un negador de Dios! —le grité—. ¡Usted rechaza sus milagros! ¡Hidrofóbico!

—¡Vamos! —seguía empujando Soledad—. No hables. Vamos.

—¡Soy un siervo del Señor! —rugió nuevamente Tradiner sobre el escenario, pegándose al micrófono, con varios hombres y mujeres a sus espaldas—. ¡Fuera los perturbadores! ¡Ese impostor es un comunista! ¡Fuera! ¡Fuera de este lugar sagrado! ¡Fuera!

—¡Fueraaa! —rugió la feligresía hipnotizada.

—¡En el nombre del Señor! —remató Tradiner.

—En el nombre del Señor —consintió la multitud.

—Hijos de puta —masticué.

—Vamos, vamos.

Nos seguían centenares de ojos. Salimos. Había oscurecido. Me pareció emerger de una tumba o de un infierno. Los ruidos callejeros con sus disonancias anticelestiales me reconfortaron. Pasé la mano por mi nuca.

—¿Te duele? —repitió ella, solícita.

—Algo —me palpé los hombros, los brazos y las rodillas—. Fue un aterrizaje favorable, dentro de todo. Mañana dolerá más, pero no es serio.

—¿Ensayabas para una función de teatro?

—¡No fue ensayo! Fue honesto.

—¿Sí? ¿También honesto? ¿Sos el Mesías...? ¿Por qué lo hiciste?

—Es una pregunta difícil... Vi los afiches, entré, oí, de repente quise burlarme de ese charlatán, o darle una lección. Nunca me han gustado los estafadores o... —reflexioné por lo bajo— temo convertirme en uno de ellos; ¿vendrá de ese temor mi rechazo? ¿Y el temor no es muchas veces intuición?

—Pero él cree. O creen en él. Ayuda, reconforta. Ha venido mucha gente.

—Perdón... vos sos...

—No —dijo—. Yo asistí para acompañar a una amiga. No creo en esto.

—¿Entramos en una confitería? —propuse contemplando su perfil, que no se parecía decididamente a ninguno de mis dibujos prospectivos de adolescencia; tenía que hablar con ella antes de partir. Era el bálsamo.

Miró hacia atrás: aún se divisaban los afiches de Joe Tradiner fuertemente iluminados sobre la fachada del cine. Movié la cabeza: ¡Qué loco!

Tradiner anunciaba mi futuro porque seguramente él también, en secreto, pedía perdón a Dios, como yo ahora, bastantes años después. Típico marrano. Me había erguido contra su estafa, aunque —como todas las estafas— proveía una efímera ilusión de dicha a los engañados. Ayuda, reconforta, dijo Soledad. Pero yo quisiera tener la fuerza y libertad de entonces: para trepar al escenario desde donde otro Joe Tradiner, con artimañas de birlibirloque sutiles, estafa a Leubucó y al país, y desenmascararlo con sus mismos trucos, aunque fracase, aunque me derriben, aunque me escupan. Ése es el gesto mesiánico que llena el alfabeto desde el alfa al omega:

luchar y fracasar. Entonces se triunfa.

CAPÍTULO XI

MANUEL OLVIDÓ al viejo Diante, sepultado en su choza inexpugnable y enigmática.

Cuando se produjo la maravillosa lluvia de cubos aromáticos muchos años después, un hombre que se le parecía, con menos edad en la piel y ninguna cana en el cabello, se le presentó jubiloso, con el artefacto sobre la nariz.

—¡Éste es el milagro! —exclamó exultante.

Aquel viejo lustrabotas gris había rejuvenecido o se había encarnado en otra persona...

—¡Éste es el milagro! —repitió brincando grotescamente con sus piernas flacas.

Manuel escudriñó en el rostro barbado y en el cuerpo enjuto los rastros del misterioso fabricante de portentos que le había encandilado en la niñez. Los múltiples tonos de gris que antes lo identificaban, ahora se habían esfumado como la niebla bajo el sol: lucía rubia la barba, verdemar los ojos, negras las cejas y amarillas las ropas. En vez de una flor marchita en la oreja, portaba un cubo en el centro de la cara. Y su paralelepípedo gris lleno de botellas, cepillos y pomadas se transmutó en valija de empresario. Celebraba el suceso ruidosamente; se diría que era el más beneficiado: incluso su autor... El viejo Diante había trabajado en su gruta llena de flores viejas, de alambiques y braserillos que destilaban hervores poderosos, para burlar las leyes de la física y de la biología. Tal vez desde esa gruta partieron los aviones con su insólito cargamento floral. Diante era entonces el causante de la nueva locura masiva. ¿No había hablado de locos y muertos? ¿No dijo que los locos son seres que se olvidan de la muerte? Pues tornaba a todos en locos... o muertos, uniformándolos con cubos iguales. Él habló del tona antes que los antropólogos.

—A usted le llamaré Diante —advirtió Manuel.

—¡Diante! —rió el hombre, acariciándose la giba nasal—. ¡Qué nombre excéntrico!

¿Era de veras aquel misterioso lustrabotas que amaba las travesuras de los niños y odiaba la libertad de los pájaros? Manuel había sentido ya entonces su fuerza insondable y esotérica, su capacidad de rejuvenecer o reencarnarse, de volver. En su garganta ya había ardido el deseo de pedirle la transferencia de poderes, que de tenerlos, ahora usaría en dirección opuesta, destruyendo cubos.

Diante —porque era Diante: sus antiguos grises se bañaron en el arco iris, sus extremidades secas se llenaron de carne— le rogó a Manuel que aplicase sobre su nariz el prodigioso aparato. Manuel, hesitante como cuando niño, fascinado por el personaje enigmático, consintió; sólo por unas horas, dijo; hubiera preferido que mi segundo yo, mi tona, fuese un animal, como creían los indios, no un cubo. Pero lo calzaré sobre mi nariz. —

¡Son pétalos de flores auténticas! —replicó Diante.

Al inhalar su perfume, Manuel fue transportado en raudos soplos hacia distintas zonas del planeta. En esos momentos sus ojos se extraviaron. Olió el frío de las nieves acumuladas en los Andes y enseguida los pastizales húmedos y perennes de la pampa oriental, sintió el hedor de los pantanos litorales y la áspera sequedad de las regiones medanosas, se embelesó con la gramínea y los nogales y se sacudió bajo el contraste de apretadas madreselvas. Los aromas no sólo lo movilizaron en el espacio, sino en el tiempo, reproduciendo los instantes felices de su vida y prolongando su permanencia en los minutos de mayor gozo, inclusive aquellos junto al algarrobo de raíces gigantescas.

Cuando Manuel intentaba quitarse el artefacto incansable, éste acrecentaba el prodigioso suministro de aromas, de modo que su brazo debía realizar un gran esfuerzo para separarlo de la nariz e interrumpir el deleite. Los demás hombres, en cambio, proseguían sus tareas y su vida de relación bajo el continuo y extasiante influjo.

Manuel se resistió a entregarse, recuperando con testarudez su estado natural desprovisto de esos bienes. Si cuando adolescente aspiró liberar las nalgas humanas de los escorpiones motorizados, cuando adulto no apoyaría la sumisión a otro cepo, cualesquiera fueran sus tentaciones. Esos son ideales anacrónicos —se burló Diantre — ¡anacrónicos!

Algunas semanas más tarde, sorprendentemente, el aroma disimuló su presencia. Manuel revisó el artefacto, cuya cubierta de pétalo impermeable ni se había decolorido. Se alivió, creyendo que cesaba el tiempo de vida útil de los cubos: el mundo volvería a ser como antes... El algarrobo, los pájaros, la lucha... Lo instaló sobre la nariz e inició su trabajo cotidiano. Paulatinamente empezó a oír música: una música interior, profunda, sensual. Los sonidos se agrupaban en formas inusitadas y poderosamente atractivas. No se quitó el aparato durante el almuerzo. Siguió gozando esa música variada y posesiva a lo largo de la tarde. Tampoco se lo quitó durante la cena. Salió a caminar con la verruga implantada sobre la nariz. La música le transportaba en una blanda alfombra. Pero antes de dormir, firmemente empeñado en conservar su indómito poder de decisión, liberó su nariz y cesaron los sonidos. Experimentó el vacío acústico y la soledad; consoló su angustia recordando que aún estaba libre, rememoró su hazaña en el hipódromo pagano cuando destruyó automóviles succionadores y le rodearon las multitudes liberadas y reconocidas.

A la mañana siguiente decidió corregir su debilidad de la víspera, volviendo a quitarse el cubo durante las comidas e incluso por algunos minutos durante su actividad. Diantre es un brujo —se repetía—: no me dejaré esclavizar por él. La música acrecentaba la fascinación hacia esos momentos de clarividencia, intentando quebrar su voluntad.

—¿Por qué me opongo? —dudó con su almohada, cansado y tembloroso.

Contempló el artefacto sorprendente, lo alzó, lo hizo girar sobre sus dedos, raspó con la uña esa cubierta invencible, lo arrojó al suelo, saltó sobre él. Le dolió el pie y el cubo conservó su lozanía—. Parece sobrenatural: esto no es de hombres, no puede ser de hombres... ¡Viejo brujo! Ha transformado el tona de los indios en yugo de mis tiempos.

Después del desayuno lo recogió: te escucharé, demonio; te escucharé un año seguido; ¡sabremos si llegarás al hartazgo! Y se lo arrojó a la nariz.

Pero no oyó música.

—¡Lo he estropeado! ¡Conseguí estropearlo! ¡Por fin! —ex-clamó.

Corrió hacia sus compañeros: miren, no funciona más, no es indestructible.

Lo contemplaban asombrados.

—No funciona. Lo pongo sobre la nariz, así, ¿ven...?, pues no huelo perfumes, no oigo música, nada.

Pero empezó a oír versos... Flaqueó Manuel otra vez, más rápidamente. La imagen de sus compañeros se esfumó. Una poesía cargada de imágenes, que se redondeaba en ritmos y sugerencias maravillosas, le alejó de su obsesión de libertad. Esa noche se durmió con el aparato, oyendo en sueños los versos más hermosos. Jamás había dormido mejor. En el lavabo arrojó agua sobre su rostro sin quitarse el cubo, embobado por las visiones miríficas que las palabras creaban incesantemente. Cepilló sus dientes y se afeitó oyendo versos. Sus amigos celebraron su decisión de gozar definitivamente ese bien que se prodigaba a todos. Lo que no pudo el olfato ni el oído, consiguió la palabra, porque él era parte del Verbo. Es nuestro ángel de la guarda, repetían los teólogos; es la sublimación del tona, coincidieron los historiadores.

Sin embargo, la interminable serie de versos tocó la palabra libertad y Manuel, sacudiéndose, clamó a los agónicos recursos de su voluntad atrofiada. Recordó el añoso algarrobo y los pájaros... los pájaros que habían sido muertos por Diantre y sus silbidos. Su brazo cargaba más peso del que podía vencer. Lentamente recorrió el espacio sideral que le separaba de su nariz. El pulgar se apoyó sobre el cubo, intentando despegarlo. El cubo acrecentó la belleza de sus versos, sepultando con miles de metáforas la palabra libertad. El pulgar se empeñaba en derribarlo. Manuel sentía un intenso dolor en la piel de su nariz, donde el cubo había comenzado a adherirse. Con empeño logró separar una parte: otro empuje y lograría expulsarlo.

Cesó la poesía: creyó que había desconectado el aparato. Descansó un poco antes de arrancarse con un último golpe ese arácnido geométrico. Pero oyó una voz honda, que era como la que le llegó en el útero y también después, cuando entreabrió los párpados y sintió el puñal de la luz. Le dijo: Manuel, Manuel, conocerás el Juicio Final, Manuel.

—¿Ya he muerto acaso? —replicó mezclando sorpresa y rabia, sabiendo que un

efluvio aromático muy tenue lo continuaba sujetando.

—Para designar tu muerte será preciso acuñar una nueva palabra, Manuel — insistió Diantre.

—¿Por no querer romper con la libertad? ¿Por resistirme a esta enajenación alegre...? No: me desespero por volver a ser yo mismo, aunque me torture la soledad, aunque me consideren el único loco. Desclavaré este cepo de mi nariz. ¡No lo quiero! ¡Fuera, viejo brujo! —Manuel lloraba.

Un pétalo de rosa se fijó en el aire, delante; sus bordes empezaron a dilatarse; el pétalo se convertía en sábana, en pared roja; por último en una pantalla tersa y magnética donde se proyectaba el Juicio Final. Manuel enmudeció contemplando la escena bucólica que reproducía al Paraíso. Los gansos alborotaban como niños contentos alrededor de la pareja humana. Un águila peinaba con sus garras brillantes la espesa melena del león. El caballo lanzaba su poderoso chorro de orina mientras un círculo de alondras festejaba su energía. Ese Paraíso se adecua al ideal del chacarero, advirtió Manuel. Entonces los árboles se inclinaron y las fieras respetuosamente abrieron camino a la pareja.

Una ovación saludó su paso inocente. Los animales se esfumaron. El espacio giró violentamente alrededor de un algarrobo titánico. Corrió deprisa una larga historia iluminada por rayos, sucediéndose como parpadeos las centurias y las edades. Los muertos que habían sido depositados en la Antártica —frigorífico impresionante de cadáveres que se acomodaban mejor con cada nuevo terremoto—, empezaron a resucitar.

El Juez apareció sobre un armiñado estrado de nubes. No tenía rostro. Hombres y mujeres avanzaban cabizbajos, sonriendo con timidez. El Juez los separó: redimibles y condenados. De sus ojos no brotaban lágrimas; ellos no cerraron los puños ni levantaron la cabeza ni endurecieron el ceño. Una lluvia tenue y gris mojaba sus hombros, que empapados, empezaron a brillar. Los aplastaba el temor: en gloria o en infierno, compraban continuamente migajas de seguridad. Ésa era la masa que Manuel pretendía acaudillar hacia la liberación, en su fisonomía sumisa...

La cámara enfocó luego un grupo de flores blancas comprimidas en un vaso azul, que hacían reverencias sobre un altar. Junto al altar rezaba un hombre profundamente concentrado. El templo emanaba vapores de silencio. Muy lejos, tras los muros, seguía marchando la multitud.

—Dios mío, Dios mío —murmuraba el devoto.

La pantalla enfocó la mano del Juez, que se crispó, cayendo pesadamente sobre la mesa plateada.

—¡Condenado! —falló.

—¿Por qué? —preguntó Manuel con desconcierto.

—Busca la Divinidad dándole la espalda —explicó Diantre con ironía—. Eligió

el camino más fácil y cerrado: aislarse en el templo junto a un altar convertido en el bote salvador del naufragio. Dios está en el prójimo y él lo ignora. Desprecia a Dios: ama el confort solitario y evasivo.

El religioso clavó sus uñas en el paño lactescente, disconforme con el juicio. Llamó a Dios, pero Dios, a sus espaldas, caminaba sin poderlo oír.

El templo se achicharró devorado por el fuego. Se transformó en una pelota roja que giró violentamente, hasta desprender los pétalos de las flores blancas que se mutaron hacia el azul. La pista quedó vacía, la pantalla, roja.

—Le falta solidaridad, Manuel. Reflexiona si no es tu caso —sonrió Diantre maliciosamente.

—¿Mi caso...?

—Por ello serás juzgado, Manuel —insistió el taumaturgo, sin resolver el misterio.

Manuel se desvaneció y también su cuerpo fue absorbido por la pantalla. En el centro de la pista, solo, quedó expuesto y acondicionado para un sacrificio ritual. Al recuperar la conciencia aceptó ser como los otros, porque —le habían inculcado— ningún Mesías ha podido cumplir su misión redentora antes de encarnarse en uno de los oprimidos. Con la perfumada verruga sobre la nariz, Manuel ingresó en la multitud uniforme. Diantre logró su propósito.

CAPÍTULO XII

ALBARICONTE... Albaris

Albarato

Albarián

Albariconte, Fernando.

Buscaste su número telefónico: habla Héctor Célico, de Leubucó; quería...

—¿Héctor Célico? ¿El hijo de Lorenzo?

—Sí.

—¿Cómo te va, muchacho? Tanto tiempo sin vernos. ¿Estás en Buenos Aires? —
la misma voz gruesa, cálida y jovial de ocho años antes.

—Sí; en Buenos Aires. Deseaba visitarlo; en fin, conversar con usted.

—Encantado, amigo, encantado. ¿Viniste con tus padres?

—No, solo.

—¿Cómo están ellos?

—Muy bien, como siempre.

—¿Cuándo aparecerás por mi casa?

—Cuando usted diga, en algún momento libre...

—El momento libre no existe, muchacho... Es una alhaja del interior que aquí se
desconoce. En cambio puedo incorporarte a otros momentos ya comprometidos.

—No tengo inconveniente.

—Uno grato: por ejemplo, la cena. ¿Te va bien esta noche?

—Muy bien.

—¿Estás lejos de mi departamento?

—No.

—Bueno, te espero a las nueve.

La depresión que te causaron las propuestas extendidas por el encargado de relaciones públicas de la Editorial se evanesció ante la perspectiva de ese reencuentro con Albariconte. Tu estadía en Buenos Aires parecía enriquecerse. Hacía ocho años que no lo veías, desde aquel viaje que te pagó la Independencia como primer premio del concurso poético. Aquella vez Albariconte acarició tu cabeza y te contempló con ojos profundos: sentiste un escalofrío. Después confesó a tu padre que le habías impresionado muy bien.

Llegaste a la calle Alsina. Descubriste el número parcialmente visible sobre una chapa descascarada: un edificio gris con las puertas abiertas; entraste en el breve y húmedo corredor. Un ascensor estrecho y anticuado se balanceó en su marcha vertical como un canasto. Te enfrentaste a varias puertas. La de Albariconte lucía una tarjeta. Llamaste.

—Quién es.

—Héctor Célico.

Giró la mirilla: viste su ojo. Enseguida se hundió la puerta. El vano se llenó con una esfera impresionante: bienvenido, muchacho.

Quedaste perplejo. Cambiaste de mano el portafolios.

—Adelante; los hijos de Leubucó alegran mi casa. Adelante —extendió la diestra, ancha y caliente.

Fernando Albariconte había engordado muchísimo. Su cabeza era una masa redonda adherida a otra masa redonda mucho más grande. El conjunto repelía: causaba espanto; también asombro. Únicamente sobresalían la frente bilobulada sobre la que podía refractarse el sol, como la de Moisés, y sus labios delgados, que contrastaban con los espesos contornos. En unos segundos su mirada risueña y bondadosa —la misma mirada— te colmó de una inexplicable simpatía.

El recibidor, muy pequeño, desembocaba en su estudio atestado de libros. Se comprimió en una butaca.

Hiciste un veloz examen de los anaqueles vencidos por el peso de los volúmenes. El olor a humedad se había combinado con el de

tinta y papel. Las hileras de libros se prolongaban hacia el corredor y una habitación vecina. Albariconte adivinó tus pensamientos: todos leídos, dijo, y marcados. A la postre, exclusivamente papel, demasiado papel que se copian ideas de página a página. Moriremos ahogados en papel, muchacho. Si no se adoptan medidas urgentes, entre ellas el aprendizaje a nadar sobre papel, la humanidad perecerá ahogada, inevitablemente.

No supiste qué contestar, pasmado aún por su metamorfosis física.

—Bueno, ahora me dirás qué estás haciendo en Buenos Aires.

—Vine a conversar con una Editorial...

—¿Para que publiquen tu novela?

Su acierto te confundió.

—¿Cómo lo sabe?

—Dispongo de una red eficiente. Red de espionaje.

Tienen una red de información propia. Esa empresa es..., ¿cómo podría explicarte? Es un estado; eso es: un estado; con gobierno, policía, prensa, espionaje, todo, había afirmado tu padre.

—Entonces conoce el resultado de la entrevista.

—Hasta ahí no. ¿Es bueno? —alzó un paquete de cigarrillos y te lo ofreció. Luego extrajo uno.

—Desconcertante.

—En el mundo de los negocios nada es desconcertante, muchacho. Pero veamos: ¿qué te sorprendió? —la nube de humo ocultó su mirada.

—Dos proposiciones: que la Intendencia de Leubucó adquiera la mitad de la edición al precio de tapa o que la pague íntegramente.

—Claro; no te rechazaron... Los autores noveles no son redituables; quieren asegurarse, nada más —miró hacia el cielo raso.

—Pero...

—Has sufrido un pequeño golpe. Enhorabuena: ya has comenzado a ser escritor —chupó hondamente el cigarrillo.

—¿Qué me aconseja?

—Primero debería leer tu novela —lanzó una bocanada que le envolvió la cara, donde hubieras podido descubrir sus enormes deseos de ayudarte en ese amargo momento.

Según tu padre, Albariconte era ya una persona de gravitación en la poderosa Independencia. Escribió unos libros cuando joven que fueron bien considerados, aunque no le alcanzaron para vivir. *Por eso debes recordar que el arte sólo sirve para morir de hambre y de lágrimas. Dicen que sigue escribiendo, pero no publica: se ha consagrado a la Independencia y a su abdomen.*

—¿Usted se tomaría el trabajo de leerla?

—Yo mismo lo sugerí.

Confiabas más en él que en el Patriota, quien no sólo te embarulló con consejos, sino que te ofreció un maldito prólogo de quince páginas que no pudiste rechazar. Abriste el portafolios y sacaste la gorda carpeta.

Leyó la primera hoja y dejó correr el resto.

—Veremos qué se puede hacer...

—Si le gusta —te cubriste.

—¿Se hace el modesto, che? —alzó el manuscrito y lo introdujo en un cajón del escritorio—. Lo leeré con interés. En fin, hablemos de otra cosa.

—¿Hace mucho que no viaja a Leubucó? —dijiste, pensando en la plantación de rosas.

A Leubucó habían regresado Soledad y su hijo, provocando un alboroto de comentarios, en los que todos se impacientaban por demostrar la certeza de sus propias predicciones. El hijo de Albariconte, especialmente, concitó morbosas especulaciones y durísimas críticas.

Albariconte deshizo con la mano una molesta pared de humo que le ocultaba, miró con los mismos ojos hondos, marrones de tierra y melancolía que te estremecieron años atrás: Héctor —su voz tembló ligeramente—, te agradezco que hayas venido a verme... Como si tu visita rompiera una condena y un aislamiento.

Aún no lo percibías claramente, cayendo de sorpresa en sorpresa.

Molesto por ese quebrantamiento repentino, se incorporó. Oíste el quejido de sus articulaciones sobrecargadas; su redondez se amplió: era un globo peligroso que podía desmoronar las paredes. No salías de tu asombro.

—¿Te gustan los mariscos?

—No es un plato frecuente para mí.

—Estás enviciado por las parrilladas de Leubucó; ignorás la existencia del mar.

—El único mar que conozco es de pastos, y cuando llueve, solamente.

—Si no, mar de arenas: correcto; eso es Leubucó... ¿Aceptarías una cazuela de mariscos? Para educar el gusto...

—Acepto.

—Entonces iremos en su busca. A cuatrocientos metros la preparan de una manera excelente —se pellizó la flácida mejilla.

—Ahora entiendo —ironizaste—; usted vive aquí por la cercanía de este restaurante.

Gumersindo Arenas redactor de *Horizonte*, poeta gauchesco y productor de los cactus más gigantes del país, dijo en varias ocasiones que Albariconte era el único habitante de Buenos Aires que memorizaba una guía completa y actualizada de los mejores comedores porteños.

—Bueno... Conocí a su actual propietario en Mar del Plata hace una década, cuando yo perseguía con entusiasmo a una hermosa princesa cuyo maligno padre, para alejarla de mi amor, la envió hacia allí escoltada por una viejecita con fama de bruja y corazón de manteca... Ese gastronómico nos invitó a Soledad, la princesa, y a mí, el perseguidor, oportunamente, auxiliando mis magros recursos. Nos comentó que ansiaba instalarse en el centro de Buenos Aires. Los platos que cocía en su departamento alquilado certificaban una alta capacitación culinaria. Recordé un local donde iba a quebrar una papelería. A mi regreso oficié de intermediario, dándole mejor destino. Una forma de gratitud... Al remodelado, lo bautizó *Siete mares*; mares de comida, no de papel. Hay que combatir el papel, ya te dije. Buena conducta es reemplazarlo por comedores.

—Y se benefició usted mismo; tiene el restaurante a un paso.

Celebró tu discreta ironía.

—Te equivocas; busco siempre platos distintos y mejores; soy un nómada. Sin embargo, en *Siete mares* se come muy bien, con la ilusión de viajes, corsarios, tesoros escondidos: un portento.

—¡Usted se comería el océano! —continuaste la fisga.

—Tal vez, pero de a poco, pibe; de a poco. Esta noche solamente cazuela, ¿eh? Mi barriga es una bordaleza, pero no ha perdido la educación.

—Entonces una cazuela pequeña... porque es de noche.

—No, pequeña no: como Dios manda. La cazuela de mariscos vi-vi-fi-ca. Es una bandeja enjoyada, patrimonio de un maharajá. De día o de noche, comer hace bien. No te rías. Grandes platos, grandes comidas. Comer es el único deporte natural y lógico del hombre; una gimnasia del placer y de la fuerza. Los regímenes balanceados atentan contra un magnífico atributo, dañando nuestras papilas

gustativas; es una sobreprotección a nuestro cuerpo que mutila sus capacidades de defensa. El hombre no es un animal de reproducción para ser criado según las pautas de los concursos organizados por la Sociedad Rural. Eso es indigno. No debemos olvidar, Héctor, que el hombre se diferencia de los animales porque a la comida la jerarquizó de necesidad primitiva en goce superior, de exigencia biológica en compañía feliz de los acontecimientos que jalonan la vida. Y espero no tener que hablar mucho para convencerte de estas perogrulladas.

Apareció un ancla de neón envolviendo las palabras *Siete mares*. Albariconte empujó la puerta vaivén. El amplio recinto estaba completo.

—Aguardá que nos descubra el dueño: nos ubicará enseguida... Allí está. ¿Viene? Sí, ya me vio.

—¡Buenas noches, Albariconte! —le saludó con euforia secándose la calva—. ¡Encantado de verle por aquí!

—Maestro de paellas... —Albariconte hizo una solemne reverencia—. Le presento a un amigo de Leubucó: Héctor Célico.

—Bien venido, joven —te sacudió la mano.

—¡A lucirse viejito! —exclamó Albariconte cambiando de tono—. Le he prometido algo inolvidable; por eso lo traje aquí.

—Lo que ordene, Fernando —se cuadró el anciano figonero; después, mirándote, añadió con un guiño—: Cada vez más flaco este producto del campo de concentración ¿no?

—Basta de charla —protestó Albariconte—. A mostrar la eficiencia. ¿Qué puede traernos de entrada?

—Algo para adelgazar o...

Albariconte frunció la frente.

—¿Para adelgazar? —se indignó—. Pero ¡si estoy a dieta, hombre!

—Podría ser...

—Mire, Neptuno —Albariconte le aplastó su manaza sobre el hombro—; una cazuela de mariscos como plato fundamental: adecue el prólogo y el epílogo; me gustan las sorpresas.

Curiosa manera de ordenar, Héctor, porque Fernando Albariconte no era un gourmet. Tardaste un poco en comprender su curiosa y casi inverosímil estructura, hecha de esperanza y escepticismo, piedra y arcilla, fuego y lágrimas.

—¿Qué está escribiendo ahora?, dicen que siempre escribe.

—Así es: siempre escribo. Entre otras cosas, reúno material para una historia del *Erúctary Club*.

—¿*Erúctary Club*?

—Sí, es una institución que nació en la provincia de Córdoba y en poco tiempo adquirió una difusión notable. ¿Nunca la oíste nombrar?

—No.

—Está inspirada en otras entidades de servicio; incluso sus nombres las evoca ¿verdad? Pero mientras éstas son primordialmente centrífugas, procurando fumigar alrededor con obras de bien público, el

Erúctary es centrípeta. No obstante, esas entidades que benefician a la sociedad, también hacen obra hacia adentro: sus integrantes se ayudan, festejan y alegran; o sea su acción centrífuga tiene un equilibrio centrípeta. En el Erúctary Club, la actividad fundamental, dije, es centrípeta, pero se equilibra con la centrifugación del eructo: comida y placer hacia adentro, aire y pestilencia hacia afuera.

—¿Usted es miembro activo?

—¡Activísimo! Fui aceptado en el primer examen.

—¿Cómo es eso?

—Basta saber ingerir mucho y efectuar un eructo que dure cinco segundos por lo menos; cronometrados, desde luego.

—Asqueroso —reí.

—¡Qué...! ¡Un espectáculo, hijo!... Pensá en la variedad de sonidos que se logra emitir con los eructos: las combinaciones de color, los ritmos, los ascensos y descensos arpegiados, progresivos o violentos, el suspenso, las descargas explosivas, los ronroneos agónicos el hipado espasmódico, el rugido burbujeante... En el examen de admisión se graba la demostración del candidato, que luego, si se le aprueba, es archivada. Hemos formado una «eructeca» preciosa. En serio. A ella recurren estudiosos de la música y compositores de vanguardia; es un material único, de gran valor.

—Increíble...

—El eructo es la catarsis del estómago, muchacho. La civilización ordena reprimir todo, incluso debemos tragarnos el aire. Un buen eructo, en cambio, quita algo del mal humor... Imagínate una confesión religiosa colectiva en la cual cada persona hace oír, no a Dios sino a sus vecinos, toda la porquería acumulada en su humana conciencia. ¿Lo podés imaginar?... Algo no marcharía ¿cierto? Porque a esa catarsis le falta un elemento básico. ¿Cuál, Héctor?

—No se me ocurre...

—¡La alegría! Le falta alegría, peca por solemne, por estúpidamente dramática. El eructo colectivo, en cambio, luce la limpia travesura de lo natural e ingenuo. El hombre recupera picardía y sentido de la farsa. El libro que escribo... volviendo al tema, es un relato autobiográfico del proceso que me llevó a ese Club. El eructo hace la ablución del alma, nos deja tranquilos y entonces hablamos. Riéndonos, comiendo, eructando siempre. Si entrás en el salón con tardanza, cuando ya ha empezado la alborozada ingesta, creés estar a orillas del mar, con olas que revientan en los acantilados del maxilar y salpican el aire. Es una orquesta en actividad apasionada,

con briosos solistas y frecuentes tottos que hacen temblar los cristales...

—¡Llega la comida! —anunció el solícito propietario del restaurante, acompañando al mozo que cargaba una ancha bandeja.

—¡Magnífico! —Albariconte desplegó la servilleta, se la ató al cuello y contempló la fuente con voracidad. A nutrirse, Héctor.

El júbilo se fue apagando hacia el final de la cena. La superficie brillante y juguetona de tu anfitrión, parecida al cabrilleo del mar, cubría masas densas y oscuras pobladas por experiencias y obsesiones invencibles.

Te invitó a beber el café en un bar al paso. A través de sus modulaciones y, más adelante, de sus palabras, empezaste a explorar profundidades marinas. Te sugirió regresar a su departamento: le sobraban vinos y licores. Con demasiada prisa te dejaba cruzar la frontera de un Fernando Albariconte hacia otro Fernando Albariconte, como si te empujara de un rutilante mundo de luz hacia un bátrato inquietante y lóbrego. Esa misma noche, mientras te extendía una copa, tras su brindis hizo referencia a los zombies. Surgieron de pronto, como un ejército avasallador. Con ellos se deshizo el ingenuo encanto de la cena: la profundidad oscura repudiaba la espuma feliz de la superficie.

Los zombies se nutren con el látigo, Héctor. La dura cinta alimenta sus espaldas: también sus cabezas, muslos, vientres. Están siempre desnudos. Sus cuerpos mecánicos sin sangre roja ni linfa blanca han olvidado el estremecimiento de la vergüenza y la jerarquía de la intimidación. Trabajan, identificados por su número, haciendo chirriar articulaciones que se lubrican únicamente con el rocío. Son instrumentos productivos sin bulbos olfatorios ni papilas gustativas. Han sido recuperados de la muerte estando muertos, inmortalizando el cadáver sin resurrección. Huesos eternos recubiertos por capas secas, también eternas, donde el látigo puede trazar los dibujos de su eterna ambición dominante. Las manos horribles, sin expresividad ni sensorio ordenan conservas, transportan hortalizas, clasifican frutas, trozan carnes y empaquetan especias. Luego distribuyen, mezclan, coccionan. El planeta entero se inunda. Y cuando el látigo manda, los zombies sin olfato ni gusto ni visión ni oído ni tacto ni conciencia, ingieren mecánicamente en sus bocas acartonadas, empujando hacia los tubos negros de su interior los enormes depósitos de su incomprensible trabajo perpetuo.

CAPÍTULO XIII

AZUCENA IRRAZÚRIZ devoró la Antología Poética con que la obsequié. Los versos parecían contar su propio romance, tejido con anécdotas delirantes, y su inmersión en un mundo de maravillas. Me conoció en la pubertad, allá lejos, en la salada laguna de Carhué. También en Carhué nos encontramos cinco años más tarde. Después se interpuso un largo signo de interrogación ocultando años decisivos.

El comienzo puede establecerse, en efecto, junto a esa plancha metálica de aguas densas donde flotan hasta los que no saben nadar. Viejos y niños se alegran embarrándose con un lodo presuntamente salutar. Y las duchas se encargan de eliminar las costras de minerales que permanecían adheridas a la piel. Por las tardes, con ropas limpias se sale a pasear en torno al lago respirando su olor desagradable que, a fuerza de sugestión, alegra a los turistas reumáticos. El horizonte liso engullía al sol en las inolvidables fogatas del crepúsculo, cuyas llamas se confundían con las de los incendios provocados por los malones que asestaba el cacique Namuncurá al frente de sus huestes aulladoras.

Separados del grupo que conocimos en el hotel, con toda la cursilería sentimental de un proceso tan antiguo como la creación, contemplábamos las nubes coloreadas o el brillo de la laguna. Ella denunció con el índice al bañista fanático que jamás volvía antes de la noche. Le propuse salir a caminar, porque regresaban los intrusos. Conversamos a lo largo de la calle que bordeaba la costa.

El camino se rompía a veces hacia la barrosa pendiente. Ingresamos en uno de tantos precarios muelles y corrimos sobre sus maderas húmedas y sonoras. Nos apoyamos en el pretil, reflejando

nuestras caras sobre la superficie del agua espesa. La brisa elevaba gotitas refrescantes. La contemplé fijamente; ella se extrañó y de pronto soltó una carcajada molesta.

Le ofrecí la mano, pero Azucena prefirió correr nuevamente, haciendo gritar las maderas. La perseguí hasta darle alcance, atrapándola por los hombros: se contrajo. Su boca se había secado. La solté y reanudamos la marcha. Media esfera de sol había desaparecido. Descubrimos una obra en construcción: es un puente, Fernando, dijo Azucena. No, es un corredor subterráneo que unirá ese hotel con la playa, corregí. Atravesamos un pequeño muro de ladrillos sin revocar aún, rodeamos un pozo de cal, descendimos por una escalera de hormigón. El corredor húmedo y breve nos encerró. La abracé por la cintura, con inseguridad y torpeza; la giré rápidamente y pegué mi boca sin precisión en alguna parte de su cara. Fue un segundo de perplejidad. Salimos a la playa en silencio. Las olas se revolcaban incestuosamente. Ella miró hacia un lado y yo hacia el opuesto, sin saber qué decir. Pero los relieves del cuerpo de Azucena se grabaron sobre el mío. Necesitaba romper el bochorno que nos paralizaba. ¿Volvemos? Azucena caminaba siempre adelante: le veía el cabello

suelto, la espalda frágil, la cintura estrecha. En el centro del húmedo corredor se detuvo: sus ojos celestes se aproximaron. Con una alegría súbita la abracé, siempre con apuro, como si alguien fuera a descubrir mi mala acción. Y nos despegamos enseguida, asustados. No nos habíamos tocado los labios, adhiriéndonos por cualquier parte con impericia y temor, como náufragos en peligro.

Cinco años pasaron hasta el reencuentro, también en Carhué. ¿Hace mucho que llegaste, Fernando? Sólo dos días, informé alegremente, proyectando jornadas de escorrozo e idilio. Ella, entristecida y censurante: mañana me voy.

¿Ya?, no puede ser. Todo pasaría rápido. Sólo tuvimos tiempo para conversar; ella se recibía de maestra y yo de bachiller. Sí, yo ingresaría en la Universidad. Ella no, Leubucó estaba lejos, sus padres,

muchos inconvenientes; yo estudiaría Derecho en Buenos Aires, pero mi vocación eran las letras. Ella se entusiasmó: sí, que escriba, que publique libros, es hermoso. ¡Nos escribiremos, Azucena!, decidí oprimiéndole ambas manos. Melodramáticamente. A ella se le saltaron las lágrimas: ¿por qué tendrá que ser tan cruel el destino? ¡Encontrarse el último día! Sí, nos escribiremos.

Después recorrí el túnel que ya no decía una palabra de aquellos ardores de pubertad. Otras chicas me depararon emociones más actualizadas. En Buenos Aires recibí una edulcorada misiva de Azucena con un poema A la laguna testigo. Halagado, le contesté. Volvió otra carta más apasionada. Exclamé, esto se está poniendo lindo... o feo, advirtió Valentín, mi compañero de pensión. Escribí con tardanza, entonces. Ella me reprochó veladamente. Ya no contesté. Me envió más versos y más cartas suplicantes. Recriminado por Valentín, llené unas hojas acerca de que el amor por correspondencia no tenía sentido, que no nos conocíamos bien, que las ilusiones llevan a desastres, que sólo podíamos mantener una relación de amistad. Azucena aceptó la amistad. ¿Viste?, dijo mi amigo: ahora no te soltaré. Decidí no responder a ninguna de las numerosas cartas y poemas que me siguió escribiendo con increíble tozudez durante un año, hasta que se rindió al cansancio. Azucena pensó seguramente que yo era un aprovechador, un mentiroso, un estúpido. Y también pensó que me había mudado o me había muerto: eso ocurre con quienes no contestan las cartas. De modo que se sobresaltó cuando mucho tiempo después me vio en la confitería El Médano, de Leubucó. En un santiamén recordó Carhué, el túnel, las aguas barrosas y saladas, los precipitados besos, el reencuentro, el calor de mis grandes manos encerrando sus asustadas manos pequeñas, la primera carta, la última, tan seca y aconsejadora, sus escondidas lágrimas de desilusión. Se sonrojó: ella abrió su sentimiento, me regaló poemas... deseó mi muerte.

Yo conversaba con los jóvenes aglomerados junto a la barra. ¿Qué hacía en Leubucó?, se preguntaba con susto.

Azucena fue invitada a bailar. Se enlazó a su pareja. Sobre el hombro del

compañero oteaba con inquietud. Nuestros ojos se rozaron, ella apartó los suyos. El director de la orquesta detuvo abruptamente la música: los instrumentos fueron callando en forma sucesiva y anárquica.

—Un momentito, un momentito —exclamó con los brazos en alto y la sonrisa pletórica de dientes—. Está con nosotros, en esta inolvidable noche de El Médano, un corresponsal de la gran revista argentina *Prospectiva*. Acaba de llegar a Leubucó para conocer nuestra vida, nuestro sentir, nuestras esperanzas y nuestras alegrías. Para él un aplauso grande. Así... más fuerte... ¡más fuerte!... Que el reflector lo señale... Muy bien... ¡Sigue la músicaaa!

Encandilado por el cono de luz, saludé con el vaso a medio beber, inclinando la cabeza. Gracias... gracias... Quienes me rodeaban se apartaron primero y después me cercaron con preguntas. Había sido descubierto por el showman de la orquesta y ello me quitaba las ventajas del incógnito. En efecto, venía para escribir una nota sobre aquella apartada localidad pampeana erigida por inmigrantes sobre los escombros del legendario imperio ranquel. Y también dispuesto a divertirme. Las mejillas de Azucena se ampollaban. Volvimos a mirarnos. Ella aumentó su bochorno.

«La confitería El Médano —escribí en mi artículo—, tímidamente oscurecida, ofrecía por una entrada al alcance de bolsillos livianos una primera consumición gratis; una orquesta estrepitosa cuyo enérgico director remendaba las deficiencias de los músicos intercalando gags; abundancia de viajantes de comercio ansiosos por quebrar la rutina de sus jornadas con una aventura sexual; mujeres maduras que retribuían al galán de una sola noche con una abrumadora tormenta erótica. También se colaban adolescentes lanzados como carabelas a la conquista de un mundo encantado; los mayorcitos obtenían algunos éxitos que después se ventilaban en la esquina o en el descanso de un precario partido de fútbol. Muchas madres aterrorizadas por las amenazas de soltería que acechaban a sus

hijas, las llevaban al baile controlando sus desplazamientos en la pista. Alrededor de la barra se aglomeraban los clientes de El Médano amigos del barman y de los mozos; desde allí podían *junar el ambiente*, descubrir las más bonitas o más fáciles. Las jóvenes duras o las viejitas jugosas, según ánimo o proyectos; también desde la barra podían lucirse mejor de cuerpo entero, revelando aplomo, elegancia y la cualidad más compleja y cotizada en todo el país: *piolura*.»

La abordé: sus compañeras me desnudaron con veracidad. Azucena temblaba.

Giramos dificultosamente, gratamente comprimidos entre las parejas apiñadas. Nuestras bocas estaban junto a las orejas.

—¡Qué alegría encontrarte, Azucena! ¡Después de tantos años!

No contestó, su cuerpo se había puesto rígido.

—¿Estás enojada?

La música *detonaba* ensordecedoramente.

—Podrías decirme algo...

Ella intentó demostrar dominio de sí misma, pero su voz salió quebrada.

—E... estudias... Derecho ¿no?

—¿Estudiar? Hace tiempo que no rindo una materia. Ingresé en esta revista para comer. Tengo que trabajar. No se puede hacer todo.

Yo creía...

Nos contamos episodios breves, luego salpicamos algunos reproches, permanecemos abrazados una hora, yo gozando su perfume, ella sintiendo con menos pudor mi virilidad. No me escribiste más; me mudé y no recibí cartas tuyas; mentiroso; tenés que creerme; podías haberme avisado que venías a Leubucó; pensé que me odiabas; ¿viste? te denuncias; ¿me denuncio? seamos amigos como propusiste... sí, seamos amigos, te extraño,

Azucena; mentiroso; ya me dijiste mentiroso. Apoyé mis labios en la mejilla, ella se espasmódizó, intentó separarse, volver a la mesa, la retuve, ella se aflojó, nos estrechamos; mientras, sus amigas comentaban con envidia y ardor. Al día siguiente caminé hasta la casa de Azucena y le regalé una Antología Poética: no se me ocurrió mejor obsequio para quien ama tanto los versos.

—Fernando.

Un beso rápido e inocente en la blanda luz del zaguán marcó nuestra despedida. Azucena comprimió el volumen contra su pecho; se había desgarrado la nebulosa, todo era transparente: ella protagonizaba una prodigiosa historia de amor, larga y accidentada, que el destino enhebraba con belleza.

Yo, en cambio, en la librería había descubierto a Soledad. Azucena volvería a la sombra por un lapso relativamente breve.

CAPÍTULO XIV

LAS NUEVAS JERARQUÍAS reconocieron en Manuel cualidades meritorias. De modo que le impulsaron a ascender. En el trayecto fue adquiriendo un amplio conocimiento para sus futuras labores de mando. Pero simultáneamente iba perdiendo la voluntad, el arrojo y la rebeldía que caracterizaron su personalidad anterior. Comprobó un curioso desdoblamiento entre su saber y su poder, con un rápido y fabuloso acrecentamiento del primero a costa del último. Nació una angustia profunda y silenciosa que le acidulaba permanentemente la garganta. Su actividad, empero, desprovista de resortes espontáneos, no sufrió mella: el sistema había ganado un excelente ilota. La angustia no repercutió en sus manos ni en sus ojos: Manuel, al cabo de meses, sólo notaba cambios en sus genitales, expresión de la tortura que padecía su conciencia tenaz.

No se quitó de la nariz el perfumado artefacto que había caído del cielo: era su instructor. Ya sabía que ese cubo construido con flores tenía cualidades incontrovertibles y existían tantos como habitantes en el país, uno para cada hombre, como si fueran ángeles de la guarda según los teólogos, o *tonas*, según historiadores y antropólogos. Cada ser humano, impuesto de las ventajas que proveía este aparato protector y apuntalante, lo convirtió en su confidente y también en su objeto de amor. El cubo le acompañaba hasta su muerte, con una entrega absoluta de héroe y mártir. Cada hombre, en retribución al bienestar que ese complejo de pétalos le ofrecía, confiaba sus secretos.

Todos mantenían un contacto permanente con su *tona*, informándole e incluso consultándole por decisiones nimias. Gracias a él se elegía el mejor camino y para él se acumulaban méritos. El cubo recibía los datos mediante un fantástico conjunto de dispositivos receptores que almacenan las informaciones en pétalos perforados, cintas y discos magnéticos, nódulos impresos, polen diferenciado y otros mecanismos. Los receptores mantenían una conexión directa con los sépalos. Éstos formaban cálices: unidades estratégicas que cumplían la formidable tarea de traducir, compilar y ensamblar los datos suministrados por millares de cubos. Los cálices a su turno convergían en centros de decisión secundarios encargados de transferir las informaciones colectivas a la memoria de largo plazo, poner al día las situaciones de comunidades enteras, codificar y simplificar matemáticamente los impresionantes oleajes informativos, y reordenar sus propios programas según la estrategia emanada del Pistilo Central instalado en la Gran Corola. Los centros de decisión, ya impuestos de las inapelables resoluciones adoptadas por el Pistilo Central, enviaban —en el camino de retorno— sus respuestas a los poselaboradores, encargados de procesar la decodificación. Las señales se distribuían por último a los efectores de cada ángel, encargado de provocar en el individuo sensaciones, percepciones, ilusiones y actos físicos acordes con el ajuste determinado por los más altos niveles del sistema. Esto

no es novedoso, explicó Diantre, pero sí necesario. El hombre, embelesado con el permanente efluvio de aromas que estimulaban la alegría, dejaba borrar de su memoria los tiempos en que fue atezado por conflictos.

En un inmenso edificio rodeado por intrincados mecanismos de seguridad y compensación, llamado Gran Corola, funcionaba el Pistilo Central. En ese solar había estado la choza de Diantre. Desaparecieron los sauces, incluso los montes de algarrobos, chañares y caldenes. No se descubrían los zanjones resacos, llenos de huesos, cascotes y pasto marchito. Crecieron bloques monumentales de hormigón y aluminio. Las serranías que antes desdibujaba la niebla

se trocaron en usinas poderosas que electrificaban la geografía y neutralizaban las conciencias.

Manuel recorrió el camino que llevaba hacia ese sanctasanctórum con el mismo temor y curiosidad que en su infancia lo empujaron hacia la gruta del taumaturgo. Diantre, rejuvenecido, le condujo al primer eslabón de la jerarquía, quizá por la fosforescencia de sus cabellos, la antigua afición por los milagros o una indescifrable predestinación. Pudo de este modo recibir un intenso baño de luz que dilató su conocimiento achicharrando más aún su voluntad.

El Pistilo Central, que había sojuzgado al país obsequiando cubos forrados con pétalos impermeables concentraba poderes absolutos. Era omnisciente: a través de la densa red de *tonas* conocía la actividad de cada hombre. Era clarividente: con un aluvión gigantesco de datos útiles, perfectamente tabulados, podía efectuar cálculos de posibilidades con márgenes despreciables de error. Su estructura maravillosa resultaba de un esfuerzo superlativo en la historia del hombre o del Diablo. Instalaba el reino de Dios en la tierra; otra vez el Paraíso: nada de pasiones encontradas, ningún desorden, todas las criaturas domesticadas. ¿Dios o Diablo? Gracias al Pistilo la ciencia avanzaba cubriendo los huecos fundamentales: enfermedades orgánicas y psicológicas, conflictos bélicos, aburrimiento. Su perfección, sin embargo, tenía un solo inconveniente del que ni siquiera el Edén estuvo libre, con su árbol del Bien y del Mal. Manuel se esforzó en conocerlo.

Mientras las religiones fueron cayendo una tras otra, al demostrar el Pistilo a cada hombre —a través de los cubos perfumados— que ellas sólo habían representado fases primitivas de la intuición humana sobre este sistema perfecto. Pero los teólogos no perdieron la calma. Sostuvieron que el hombre ignora los designios sapientísimos del Señor y las rutas misericordiosas que ha trazado para el bien de sus criaturas.

Por lo tanto, profecías y dogmas, escrituras y enseñanzas, eran anticipos, metáforas y figuras aproximadas de la situación actual que, lejos de contradecirlos, los cumplía y completaba. El hombre —sostenían los infatigables arquitectos del pensamiento sacro— ha dado un brinco hacia un plan de mayor inteligencia y se encuentra más cerca que nunca de la Divinidad. Pero no definían si ésta era el

Pistilo..., ni lo negaban.

Quedaban, por cierto, eslabones para ser conquistados y las multitudes eran estimuladas a desearlas apasionadamente. Pero respondían a planes ajustados, en los cuales entraba también una dosis de ilusión de aventura, aventura que reptaba en el terreno estrictamente psicológico, estimulando centros encefálicos específicos. Estas maravillas, sin embargo, no consiguieron evitar que en la profundidad de Manuel prosiguiera ardiendo un rescoldo inconsolable, alimentado por una arcaica y testaruda voluntad redentora, humana. ¿Dios o Diablo? El rescoldo se ocultó mediante una significativa deformación de sus genitales. Su fuego se nutría en el dolor, comprobando que el país había sido reducido al estado de zombie: los hombres se imitaban impudicamente, cerrándose a la crítica, bajo una anestesia que abolía la conciencia mediante una ilusoria excitación de los sentidos. Vistos desde afuera, esos seres que habrían merecido la jerarquía de dioses y demonios, que halagaban los teólogos y festejaban los políticos, parecían monstruos mecánicos sin ojos ni nariz ni orejas ni uñas ni lengua.

Aunque consideraba deshecho su antiguo poder —externamente también era un zombie—, Manuel continuó ampliando su conocimiento en busca de la única falla que poseía el Pistilo Central: quizás allí cortaría el tendón de Aquiles. Su cubo sobre la nariz le ayudaba en la investigación pues era, en efecto, como un ángel de la guarda y deseaba hacerlo feliz... para esclavizarlo mejor. Avanzó por corredores electromagnéticos, recorrió tablas proyectivas, visitó condensadores florales, se ofreció como sacrificio idólatrico. Su enorme curiosidad no fue consumida en la Gran Corola, aunque le

obligaban a ceder jirones de sus residuos volitivos y libertarios. Manuel se entregaba, con el cubo transformado en inextirpable verruga de su rostro. Sus genitales, entre tanto, se metamorfoseaban: eran la expresión legible de su rendición y su tortura. Cuando se lo consideró suficientemente domesticado, Manuel tuvo acceso al detalle guardado celosamente. Y tembló —como Lucifer antes de la rebelión, o Cristo en el Getsemaní.

La falla del Pistilo Central podía ser comparada con el mínimo margen de error que se permite el calendario gregoriano, corregible mediante un día adicional en los años bisiestos. Del mismo modo, la perfección alcanzada por la Gran Corola necesitaba una especie de día adicional, un elemento compensador, el más pequeño que podía arrojar el trabajo combinado de millones de *tonas*. Gracias a ese error funcionaba el sistema, el más completo y perfecto de la historia terrestre; sin él, todo se desmoronaría.

Cada ocho años el Pistilo arrojaba el mínimo yerro de una comunidad. Para que su complicada y feliz estructura siguiera marchando —mejorando el presente y previendo el futuro del país— perdía la cuenta de un grupo. Entonces dejaban de

actuar los *tonas* de este grupo y los desgraciados eran marginados de la codificación universal. Las informaciones de esa comunidad no se recogían ni filtraban ni estimulaban más. No llegaban a ninguno de los sépalos ni cálices ni centros de decisión; la Gran Corola los ignoraba por completo. Su vida, radiada de la fabulosa red, empezaba a tener repercusiones negativas, pues los ángeles de la guarda de los vecinos los rechazaban y su actitud incidía irritativamente. Este desierto del Pistilo Central no podía ser corregido, equivalía al chivo emisario de otras sociedades menos perfectas. La única solución consistía en eliminar dicha comunidad. La muerte de esos seres —consoló Diante a Manuel— ha sido prefigurada con muchos sacrificios teológicos.

Ciertas tribus predicaban la ordalía por el veneno, suicidándose colectivamente para demostrar su inocencia. Por otra parte, se sabe que Rómulo desapareció misteriosamente, lo mismo que Eneas. Esta situación no era nueva en sus aspectos negativos... aunque inmensamente original en los positivos. Siempre alguien ha tenido que perecer o desaparecer para que el mundo siguiera andando. ¿Le llamaban chivo emisario? No importa el nombre. Desde el punto de vista estadístico e histórico —prosiguió Diante—, el exterminio de una comunidad cada ocho años no representa mucho en comparación con los millones de asesinatos que cometió la humanidad gratuitamente a lo largo de su sangrienta evolución. No obstante, la ataraxia impuesta por el sistema floral a los habitantes de este país, aconseja mantener este error en secreto. Manuel asintió abatida y dócilmente.

En uno de los estambres mayores apareció el anuncio de la primera comunidad a descartar, cuyo nombre aún le era ocultado a Manuel. El estambre elegido debía llevarla a la muerte actuando sobre sus familiares y demás relaciones —fácilmente detectables— induciéndolos a la amnesia. Esa comunidad desaparecería por completo, condenada al sacrificio mayor que jamás padeció un mártir, porque no latiría siquiera en una chispa de la memoria.

El rescoldo de Manuel se agitó evocando al horrible dios cartaginés que sólo aplacaba su ira devorando jóvenes en su vientre de fuego. Pero su cubo aromático le aplicó un estímulo antidepresivo, demostrándole a continuación la diferencia entre el Moloch anticientífico y egoísta, y el Pistilo Central respaldado por las matemáticas y la biología, funcionando para el jolgorio organizado del hombre.

Se contempló en un espejo; ya se parecía a los demás: había cumplido la primera etapa de cualquier misión mesiánica. Pero no era suficiente. Integrabla un asfixiante orden aristocrático sin estrías vulnerables. ¿Cómo producir la redención con esa verruga vigilante y succionadora?

Manuel evocó una vez más aquel nefasto día en que las escuadrillas de aviones oscurecieron el cielo arrojando pequeños cubos borrados con pétalos impermeables. Y cómo los hombres los regalaron a las mujeres, los niños a sus padres y los vecinos

entre sí, con entusiasmo y rebumbio... Y se lo comparó con el maná.

CAPÍTULO XV

—¿HÉCTOR?

—Sí, soy yo. ¿Dónde estás?

—En la cocina; buscando fósforos.

—Vengo de hablar con el Patriota.

—¿Cómo te fue?

No sabías cómo te fue. López Plaza, en pocos minutos, con sus abruptas modulaciones de voz y los contrastes de rigidez e hipotonía, de calor y frío, de proximidad y distancia, te arrastró de la vanidad a la modestia, de la esperanza a la desolación, abandonándote por último en la oscilante plica de la duda.

—Creo que bien, papá. Se quedó con el manuscrito, prometió revisarlo.

—¿Se asombró al verlo? ¿Qué reacción notaste? ¿Cuáles fueron sus primeras palabras?

Entre su realismo y su orgullo, prevaleció el orgullo, pensaste de tu padre.

—No recuerdo exactamente... Fue amable. Me avisará cuando termine.

—¿Viste? Es un buen tipo, aunque muchos no lo tragan. Se hincha en los discursos, babeándonos con miel. Pero tiene cualidades, hay que reconocerlo. ¿No ves alguna caja de fósforos?

—No...

—Bueno. Sentate y hablemos. Ya vendrá Celina. Conta-me qué-ojos-puso-cuando-le-entregaste-la carpeta.

No eran los ojos de tu padre, por cierto. Esos ojos pardos que descubrías detenidos en tu cara, absorbiéndote, cubiertos por una delgada superficie líquida. Dos remansos sobre su piel seca y rugosa;

oblicuos y pareciendo redondos (como la ingenuidad, la sorpresa). Ojos que recorrían con imaculada y neurótica responsabilidad las planillas de sueldos, el movimiento de caja y los primeros resúmenes contables de la Independencia.

—¿Todavía no te llamó?

—¿López Plaza? Todavía no.

—Ya pasaron cinco semanas.

¡Las contaba! Como vos, Héctor.

—Ya sé...

—¿Y si le telefoneas?

Dudabas.

—¡Seguro! ¿Qué vas a perder? —insistió tu padre—. Hablale esta noche. Lo encontrarás en su casa. ¿No te parece, Celina?

—¡Hola! ¿Con el doctor?

—Mi querido amigo, escritor y discípulo... —exclamó alegremente.

—Yo...

—Sí, tu novela ¿es eso? No la he olvidado. La tengo sobre mi mesa de noche.

—La... ¿ha leído?

—No; soy franco. Vivo agobiado por compromisos. No quiero revisarla superficialmente, sino a fondo, con ojo crítico. Así lo pediste, ¿verdad?

Lástima que me escaseen las horas... hacerle un lugarcito.

—Sí.

—¡Crítica constructiva, desde luego! —gritó de inmediato, como si le hubieras interpretado al revés—. La miré por arribita, piqué algunos párrafos aquí y allá. Tu novela estimula mi curiosidad estética... Escúchame: a fines de la semana próxima la tendré lista. ¿Conforme?

—Conforme.

Cesó la estruendosa andanada.

Una semana después, tu madre te avisó que había llamado. ¿El Patriota? Tuviste el impulso de abrazarla y convertirte con ella en una esfera de alegría. Dijiste cosas del infatuado gran hombre que se dignó atender tus ficciones, te burlaste de su melena engominada, su pañuelo almidonado, sus mal disimuladas aventuras de amor, su engreimiento ridículo. Y tu madre: Héctor, es malo ser irrespetuoso, Dios mío, qué corazón ingrato... y al último también se reía.

—¡Héctor Célico! ¡Deja que te felicite! —el cuerpo del abogado te envolvió; inhalaste una mezcla de perfume y tabaco; te estremeciste como un pajarito en las manos del franciscano—. Ven, siéntate. *Contramalón*.

Tuviste una súbita sensación de extrañeza. Lo nombró: *Contramalón*. Lo reconoció y, simultáneamente, dejó de pertenecerte. Metamorfosis irreversible. Era una alegría con gotas de bitter. El libro dejó de ser tuyo, como los hijos cuando estrechan vínculos con los demás.

—Es una vibrante novela. Me atrapó desde el principio. Recuerdo una frase de mi amigo riocuartense Juan Filloy —sus órbitas y su frente se pensaron en la evocación de la frase—: «La novela permite todo, menos aburrir». ¡Cuántos cagatintas descomponen al lector con páginas indigestas, soporíferas!

Su tórax cargó combustible para una circunvolución retórica.

—Como si la lectura debiera martirizar, como si el libro representara el Purgatorio de nuestros afanes de cultura, sabiduría, curiosidad y emoción. ¡Absurdo! ¡Descabellado! ¡Estulticia teratológica! —su mano sobre el pecho certificaba la honestidad de su protesta. El silencio que siguió (¡sus silencios terroríficos!) moduló lentamente hacia un tono coloquial: su rostro, sus manos, su tronco desafiante, se adosaron a una voluta descendente—. Los episodios históricos que describes, los ambientes, incluso algunos personajes disimulados por un nombre de ficción, me son conocidos. Los he identificado sin esfuerzo, Héctor. Tú sabes, además que soy un enamorado de la historia.

Asentiste con la cabeza, dispuesto a tolerar sus inminentes efluvios encantados. La entrevista (¿todas sus entrevistas?) pasaba a constituirse en sesión de hipnoelocuencia. Para vos sólo, Héctor.

—Tu relato, el desarrollo, diría... la tersura, es excelente. Avanza como un sendero, subiendo y bajando collados. Debo, porque es mi obligación, observar también... —ajustó el gemelo de su manga con la lentitud que requería la tensión de ese anuncio, después levantó su cabeza inspirada, excepcional, y contempló las señales que Minerva le dictaba desde su carro transportado por los vientos—, que son demasiado crueles las escenas del malón y evidentemente tendenciosas y cínicas las del que tú llamas «*Contramalón*». En toda página literaria debe existir una belleza que no admite connubios con lo abyecto: la tolerancia llega hasta la insinuación, solamente. No se puede cruzar la barrera. La coprolalia, los incestos, la burla, la degradación... ¡a las letrinas! —su índice señaló una ventana—. El libro es un templo: no admite impurezas.

—Pero Shakespeare, Zola, Joyce... —arrimaste algunos nombres con propósito zumbón; citaste los grandes, tus escudos.

—¡Cuidado! —su voz se alzó como una muralla—. Cuidado... No confundas lo mejor con lo peor de una obra. ¿Crees que se los venera por sus renglones infectos? ¡Nooo!... Fácil es rendirse a la exterioridad intrascendente.

Había ingresado en uno de sus círculos obsesivos. No había remedio: arrellanarte y escuchar.

—Arte es albura, oposición a la cotidianidad gris, negra, roja, pestilente. Las furias se descolgarán sobre las cabezas de los irresponsables que osan macularla —amenazó con espíritu profético; su voluta descendente torció hacia arriba demasiado pronto; Bartolomé López Plaza no resistía las conversaciones serenas; cualquier estímulo soplaba como fuelle la hoguera de sus sentimientos, inflamándola desproporcionadamente. Esa entrevista amenazaba malograrse en otra maratón de oratoria vacua. ¿Cómo sacarlo de su gelatina? Le tiraste un hueso:

—Revisaré esos pasajes, doctor.

—Bien, me gusta tu comprensión y flexibilidad —se tranquilizó, pero no mucho—. Bien. La obra mejorará. Sus facetas más pulidas ganarán brillo... Bien.

Acariciándose el mentón, su memoria solicitó ayuda a la diosa que se agitaba en los pliegues de la atmósfera.

—Deberás mejorar, asimismo, los retratos de algunos próceres, Héctor. No me satisface tu parquedad en la grandeza que impulsó su lucha contra los indios ni tus insinuaciones irónicas. Cuidado.

—Es que...

—Cuidado.

—Yo, doctor.

—Ya sé, ya sé —descartó con el dorso de la mano tus explicaciones molestas—. No se trata de ángeles y demonios ¿es eso?... ¡Bah! Prejuicios, modas: ahora está de moda el color gris. Nada es completamente blanco, nada es negro... ¡Y no es verdad! Pero volviendo a lo nuestro —su índice trazó un rulo—, debes recordar seguramente cuan lejos me hallo de los maniqueístas que llaman al indio salvaje y al blanco civilizado o, para colmo, evangelizador. Hubo salvajismo a cargo de los blancos; es elemental.

—Sí, doctor.

—Esto no se opone a lo que te dije antes —amenazó girar hacia el asunto de los buenos y los malos, pulpa de la última conferencia que pronunció en el C.E.L.—. Órmuz y Ahrimán son una cosa y su mezcla forzada, arbitraria, otra cosa. Pero volvamos a lo nuestro —nuevamente dibujó el rulo.

(Sí, por favor.)

—Tu novela enfatiza la voracidad de algunas familias por ganar tierras, sin siquiera haber participado en la lucha por ellas.

—Es cierto, además. Hoy en día no podemos...

—¡No podemos reducir nuestro pasado glorioso a intereses materialistas! ¡Nuestro pasado es fuente de inspiración! ¡Es nuestra plataforma moral! ¡La usina del futuro! ¿Has perdido el juicio? ¿Quieres derribar altares?

—Pero, doctor.

—Eres joven...

No le interesaban tus argumentos.

—El ímpetu revolucionario ahoga tu raciocinio. Admiro a la juventud —se interrumpió. Tocado por sus propias palabras, ingresó otra vez en la más vieja de sus obsesiones—. Sí, admiro la juventud. Nuestro país es joven, su historia es joven, su potencia es joven. La juventud implica avance, espiritualidad, belleza. *Yo me siento joven. La juventud es el almacigo de la esperanza.*

Se detuvo reflexivo.

—Pero más admiro al pasado...

El retrato de Sarmiento. Bartolomé López Plaza mimetizaba la fuerza del entrecejo viril.

—Me gusta tu novela. Pero la traicionan ingenuas tesis sobre el origen de los latifundios, son insoportables. ¡Tus burlas!... Tus burlas.

—Doctor...

No te escuchaba, decididamente.

—*Contramalón* podría llegar a ser la gran novela de nuestra pampa —levantó su índice—, si eliminaras también el exceso de agresividad contra los terratenientes. Yo no soy terrateniente, mi joven amigo: soy ecuánime. Es necesario que medites hasta qué punto su presencia ha sido negativa en un país con las características geográficas

del nuestro. Recibieron parte de sus tierras como recompensa por el apoyo a la lucha contra el indio; y el indio, nos guste O no, atentaba contra la unidad y la seguridad de la Patria. O nos incorporábamos al mundo civilizado y nos retraíamos a la mugre de las tolderías. Las trasnochadas reivindicaciones del indio, cuando ya no hay peligro de ser vencidos por ellos, son hipócritas y snobs. El camino que eligieron nuestros próceres, liquidando su presencia irritante y parásita, convirtió a la República Argentina en uno de los países ganaderos más importantes del mundo. Y el que las mejores familias hayan concentrado las extensiones que la soldadesca ignorante hubiera malogrado, permitió que Argentina ingresara en la belle époque.

—Y también saliera...

—El meollo de *Contramalón* no es la matanza de indios (eso que llamas genocidio, que tal vez lo haya sido: conjeturas de la gente), sino el malón de los futuros terratenientes contra sus propios soldados ¿verdad?

—Sí.

—Grave.

—No se pueden falsear los hechos.

—Grave.

Reflexionó. Consultó a Minerva y dijo: No importa.

No importa.

Te callaste, confundido. Aún no sabías que para Bartolomé López Plaza eran más valiosos los efectos retóricos que el significado. Desdeirse, cambiar violentamente de rumbo, afirmar y negar lo mismo, lejos de implicar incoherencia, era el enajenante recurso pirotécnico que le permitía electrificar los auditorios, quitándoles la base de sustentación y arrastrarlos a voluntad. Casi te enfadó. Después encontraste motivos para perdonarle. Te acordaste de él —¡vaya asociación!— cuando te contaron que a James Joyce le interesaba en sus traducciones más la eufonía que la equivalencia de las palabras. Entonces debiste aceptar a regañadientes, aunque fuera un sofisma, que tu ex Director era excepcional, como solía afirmarlo él mismo, sin falsa modestia.

—A tu libro le auguro un gran porvenir...

Halago. Falsía. Ludibrio. Certeza.

La habitación cambió de color: no podías precisarlo. Quizás una nube legañosa fue quitada del cielo para que el sol, liberado, perforara los visillos. Quizá la nube se metió en tu cabeza. Violeta, almendra, oro, brasa. Te restregaste los párpados.

—*Contramalón...*

Nombre insustituible. Persona física real. ¿Su asiento en el mundo ya era definitivo?

—Atraerá la atención de toda Argentina sobre nuestra ciudad.

López Plaza se incorporó. Quisiste imitarlo, pero su mano aplastó tu hombro: sólo él necesitaba caminar, persiguiendo ideas. ¿Continuaba una befa? ¿Serías el burlador

burlado?

—¿Leubucó no lo merece? Estamos lejos de la Capital Federal, de la capital provincial; olvidados de las principales rutas, apenas recordados por la gran prensa. Progresamos gracias al denuedo propio, incansable, testarudo. Crecemos sobre el hontanar de nuestra historia, sobre el mismo centro del legendario Imperio Ranquel. Aquí se libraron batallas. Aquí sucumbieron sueños y nacieron esperanzas. Aquí se paseó triunfante la grandeza. *Contramalón* refrescará las memorias y, enalteciendo el pasado de Leubucó, abonará su porvenir.

—Pero, doctor, no olvide que mi novela no elogia el pasado.

No importa.

No importa.

—No importa, joven amigo. Habrá polémica. ¡Mejor!

Extendió las manos hacia el sol. Minerva le iluminaba.

—¡Ahora veo con nitidez! Tu agresividad, tus denuncias, tu crudeza, tus grises y negros, tu poesía torturada con bajezas, tu irresponsabilidad juvenil, tus ideales, tu talento hirsuto, tus errores.

¿Eras todo eso, Héctor?

—Tu insolencia, tu realismo objetable, tu imaginación desenfrenada, tus distorsiones son el fruto auténtico de Leubucó.

¿Tenías que decir gracias?

Se detuvo bruscamente. Su estampa formidable estaba enfrentándote.

—No interesan los blancos malos, los soldados engañados, los próceres sucios, las familias acaparadoras, los indios bivalentes, el caos. Interesa tu novela llena de espinos como una zarza, rebelde a los vientos, erguida en el páramo.

La zarza ardiente. Moisés. La revelación divina. Víspera de grandes acontecimientos.

—Interesa... ¡el escándalo!

—No., doctor —musitaste automáticamente. Eso no: tus intenciones se prendían a la verdad, a lo lúcido, a lo humano.

Pero él, inflamado y sin control, caminando sobre el imaginario estrado, se irritó.

—No... ¡qué! ¿Vuelves a lo mismo? ¿Sólo te importa el pasado?

Sin embargo, a él le importaba el pasado. Lo dijo.

—¿No piensas en el futuro de nuestra ciudad y lo que tu libro puede reportarle? ¿Estás sangrando por el fraude que se le hizo al cacique Namuncurá? ¿Eso te importa?

—No...

—¡Sí te importa! Namuncurá...

(Zás: cayó en un nuevo círculo de hierro.)

—... reúne las condiciones infrahumanas de los indios. No digo todos. ¡Soy anti-

racista! Pero la mayoría de los indios eran infrahumanos. Y Namuncurá, ese postrero cacique... ¡Jé, jé, jé!... Namuncurá... —se encogió como un felino antes del salto— ese fiero guerrero que ciñó la vincha imperial de los ranqueles, que había exigido doscientos millones por las tierras aledañas de Carhué, huyó como un follón, mientras sus tropas morían en los desesperados combates de la retirada. Él no tuvo dignidad: abandonó a los suyos, se exilió en Chile y luego se entregó a las autoridades nacionales... Namuncurá... ¡Qué personaje! Aceptó un regalo de quinientos pesos que gastó en golosinas y se disfrazó con el uniforme de coronel del mismo ejército que lo había humillado. ¿A ése había que darle las tierras? ¿Para qué? En Norteamérica no se entró en componendas con los indios.

En Norteamérica...

—El espíritu sajón tuvo carácter. En cambio los latinos somos flojos, no tenemos prejuicios raciales, hemos permitido que nos transfundan su sangre...

—Pero también los liquidamos.

—Por eso el país anda como anda —no te oía—. Y conste que no soy racista —pasó el dorso de la mano delante de su cara, para ahuyentar el tema. Después, cambiando el tono, repitió la conocida frase—: Volvamos a lo nuestro —esbozó un rulo menos terso: quizá le fatigaron sus contradicciones en cadena.

—Sí, doctor.

Retornó a su sillón, concentrándose.

—Deberás publicar tu libro.

Por fin concluyó el penoso exordio. Suspiraste.

—¿Dónde, cómo?

—Traerá beneficios a Leubucó —¿estaba sordo a tus palabras?— ¡Es-in-du-da-ble! No debes corregir una línea.

—¿Nada?

—Quiero que la novela se mantenga así: salvaje, desmañada, irreverente. La excesiva cocción elimina el gusto de los mejores platos.

—¿Está seguro?

—Los personajes centrales también quedarán igual. Ángela y Federico... —reflexionó con su volumen más bajo—. Ángela, hija del futuro terrateniente. Federico, un oficial de carrera. Ángela es una muchacha que convence. También su amor por Federico. Federico, en cambio, bien pintado como guerrero, como hombre íntegro, adopta, no obstante, una actitud que podría llamar... inverosímil; rechaza las tierras que le ofrecen. Inverosímil. Eso no ha ocurrido, eso no ocurre. La novela trata de explicar su decisión, evocando su repulsa por la matanza de indios desarmados, y luego los chistes que el padre de Ángela, asquerosamente borracho, lanza sobre los soldados analfabetos a quienes engañó tan fácilmente. Esas escenas pretenden justificar su conducta. Pero no me llegan, ¿entiendes?

—¿No cree que haya hombres así, como Federico?

—Faltan motivaciones más poderosas que fundamenten su nobleza. Las recompensas jugosas no se rechazan así como así, mi joven amigo.

(¿No era López Plaza quien hacía restallar su látigo verbal contra los aferrados al «materialismo»?)

—Es que Federico tiene el alma limpia, doctor... Como usted, por ejemplo. Vuelve a sus principios, es fiel.

Qué canalla eras, Héctor: lo hiciste vacilar.

—Ahá... Qué te puedo decir... Yo soy adulto, decente, íntegro, amo la nobleza, combato por la justicia, grito la verdad. Así es. Pero estamos analizando la verosimilitud de tus personajes, nada más. Y yo te digo que la actitud de Federico es artificiosa. Pero en fin, no tiene importancia.

—¿Cómo hubiera obrado usted?

—Héctor, no seas niño. Hablamos de tus personajes.

—¿Sugiere que lo arregle?

—¡Nooo...! ¡Jamás! Tu novela debe llegar al mundo con sus atributos legítimos: obra de un escritor joven, con anomalías, es cierto; frágil, es cierto... Crecerá. Si sirve, vivirá. Selección natural. Nada de arreglos ahora: es vanidad, perfeccionismo ramplón. Le matarás el alma. Cuidado.

—¿Qué te dijo el doctor López Plaza?

—Mucho. Demasiado, papá. Me llenó de dudas.

—¿Y de las editoriales?

—Doctor, ¿qué debo hacer para publicarla?

—Ésa es la próxima etapa.

—¿Me ayudará?

—¡La pregunta...! —giró hacia la diosa atenta, para interrogarla—. Hasta ahora, ¿qué estoy haciendo? ¿Puedes decirme? ¿Cabe mayor ingratitud?

—Me refería a la editorial, doctor.

—Sí, la editorial. La editorial. ¿Tienes que viajar a Buenos Aires?

—No... en realidad.

—No importa. Tu presencia será poco favorable cuando perciban que eres tan joven. Se me ocurre que podríamos enviar el manuscrito con una carta mía.

Eso querías, Héctor.

—Además, para que tenga fuerza, impresionaré al editor anunciándole que si publica tu novela, le escribiré un prólogo.

Le miraste embobado. No entendías al Patriota, pero le estabas tomando un afecto enorme.

—Eso tendrá peso —añadió con su puño, contento por la solución hallada—.

Sabr  que confío en tu obra, que vale.

Agradeció los consejos de Minerva. La diosa se fue envuelta en renovada gloria.

— Por ese rumbo llegaremos al éxito! —aseguró.

No se te escapó el llegaremos. *Contramalón* ya era la novela de ambos: vos como autor, él como prologuista. Lo mismo, para el caso.

CAPÍTULO XVI

ES UNA confesión interminable... Tal vez narcisista. Tal vez delirante. Tal vez masoquista. Un monólogo. Hablo, creo que hablo y sólo pienso, callo y digo. No sé.

Cuando te vi por primera vez, Héctor, tenías diez años. Entonces no pensabas escribir novelas: ni siquiera las leías. Habías ganado el concurso poético organizado por la Independencia. Viniste a Buenos Aires con tus padres y tu maestra: era el premio convenido. Te llevaron al monumental edificio Patria. Pocos meses antes yo había empezado a trabajar allí y Antonio Ceballos me designó tu cicerone. Cuando te llevé a la terraza brincaste de alegría al descubrir el Río de la Plata, ancho y plomizo como nunca lo imaginaste... Sí, tengo buena memoria. Tu padre trabajaba en un Banco de Leubucó y no simpatizaba con tus inclinaciones artísticas. Sin embargo, yo le propuse incorporarse a nuestra empresa por... no sé, porque sí, por vos, por tu madre, por Azucena, por él mismo. Y tu padre aceptó encantadísimo, se reconcilió con la literatura: el imprevisto viaje a Buenos Aires, provocado por un concurso de poesías, le condujo a un contrato. Lo parasitario desembocaba en lo útil. Era un testimonio feliz de eso que llamaba «las vueltas del destino». Era su vuelta del destino... Yo tuve la mía, Héctor: también con un viaje, pero en sentido inverso, de Buenos Aires a Leubucó. Cuando aún trabajaba en Prospectiva, a mi jefe se le ocurrió publicar una crónica sobre alguna ciudad del interior relativamente aislada. Me eligió y yo... ¡qué más quería! Sin premeditarlo, reencontré a Azucena, conocí a Soledad... Después publiqué el artículo. Tuvo cola: Gumersindo Arenas, comopresidente del Centro de Escritores, me invitó a regresar para dictar una conferencia. Acepté. El título de la disertación era «El mesianismo de los intelectuales». Me despaché con todo. Pero creo que el único que me entendió fue don Gumersindo. Y digo esto porque escribió un extenso y transparente comentario sobre mis ideas en el diario *Horizonte*; después nos seguimos carteando durante años. Es una personalidad interesante... En ese segundo viaje consolidé mi relación con Soledad.

Soledad me confió su edad: veintiséis años, ¿y vos?

—Treinta y dos.

La estreché con fuerza, girando lentamente en la desinhibidora penumbra de *El Gato Azul*. Busqué sus labios, que ella aún esquivaba. Acaricié su espalda, ascendí por su nuca y calcé su cráneo en mi mano como una copa. Entonces sus labios se entregaron turgentes y maduros. La seguí besando incansablemente, como si tuviera necesidad de apagar una sed muy larga, que empezó cuando la encontré en la librería de su padre y se fue acrecentando durante el escándalo con Joe Tradiner y la larga charla mantenida a continuación en una confitería. Mi sed aumentó cuando su padre, sin el respeto debido, intentó hacerme un interrogatorio hábil porque no quería ver a su hija engañada por un buscavidas de la gran ciudad. En vez de replicarle con una guasada, miré las hermosas caderas de Soledad con una insolencia que ofendió al

viejo. Conviene usar la cabeza, dije entonces, y me retiré. Desde Buenos Aires le escribí. Ésta no es Azucena, expliqué a Valentín. Cambiamos varias cartas que contaban pequeñeces cálidas. Yo inventaba y ella posiblemente también. A Soledad la oprimía Leubucó y me consideraba el cóndor de alas poderosas capaz de elevarla hacia las nubes. Sus sueños tejidos a la vera de los relatos que oía en las estancias, se frustrarían sin mi amor, develado bruscamente como en el sortilegio de los cuentos. Regresé a esa apartada población invitado por el Centro de Escritores, al que impresionó gratamente la crónica que publiqué en *Prospectiva*. Cuando logré quedarme a solas con ella, dijo:

—Quiero conocer *El Gato Azul*.

—Vamos.

—¿Tenés malas intenciones?

—Has adivinado, querida.

—Pues bien, me defenderé —sonrió: sus comisuras dijeron que me admiraba.

Durante una larga hora asumió el compromiso. ¿Qué bebemos? ¿Whisky? ¿Cuba libre? Hace mucho que no pruebo Cuba libre. Está bien: ¡mozo!, dos Cubas libres. ¿Bailamos? Su talle cimbreante y su rostro concentrado en el ritmo me hacía repasar todos los éxtasis. Jamás miré con tanta profundidad a una persona. Soledad me parecía decididamente bonita. Que te estás enamorando también, me reprochaba. Otra pieza. Y otra. Un cliente solitario no cesaba de mirar a Soledad. Es mi presa, no la suya, me indigné. Nos sentamos. Crucé mi brazo sobre sus hombros y con la izquierda le alcancé su copa.

—Por tu integridad territorial —brindé. Llevamos las copas a los labios y como parte del movimiento acerqué mi cara. Ella la giró, instintivamente; no te será fácil, pensé: usa la técnica de la resistencia meliflua. Pero al rato, girando en la pista, bebía su boca cálida. Y dejamos de conversar, anegados por el deseo.

—Vamos a casa —invitó—: papá ha viajado.

Impaciente, llamé a un destartalado taxi. Durante el breve trayecto no permitió que le acariciara los senos. Cuando frenó extraje un billete.

—No, no le pagues —dijo—: te llevará al hotel.

—¿Por qué? ¿No me invitaste?

—No. Mejor que no. Fernando... Discúlpame. Nos vemos mañana, ¿eh? —me besó en la mejilla y descendió precipitadamente.

La seguí: Pero Soledad...

—No, Fernando. Te lo ruego. Hoy no.

—Pero...

—Necesito estar sola. Por favor... ¿Me perdonas?

—No te entiendo, francamente —y me acordé de su promesa—: ¡No proyectaba violarte, Soledad!

—Estás ofendido... —rozó mi mejilla con sus dedos.

—Puede ser —la miré con dureza y regresé al taxi; ella quedó rígida junto a la puerta, con la llave colgándole de la mano. Después de todo, era una muchacha cortada a la antigua... En el vehículo aún persistía su aroma. Abrí la ventanilla: el viento de la noche me frotó la piel. Ordené al conductor que se detuviera.

—¿Aquí?— se sorprendió.

—Sí, aquí mismo —pagué y descendí. Era una calle desconocida de Leubucó. Caminé bajo la fronda aromática de las encinas hasta una plaza. Algunos faroles derramaban luz desanimada y amarilla. Avancé por la grava haciéndola crepitar con mis zapatos. Escogí un banco y extendí ambos brazos sobre su duro respaldo de madera. Debía meditar mi relación con Soledad, mi nuevo amor, al que fui llevado por un destino que aún no me dio toda su cara.

TECEL

El hombre es un ser continuamente en crisis. Su avance en la vida supone una escisión, en algo que se acepta y algo que se deja. Lo que produce angustia y desesperación en el hombre, no son tanto las dificultades del vivir simple, sino las de lograr una vida preñada de significaciones.

JUAN J. LÓPEZ IBOR

CAPÍTULO PRIMERO

MIENTRAS LA ESCRIBÍAS, Héctor, tu novela permaneció empaquetada en silencio. Con ella pasaban tus horas de mayor placer y alegría; con egoísmo gozabas su gestación... Igual que un ser, necesitaba del aislamiento uterino, hasta alcanzar viabilidad. Concluida, la leyeron tus padres y López Plaza. Y pronto —demasiado pronto— cundió la noticia que atrajo a pastores y Reyes, ansiosos por contemplar el prodigio que nació en tan insólito paraje. En esos términos te habló poco después Albariconte, cuando viajaste a Buenos Aires... En Leubucó no fue posible ni razonable evitar la difusión de la buena nueva. Intentaste conservar una actitud pundonorosa y desconfiada, pero acontecimientos imprevistos demolieron barreras. Circularon comentarios y felicitaciones. Se instaló la locuacidad.

Una tarde ventosa llegó a tu casa Gumersindo Arenas, presidente del C.E.L. (Centro de Escritores Leubuquenses), apoyado en su bastón y acomodándose los extremos melancólicos de su enorme moño negro. Pidió un vaso de agua para limpiarse el polvo que se le había metido en la boca: la calle se revolvía en ásperas tolvánicas. El viento de Leubucó alza siempre espesos globos de tierra seca, castigando los lomos ardientes de los animales, enterrando arbustos, borrando caminos y trasladando médanos. Su silbido enfermante acompañó la invitación que te hizo el poeta y periodista para incorporarte al C.E.L. antes que tu obra recibiese promesa de edición. En la pampa medanosa las buenas noticias no esperan el fondo de la euritmia meteorológica. Te convertías desde ese momento en el miembro más joven de la entidad, generosamente dispuesta a conferir el título de escritor a quienes —como en tu caso— lo eran apenas.

Don Gumersindo trabajaba como redactor de *Horizonte*, adusto diario fundado en 1910 durante las entusiastas celebraciones del primer siglo de la Revolución de Mayo. Publicaba regularmente en la página literaria de los domingos un poema gauchesco. En la redacción trabajaba, en los bares bebía vino tinto con hielo y en la casa de los amigos sorbía mate. De modo que tu mamá hizo bien en llevarle vino, aunque pidió agua. Y luego le cebó mate. Y el acompañamiento líquido, verde o rojo, se agotaba lentamente oyendo sus anécdotas, la pequeña historia o lo que no era historia sino fantasía. Su moño de empresario sin empresa era comparable a la situación del mago sin galera evocando conejos y prodigios mejores. En un tiempo dirigió el Centro Folklórico de Leubucó. Acompañando a un grupo de bailarines que viajaron a Buenos Aires para competir en el Festival Nacional del Malambo, arrastrado por la exaltación de la música, se lanzó a la pista, donde su zapateo y sus firuletes bordaron figuras admirables y arrancaron ovaciones; se le desprendió el moño y gastaron las suelas. ¡Viva el viejo! Taco y punta, polvo y llamas, una marioneta flotando a ras del piso. Y un final vehemente que de pronto lo arrojó al suelo con un esguince de tobillo. Desde entonces usa bastón y no ingresa en la pista

de baile. Otro rasgo inseparable de Gumersindo Arenas era su pasión hacia los cactus. Dicen que nació cuando visitó la casa de un folclorista porteño donde se exhibía un rincón de ellos. Acarició los espinos hinchados por la humedad de Buenos Aires, como pájaros prisioneros en jaulas de oro: cada espina ya no era el arisco diente del desierto, sino una lágrima roma. En Leubucó seleccionó cactus y llenó con ellos el patio de su casa; todos eran gigantes, belicosos, como erizos prediluvianos: ¡Éstos son cactus y no las cagadas que fabrican en Buenos Aires con procedimientos japoneses! También dicen que cuando Albariconte dictó una conferencia invitado por el C.E.L.; quedó impresionado por la selección; y lo estimuló a engrandecerla refiriéndole una extraña historia sobre el poder esotérico que se esconde en esas redondeces llenas de agua y sus espinas llenas de odio. Lo fascinó.

Don Gumersindo celebró íntimamente que hayas escrito una novela sobre el pasado de Leubucó. Para él, que era como la piel de esa tierra guadalosa, el mérito esencial residía en el tema: los valores literarios del libro se contaban mucho después. Te asombró con una cita de Melville que seguramente había leído hacía poco: «Para producir un gran libro es menester elegir un gran tema. Ninguna obra grande y durable podrá ser jamás escrita sobre la pulga, aunque muchos lo hayan intentado». Su entusiasmo contagiaba al Centro de Escritores Leubuquenses, donde se reunían poetas, periodistas, hombres que editaron algún libro de cuentos o de reminiscencias, y personas interesadas por la cultura. Uno de sus integrantes poco asiduos —por sus impostergables y superiores responsabilidades—, pero muy estentóreo, era el doctor Bartolomé López Plaza, cuyas plenipotencias en esa entidad no sólo provenían de sus incuestionables méritos humanísticos sino de su calidad de autor editado en dos oportunidades en la Capital Federal. López Plaza fue el primero en desatar la curiosidad por tu novela a poco de haberla leído. Leubucó será llevada en libro a todo el país, anunció. Clarinada insólita. El C.E.L. *debe estar a la cabeza del proceso histórico*. Aprobación y entusiasmo. El Patriota, incorporándose de nuevo —siempre hablaba de pie—, informó entonces que había escrito un prólogo y entablado contactos con una editorial porteña. Otra vez aprobación y más entusiasmo. Gumersindo Arenas decidió visitarte. Todos apoyaron tu inmediata incorporación al Centro. Así conociste a los primeros escritores de tu vida.

Te recibieron con afecto. El C.E.L. funcionaba en la Biblioteca Popular Esteban Echeverría, fundada en los albores del siglo por un puñado de anarquistas que traían la antorcha de la revolución social desde sus aldeas europeas. Con fervor e impaciencia acumularon ladrillos, fabricaron mesas, construyeron anaqueles, gestionaron subsidios. El Gobierno, interesado por integrar las corrientes inmigratorias en el organismo nacional, aún frágil y diluido, apoyaba estas iniciativas, coincidiendo paradójicamente su política oligárquica con inmaduras ansias revolucionarias. La Biblioteca Echeverría hizo circular sus volúmenes, luego

fue punto de reuniones culturales, más adelante el sitio donde se leían diarios de Buenos Aires y algunas capitales de provincia. Allí nació la idea de fundar el Museo Histórico Ranquelino. Allí se fundó y sesionó el Centro de Escritores. Sus libros envejecieron y las partidas no alcanzaron para nuevas adquisiciones; sólo llegaban con regularidad informes y balances de reparticiones oficiales que nadie leía. Con el transcurso de los años su amplia y vetusta sala de lectura se transformó en el más frecuentado salón de conferencias, donde exponían oradores locales o invitados que traía el C.E.L., la subcomisión de conferencias de la Biblioteca, el Club Social, la Liga de Beneficencia, el Círculo Médico, el Colegio de Abogados o el Patronato de Leprosos.

Junto a don Gumersindo se sentaba el escribano Gregorio Tassini, secretario de actas, que registraba prolijamente en un cuaderno a espiral el desarrollo de las sesiones, otorgando perennidad a insustanciales iniciativas y acalorados debates. Cuando le escuchaste leer el acta anterior, con voz queda y solemne, pegando el cuaderno a sus ojos miopes, te enteraste del prodigioso e irresponsable intercambio de encomios que mereció tu novela inédita y de la resolución por la cual se te incorporaba al Centro. Su estilo viscoso no impacientaba a don Gumersindo, pero sí a otros menos tolerantes: algunos para evitar esa lata formal llegaban con una tardanza calculada. Luego se entraba en materia. A la tercera reunión irrumpió con demasiado atraso el doctor López Plaza: hoy no podía venir, dijo con voz y rostro demudados: pero traigo una noticia desconcertante.

Le gustan los golpes de efecto.

Don Gumersindo le invitó a ubicarse junto a la mesa: ¿qué ocurre, doctor?

El Patriota depositó una carta. Se desabrochó el saco y se sentó: lean, léala secretario, en voz alta.

El escribano entreabrió el sobre y extrajo una hoja. La desplegó. López Plaza te miró brevemente y después se contrajo en sus meditaciones. La misiva, dirigida al estimado amigo Bartolomé López Plaza, explicaba sin explicar, en un lenguaje lacónico, comercial y deprimente, que la Editorial no iba a publicar la novela de su recomendado, señor Héctor Célico.

Los miembros del C.E.L. confluyeron, pronunciando fórmulas de consternación. Con los ojos te abrazaron, Héctor.

Se trató el inesperado rechazo. Oíste frases amargas contras las editoriales porteñas, supiste de obras enterradas antes de nacer. La Biblioteca se impregnó de lamentaciones: anécdotas viejas y sangrantes llegaron renqueando para mostrar sus úlceras.

Saliendo de sus poderosas reflexiones, López Plaza exhibió su ira denunciando con la voz y con el puño, el desprecio tácito que la respuesta del empresario porteño involucraba hacia el interior del país. Avivó la hoguera. Su laringe no seleccionó

palabra: las volcó todas, porque mi estrategia pisa sobre los cañones de la verdad. Reveló el conocimiento acabado que tenía del manuscrito. Recitó párrafos de su extenso y meditado prólogo. Trazó un paralelo entre la plantación de rosas, sus indiscutibles beneficios a Leubucó y a la Patria, y los cerrados grupos económicos de Buenos Aires que ignoran los yacimientos del interior. Parece que el ejemplo de la Independencia aún no se difundió suficientemente para curar la ceguera de nuestra Babilonia. Y no se refería a los aspectos puramente materiales, sino humanos y artísticos. Por eso Contramalón, genuino producto de la pampa medanosa, deberá llenar nuestro país: si la Independencia produce las flores, Héctor Célico brinda el fruto... López Plaza sugirió que una delegación del C.E.L. hablara con el Obispo y el Jefe de la Guarnición Militar. Aprobación. Así hay que hacer. Muy bien. Yo lo acompaño. Yo también voy. Resolvamos entonces: anote, secretario. Gregorio Tassini se acomodó los gruesos cristales: en su cuaderno se esculpió la historia.

López Plaza solicitó las entrevistas. A la hora establecida partió la delegación. Primero el Obispo: gran hombre, comprensivo, culto. Luego el Jefe de la Guarnición Militar: soldado consciente y digno. López Plaza explicó, convenció, entusiasmó. Ambas autoridades se solidarizaron con el propósito de editar tu libro sin haberlo leído aún. El Patriota se estaba jugando por vos, Héctor. Te sorprendió que a él no le importara demasiado comprometer a todo el mundo. Sus argumentos reiterativos se popularizaron: es por la ciudad, es por su historia, es para atraer la atención nacional sobre Leubucó, es para estimular las provincias, es para darle oportunidad a los noveles, es por la Patria grande, es por la memoria de Sarmiento, es por la caridad cristiana, es por la dignidad castrense, es por el futuro argentino. Eufonía, belleza oral, vuelo de águila dilatado y soberbio. El Patriota se había convencido a sí mismo o gozaba la fruición del proceso como el desarrollo de un discurso, encantado por el sonido.

Otra Editorial recibió entonces tu novela acompañada por dieciséis cartas: del Obispo, del Jefe de la Guarnición Militar, del Intendente, de don Robustiano Buteler por el Directorio de la Independencia, del presidente de la Biblioteca Echeverría, del Círculo Médico, del Centro de Escritores, del Club Social, del Director del Colegio Normal, de la Liga de Beneficencia, del Museo Histórico Ranquelino, del Patronato de Leprosos, de la Sociedad Rural, del Rotary Club, del Centro de Protección a la Infancia y de la Asociación de Almaceneros. Afirmaban coincidentemente su interés por la edición de esta obra sobre el pasado de Leubucó, centro de una epopeya nacional.

Te habías convertido en el espectador de un proceso que se había independizado de tus objetivos, de tu voluntad y tus previsiones. Tu nombre estaba lanzado mucho más lejos que cuando lo pegaste hacía años a un barrilete, remontándolo con alegría hacia una nube baja. Y como ese barrilete, podía caer y estrellarse. Pero no te

preocupa demasiado el porvenir: te divertía esa actividad desmesurada en torno a tu novela reprobada contradictoriamente por el Patriota, que, sin embargo, la deseaba ver impresa y circulando por el país, quizá porque era burlona e hirsuta, como dijo, y representaba lo que él querría ser si lograra liberarse de la costra ebúrnea que lo hacía resplandecer ante los tontos.

La nueva Editorial respondió con una invitación para que Héctor Célico conversara personalmente con su encargado de relaciones públicas. La hoja circuló por las veinticuatro manos que se sostenían sobre el borde de la mesa oval. Cálculos, conjeturas, Buenos Aires, más conjeturas. Una anécdota, y el C.E.L. estuvo de acuerdo. Estos escritores... pensaste: se imaginan pilares de la literatura, candidatos a la inmortalidad, émulos de sus lecturas favoritas; la gravedad de sus resoluciones era tan intensa que parecía involucrar el destino del universo. El escribano Tassini atrapaba en su cuaderno las frases y los diálogos, las mociones y también las divagaciones, con una concentración obsesiva, como si estuviera cronicando una gesta épica que estudiarían las generaciones futuras. Los observabas con malicia, calculando que entre todos no escribirían un libro más extenso que el de actas.

El Patriota expuso sus consejos. Y en el viaje los fuiste repitiendo. Primero, la edición no será inferior a los tres mil ejemplares. Segundo, todos los libros serán numerados y firmados por su autor o prologuista como control de la tirada. Tercero, el autor percibirá un 10 % del precio de tapa. Cuarto, se destinará una décima parte de la edición para el autor, que la distribuirá según sus compromisos. Quinto, la Editorial no se arrogará ningún derecho sobre otro tipo de reproducción ni sobre las traducciones que se efectuaren. Sexto, las reediciones deberán ser comunicadas por anticipado a su autor y estarán regidas por idéntico acuerdo.

—Está bien, doctor; está bien.

Las manchas verdes consiguieron inmovilizar las correntadas de polvo. Después de varias horas, la tierra plana se despojó de médanos arrojándose con pastizales generosos. Entraste en la pampa húmeda: riqueza, civilización, abanico fértil que confluía en la macrocefálica Buenos Aires.

Allí no solo te esperaba el encargado de relaciones públicas de una Editorial, sino un Fernando Albariconte transfigurado y la brasa trágica que escondía bajo las pieles de su obesidad. La travesura que empezó con una novela —o con un concurso de poesías— te llevó a conocerlo.

CAPÍTULO II

EL RESCOLDO INCONSOLABLE de Manuel clamó por un hijo libertador que cumpliera su misión frustrada. Los portentos de su nacimiento, su nombre significativo, el encuentro con el enigmático Diantre, la fosforescencia de sus cabellos, sus milagrosas aventuras juveniles, la proeza en el hipódromo pagano de la avenida 9 de Julio, aunque testimoniaban una capacidad mesiánica, se transformaron en anécdotas inoperantes. La red floral que sometió a su país le había succionado el poder. Necesitaba un hijo en quien proyectarse. Un hijo que prolongara su voz y su puño, aunque después él sería condenado, como lo anticipó Diantre, sarcásticamente, en la secuencia sobre el Juicio Final.

Manuel dijo a su ángel de la guarda que los aromas le impulsaban a unirse con una mujer. El ángel le respondió alborozado, anticipándole con versos e imágenes su disfrute. Manuel contempló sus genitales, que aún podía utilizar, y se asombró de que las jerarquías no hayan descubierto que esa deformación servil ocultaba los restos de su conciencia insumisa.

Para encontrar la mujer de su destino —también prevista por el Pistilo Central— debía viajar. Sin distinguir la realidad de lo onírico, lo histórico de lo sugerido artificialmente por su cubo aromático, recibió a un agente de Viator. Las tramitaciones rutinarias que despertaban alegría se multiplicaron desde que los habitantes del país aceptaron un portentoso botón sobre sus narices. El visitante depositó su porta folios mágico lleno de sorpresas. Sus blancos dientes, expuestos en la sonrisa, se movieron en una conversación lubricante: el tiempo, el trabajo, las diversiones. El tiempo es oro, señor, no se lo robaré, la tournée incluye descuentos excepcionales; se han fijado días libres... Libres... la libertad agitó el rescoldo.

Y el agente: también tardes libres, horas libres. Extendió un enorme pliego de papel ilustración salpicado con fotografías rutilantes, variadas, que se ordenaban desde el gran círculo central hacia los rectángulos laterales, pasando por los rombos intermedios, bordeados con letras, títulos, leyendas breves, signos de admiración y mujeres hermosas con el fondo de la histórica basílica de San Pedro y otra mujer en la playa de Cannes y un desnudo (insinuado) sobre una roca de Cerdeña y piernas que ascendían las escalinatas del Acrópolis y cabellos flameando en la brisa mediterránea y un par de ojos que hablaban picarescamente y manos acariciadoras y labios entreabiertos por la emoción del arte o el éxtasis del amor. Comidas. Mujeres. Mujeres. Mujeres. Sol. Más alegría. Más mujeres. Más comidas. Viator tiene los mejores aviones. En pocas semanas visitará 20 países, 78 ciudades, atravesará 392 villorrios, admirará 12 galerías de arte, 18 monumentos históricos, 36 iglesias, 11 clubs nocturnos y se bañará en 11 playas diferentes.

¡No se preocupe!, exclamó el agente. ¡Todo financiado! en cómodas cuotas: 12 meses o 24 meses o 36 meses... El agente extrajo su libreta: la transacción estaba

madura. Pero Manuel dudaba. Señor —insistió el vendedor—: tendrá en París una tarde libre, en Sevilla una mañana libre, en Amsterdam una noche libre, en Atenas dos horas libres y en Madrid una siesta libre...

La libertad brotaba grotescamente como el redoble de un tambor, como si Viator —dependiente del Pistilo Central— quisiera someter a nuevas pruebas la metamorfosis definitiva de Manuel. Manuel preguntó: ¿libres? El agente contestó: absolutamente libres, consulte con su ángel, señor; Viator es respetuosa de su tiempo, porque el tiempo es oro y nosotros no queremos dilapidar estúpidamente su oro: un día es oro, una semana siete veces más oro; gánelo con el mínimo esfuerzo que implica prestar atención a estos folletos, señor: una legión de fotógrafos, historiadores, artistas, escritores y diagramadores han trabajado para usted; sin ningún compromiso; todo financiado.

El talonario se abrió. Las hojas de clientes anteriores corrieron hacia atrás. Apareció la destinada a Manuel. Su rescoldo ardió con ligera violencia y le quemó el borde de una víscera: probaría otra vez algo de libertad farsesca; era quizás una graciosa licencia que le concedía el sistema en retribución a sus eficaces servicios. Y firmó. En sus oídos repiqueteaba la salmodia hipnotizante de ventajas y promesas: tiempo, oro, descuentos, mujeres, sol, restaurantes, diversiones. Como si un pastor anunciara luz a los ciegos, fuerza a los paralíticos y alegría a los creyentes haciendo bramar hosannas y aleluyas.

Su ángel de la guarda lo felicitó entusiasmado. Manuel decidió visitar Belén, quizá cuna de él mismo, quizá cuna de su vástago. Llegó al Mediterráneo cálido y azul. Siguió después por tierra hacia Jerusalén. Contempló el valle de Josafat: profunda hondonada en la que se filtraban vapores de los muertos en trance de resurrección. Después se dirigió hacia el sur. Las colinas se abrieron, brotando como una flor álfica la delicada e ingenua Belén —casa del pan.

Recorrió con profundo recogimiento las callejuelas onduladas, sin ocultar su verruga, a la que nadie prestaba atención. Percibió un acrecentamiento del rescoldo en las cercanías de la santidad. Y a lo lejos descubrió un rostro fascinante, el mismo que le fue adelantado en las visiones; podía ser Magdalena antes de su conversión sencilla y maravillosa. Él debía entonces reproducir el milagro. Diantre observó la escena desde su lejana torre de control en uno de los estambres de la Gran Corola, se peinó con los dedos y exclamó divertido ¡qué gracioso! Impartió instrucciones a un centro de decisión secundario, éste a uno de los cálices, de ahí a un sépalo y del sépalo a un cubo. El cubo de Manuel empezó a recitar versos propicios. Titubeando, avanzó hacia la mujer, contemplando sus ojos celestes. Magdalena aguardó complacida, feliz de esa aproximación inesperada. Pero cuando Manuel estuvo cerca, comprobó con horror que también ella calzaba un cubo aromático sobre la nariz. Echó a correr con espanto; los edificios giraron, su cabeza chocó contra las murallas,

fue arrollado por un camión, siguió huyendo, alejándose de la pesadilla: rodó por las interminables rocas de Judea hacia las profundidades del Mar Muerto, como si le atrajera el centro de la tierra o la caverna del infierno. Su tona cesó los versos, los olores, las melodías y los mensajes, permaneciendo como un tumor neutro. Sangraba por sus escoriaciones. Le rodeaba el desierto implacable. Imploró ayuda: a Viator, al agente verborreico, a lo contratado (oro, descuentos, mujeres, comidas, hoteles y el resto de promesas absurdas). Palpó su cubo forrado con pétalos inmarcesibles y le rogó que funcionara. Quería hablar con el irónico Diantre, elevar sus preces al misericordioso Pistilo, preguntar si había llegado la hora de su muerte o de alguna nueva conversión. En ese desierto espantoso afirmado con rocas tenaces, deambularon los profetas; y en los llameantes mediodías brotaron las tentaciones del diablo. Manuel aguardó expectante. Se sucedió el tiempo salmódico: 12 meses, o 24 meses, o 36 meses, tarde libre, mañana libre, noche libre, siesta libre, día de oro, semana de oro, luz a los ciegos, fuerza a los paralíticos, milagros abundantes, fáciles, variados, invocaciones gritadas, silenciosas, histéricas, otra vez Viator, palabras, frases, frases, palabras. Sol e ignición sin comida ni playas ni clubs ni galerías de arte. Su tona perfumado yacía imperturbable y mudo sobre la nariz, recalentado por el fuego del desierto. Manuel envejecía.

Tardó en comprender que lo auxiliaba una mujer vertiendo agua fresca sobre la carne abierta, que traía en una vasija de barro desde un manantial; luego le arrulló con una canción extraña. Se disiparon los dolores y aplacó la agitación cuando el sol encarnizado se deshizo en el horizonte. Se durmió confortado. Después se encendieron las estrellas: los brazos de la mujer lo siguieron acariciando; ella lo insistente. Manuel se estremeció y la apartó asustado para mirarle la nariz: no tenía verruga; se tranquilizó. En efecto, era otra mujer. Las estrellas brillaron con mayor intensidad. El cielo que protegía el reposo de Jacob y José emitía siempre mensajes. Manuel relajó su cabeza sobre el seno firme. En la ensoñación vio una tumba excavada en las rocas, casi sobre el lomo de una colina; podía ser la de un príncipe, un sacerdote o un profeta. El hueco le atraía, necesitaba explorarlo. Entrelazó su mano a la de la joven y empezó a escalar. A medida que se aproximaban, percibió un aroma de rosas y jazmines. Ingresaron en la cueva, tenuemente iluminada por cirios. En el centro yacía un féretro de madera rústica. La luz temblorosa se quebraba en las anfractuosidades. Algunas rosas y jazmines inexplicablemente lozanas cayeron al suelo cuando empezó a abrirse la tapa del féretro con un crujido horrible. Lentamente asomó la blanca cabeza del muerto, que tal vez era Lázaro. La penumbra de la gruta les hizo descuidar al muerto. Los besos con el sabor salado de las lágrimas y las manos impacientes por el excepcional clima macabro los fue uniando carnalmente, irresistiblemente. Se entregaron a un rito cananeo en el que sexo y muerte se idolatran en forma recíproca. En esa gruta hecha panteón o templo,

ella se transformó en Astarté, manceba de los dioses y las bestias, inflamando a Manuel. Manuel se extravió en el placer. Pero en el curso de su frenética convulsión ella lo rechazó con violencia, lanzando un grito de pavor. De sus manos huyeron la flor de loto y la serpiente como si se hubiera ofendido al sexo y la fecundidad. Manuel siguió eyaculando sobre la tierra minúsculos cubitos aromáticos, que rodaban y crecían bajo la luz inestable de los cirios. El muerto volvió a hacer crujir los goznes, como si hubiera comprobado que no había llegado aún el tiempo de la resurrección. O que era satisfactorio el castigo aplicado a los intrusos.

Semanas después, los médicos lo felicitaron. Es una proeza, Manuel. Manuel, desolado, requirió la opinión del Pistilo Central; quería un hijo de carne y hueso, no objetos industriales. Ésa era una broma de mal gusto o una condena: no podía aceptarla.

El Pistilo comunicó a Manuel que se trataba de una advertencia.

La mujer, acariciándolo amorosamente, dijo que ella se acostumbraría a los cubitos, que tenían hermoso aspecto y su perfume era excelente, que de todos modos se trataba de una complicación transitoria. Manuel evocó al muerto, que podía ser Lázaro, o Belcebú, o el padre de esa mujer —el padre de esa mujer...

La aferró por los hombros, la sacudió, quería escupirle en el rostro, y comprobó que ella ya tenía firmemente adherida en su nariz el artefacto de la sumisión. Se bloqueaban todos los caminos con murallas espinescentes.

Imploró al viejo Diante: esos portentos, no... El taumaturgo le dijo entonces que conocía a esa mujer, que él mismo dirigió los hilos del encuentro y que hallarían la felicidad aplicándose mejor al sistema.

Manuel se contempló en el espejo y reprodujo con el peine la fosforescencia de sus cabellos. Recordó sus años juveniles, sus intuiciones y sus proyectos, su carácter excepcional, los tiempos en que los pájaros volaban, antes que Diante ordenara su exterminio. Decidió aislarse del mundo enajenado: encerrarse en una Arca y esperar el diluvio que no podía dejar de precipitarse sobre tanta perversión. .. No sería un diluvio con gotas de agua, sino con gotas de oprimidos. Los oprimidos como él inundaban el planeta, lo ahogaban...

CAPÍTULO III

NO TE EXTRAÑE, Héctor. A lo largo de nuestra existencia podemos armar nuestro propio velatorio. Morimos al revolucionar el pensamiento. Entonces sabemos que lo anterior ya es sólo cadáver. No es bueno cargar con él. Por eso algunos con más y otros con menos veneración, proceden a enterrarlo: a enterrarse. Yo he muerto hace poco y dispuse un velatorio en un plano comparativo al de otra muerte. Parecía real. En el corredor habían instalado la urna donde las visitas depositaban sus tarjetas de identificación. Me rodeaba una decoración fúnebre interesante: Cristo crucificado, tras mi cabeza, parecía más muerto que yo; una serie de velas gigantescas iluminaban mi ataúd, pero no eran velas de sebo, sino cilindros eléctricos que conservaban la antigua forma por simple tradición. No sé por qué se piensa que los muertos detestan la electricidad y, en cambio, los regocija el primitivo fuego de las bujías. A través de la ventana que conservaba la tapa del féretro a la altura de mi cabeza, los amigos, amigos de los amigos y curiosos, me contemplaban: el aspecto de mi cadáver les causaba interés. Me desagradaba la estrechez del sarcófago. Al peor delincuente no se le mete en una cárcel tan angosta. Era un esclavo con la jerarquía de conserva. Allí terminaban los sueños de libertad: no sólo me habían inmovilizado, sino aprovechado esa condición para hacerme ocupar el menor espacio posible. Vil manera de repudiar mi obesidad final. Recordaba entonces cuando concurrí al velatorio de Conrado Castelli, padre de Soledad. El humilde living estaba lleno de jazmines y rosas que bailaban como esferas de terciopelo. El vidrio que protegía la ventana de su ataúd, a través de la cual se le podía mirar por última vez —como ahora a mí—, ardía bajo el impacto de las lámparas. Inclinandose uno sobre el vidrio desaparecían los reflejos; la cabeza de Castelli no conservaba su color rosado y parecía extrañamente desnudo sin la protección de sus gafas; las arrugas otrora poderosas de su frente —una sola heredó Soledad— lucían blandas, como si la piel se entregara plácidamente al nuevo estado. Su pelo de leche se confundía con las telas, apurado en alcanzar la disolución.

Busqué a Soledad. Las flores —antes y ahora— soplaban su fragancia primaveral. Junto al finado se contaban anécdotas. Es parte del rito que se cumple en todos los velatorios, y seguramente muy antiguo: pretenden entusiasmar al muerto, condicionándolo para un viaje bienhumorado o para que realice un último esfuercito y se quede entre los mortales. ¿Podrían convencer al duro don Conrado a quedarse en la vida?, ¿levantaría este librero su palidecida cabeza, provocando un grito de horror, diciendo no he muerto?...

Se golpearía contra el frío techo del ataúd. Ese dolor le recordaría todos los dolores y optaría por su níveo lecho lusiforme, repitiendo las frases categóricas con que solía decorar su conservación.

Soledad recibía las visitas. Regresó a mi lado cuando supo que yo había muerto. Le resultaba más fácil esta vez, con la experiencia del velatorio anterior. Todo

requiere aprendizaje, incluso agradecer los pésames. Oía las voces de quienes me rodeaban, aunque no percibía claramente los pésames. Son las palabras más difíciles de pronunciar, porque arman un lugar común horrendo y, además, hipócrita. Cuando era niño, en un velatorio me limité a saludar cuando mamá me empujó hacia una mujer vestida de negro, extendiendo mi mano y diciéndole mucho gusto. La pobre me abrazó y largó su llanto. Mamá me llevó luego hacia la hija, también vestida de negro, pidiéndome rápidamente que le dijera algo más. Extendí la mano, dije mucho gusto, quedé trancado, revolví mis reservas de frases hechas y atiné a pronunciar otra palabra: felicitaciones. El vacío se abrió a mi alrededor como en una pesadilla. Quise romperlo añadiendo buenas tardes y de inmediato corregí: buenas noches. Terció mamá: discúlpelo, está impresionado. Al rato, en otra habitación, contaban mi traspié, batiendo impudicamente las mandíbulas. Me consolé. Pero en casa el reproche fue severo. Aprendí las fórmulas: lo acompaño en el sentimiento, mi sentido pésame. Dije ambas frases en la primera ocasión con manifiesta vergüenza, como si estuviera pronunciando palabras sin sentido y totalmente estúpidas. Me las recibieron con un gracias complacido: no eran estúpidas. Sin embargo, comprobé en otros que era más enérgico el apretón de manos que la fórmula, como si ésta fuera un acompañamiento a media voz del primero. Así, pues, desde mi lata de conservas me enteraba de que muchos venían a lamentar mi suerte, hablaban poco con Soledad, la abrazaban, palmeaban, acariciaban, pronunciaban esas dos frases en voz baja y luego recurrían a cualquier anécdota trivial para olvidarse de ella y de mí.

En el velatorio de Conrado Castelli, su padre, Soledad apareció muy demacrada. Tenía que atender a casi todas las visitas que fueron importantes en su vida. Los vecinos habían concurrido masivamente. En estos casos nadie se permite una flaqueza, menos en Leubucó. Llegaron comerciantes competitivos, por esa solidaridad que sólo se manifiesta cuando ya no sirve. Contra una pared estaba Jorge Luis Borges; le hablaba Leopoldo Marechal. Victoria Ocampo, algunos pasos más lejos, abrazaba a Soledad. Me distraje contemplando a esos personajes que bajaron de los anaqueles de su cotizada librería. Victoria giró y su mirada me rozó levemente, a través de sus cristales oscuros, que la protegieron de una contaminación intrascendente. Ernesto Sábató emergió de un bloque informe de trajes: su cabeza torturada enfiló hacia Marechal, quien parecía burlarse de su propia desolación. Tendí mi mano a Soledad. Ella aproximó su mejilla, nos abrazamos y estalló en sollozos. ¿Contemplaba a Marechal? Sí: recordaba las puñaladas que su difunto y lamentado padre le había clavado en el vientre por peronista. Su cuerpo se agitó. Sus hombros frágiles rozaban los míos y el líquido de sus ojos empapaba mi cuello. Le comprimí los brazos: porque no encontraba frases y temía decir felicitaciones. Permanecí junto a ella mientras desfilaban los autores, los críticos, los traductores, cada vez más interesados en deglutirse unos a otros, hacerse oír, convertirse en focos de interés y

simpatía. Don Conrado, aun muerto, reunía en torno suyo a los creadores grandes y pequeños que había manipulado con soltura. Ellos se acariciaban y mordían, ignorándolo ya. Siempre interesan ellos, nunca Castelli. Interesa el creador, no el librero. El librero ha muerto (o lo consideran materia de muerte).

¿Qué conjeturaban las visitas que daban su pésame a Soledad por mi muerte? ¿Si ella heredará mi fama? Qué fama. ¿Si podrá incidir en la buena fortuna de otro escritor? Qué fortuna. ¿Si le he dejado mucho dinero? Qué dinero. ¿Si conserva algún manuscrito valioso que podrá regalar bajo cuerdas? Qué manuscrito... Entonces no durarán mucho, no la fatigarán. Por el contrario, la dejarán muy sola. Entonces me contemplará a través del vidrio, mirará mis finos ojos, mi boca apagada. Mi obesidad monstruosa y compensadora. Pensará —si tienes ganas de imaginar— cuánto podríamos aún realizar juntos, animados por el entusiasmo puro e ingenuo de aquellos primeros años. Soledad.

Después del entierro la acompañé a su casa. Los empleados de la empresa fúnebre habían retirado la decoración mortuoria, pero aún persistía el intenso olor de las flores. En el ángulo donde estuvo el féretro quedó un vacío, como si el muerto continuara flotando allí, como si hubiera adquirido para siempre el espacio, el último que ocupó en la sala. Nos sentamos en un sillón. Pronto vendrían también algunas amigas. Fui al aparador, extraje una botella de vino y llené dos copas. Soledad me abrazó. Sus mejillas estaban aún húmedas. Sentí su cuerpo cálido y tierno. Estábamos solos. La soledad —y Soledad— me excitaban. Pensé en el muerto. Ella me besó. La apreté. Ella me besó de nuevo como en *El Gato Azul*, como en *Mar del Plata*. Pensé en el muerto con menor intensidad. El aroma que venía desde su pelo no era igual al de las flores. Su aliento estremeció mi piel. Mi boca se apoyó en su cuello. Nos estrechamos furiosamente y nuestras piernas se cruzaron. Pensé otra vez en el muerto para dominar mi impulso, pero ya no ejercía poder.

¿Ya no ejerzo poder sobre Soledad? ¿Pueden ella y otro abrazarse, acariciarse, sentirse unidos y entregados? Cuando la comprimía en el sillón, imaginé fugazmente a Conrado Castelli en su ataúd, contemplándonos. Y si las bromas que se cuentan en los velatorios tienen larga data, porque con ellas se quieren retener al difunto, más eficaces fueron las relaciones carnales que los cananeos desarrollaron en sus templos: porque don Conrado hubiera levantado la cabeza, indignada, para reprochar severamente a su hija. Largos minutos de caricias audaces e incontrolables, interrumpidas por la lubricación del vino, sin pensar en culpas, con la desinhibición que otorga la presencia de la muerte, nos unieron. Soledad me besaba con impaciencia. Y aunque yo pensaba voluntariamente en su padre muerto para conseguir su reproche, tenía lástima de ella. Lástima mezclada con un insólito deseo. Ella tocaba su repentina soledad y también tocaba a un hombre protector que liberaba sus complejos de Astarté. Quizá yo fui su padre cuando ella lactante, cuando podía

rodar en sus brazos sin prejuicios incestuosos. No sé. No sabía. Las lágrimas transparentes, blancas, gelatinosas, rodaban por el placer que viene con el dolor. Y me sentí, con culpa o complicidad, con lástima o crueldad, con moral o inmoralidad, más adherido que nunca a esa muchacha, que se imponía como tortura infernal. Poco después nos casamos y huimos a Buenos Aires, escandalizando los corrillos de Leubucó. La muerte de su padre facilitó nuestra unión. Mi muerte, en cambio, sólo un espejismo.

CAPÍTULO IV

VISTE POR PRIMERA VEZ a Fernando Albariconte cuando recorriste las oficinas de la Independencia en Buenos Aires. ¡Qué contraste con la época actual!

Eras un niño. Desde hacía semanas te dominaba la agitación, no sólo por haber ganado el cacareado concurso de poesías, sino porque visitarías esa ciudad encantada. Es importante recordarlo. Celina compró ropa para todos. Tu padre protestaba, porque la moda allí es diferente: no me tomarán por pajuerano, yo los conozco, nació allí. Él compró maletas nuevas, de cuero: aquí son más baratas —justificaba la adquisición— y causan el primer impacto. Tus amigos te envidiaban con gozo; es una sensación particular que habías experimentado en muchas ocasiones. Algunos en serio y otros en broma te adelantaban versiones sobre esa ciudad inmensa, rica, culta, complicada, cuyas noches parecen el mediodía, donde está el Gobierno, la Historia, los Museos, el teatro Colón, la calle Florida y la calle Corrientes, la avenida más ancha del mundo y el obelisco más alto también, donde uno se pierde en la calle, se desplazan ríos de gente, los cines están pegados, los restaurantes no cierran nunca y se le puede oír cantar a Carlitos Gardel en una esquina, un bar, porque allí no ha muerto, como dicen acá. Hay librerías con todos los libros del mundo, Salgari y Verne completos, mi tío estuvo hace poco. Y a mí me dijeron que las jugueterías tienen armados los cuentos, entrás a bosques verdaderos donde se puede conversar con enanitos, y... ¡Bah!, eso dejalo para los nenes: te hablaba del bosque de Palermo. Sí, sí, es un bosque de verdad, donde uno se confunde entre los árboles, lagos, casitas de troncos, pero sin ogros... ¡eh! a tu edad no me vengás con hadas, no seás pelotudo... Bueno, a mí me contaron.

Tenías diez años, Héctor, emprendías una aventura. En el andén del ferrocarril se reunieron vecinos, algunos compañeros del Banco donde trabajaba tu padre, tus amiguitos más próximos acompañados por un mayor. Le decían a tu padre que no dejara de visitar el Maipo y el Tabarís. ¡Bah!, son porquerías, ningún porteño pisa allí. Entonces los cabarets del Bajo, están llenos de marineros, es una fiesta. Está bien... Mira: la dejás a tu mujer en el hotel o la mandás al cine o... No, mejor a un teatro vocacional. Bueno, a un teatro vocacional y te vas a donde te dije, frente a la plaza Congreso... No, no es ahí. Pero si estuve hace poco: dame papel, te dibujo el camino. No le compliqué la vida, va con un escolar, es un viaje educativo. ¡Tenés razón! Nada de locuras ¿eh? Y don Lorenzo sonreía forzosamente porque no se le ocurría ninguna contestación aguda. A tu madre la atoraban con recomendaciones: encontrarás los mejores sombreros, las carteras, para zapatos andá a y para abrigos a, mirá las vidrieras en avenida Santa Fe y comprá en Once; es más barato. No, cuesta lo mismo. De ninguna manera. ¿Y la señorita Irrazúriz? ¡Cómo tarda! La vi en la peluquería estar tarde. ¡Qué exageración: si llegará despeinada! Qué quieren: es joven.

¡Bueno, bueno, chico!, te acariciaron la cabeza, separándote de tus amigos. Conocerás las escaleras mecánicas: pero cuidado con no sacar el pie a tiempo, se te puede encajar en los dientes. Que se va a... ¡Cómo que no! Claro que no. ¿Crees que se puede dejar semejante peligro para miles de personas? Mirá: más de uno prefiere las escaleras comunes; por qué ¿ah? Por qué.

Don Gumersindo Arenas, siempre atento a las manifestaciones locales que miran lejos, escribió un largo artículo en Horizonte, alabando el concurso organizado por la Independencia, la Fiesta de la Poesía impulsada por Azucena Irrazúriz y los méritos tuyos evidenciados desde tan corta edad. En esta nota incluía los plácemes del Centro de Escritores Leubuquenses, cuya presidencia tenía el honor de ejercer.

Mezclaron a tu padre en una fugaz discusión acerca de la Independencia, porque es un hecho que la Municipalidad donó tierras, la Provincia no le cobrará impuestos y los bancos locales han ofrecido créditos para construir las instalaciones, dicen. Eso de los bancos es verdad, aseguró tu padre. Pero ¿no es un negocio demasiado grande para que lo maneje Robustiano Buteler? Buteler es la pantalla, hombre, la pantalla; a esto lo dirigen desde Buenos Aires. Pero ¿y la descentralización?... ¡Propaganda! ¿Quién se chupa el dedo? Yo no me lo chupo y no pienso así: ésta es una industria fenomenal, bienintencionada; sin la plantación de rosas Leubucó estaría muerta y Robustiano Buteler, viejo, tranquilo y jubilado, no ha perdido las garras. ¡Que la inocencia te dure! Sos un infame: ¿sabías que el Directorio renunció a los sueldos? No. Es otro ejemplo: para los descreídos... o para los que sufren porque no ingresaron en el Directorio.

Apareció tu maestra con el abrigo sobre los hombros, un monumental peinado en torre y las mejillas arreboladas: ¡ay, qué manera de apurarme! Estás hermosa, Azucena... Qué bien te arreglaron: provocarás una conmoción en Buenos Aires... No es para tanto, no es para tanto, se estremecía.

—¿Cómo estás, Héctor?, ¿contento? —acarició tu hombro.

—Sí, señorita...

Percibiste su característico aroma de pino, pero sin el delantal almidonado parecía otra mujer, bella, aunque menos atractiva.

¡Suban!, ¡suban!

Ya es hora. ¡A despedirse! ¿Por dónde empiezo? Se emocionó tu madre y abrazó a la mujer más próxima. Don Lorenzo dio la mano a todos: sus compañeros le palmeaban la espalda. ¡Buen viaje! ¡Felicidad! ¡Adiós! ¡Hasta la vuelta! ¡Saludos al Presidente de la República!

El olor del tren es muy grato al principio. Encontraste tu asiento: aquí es, hiciste señas entusiastas. Tu padre dobló prolijamente los abrigos, los acomodó uno al lado del otro en el portaequipajes. Abrió la ventanilla: ¿el changador subió las valijas? Sí, contestaron varios. Voy a cerciorarme, se ofreció el vehemente defensor de la

Independencia.

Te asomaste a la ventanilla; a tu lado se apoyó la maestra: percibiste el cuerpo que te solía estremecer. La tendrías para vos solo los quince días: ella te conduciría por los museos y explicaría los lugares históricos.

Rugió la máquina como un monstruo enorme y bondadoso. A través de la ventanilla rozaste la profusión de manos que se extendieron en último saludo. El tren se sacudió y caíste contra el respaldo. Los amigos se apartaron un poco, reiterando sus ademanes y consejos, y repitiendo sus bromas. Pronto desaparecieron las luces de Leubucó. Tu padre cerró la ventanilla.

—Son buenos... —suspiró Celina.

Él, mirando su reloj, hizo los cálculos: si no se atrasa, llegaremos a Buenos Aires a las 11,45. Pero estos trenes cada vez son menos puntuales.

Cuando apareció el guarda, le llamó: por favor ¿a qué hora llegaremos?

—Once cuarenta y cinco.

Lorenzo sonrió satisfecho: si no se atrasa ¿eh?

El guarda se encogió de hombros, repitiendo ¡eh!...

Llegaron a la una y diez. Tu padre protestó mucho desde cuatro horas antes, cuando se percató de la demora: ¿cómo va a marchar el país?, ¿cómo?, si por un viaje de Leubucó a Buenos Aires hay dos o tres horas de demora, ¿te imaginás cómo se atrasa la entrega de mercaderías? Hay gente que en vez de trabajar tiene que esperar con los brazos cruzados ¡se paraliza todo! Así no vamos a llegar a la grandeza... ¿Por qué se demora este tren? Nadie sabe: porque es así, porque es costumbre llegar tarde, porque a los argentinos nos gusta, ¿no le parece, señorita?

—Está bien, Lorenzo... Tenemos quince días para pasear. No vale la pena amargarse por dos horas.

—¡Ahí está, Celina! Vos pensás en las dos horas. Yo pienso en el país. Si todos pensáramos en el país andaríamos mejor...

De cuando en cuando descubrías a tu maestra mirándote con insistencia. *Es la mina del Director, recordabas...* Tal vez, afligida por sus encantos atardecidos, imaginaba tu futuro triunfal, enlazado a otra mujer, parecida a ella en el rostro, pero más feliz en el corazón.

Al aproximarse el tren a Buenos Aires tu padre distribuyó las obligaciones: Héctor llevará su sobretodo y una caja; vos, Celina, tu tapado, tu cartera y la otra caja. Usted, señorita, su abrigo y su bolso. Yo llevaré una valija; el changador las otras dos, las más pesadas; tendremos que caminar rápido y no perderlo de vista: a veces desaparecen y después ¿a quién nos quejamos?

Abarcaste ávidamente la enorme estación Retiro. Al final de la bóveda metálica divisaste un trozo del cielo gris y hacia abajo, confundidos con postes y otros trenes, quisiste percibir los mástiles de algún barco: sí, cerquita está el Río de la Plata.

¡Vamos, vamos! —corría tu padre detrás del changador sin apartar los ojos de las valijas. El bracero depositó las maletas junto a una cola y extendió la mano. Tu padre la llenó con monedas. El hombre las miró y volvió a extender la mano despreciativamente: falta. Tu padre preguntó cuánto, con enorme desconfianza. Los vecinos de la cola le miraron y por no parecer un provinciano mezquino, pagó la que creía exorbitante suma.

A la cabeza de la cola trabajaba otro changador, musculoso y parlanchín. Detenía a los taxis, hablaba con los pasajeros, ordenaba al conductor que abriera el baúl, avanzara o retrocediera, acomodaba el equipaje en el vehículo y mantenía la disciplina de la cola, repitiendo siempre: mujeres primero, ancianos primero; un momento, señor, no se apure que la vida es larga; falta una moneda, señor; gracias, señor; adelante, pará viejo.

Tu padre arrugaba en la mano el billetito con la dirección del Hotel donde tenían reserva. ¿Es lejos?, le preguntó. Cerquita, señor, adelante, suba, gracias señor, el que sigue. ¡Al Hotel Castelar!, ordenó al taxi.

—¿Ésa es la Torre de los Ingleses? —preguntó Celina.

—Sí —respondió Lorenzo, controlando tensamente hacia dónde enfilaba el conductor, porque se aprovechan de los que no conocen la ciudad para hacer un montón de vueltas inútiles y cobrar cinco veces más caro.

—¿Ésa es la Cancillería? —preguntó de nuevo tu madre.

Lorenzo se acercó a su oreja y le cuchicheó: ¡basta!, no sigás mostrando que sos una pajuerana: este tipo nos hará recorrer toda la ciudad, e hizo un gesto de resignación a tu maestra.

El auto empezó a correr despavoridamente.

—¿Por aquí es el camino más directo? —tu padre preguntó con inquietud.

—¿Directo a dónde? —dijo con malhumor el taxista.

—Al Hotel Castelar.

—Sí, es directo —replicó de mala gana—. Pero éste no es un helicóptero ¿eh? Un helicóptero va más directo... Si quiere un helicóptero...

—No, yo decía nomás —se retrajo Lorenzo.

—Ahora vamos bien, porque abrieron esta calle que antes la tenían clausurada para arreglar los baches. Este Intendente de mierda (que me disculpen las señoras) se la pasa rompiendo la ciudad. Y después uno se embotella y empelota (que me disculpen las señoras). ¡Cómo quiere que no se esté murado! Uno tiene que hablar porque sino revienta, por ese hijo de mala madre.

—Sí, tiene razón —pero no quedó convencido; para demostrarle que no era un descarriado en Buenos Aires, le aconsejó—: Conviene que tome por calle Libertad ¿cierto?

—Vea, señor —estalló el taxista—. Si no sabe, mejor se calla.

—Pero Libertad...

—Libertad es contramano. Usted me pidió que lo llevara al Hotel Castelar y yo lo llevo. Por dónde, es cosa mía. ¡O usted me quiere enseñar!

—Está bien. Perdone.

—Perdone usted —se ablandó sorprendidamente—. Lo que pasa es que el Inten... ¡Bah!, para qué seguir hablando de ese animal. Es un animal. Resulta que ahora nos quiere recargar la... ¡Bah!, mejor que me calle, hijo de la gran puta (que me perdonen las señoras). Ayer nomás me encajaron una multa por subir un pasajero fuera de la parada. Era una viejita; ¿le parece bien que no suba a una viejita?, que la haga caminar una cuadra hasta la parada? Dígame, señor —y miró hacia atrás, con riesgo de embestir a otro auto—. ¿Usted no alzaría a una viejita?... Puede ser su madre ¿no? Bueno, los perros de ese hijo de perra (que me perdonen las señoras) me encajaron la multa, nomás; qué le parece. Como para estar bailando de alegría ¿no?... Me gustaría que se ponga al frente. ¡Le aseguro que hundo el fierro a fondo y lo hago mieceerda!

—¡Cuidado! —gritaron las mujeres.

—Que me perdonen las señoras. Uno anda mufado... No se choca seguido. Claro que cuando se besan dos coches, todo el mundo va directo a lo de San Pedro... Ahí está el Hotel, señor, ¿lo ve? La calle Libertad no nos servía. Espere que llamo al botones, ¡ché, pibe!... ¡Vamos, movete!... ¡Bajá las valijas!... ¡O estás ahí para que te saquen una foto!

Esa tarde tenían que presentarse al señor Antonio Ceballos, quien les daría la bienvenida además de orientarlos sobre la mejor manera de aprovechar el paseo en Buenos Aires. Celina, aturdida por las obsesivas instrucciones de Lorenzo, vació las maletas y acomodó toda la ropa en el amplio placard, mientras vos, junto a la ventana, contemplabas los edificios grises que se alzaban pegados entre sí. Tu maestra tenía la habitación vecina.

Se emperifollaron con lo mejor. El primer impacto es decisivo, repetía tu padre.

En el amplio hall del enorme edificio Patria circulaba mucha gente, Lorenzo estaba sorprendido: esto es como un Banco. Se acercó a una ventanilla. Por favor, ¿dónde quedan las oficinas de la Independencia?

La empleada apuntó con la mandíbula: le dirán en Información.

Un hombre uniformado como botones de hotel respondió amablemente: sexto piso, por el ascensor de la derecha.

—De la derecha —repitió tu padre por las dudas—. Miren: las paredes son de mármol. Fíjense cuántos empleados. ¡Cuántos millones de pesos!

Varias personas aguardaban junto a la puerta del ascensor. Tuvieron tiempo para contemplar las enormes arañas, el estucado, una escalera también de mármol que se enroscaba, una serie de bustos que seguramente recordaban a personajes importantes.

—Arriba —anunció el ascensorista.

—Quinto... octavo... tercero —pedían los pasajeros.

—Sexto —dijo tu padre.

Se abrió la puerta; un corredor alfombrado con una salita central. Tras un escritorio los miraba una mujer joven, también uniformada.

—¿Aquí está el señor Antonio Ceballos?

—Sí, ¿por qué asunto?

—Venimos de Leubucó. Mi hijo ha ganado un premio de la Independencia. Nos dijeron que teníamos que presentarnos a él.

—¡Ah, sí! ¿Usted es el señor Célico?

—En efecto —sonrió triunfalmente Lorenzo.

—¿Y éste el joven poeta?... Aguarden un momento, que los anuncio. Tomen asiento, por favor.

Todos se miraron con orgullo. La salita era acogedora, con un gran cuadro al óleo.

—Ya te conocen hasta en Buenos Aires —dijo tu maestra.

—Por escribir versos —agregaste, sonriéndole con malicia a tu padre; él no dijo nada, pero le desbordaba la satisfacción.

Volvió la empleada con paso liviano y casi juguetón: síganme. Abrió la puerta de una oficina: por aquí, enseguida viene el señor Ceballos. Se retiró. Sobre las paredes revestidas de madera lucían cuadros, diplomas, sables y objetos de arte. Las ventanas estaban cubiertas con visillos a través de los cuales se divisaban veleros. Te acercaste con avidez: ¡papá, el mar!

—No es el mar: es el río —aclaró con suficiencia.

—Pero es como el mar, hay barcos, ése parece el puerto.

—Sí, pero no es el mar.

—Quiero ver los barcos, papá. ¿Iremos pronto?

—Creo que sí. Pero antes nos dirán qué programa han preparado. Tal vez tengamos que asistir a ciertas reuniones... ¡Qué sé yo! Tené paciencia. ¿No le parece, señorita?

Entró el señor Ceballos vistiendo un liviano traje gris. Saludó elegantemente, empezando por tu madre.

—¿Es la primera vez que vienen a la Capital?

—Yo nací aquí —respondió en seguida tu padre—; después me trasladaron a Leubucó, allí me casé y...

—Entiendo. ¿Usted, señora?

—Sí, la primera vez.

—Señorrr... —sonrió seductoramente a tu maestra.

—¡Señorita!... Azucena Irrazúriz —informó nerviosa—, ya estuve en dos ocasiones. Me encanta Buenos Aires.

—Magnífico. Celebro tenerlos aquí; y los felicito por el talento de su hijo, de su

alumno. Espero que siga cultivando las letras.

—Sí, señor —contestaste.

—Nuestra empresa aspira a descubrir los valores del interior argentino, estar al servicio del país, como se ha anunciado reiteradamente. ¿Así lo ven en Leubucó?

—Por cierto, señor —dijo tu padre—. La empresa es un orgullo, un modelo.

—Tenemos conciencia de su significación revolucionaria —añadió la señorita Irrazúriz—. En poco tiempo se producirá una gran transformación, que seguramente repercutirá en la política del Gobierno y de otras empresas.

—Así lo esperamos.., y lo deseamos —dijo Ceballos con evidente complacencia.

—Es una empresa patriótica —tu padre repitió el iterativo slogan.

—Patriótica... —coincidió Ceballos—. Bien, que pasen una feliz estadía; quedamos a sus órdenes. Ahora me van a disculpar, hoy tengo una agenda muy cargada. ¿Quieren recorrer este edificio?... Los haré conducir por un colaborador ligado a Leubucó; tal vez lo conozcan —oprimió un botón del teléfono interno—. Señorita, que venga Albariconte.

Tu madre miró a la señorita Irrazúriz: ésta perdió la sangre y abrió desmesuradamente los ojos, que se fijaron con aprensión en la puerta por donde ingresaría la más inesperada de las personas.

Ceballos se despidió respetuosamente: señora, señorita, señor, joven poeta: ha sido un placer... Aguarden, aguarden, enseguida llegará Fernando Albariconte. Transmítanle cualquier inquietud, formúlenle todas las preguntas... Bueno: aquí está Albariconte. Pase. Le presento a la familia Célico y a la señorita Irrazúriz, maestra del muchacho que ganó el concurso de poesías —caminando rápidamente hacia la puerta, añadió—: Los dejo con un amigo; hasta pronto.

Percibiste un embarazo generalizado, especialmente de tu maestra. Los comentarios que circulaban en Leubucó —muchos de los cuales repetían tus padres durante la cena— parecían confirmarse. Albariconte mantuvo una larga relación con la señorita Irrazúriz, después la abandonó. A la inversa: ella lo abandonó a él. En estos líos nunca se sabe la verdad. ¿Se acuerdan cuando vino invitado por el C.E.L. para dictar una conferencia? Bueno, don Gumersindo Arenas lo agasajó en su casa, a la que concurrieron también el Patriota, Soledad Castelli y la señorita Irrazúriz. Albariconte se lució discutiendo con el Patriota y después se armó un concurso de tangos; la señorita Irrazúriz bailó con el Patriota. Ahí empezó a ser su mina ¿viste que es cierto? Pero ella quería al periodista, se pensaba casar, preparaba la ropa. Después cortaron, porque él prefería a Soledad Castelli. El sinvergüenza, para disculparse, le regaló a la señorita Irrazúriz una Antología Poética. ¿Sabes qué hizo ella?... Lo rompió en pedacitos, hoja por hoja, cada hoja en ocho trozos, formó una parva, la envolvió y se la mandó al hotel.

Fernando Albariconte tendió la mano. Azucena bajó la cabeza, profundamente

turbada. El arranque de la conversación fue duro, apelando al tiempo y al viaje. Lorenzo dijo que le gustaría recorrer el edificio.

—Con mucho gusto —respondió Albariconte—. Éste es uno de los que tienen en Buenos Aires.

No entendiste el giro: para ello debieron transcurrir ocho años.

—Aquí funcionan algunas empresas —agregó.

Parecía obvio: en un edificio no cabe el país.

—La Independencia, que a ustedes les interesa por ser de Leubucó y por el concurso —te acarició la nuca—, sólo ocupa cinco habitaciones del sexto piso.

—¿Nada más?

Albariconte sonrió: la Independencia es una explotación de la pampa medanosa, señor, cuya producción y Directorio están allí; nosotros nos ocupamos de las conexiones con otras empresas y con el exterior.

—Claro, claro...

—Nos arreglamos perfectamente en ese espacio que parece reducido.

—Entiendo —dijo tu padre—: aquí es como una sucursal, un apéndice ¿verdad?, al revés de las otras empresas que tienen su corazón en Buenos Aires —y mirando a las mujeres, añadió—: Es el ejemplo descentralizante de la Independencia, lo estamos comprobando.

—Les mostraré la terraza, si les parece; los otros pisos son oficinas de fábricas, desmotadoras de algodón, financieras, elevadores de granos, manufacturas textiles... creo que no les interesa.

—¿Todo eso concentrado aquí?

—Más de lo que imagina, señor —dijo Albariconte sin orgullo, casi con tristeza.

—¿Quién es el propietario del edificio?

—Los mismos.

—¿Cómo los mismos?

—Sí... —Albariconte se trabó—, los de la inmobiliaria: en el segundo piso funciona la Inmobiliaria Argentina, sociedad anónima; ellos son los dueños.

—¡Ah!...

—Vamos hacia el ascensor. Obtendrán una hermosa vista de Buenos Aires.

La empleada te saludó con un mohín.

—Tenés suerte —dijo Albariconte—: Inés sólo es cariñosa con los poetas jóvenes. A nosotros nos muestra los dientes.

Inés le mostró los dientes y después hizo un saludo amistoso con la mano. La señorita Irrazúriz caminó sin desviar la cabeza, con manifiesta rigidez.

—Undécimo —indicó el ascensorista.

—Tendremos que subir por la escalera hasta la terraza. Son dieciséis escalones: no es mucho —se disculpó—. Permiso: yo voy delante, así les muestro el camino.

En la terraza soplaba un viento húmedo. Tu maestra se llevó las manos a su torre de cabellos; tu madre al vestido. Te sorprendió el río de plomo, liso y ancho como la pampa, salpicado con veleros. Algunos navíos grandes lo surcaban perezosamente, esquivando los temibles bancos de arena. Abajo, adheridas al edificio se extendían las largas cintas de asfalto por donde se desplazaban con apremio automóviles y peatones.

—Cuidado —dijo Albariconte protegiéndote con la mano cuando te inclinaste sobre la balaustrada. Le miraste y por vez primera descubriste la profundidad de sus ojos. Fue un santiamén intenso que te estremeció.

Tu padre, emocionado por la calidad del panorama, empezó a explicar lo que veía, demostrando los conocimientos nada envejecidos que guardaba de Buenos Aires. La brisa le levantó varias veces la corbata, plantándosela sobre la boca; se la arrancaba molesto.

—¿Es de Leubucó? —preguntó Albariconte.

—Qué cosa.

—La corbata.

—Sí ¿por qué?

—Tiene celos de que ame demasiado a Buenos Aires...

—Pero si yo nací en Buenos Aires —repitió tu padre—: Leubucó es mi lugar de adopción —la corbata volvió a darle en la boca.

—¿Bajamos ya?

—Sí, está muy ventoso.

—¿Has escrito muchos versos? —preguntó Albariconte arrimándose a tu lado.

—No sé a qué llamaría usted muchos...

—Mucho sería un poema diario.

—¡Tanto no!... —reíste.

—¡Por supuesto, muchacho! Las letras no son productos fabriles, aunque ya existan máquinas para hacer versos: el arte es emanación del hombre, exclusivamente; y el hombre no es una máquina, no debería serlo. Hay que escribir cuando se necesita, libremente.

Asentiste con la cabeza. Su brazo en tu hombro y su extraño afecto te cautivaban.

—Yo trato de escribir diariamente, caliento el motor durante media hora más o menos, pero si no sale, largo.

—¿Usted escribe? —te maravillaste.

—Soy escritor; y he sido periodista —levantó la cabeza y cambió una breve, interrogante mirada con Azucena Irrazuriz.

—¿Escribe versos? —preguntaste.

—Ahá..., publiqué algunos libros, también.

—¿Qué escribe ahora? —te exaltaste.

—Una novela.

—Héctor... —intervino tu padre— no lo abrumés al señor con preguntas, no seás cargoso.

—Por su interés —explicó Albariconte— revela una fuerte atracción hacia las letras. A tu edad, muchachos, yo era igual. Los escritores me parecían dioses, los libros joyas.

—Mi hijo no será escritor —advirtió tu padre.

—Lorenzo... —dijo Celina, para frenarlo.

—Yo no estaría tan seguro —opinó Albariconte con suavidad.

—Yo sí —replicó—. En mi familia existe una tradición de trabajo, responsabilidad y realismo. Si quiere escribir para distraerse, que lo haga. Pero será un hombre útil. En nuestra familia no han nacido artistas ambulantes ni de los otros. Es una familia humilde, no muy letrada, pero digna, honorable —repetía sus frases incommovibles.

—Señor Célico: yo soy escritor y creo que también soy honorable.

—Disculpe, no quise ofenderlo, disculpe, no me interprete mal.

—Lorenzo —insistió Celina desconsolada, haciéndole gestos para que saliera del tema.

—Lo que ocurre —siguió tu padre—, es que un éxito transitorio no debe hacer perder la cabeza a nadie. Es mi opinión... no sé la suya —se ablandó respetuosamente, como si recordara que su interlocutor podía ser un alto funcionario de la poderosa firma.

Albariconte acarició de nuevo tu nuca.

—Creo que te pareces a tu madre —sonrió.

—Así dicen —agradeció ella contenta.

—¿A usted le dio por los versos, señora?

—Cuando jovencita solamente.

—Entonces su hijo no corre grandes riesgos —ironizó dirigiéndose a tu padre—. Unos años más y se olvidará de los versos.

—¡No! —replicaste con brusquedad.

Albariconte no retiró su mano cálida de tu nuca: tendrás que ser un hombre realizado, muchacho, no un fante bohemio, como dice...

—Yo no dije tanto.

—Algo parecido. ¿Usted sabe que uno de los objetivos de nuestro concurso era descubrir vocaciones auténticas? Por lo visto, hemos fracasado... es una pena.

Se produjo un repentino silencio.

—Haber premiado alguien que sólo escribe para distraerse... cuya familia desprecia el arte...

—Señor —se asustó tu papá—: yo no dije que despreciara el arte; solamente...

—El arte es verdad, muchacho, es sangre, es moral.

—Señor, señor —tu padre casi le tironeaba el saco para que le escuchara, tal vez creyendo que ese diálogo adverso podría acarrear una reducción del premio.

Pero la mano de Albariconte apoyada fraternalmente en tu nuca sólo se estremeció cuando la hasta ese momento muda boca de Azucena Irrazúriz irrumpió con un sonido ronco y nervioso: ¡el arte debería ser verdad y moral, pero no lo es siempre!

Estaba pálida, dijo la frase con mucho esfuerzo, no podría agregar otra palabra.

Entraron nuevamente en la oficina donde los había saludado el señor Ceballos. Albariconte llamó a Inés y le pidió que los acompañara hasta Viajes Sudamericanos, en el primer piso, donde les sería entregada una colección de folletos sobre Buenos Aires.

—Son muy útiles para recorrer y apreciar la ciudad.

—¿También sobre museos de arte, museos históricos? —preguntó Lorenzo, impaciente por demostrar que no era un bruto, que se le había interpretado equivocadamente, que entendía la cultura.

—También... Bueno, ya saben dónde pueden encontrarnos: visítennos cuando quieran.

—Muchas gracias —tu padre le tendió la mano.

Albariconte saludó a tu madre y a tu maestra: que disfruten la estadía. Oprimió tus brazos: muchacho, aunque siempre no sea así, el arte, el legítimo arte es verdad, es sangre, es moral; no lo olvidés.

Tuviste la impresión de enfrentar a un gran hombre, y esa impresión te duró años, quizá puerilmente.

CAPÍTULO V

—BASTA, FERNANDO: no insistás.

Dudé un instante y simulando contrariedad me acodé boca arriba, aflojando las extremidades cansadas.

—No te preocupés, querido. Será otra vez —me consoló.

—Podía haber sido ahora —respondí con enojo.

—Querido..., hace rato que, en fin... —bostezó Soledad.

—¡Me inhibís! —grité percibiendo en la penumbra cómo ella se contraía.

—Lo siento. Yo no sé... no sé qué necesitás.

—¡Es eso! ¡No sabés!

Soledad pasó su mano por mi cabeza caliente.

—¡Déjame! —la rechacé.

—Estás cansado, Fernando. Te agobian las preocupaciones.

—No.

Ella encogió los hombros, se inclinó hacia la mesita de noche y encendió la radio.

—Apagá eso ¿querés?

—Está bien...

—Soledad —la abracé desolado—. Discúlpame. Es que no sabés algo muy importante.

—¿Por qué no te explicás?

—Bueno... Se trata de algo muy importante.

—Ahá... ¿Y qué es ese algo muy importante?

—Me encuentro bajo tratamiento médico.

—¡Tratamiento médico! ¿De qué?

—¿No imaginás?

—Por tu impot... por... por... tus preocupaciones, quiero decir. ¿Estás enfermo?

—No te reprimas. Querías decir impotencia.

—¿Estás enfermo, Fernando?

—Sos buena, Soledad —sonreí y le apreté la mano, bajo las sábanas.

—¿Qué tratamiento estás haciendo? ¿Es por lo que llamás impotencia?

—Sí ¿te parece mal?

—No, no. Al contrario. Pero no suponía que te afligía así. Yo creo que esto se irá solo. Con un descanso, un viaje, por ejemplo.

Se me ocurrió entonces que hacer un viaje con la mujer encinta podía adelantar el nacimiento. Y el niño vería la luz en tierras extrañas, en África, en Europa, en Belén.

—No soy impotente, Soledad.

—Claro que no. Yo no digo eso —en sus ojos se reflejaba la turbación.

—Me tratás de consolar. Es que no lo soy; de veras.

—Está bien. No te gusta la forma como lo digo.

—Es otra cosa.

—Decilo vos y hacé de cuenta que lo he dicho yo. ¿Así te conforma?

—Soledad: no voy al médico por la impotencia. El tratamiento que hago me produce esta dificultad. Es al revés. ¿Me explico?

—No —se incorporó en el lecho, incómoda.

—Calma, calma.

—Hablá de una vez. Y bien clarito, por favor.

Soledad se había erizado. No era para menos. El año feliz en que nos hacíamos el amor cuando nos faltaba comida, terminó cuando ingresé en la Independencia. Desde entonces los viejos sueños de ella se aproximaron a su concreción... y los míos a la agonía. Soledad se embarazó y yo me torné impotente. Era necesario explicar mi impotencia... ¿o es que tenía asco de su embarazo?

—Bueno... ¿Por dónde empiezo? Primero acostate, ¿eh? ¿Qué hacés sentada?

—Me acuesto. No entiendo una palabra. Estás loco o yo loca. ¿Vas al médico para inhibirte?

—¡Déjame hablar!

—Es lo que espero. Pero enredás los temas, vas y venís, como si tuvieras miedo.

—¡Qué miedo! ¿Lo conocés al Dr. Grinaudo?

—De nombre solamente.

—A él he recurrido.

—¿Por qué?, ¿para qué?

Para evadirme, Soledad, quise contestarle. Pero callé durante un minuto. Cuando nos casamos hace una eternidad, nuestros hijos iban a ser las obras que escribiría bajo tu inspiración de besos, en un palacio de cuatro paredes derruidas, sobre una portátil usada, bebiendo el café sabroso que me extendían con mirada de terciopelo. Seguros de nosotros mismos, visitamos a tus amigas ricachonas para burlarnos de su frivolidad y de su dinero, de sus viajes, sus ropas, su legión de domésticas. Festejábamos cada acontecimiento —y la falta de acontecimientos— con orgías de amor... Después la portátil se descompuso y no alcanzó para comprar café... Se sucedieron Antonio Ceballos, la Independencia, tu embarazo, otra vez Azucena Irrazúri, la impotencia. Una tragedia: mi futuro de escritor ensombrecía tras mis progresos en la Independencia, mi aspiración mesiánica tras mi entrega servil. Ver claro no estimulaba mi rebeldía, como antes, sino mi parálisis.

—Queremos tener hijos ¿verdad? —dije, sin que ella ni yo pensáramos citar proyectos iniciales.

-¿Y?

—Siempre soñé con un hijo parecido a mí.

—Ahá.

—Pero que no sea totalmente igual. Que sea mejor. Que, por ejemplo, no tenga

algunas de mis debilidades, temores, raptos coléricos. En fin, que me supere en inteligencia, en voluntad. Porque un hijo, es la más elemental perogrullada, continúa a su padre, como un brazo que se extiende hacia la inmortalidad.

—¿Y?

—¡No me acucies con interjecciones! ¡Así no podré explicarme!

—Está bien; seguí.

—Fui a lo de ese médico, entonces. Había leído en un periódico que premiaron en el extranjero su trabajo sobre la dirigibilidad de los genes. Es famoso. Inició una revolución. ¿Te das cuenta? En adelante se podrá orientar la elaboración embrionaria del nuevo ser.

—Fernando... Sos increíble.

—¿Qué te pasa? ¿El hombre no se concibe y desarrolla como otros seres del planeta? ¿Por qué es factible mejorar las plantas y el pedigree de los animales? ¿Por qué no al hombre?

—Así que mejorarán la especie humana como a las especies animales. ¿Y cómo se harán los cruces? ¿Mujer con león, por ejemplo? El hijo sería hermoso, fuerte y dorado.

—Te hablo en serio, Soledad.

Pero lo único serio —y grave— era mi impotencia sexual con ella y mi impotencia moral contra la estafa. Soledad fue mi inspiración, pero no para escribir grandes obras o realizar grandes gestos, sino para llegar al Gólgota y pasarlo de largo: me faltó coraje para detenerme. Entonces tuve que recurrir al subterfugio, herramienta capital del marrano.

—¿En qué consiste el tratamiento?

—Inyecciones que el Dr. Grinaudo elabora.

—¡Qué bien! ¿También incluye alguna droga para deficiencias mentales?

—¡No te burlés! Es un médico de prestigio.

—A ver esas inyecciones.

—¿Qué querés ver? ¿El color de la ampolla?

—Quiero verlas.

—Me las coloca él mismo. Lo siento.

—Debe de ser agua bidestilada. Dios mío: te dejás mutilar por un estafador. ¿Su verdadero nombre no será Joe Tradiner?

—¡No lo injuriés! ¡Es un hombre famoso! —Joe Tradiner, posiblemente, era yo mismo; tendría que surgir un nuevo Fernando Albariconte para denunciarme.

—Ese médico debe ser un charlatán. ¿Qué más te hace?

—Radiaciones... —contesté al punto.

—¿Radiaciones? ¿Con ellas mejorará tus genes o liquidará tus testículos?

—¡Soledad!

—¡Fernando querido! —me abrazó—. ¿Por qué esta locura? Te hace daño. Ahora me explico todo... No son tus preocupaciones. Yo no te quería herir. Sé que cualquier palabra indiscreta empeoraría las cosas. Sos un hombre sano. No hay motivos para que tengas esta inhibición. Proviene de esas inyecciones y esas radiaciones. ¿Qué garantías te ofrece ese Grinaudo? ¿Cómo te arriesgaste a una experiencia así? Además, ya estoy embarazada: lo hecho hecho está. Te quiero sano para el resto de nuestra vida.

—Soledad, no debemos cerrar los ojos al progreso.

—Pero no tenemos que ser conejillos de Indias.

—Son tus prejuicios, querida. ¿Tenemos derecho de privar a nuestros futuros hijos de la fuerza, la inteligencia, la superioridad que ahora ya se les puede ofrecer desde su misma concepción?

—Fernando, no tiene sentido que continuemos discutiendo; te quiero pedir una sola cosa.

—Te encerrás, querida. Te encerrás en esquemas viejos y tontos.

—Te quiero pedir una sola cosa.

—Mm...

—Suspendé ese tratamiento, Fernando. Ya estoy embarazada. No es justo que nuestros próximos hijos sean distintos. No lo quiero... Además, corremos el riesgo de no tener más hijos después de éste —se acarició el vientre—. Es una locura, Fernando. No vayas más a ese médico.

—No debo... no puedo.

—¡Fernando!

—¡No te emperrés, Soledad! —grité sin mirarla; me desconocía.

Ella arrojó la cobija y se sentó con los pies en el suelo.

—¿Adónde vas?

—No sé... Estoy perpleja. Nunca esperé algo semejante.

—Querida...

—¿Qué?

La ceñí: un brazo alrededor del cuello, el otro alrededor de su cintura. Le besé el cabello.

—Yo te amo, Soledad.

—Abandoné ese tratamiento, entonces.

—Esta inhibición pasará. Me lo previno el doctor.

—¿Y si no pasa?

—Lo hago por el bien de nuestros hijos. ¿No debes colaborar?

—Hablás de nuestros hijos...

—Sí, de nuestros hijos. Serán maravillosos.

—Serán maravillosos sin recursos artificiales. Los quiero míos, tal cual yo los

concibo. Fernando, ¿por qué no me consultaste antes de ir a ese médico? ¡Dios mío! Estás loco... ¿Verdad que estás loco? Querés que tu hijo sea el Mesías o el punto omega... ¡qué sé yo!... Algo anda suelto en tu cabeza... Querido, ¿por qué no te resignás a lo normal? Consultaremos a Valentín.

—¡Bah, es un psicoanalista!

—Es médico. Y es tu amigo. Que opine, que te recomiende. Tal vez deberías entregarte a él, en lugar de ese curandero que elegiste en mala hora.

—Pero, Soledad, si yo no tuviese esta inhibición pasajera, ni te hubieras enterado.

Se soltó; buscó las pantuflas con la punta de los pies. Salió del dormitorio, fue al baño y abrió los grifos.

Desde la cama oí cómo se cepillaba los dientes. Ya se los había higienizado antes de acostarse. Hacía algo. Caminó luego lentamente hacia la cocina. Abrió la puerta de la heladera.

—Soledad.

No respondió.

—¡Tráeme un jugo de naranja a mí también!

No respondió.

—¿Estás enojada?

No respondió aún.

—Bueno... ¡Qué tanto! —di media vuelta en el lecho, me tapé hasta las orejas y cerré los ojos. Enseguida:

—Tomá —me extendió un vaso lleno.

—Gracias.

Soledad se acostó y encendió la radio nuevamente.

—¿Te molesta?

—No, no —vací el jugo cetrino y me deslicé bajo las sábanas. Toqué una de sus piernas. La abracé de nuevo. La besé en la nuca.

—Soledad...

—Qué...

—Debés entenderme.

—Abandoná el tratamiento —respondió sin, ánimo.

—Reaccionás como una chiquilina.

—¡Abandoná el tratamiento! —gritó de súbito.

—¡Con chiquilinas no hablo más! ¡Buenas noches! —grité también, y volví a sumergirme.

CAPÍTULO VI

A LA SALIDA DEL CINE nos encontramos con Antonio Ceballos y su amiga de turno.

—¡Hola! ¿No desean beber algo? —invitó.

En el cine había apoyado la mano en el regazo de Soledad. En la calle le abracé los hombros. Estaba excitado. La película, desenfrenadamente sexual, destruyó mis inhibiciones. Prefería ir a casa, estar a solas con mi mujer y liquidar el fantasma de mi impotencia. Durante la película sentí esas oleadas de sangre que hacía tiempo no me frecuentaban. Para que ella lo supiera arrastré su mano hasta mi muslo y dulcemente la empujé hacia arriba. Cuando se percató de la erección, pedí disculpas.

—Soledad... —susurré,

—Te hace bien el cine.

—¿Viste que puedo?

—Claro que podés...

En la policroma y bulliciosa confitería, Ceballos ordenó té, cerveza y Coca-cola. Los gustos son bastante encontrados ¿no? ¿Qué les pareció la película? Perdón: ¿está desocupada esta silla? Sí. Gracias. ¿Cómo dice usted? Ah, claro. Para mí la censura cortó mucho. No es evidente la relación de la tía con el sobrino. ¿Que no? Es usted ingenua, querida. Me refiero al proceso. Bueno, en realidad, hay allí un símbolo. No: este director afirmó que no acepta la adjudicación de valores simbólicos a sus personajes. ¡Bah! lo dice para confundir: es puro símbolo; su lenguaje no es directo. Amigo: ¿no querrá decir que todo lenguaje indirecto, por ese solo hecho, ya es simbólico? Permiso. ¿Para quién es el té? Para la señorita. Fernando, ¿tenés una aspirina? No... ¿te duele la cabeza? Mozo, ¿podría conseguirme una aspirina? ¿Se siente mal, Soledad? Un poco, no se alarmen, por favor. ¿Querés que nos vayamos, amor? Terminemos de beber. De acuerdo.

Acaricié el cuello de Soledad y la miré con ternura. La tía de la película era una mujer corpulenta. En el sobrino ejerció una anómala atracción: faldas que se elevan al descuido, escotes que se abren como pozos encantados, abrazos a solas, enseñanza de bailes, roces traviosos.

—Si Soledad tiene ánimo, los invito a una boite —propuso Ceballos.

—Lo siento, pero me duele la cabeza: les arruinaría la noche.

—Mejor vamos a casa entonces —dije mirando el ahondamiento de su arruga frontal.

—Discúlpenme —se compungió Soledad.

—Queda pendiente la invitación —se resignó Ceballos—; los acompañaremos.

—No, por favor.

El torrente callejero nos hizo sentir solos, como deseábamos. Buscamos un taxi. Caminamos adheridos, sintiendo el movimiento de los costados curvilíneos y

evocadores. La cadera de la tía que atraparon los ojos del sobrino. En el taxi nos besamos en la boca. Se electrificó la piel. Ella me tocó el muslo.

—Estoy ardiendo...

Nos separamos. Abrí la ventanilla.

—¿Te duele la cabeza aún?

—¿Lo creíste? —rió sorprendida.

—Amor mío... —la besé de nuevo.

—¿Crees que necesitamos una boite ahora?

—Lo que necesitamos es...

—Y bueno. Por eso pedí una aspirina.

Mi mano tembló en el ojo de la cerradura y la llave por fin penetró con un roce forzado y violento. Entramos. Mientras cerraba la puerta, la abracé. Se le cayó la cartera. Nos besamos acariciándonos rápidamente.

Ella rodó en la cama. La sentía exuberante y provocadora. Sus mejillas rosadas, calientes, eran un anticipo de su cuerpo, escondido aún bajo las ropas que tardaban en desabrocharse, complicándose con pliegues extraños y botones excéntricos. Inhalé los perfumes mezclados de la piel y el cabello. Mi nariz se metía tras sus orejas. No quería pensar porque el pensamiento me traicionaba. Quería ser un animal totalmente extraviado en sus instintos. Arranqué la blusa de mi mujer. Sabía que el tiempo jugaba en contra. Era cuestión de segundos. Tenía que ganar esa batalla para destruir el extraño hechizo de impotencia.

Y cuando había allanado el camino del ataque decisivo, comprendí con horror que mi fuerza claudicaba, que se repetía el mecanismo frustrante que empezó unos meses atrás, cuando regresó de un viaje trayéndome de regalo un muelle chaleco color de limón. El fracaso reiteraba sus pasos inflexibles, torturantes. Me entregué con locura a los recursos finales. Comprimí a mi mujer, la pellizqué, estiré con la mano mi propio miembro cobarde, evoqué a la joven de la película, le pedí a Soledad que me acariciara, intenté introducir un muñón blando y ridículo, respiraba agitado simulando hacer lo que no podía, rodé con ella por el suelo, apelé a posiciones inéditas. La tocaba con la desesperación de abarcar todo a un tiempo, ahogándome en un abismo de angustia.

Me separé de ella. Vencido. Con la garganta quemada por fueles irónicos.

Mi mujer, en la alfombra, con jirones de tela enrollados en los brazos y el cuello, grotesca, desamparada como un cuerpo inservible, envuelta en las llamas interiores que no encontraban cauce, me miró con los ojos extraviados. Yo estaba cegado por las lágrimas. Ella por la frustración. No existía cerebro. Sino calor, infierno.

Su corazón estallaba abriéndole un cráter de lava en el tórax. Saltó sobre mí.

—¡Vamos! —gritó—. Hacé algo. Rómpeme. No puedo más...

Y llorando la mordí y acaricié sin pudores. Consciente de cada movimiento,

terriblemente asqueado, oliendo lo inaguantable, sabiéndome una basura en el muladar. Y contemplando ese rostro vesánico, enrojecido, transfigurado, que me excitaba la náusea. Ella se estremeció como la tierra sobre los bramidos del volcán profundo, en un largo y terrible galope que la dejó extenuada, envuelto su cuerpo en los sudores de la larga carrera. Estaba loca.

Me abandoné, escondiendo el rostro bajo un antebrazo. Al rato, Soledad me besaba.

—Soledad... perdóname.

—Lo siento por vos, querido.

—Iba todo tan bien... Si hubiéramos venido directamente a casa.

Odiaba a Ceballos.

CAPÍTULO VII

LORENZO CÉLICO fue invitado a sentarse. Tenía plena conciencia de la importante resolución que cambiaría el curso de su vida. De simple y asegurado empleado bancario pasaría a funcionario de la portentosa Independencia. Pensó en vos, recientemente premiado, y en tu madre, a quien mantenía parcialmente informada.

Tres días antes le había telefonado Albariconte, sorprendiéndolo en el hotel.

—¿Visitaron los lugares que les recomendé?

—Algunos; es decir, la mayoría. Dos semanas es mucho y es poco, señor Albariconte. Yo le agradezco; usted y la Independencia son muy amables con nosotros.

—¿Cómo se siente su hijo?

—Contento —tu padre te miró—; muy contento.

—Se llevará un montón de novedades para asombrar a sus amigos supongo. Dígame que me impresionó muy bien, que me recuerda a mí mismo.

—Se lo diré —respondió, perfilándose en su rostro la impaciencia: para qué me habla, adonde llevará este rodeo.

—Mire, Célico —cambió la voz de Albariconte, yendo directamente al grano; tu madre acercó la oreja—: usted es un empleado bancario con excelente foja, ¿no es así?

El rostro de Lorenzo se demudó, sus ojos se abrieron sorprendidos: sí, por cierto...

—Lo sabemos. La Independencia precisa un hombre de confianza en Leubucó; las plantaciones ya están produciendo y todavía no se han vendido suficientes acciones en la zona. Se lo diré en dos palabras: conversando con Antonio Ceballos se planteó esa necesidad y yo lo propuse a usted.

—¡A mí!

—A usted, ¿qué le parece?

—Bueno... no esperaba algo semejante... Tendría que pensarlo, conocer mis obligaciones, remuneración, tantas cosas...

—Desde luego. Reflexione o, mejor, dese una vueltila por nuestras oficinas y le explicaremos bien en qué consiste la oferta: usted evaluará.

—Bueno...

—Le adelanto que es un cargo de jerarquía y le reportará ingresos superiores a los que percibe en el Banco.

—¿Sí?

—Célico: se trata de la Independencia ¡hombre!

—Sí... sí.

—Lo espero esta tarde —concluyó Albariconte, con el aplomo aprendido de Antonio Ceballos.

Al colgar el auricular, Lorenzo oprimió las manos de Celina. Vos estabas expectante.

—¡Esto es milagroso! ¿Quién lo hubiera imaginado? Héctor —te abrazó—, gracias a tu talento, hijo. ¡Las vueltas que da la vida! De repente algo así... ¿Oíste?, un cargo de jerarquía. ¿Cuál será la remuneración, Celina? El doble de mi sueldo actual, por lo menos... sí, por lo menos.

—¡Qué hermoso! —ella se retorció los dedos.

Te pusiste contento, sabiéndote el origen de tanta felicidad: los trajiste a Buenos Aires, a la suerte.

Lorenzo vistió nuevamente el traje negro para impresionar como digno funcionario. Celina le hizo algunas recomendaciones y después corrió al cuarto de tu maestra para transmitirle la novedad, que también la sorprendió mucho.

Tu padre regresó tarde, con el rostro ligeramente encendido. Se sentaron en la habitación del hotel a conversar. Tenías tanta curiosidad por conocer el desarrollo de la entrevista entre tu padre y Albariconte como por el mar, los barcos y sus misterios.

—Yo me dije, Celina, «cuando la limosna es grande hasta el santo desconfía»; así que pregunté. Y parece que les gustó. Era la ocasión para demostrarles mi personalidad y mi responsabilidad. Que si me opongo a que Héctor sea un artista, no es porque me falte ilustración y calidad humana, sino porque me sobra. Celina: la Independencia es más fuerte de lo que imaginábamos: mueve millones, millones. Yo tendría que ocuparme de los resúmenes contables, las planillas de sueldos y los movimientos de Caja; durante los primeros meses debería viajar para colocar y cobrar acciones a la gente que habita alrededor de Leubucó. No será mucho trabajo: las grandes operaciones se hacen aquí, en Buenos Aires; Robustiano Buteler y el Directorio se limitan a firmar y figurar, reciben los honores. Ésta es una empresa ultramoderna, casi totalmente automatizada, un orgullo argentino ante el mundo. No sabemos apreciar lo que tenemos. En Leubucó trabajan quince personas, nada más, ¡un portento! Con quince personas se consigue una producción fabulosa, que en su mayoría se exporta al extranjero. Quiere decir, Celina, que si en todas las partes se siguiera el ejemplo, nuestro país se convertiría en una superpotencia; ésta es como una fábrica y demuestra que no se necesitan los habitantes de Rusia ni de China para estar a la cabeza, sino técnica y patriotismo. Digamos que otras empresas empleen más de quince: treinta, cincuenta, cien operarios... Hací un cálculo: veinte millones de argentinos a razón de una gran empresa cada cien habitantes, ¿cuántos son?, ¿quién nos detiene?... Es emocionante, te aseguro.

Se quitó la corbata y los zapatos; su entusiasmo crecía.

—Me dijeron que el Banco Central le adelanta fondos para adquirir la materia prima y financiar al importador extranjero, que eso tiene mucha importancia; ¿entendés lo que significa?

—No muy bien, Lorenzo.

—¡Esto no es grupo, esto es algo grande! Significa que el Gobierno ha depositado su confianza en la empresa, que la considera beneficiosa a los altos intereses de la Nación. Además, no paga impuestos municipales y provinciales.... ¿Conocés otra empresa que tenga tantas consideraciones?

—N... no.

—La Independencia es., ¿cómo te podría explicar?, una institución histórica, que abre nuevos rumbos, que transformará al país. El doctor López Plaza tiene razón, ha dicho la verdad; no: se ha quedado corto, por primera vez en su vida se ha quedado corto en los discursos. ¡Esto es grande!... Y yo adentro, colaborando. Con el tiempo uno ni se imagina hasta dónde puede ascender. Mirá ese Albariconte ¿cuánto hace que entró? Ya es un capo.

Porque no vive de los libros: escribe como diversión; es un hombre de negocios, por eso sube. Ese asuntito entre él y la señorita Irrazúriz no tiene importancia, es materia de comadres, no de gente que mira lejos.

—Pero yo no perdí el control, Celina. Solicité unos días para decidirme.

—¿Tuviste el coraje...?

—Necesitaba ofrecer alguna resistencia, es elemental, entiendo comercio, no me podía ir de boca. En fin de cuentas no soy un cualquiera: en el Banco tengo estabilidad, escalafón, servicios sociales.

—¿Y qué dijeron?

—¿Qué dijeron?... Ceballos rió, como riéndose de una ingenuidad, de una torpeza ¿comprendés? Pero yo me dije que en las grandes empresas prefieren a los prudentes, aunque parezcan ingenuos. Recordé a Robustiano Buteler, gordo, tranquilo, perezoso... y lo hicieron presidente. De manera que me mantuve firme: necesito unos días... Y me los dieron ¿qué tal?

—Lorenzo... ¡te felicito!

—Pasado mañana me presento y les digo que sí. Saldrá redondo.

—¿Por qué te habrá propuesto Albariconte? —preguntaste, fijado siempre en ese hombre que acarició con afecto tu nuca.

—Vaya uno a saber. Le habré impresionado como la persona que necesitan: lo dijo por teléfono. Una empresa así no contrata a ciegas, seguramente han estado averiguando quién soy; ¿te acordás que se refirió a mi excelente foja? Y bueno. Ya me tiene radiografiado, estoy tan seguro como que me llamo Lorenzo.

—Habrán pedido informes al Banco, en Leubucó.

—Tienen su red de información propia. Esa empresa es... ¿cómo podría explicarte? Es un Estado; eso es: un Estado: con Gobierno, policía, prensa, espionaje, todo.

No olvidarías esas palabras.

Cuando tu padre volvió a las oficinas no lo atendió el señor Antonio Ceballos, comprometido —como siempre— en otros asuntos. En su lugar, un elegante y locuaz agente que con el tiempo fue trasladado a otra empresa del mismo edificio, le recordó los deberes, objetivos y ventajas de su misión. Sonreía. Célico se anonadó ante esa sonrisa de dientes blancos y perfectos. Pero el agente no se limitaba a los rubros de la fábrica: hablaba del tiempo, el gobierno, los sindicatos. ¿Está de acuerdo, señor Célico? Célico afirmaba con la cabeza. *Qué inteligente es usted, señor Célico.* La sonrisa... la cordialidad, aplomo, entrenamiento. *El tiempo es oro; no le robaré su oro, señor Célico:* todos los caminos llevan a la Independencia. *Usted ya recibió nuestras proposiciones.* Desapareció la sonrisa: rostro grave para graves transacciones. *Su incorporación a la empresa le reportará descuentos excepcionales.* Célico titubeaba.

Fernando Albariconte, sumergido en un blando y bruñido sillón de cuero, desde un oscuro ángulo de la pieza los contemplaba con cierto grado de repugnancia. Otra vez el diálogo entre un futuro siervo y un consumado zombie, entre ilusiones desenfrenadas que llevan al infierno y las trampas metódicas que clausuran todas las salidas. Lo estaban maniatando a Lorenzo Célico de la misma manera que Antonio Ceballos lo maniató a él.

El agente de la Independencia desplegó un enorme papel ilustración salpicado con fotografías rutilantes, variadas, que se ordenaban desde el gran círculo central hacia los rectángulos laterales, pasando por los rombos intermedios, bordeados con letras, títulos, leyendas breves, signos de admiración y mujeres hermosas con el fondo de la fábrica de rosas y otra mujer en el hall del edificio en Buenos Aires y un desnudo (insinuado) en la place Vendôme junto a las oficinas de la empresa en París.

Albariconte intuyó que los ojos absortos de Célico sólo captaban gigantescas oficinas, insensibles a las mujeres y manjares de los primeros planos. Ya ha comenzado a transfigurarse, se dijo: la mecánica es infalible. En vez de Célico debería llamarse cielo raso. ¿Él había actuado de idéntica forma? ¿Es esta caída de Célico una réplica de la caída que pocos meses atrás experimentó él mismo? Debería escribirlo, es casi su espejo en esta circunstancia. Sólo lo diferencia el hecho de tener un excelente hijo, un Héctor que recuerda a Troya: una Troya de la pampa medanosa, a la que le estaban metiendo el caballo de madera envuelto en pétalos. Lorenzo Célico no ve el caballo, se traga con avidez las mentiras: es un cielo raso. Su hijo podría ayudarlo. Él, en cambio, aún no tenía ninguno, aunque esperaba dos: el que se gestaba en el vientre de Soledad y el que maduraba en sus cuartillas con el nombre de Manuel. En ese hijo de carne y espíritu esperaba proyectar su antigua fuerza para destruir los engranajes perfectos de las redes florales llenas de zombies.

Su tiempo es oro, ridiculizó el agente. Tendrá que viajar por las localidades vecinas a Leubucó, vender acciones de nuestra fábrica. Célico se asustó. Como si

tuviera que recorrer el mundo. Albariconte se estremeció imaginando que un representante de Viator le hablaba a él mismo —o a Manuel—, ofreciéndole visitar en pocas semanas 20 países, 78 ciudades, atravesar 392 villorrios, admirar 12 galerías de arte, 18 monumentos históricos, 36 iglesias, 11 clubs nocturnos y se bañará en 11 playas diferentes. Todo para que su hijo nazca en Belén, como anuncia la profecía... Debe consignarlo. La escena estimulaba su inspiración.

El agente hablaba convenciendo. Lorenzo Célico se entusiasmó: contempló la propuesta de sueldo y viáticos. *No se preocupe: todo pago, señor Célico.* El agente extrajo su libreta. La transacción estaba madura.

Mi mujer... había balbuceado Célico, en un agónico recuerdo de su escalafón bancario a punto de esfumarse.

¿Quiere pensar? ¡Por supuesto, señor Célico! Nuestra empresa no sólo le deja pensar: insiste que lo haga, le ayuda; para ello pone a su disposición cuanto material ilustrativo necesite.

Fernando Albariconte cerró los ojos para oír al agente de Viator, tal como lo escribiría esa noche: ¡Consulte, señor! Viator es respetuosa de su tiempo, porque el tiempo es oro, y no queremos nosotros (tampoco usted) dilapidar estúpidamente el oro: un día es oro, una semana siete veces más oro. Gáneselo con el mínimo esfuerzo que implica prestar atención a estos folletos, señor: una legión de fotógrafos, historiadores, artistas, escritores y diagramadores han trabajado para usted. Observe el cúmulo de datos que reunieron para que usted los contemple y valore sobre esta mesa. Sin ningún compromiso. Todo financiado... Playa de Cannes, Plaza España. Comidas. Mujeres. Sol. Felicidad, con días libres, tardes libres, horas libres, siestas libres.

Firme aquí, por favor (voz educadamente imperiosa). El movimiento de su cuerpo agitó los corpúsculos de la loción-para-después-de-afeitar. El hombre cayó en hipnosis olfativa. Lo felicito, señor Célico: usted acaba de adoptar una magnífica decisión. Magnífica..., magnífica... La bruma de transacciones iguales, en planos de verdad y ficción, asqueaba a Fernando Albariconte.

Saludos. Apretón de manos. Célico transpiraba. El agente apiló los folletos en un ángulo de la mesa y oprimió un botón del tablero. El mundo será engullido festivamente —pensó Albariconte—; perfeccionan las técnicas del deleite para esclavizar las conciencias: el programa floral es matemático, infalible; con un Pistilo Central protegido en la Gran Corola y millares de sépalos y cálices que controlarán las ramificaciones individuales; habrá terminado el azar. Con las rosas de la Independencia construirán cepos que llevarán al mundo de la nariz. El hombre será un zombie manual e ideológico, cuyos márgenes de decisión estarán calculados y controlados, para brindarle un elevado simulacro de la libertad.

Lorenzo Célico se incorporó invitado por el agente; recordó la silenciosa

presencia de Albariconte. Le agradeció nuevamente que lo haya recomendado. Correría a magnificarle a Celina las ventajas que arrancó en varias cláusulas del contrato, los elogios que formularon a su tenacidad, la confianza que depositaron en su hombría de bien; las exageraciones la pondrían contenta.

—Tengo que presentarme en la plantación, simplemente: desde aquí comunicarán mi incorporación. Contratado por los agentes en Buenos Aires, encargados de ligar la empresa a otras firmas y al exterior... ¡La cara que pondrán en el Banco, Celina!

—Todavía no lo puedo creer.

—Es para no creer, verdaderamente... Tarde o temprano llega la recompensa. Mi dedicación, mi puntualidad, mi responsabilidad... que a veces has criticado... Sí, que has criticado, no lo negués ahora, diciendo que exagero, que los demás no son tanto, que duermo con el reloj y sueño con la prolijidad y el orden... Ya ves, recibo el premio. *El que trabaja y es honrado, / de Dios y de los justos es amado.*

Albariconte garabateó apresuradamente unas notas, pensando en la metamorfosis de cielo en cielo raso, de un espermatozoide burocrático en un brote redentor. Manuel como síntesis de sus ambiciones y sufrimientos, y también de las ambiciones y sufrimientos de los que recorren un camino análogo.

CAPÍTULO VIII

MANUEL SE ENCERRÓ en el Arca para soportar el diluvio que provocaría el fin de un eón asfixiante. La lluvia cataclísmica, los seis días de la Creación, la separación de las aguas en el mar Rojo, la destrucción de Sodoma, el carro ígneo de Elias latían con renovada potencia exegética.

Manuel impartió instrucciones precisas al administrador del hotel: nada de periodistas y nada de periódicos, nada de contacto con el exterior y nada de computadoras suplementarias. El administrador, perplejo, acató esa curiosa voluntad después de recibir el burocrático asentimiento de su ángel de la guarda.

Pero un delegado de las jerarquías, cansado de acechar en el vestíbulo, en el ascensor y frente a la puerta de su suite, cometió la imprudencia de llamar con los nudillos. Manuel formuló una enérgica reclamación. Otra violación irritante la cometió involuntariamente una mucama al intentar ingresar en el Arca cerca del mediodía. Manuel comprobó alarmado, entonces, que una peligrosa ranura se había iniciado en el costado de su nave. Pensó en el administrador y decidió echarlo. Para ello no vaciló en comprar el hotel e indemnizar al mal empleado como establecía la ley aún vigente. El ángel de la guarda consoló al administrador con un efluvio aromático intenso y eficaz.

Manuel intentaba producir el fantástico cambio. Si el mimetismo —falsa solidaridad— le condujo hacia la esclavitud, aislándose rompería el sortilegio.

Dentro del Arca cabía el cosmos, como en la época de Noé. El presente témporo-espacial indimenso y continuo, formulado por un gravitante pasado y un futuro intuible, por espacios enormes que se conocen e influyen. El presente no era una línea fina e inasible que huye cuando se la piensa, sino el bloque compacto de la unidad vital. Manuel arriesgaba esa posibilidad redentora aferrando con todas sus energías las pasiones, la sensibilidad y los recuerdos como si fueran las alas que no aceptó amputarse porque elevan el hombre de la oscuridad del animal al esplendor de los dioses.

Sólo un diluvio podía anegar la construcción perfecta y perversa que esclavizaba a su país. Y si el diluvio no se producía, Manuel estaba decidido a terminar con su vida, antes de continuar apoyando esa estructura. Cerró las escotillas. Las brasas que en su interior aguardaban el arribo de la libertad, a pesar de los ahogos padecidos desde que empezó la dolorosa metamorfosis de su cuerpo, emitieron algunas llamas de esperanza.

Al cabo de unos días se concentraron nubes fragorosas. Manuel las miró para cerciorarse de que no ocultaban aquellos bombardeos de cubos perfumados. Pero se trataba de un negro y espeso edredón que empaquetaba al planeta amenazadoramente. Los primeros cascotes de granizo rebotaron en el pecho. Después las agujas de agua se clavaron en la carne. La locura perforó todas las cabezas cuando por fin el agua y

el fuego se abrazaron en su lucha destructora: el agua procedía como el fuego incendiando las conciencias y el fuego como el agua, sofocando arrepentimientos. Millones de uñas se clavaron en la corteza del Arca. Flotaban los cubos, golpeándose con fuerza sobre las crestas de las olas rugientes. El agua empezó a invadir la Gran Corola. Manuel sonrió y se tocó la nariz duplicada. Rodeado por el presente que abrigaba al embrión del futuro, experimentaba con temor el desarrollo de ese fantástico epílogo. Permanecía erecto, algo feliz y algo asustado, porque sabía que ese desmoronamiento era la batalla decisiva y desesperada confiada a su ser, para la recuperación del verdadero hombre. Él fue llamado Manuel, como anunció Isaías. Su nacimiento humilde en el curso de acontecimientos portentosos, ilusionó a su padre. Se reeditaba una antigua historia... que parecía triunfar nuevamente.

El Arca se balanceó sobre las aguas tumultuosas e infectadas de cadáveres. Las vísceras de los hombres se iban destruyendo con el ácido de la angustia y la muerte introducía sus dedos insaciables en todos los repliegues. El balanceo de la nave aumentaba su violencia.

A través de pantallas televisivas Manuel podía contemplar el exterior. Se imponía el caos primigenio y detergente. Los gusanos intentaban refugiarse en las arterias humanas. La música cristalizaba nuevos venenos, los perfumes modificaban los colores, las drogas creaban mandíbulas trituradoras. Los terroristas se inclinaban ante los pacifistas, los pacifistas aplaudían a los violentos, los violentos amenazaban con garrotes de leche, el confort dolía físicamente y la miseria era reclamada con llantos. Monstruos resistentes querían arreglar desperfectos con tornillos de carne, cables con trozos de nervios y miedo con petróleo desecado. Llovían cilindros de letras y lenguas de azufre inflamado se contorsionaban entre abetos de piedades invisibles. El orden perfecto, la Gran Corola, el Pistilo Central, los estambres mayores, el sistema cósmico y aromático, la red completa de sépalos, la aristocracia floral y la dicha dosificada se descomponían junto a los zombies devueltos a sus tumbas.

El Arca soportaba las agresiones exteriores desatadas por las nubes pustulentas. Manuel emocionado, comprobaba otra vez frente al espejo la fosforescencia de sus cabellos —nimbo de mitológica energía renovadora—, recordaba sus ambiciones de libertad y aquella proeza en el hipódromo pagano, cuando detuvo los automóviles succionadores.

Luego de cuarenta días un camarero ofició de paloma trayendo el ramo de olivo en la bandeja del desayuno. Esa vez no apareció el arco iris porque los pactos —todos los pactos— demostraron su fragilidad. Las aguas empezaron a escurrirse.

CAPÍTULO IX

RECORDÉ ESA PRIMERA TARJETA cuando el agente de policía me exigió un documento de identidad.

Fernando ama a Soledad. Podía haber escrito esa frase en la corteza de un árbol, sin tener que pedir disculpas a los estilistas. Fernando ama a Soledad era una verdad profunda y simple. El amor que se reedita en cada pareja consta de pocos elementos básicos. *Fernando ama a Soledad* se puede decir de muchas maneras, pero su esencia no cambia. Es preferible esa forma gastada y cursi —nauseosa para los que se han alergizado al lugar común—, que los arabescos indirectos. Fernando ama a Soledad escribí en una tarjeta aquel anochecer, después de la tumultuosa sesión dirigida por el reverendo Joe Tradiner. Y sin que ella lo percibiera, la deslicé en su cartera de cuero negro. Ella descubrió el mensaje al otro día; seguramente un temblor de perplejidad y exaltación agitó sus labios. Fernando ama a Soledad. Esas notas se envían los adolescentes en el colegio, de un banco a otro, cuando el profesor les da la espalda. Con ellas nacen idilios ingenuos y ardientes, con alas álficas y juguetonas. Soledad me escribió a Buenos Aires: te olvidaste una tarjeta. ¿Ah, sí? ¿dónde...? En mi camino. Entonces me la tenés que devolver...

Soledad teme a Fernando decía la devolución. Acaricié la pequeña cartulina. Su letra redonda, con discretas espirales de adorno, me guiñó traviesamente.

Cambio de tarjetas. Como una presentación oficial. Así penetramos en el amor. Luz verde. Otros encuentros. El Gato Azul. Complicidad. Ensueño. Necesidades nuevas y exigentes. El amor es ciego, dijo el poeta... pero el matrimonio devuelve la visión. ¿Te asusta ver bien? No: lo deseo cuanto antes. Empezamos el tratamiento profundo de la amaurosis luego de enterrar a su padre. Soledad transfirió la totalidad de su afecto por los vivos a Fernando. Y empezó a ver mejor. ¡Qué bella claridad la de los primeros exaltados años! Las formas de las cosas: cada una con su color, a veces intransferible, otras mutable. La nupcialidad nos unió con firmeza, como soldados que deben enfrentar juntos una enorme fuerza enemiga. Pero no había enemigos, o los despreciábamos. El erotismo desenfrenado nos colmaba. Nos colmó: hasta que surgió Antonio Ceballos, e ingresé en la Independencia, y ella embarazó, y reapareció Azucena. Esto fue lo más grave: el policía exigió mi documento de identidad; iluminaba con una linterna, nos había salvado. O tal vez nos llevaba a una situación peor. Abrí la billetera y extraje el documento plastificado, arrastrando la vieja tarjeta.

—Se le cae algo —advirtió el agente, señalándola con el puntero luminoso. La atrapé mientras planeaba delante de mis piernas, la miré brevemente. *Soledad teme a Fernando*. El policía contempló el documento de identidad. Yo guardé el testimonio de amor. Ahora dirá que le acompañemos a la Jefatura de Policía. O me cobrará una multa. Sí, mejor una multa, incluso con alguna propina: agradecimiento por su

intervención oportuna.

Fue grotesco: Azucena, yo, las risas, el policía. Grotesco: el bosquecillo, el banco, las luces. Grotesco: la parálisis, la desesperación, el tiempo detenido. El policía no se conformaba con la existencia del documento. Lo leía: estaba grabando el nombre. ¿Acaso tenía alguna información sobre Fernando Albariconte? Me sentía incómodo cruzando el saco para ocultarme. Azucena miraba siempre hacia el musgo. *Fernando ama a Soledad*; era el ojo que contemplaba con horror la escena, era el testigo de esa burda traición. En efecto, Azucena Irrazúriz se había eclipsado de mi mente. Ella, según cuentan, aplacó su rencor cediendo a las concupiscentes insinuaciones de López Plaza. Cuando vino a Buenos Aires, acompañándote, no esperaba encontrarme. Yo tampoco a ella. En Leubucó aún no se habían enterado de que yo ingresé en la Independencia y en la Independencia no me había ocupado del concurso escolar. Sus relaciones con López Plaza la habían hecho más mujer o aprendió que poesía no era únicamente amor platónico... qué sé yo. El sobresalto fue mutuo: mínimo para mí, máximo para ella. Yo tenía a Soledad, ella a un viejo verde. Para qué recalcarlo: presenciaste la escena. Lo que no presenciaste fue su reaparición en mi oficina para interiorizarse, dijo, sobre el motor que estaba transformando la pampa medanosa... Sería demasiada presunción afirmar que necesitaba verme otra vez, sea por amor inextinguible o por complicado proyecto de venganza. En su rostro tenso se acumularon las maldiciones que seguramente pronunció cuando la abandoné por Soledad. Y mi trato amable, simuladamente distendido, encendió sus recuerdos. La invité a almorzar en un restaurante próximo. Su primera reacción fue negarse, inventando una ristra de excusas innecesarias y hasta ridículas: que debía llevar a Héctor Célico a tal museo, que tal entrevista. Bastó mantener la conversación algunos minutos adicionales para que cambiara de opinión: era pleno día, no existían peligros a su decencia y buen nombre... Durante la comida soltó carcajadas. Azucena era normal: la gran ciudad, poderosamente anónima, diluía sus inhibiciones torturantes con gran rapidez, hora a hora. ¿Para qué había salido de esa aldea chismosa y puritana? Nos contamos cosas, me hizo algunos reproches irónicos y para que sepás, Fernando, no soy monja ni pienso llorarte el resto de mis años. Me decía esto por orgullo, por un odio que no se apagaría nunca, pero esencialmente porque gozaba la sensación infalible de estar libre de controles exteriores e interiores. Antonio Ceballos elogió sus senos, pero no dio señales de excesivo interés. La tercera oportunidad que volvió a la oficina —porque le quedaba de paso, decía, aunque el Hotel Castelar distaba un kilómetro— íbamos a cerrar. Quería conocer «buen teatro»; era su última noche en Buenos Aires.

—Vayan a ver *Limosna para César* —recomendó Ceballos, amante de las tablas y excelente estratega sexual; sabía que Soledad viajó a casa de la abandonada tía Eloísa y que Azucena necesitaba saborear con urgencia los pecados de Buenos Aires. De

modo que fuimos al teatro, luego a cenar y por último a estirar las piernas en la costanera. Hablamos tanto... incluso del contrato que firmó tu padre, de mi novela, del cielo y del cielo raso. El aire marino enajena los sentidos a los habitantes de las profundidades secas del país, opera como filtro de amor. Rodeé los hombros de Azucena. Ella se encogió, me miró asustada (de ella misma, de lo que iba a consentir) y acercó sus labios. Nos besamos recordando el sabor de los primeros besos en Carhué, también ansiosos de deseo y de miedo al deseo. Nos sentamos al borde de la muralla, contemplando en silencio el juego de las olas, tratando de frenar el galope de nuestras intenciones profundas.

Horas después reiniciamos la marcha. Al frente de la calzada se enlazaban frondosos árboles. Azucena dijo que parecía un bosque. De noche parece un bosque, consentí. Cuando chica oculté un tesoro en el bosque, dijo, o lo que me parecía un bosque; algunos árboles eran columnas de un enorme castillo y yo la reina, sentada en un trono de mármol; en mi castillo enterré un cofrecito lleno de monedas.

La miré con ternura. Vamos a tu bosque, propuse. Ingresamos en el verde oscuro y fragante, asidos de la mano. El musgo húmedo parecía la alfombra regia del fabuloso palacio. Tu trono: señalé un banco. Nos sentamos nuevamente. Acaricié su perfil deslizando mi índice por su frente, su nariz, su mentón: me besó el dedo. Nos abrazamos. Reiniciamos las caricias. Nos sentíamos más aislados en el centro de la vegetación protectora. Reaparecieron la laguna, el túnel, bocas inexpertas, tiempos de vacaciones, diferentes rostros de mujer. Comprimí su cuerpo, besé su cuello. Las formas de Azucena sobresalían de las ropas, saltaban de ellas. Me abalancé con voracidad. La humedad del ancho río y del follaje umbroso rompía ligaduras.

—No, no —suspiraba sin convicción.

Cedí un poco, apelando a resistencias anémicas. Pero Azucena, contradiciendo su voz, olvidando a su amante o pensando en él, cortó sus ataduras. El castillo se estremeció al crujir sus columnas celosas de vesánicas caricias. Me hundí en las pieles de caza. El mobiliario antiguo era incómodo y torturante; y animalizaba mi erotismo, cargándolo de agresividad e impaciencia.

El cosmos se abrió.

CAPÍTULO X

—¡SALVAJES ¡CRETINOS!

—Querido...

—¡Bestias! ¡Porquerías!

—Fernando, Fernando. Despertá ya.

—¡Apaguen las luces! Apag...

—Despertá. Tenés una pesadilla.

—Sí, sí... Una pesadilla...

—¿Querés un poco de agua?

—No. Estoy bien. Ya pasó. Estoy bien.

Alisé la sábana, me acomodé de lado y cubrí hasta el cuello. Una nube de calor ascendió con el movimiento de las frazadas. Por la celosía se filtraba la luz débil y rítmicamente cambiante con el encendido de los letreros luminosos. Eran unos imbéciles: ¡vaya manera de divertirse! Los estrangulaba. Sí, los estaba estrangulando, como merecían. Ojalá Soledad no me hubiera sacado del ensueño. Estaba procediendo en debida forma. Aquella vez fui tomado por sorpresa; súbitamente estallaron los reflectores y las risas; Azucena abrió los ojos y la boca con espanto; yo quedé rígido, con mis manos en su cadera. Las risas se mezclaron con ofensas superpuestas, obscenas, burlonas. Azucena y yo adheridos al centro de una gran pista iluminada, rodeados por una multitud que se mofaba a los gritos. Las columnas del castillo habían desaparecido. Quedábamos únicamente nosotros, grotescamente apoyados contra el borde del banco, unidos por las pelvis. Primero fue el estupor. Después la vergüenza, la irritación. Ojalá hubiera enloquecido, la furia hubiera penetrado en mis músculos para atacarlos como una tromba, tal como lo hacía en el sueño; arrojarme contra las luces y moler a patadas a esos degenerados; caer encima de ellos con la estrategia paralizante con que ellos cayeron sobre nosotros, siguiéndonos quizá desde lejos, felinamente, asistiendo a nuestras caricias. Con mi arremetida hubieran huido. Y Azucena, temblorosa aún, volvería a mis brazos protectores. ¡Salvajes! ¡Hijos de puta! Ojalá hubiera reaccionado así, aplastándoles el cráneo con mis zapatos, como a caparzones de cucarachas... Pero tuve miedo. El círculo de luces nos cerraba. Era hermético, irracional. Tras los focos salían voces cargadas de lascivia. Nuestras pelvis unidas, cubriéndose mutuamente su desnudez. Mis manos contraídas, espásticas. El círculo luminoso avanzando con lentitud de tortura. Yo sentía pánico. Era un sentimiento jamás experimentado en igual forma. Provenía de mi desconcierto y de mi premonición. Azucena por fin gritó. Fue una mezcla inhumana de sonidos que saltó de su garganta como un chorro de metal en ebullición. Su cuerpo se estremeció con esa descarga que perforó toda la costanera. Seguíamos unidos, aferrándonos como náufragos en el mar, rodeados por monstruos. No podía separarme de Azucena y exponer mis partes desnudas a la afrenta de los

reflectores, como debí en realidad haber hecho. Me inhibían necesidades del pudor. Y en esos segundos que parecían el tiempo eónico, interminable, aferrándola suponía que la estaba protegiendo. Pude pensar también eso, excusando mi parálisis, mi indecisión, mi cobardía. Pude pensar que no me matarían para que sufra la violación de Azucena por cinco, diez degenerados. Y que después nos conducirían desnudos a presencia de Soledad; que Soledad lloraría la muerte de mi amor en tan indecentes circunstancias, que recordaría caducas palabras de lealtad y falsas imágenes de su héroe caído en la calle como un perro en celo.

El chorro de sonidos estentóreos de Azucena fue interrumpido por la manaza de un bruto. La abracé, atrayéndola con fuerza. El círculo de luces quebró y cada linterna apuntó hacia objetivos diferentes. Eran muchos. De mi garganta no salía ninguna voz. Creo que empecé a luchar. Fue mi momento cerebral blanco. Pensé en nada, se borraron las imágenes, como si en el instante anterior se hubieran agotado. También se me fue el miedo: lo desbordé, peleando automáticamente.

De pronto los agresores nos soltaron. Olvidaron en su fuga una linterna encendida sobre la hierba pisoteada. Azucena yacía en el banco. Apareció un policía. Brillaron sus botones; distinguí algo en su rostro, iluminado desde abajo, como fragmentos de cara flotando en la oscuridad. El cono de luz se apoyó provocativamente sobre mis pantalones abiertos. Sentí el tacto de la luz... Comprimí los flancos de mi chaqueta para cubrirme. Azucena se puso de pie a mi lado, cabizbaja y trémula.

CAPÍTULO XI

ALGUNOS ENJAMBRES humanos zumbaban. Miré el reloj. A lo lejos avanzaba la locomotora. Caminé hasta donde seguramente se detendrían los vagones de pasajeros.

La monstruosa serpiente penetró con ruidos y olores familiares, la gente corría hacia delante y atrás, rozándola con sus abrigos. Miré las ventanillas que sólo dejaban traslucir formas vagas, excepto la cara deforme de un niño que mantenía pegada su boca y nariz. Así será mi niño, pensé velozmente. Recorrí el andén. Y como siempre, la persona buscada me encontró primero.

—¡Fernando!

Giré la cabeza. Soledad corría deliciosamente a mi encuentro. Nos besamos. Me contó una anécdota reciente, de esa tarde. Recogimos las maletas. A ella, en el viaje... A mí, cuando salí de casa... Y lo demás, bueno, después, cuando nos tranquilicemos. ¿Todo bien? Bien, bien. Empiezo a contarte algo ahora, es muy divertido.

Al rato la interrupción. ¡Taxi!

¿Qué? Ah, sí... (las manos enlazadas, las rodillas juntas.)

Otra interrupción. Llegamos. ¿Cuánto es?

Tras la puerta, tropezando con las maletas en desorden, otro abrazo. Te extrañé, amor. Y yo muchísimo. ¿Quieres comer algo? Otro beso.

Estuve inquieto, asaltado continuamente por mi infidelidad. Me lo había repetido minuto a minuto: en algún momento Soledad lo va a saber. El policía registró nuestros nombres, aceptó la propina (propina-coima), nos dejó partir tranquilos, sonrió con malicia. Era capaz de elevar un informe y ponerle alas; entonces volará hasta un diario necesitado de chismes sensacionalistas. Devoré las noticias policiales, los crímenes truculentos, los robos, los atentados terroristas, las raterías de poca monta, las violaciones al pudor. Deglutí una ingente montaña de porquerías, el alimento de las cotorras y de los jubilados de plaza. El primer día pasó limpio; tuve una esperanza. No duró gran cosa: a la mañana siguiente repetí la operación. Los informes de esta calidad pueden tardar algunos días. Y seguí persiguiendo esa noticia sobre mi aplaudido coito de la costanera, diariamente, hasta que Soledad regresó de Leubucó.

Los periódicos no hablaron. Tal vez no lo harán nunca. Pero Azucena... quizá sí. No, imposible... ¿Imposible? Cuando se esfumen los efectos revitalizantes de su transitoria liberación, volverá a guardarme algún resentimiento. Bebiendo, odiándome, lo contará a una amiga, deformando y calumniando, corrigiendo su actuación y agravando la mía; provocará risas: es un chiste fenómeno... ¡Y cómo lo hace quedar a un destacado funcionario de la Independencia!... queriendo aprovecharse de una muchacha decente y frunciéndose ante un puñado de chiquilines.

—Estás preocupado, querido.

—N... no. ¿Por qué?

—Me parece.

—No, en absoluto. Estoy bien. Ya te dije que estos días he trabajado magníficamente. Avancé en una parte difícil del libro. Le tenía cierto temor ¿sabés? Estaba difiriéndolo para más adelante, más adelante, hasta que no me quedó otra alternativa. La primera jornada fue dura; como un motor frío. Después ni que alguien me empujara.

—¡Cuánto me alegro!... Ahora cerrá los ojos.

—Los cierro.

—Con las manos abiertas. Te daré una sorpresa.

—¿Qué será?

—Curioso.

—Un paquete blando. ¿Lo abro ya? A ver, a ver... ¿Un chaleco?

Soledad sonreía mientras yo desplegaba la prenda de lana color de limón. Era muelle como la piel de aquel gato de Angora que mimaba su tía Eloísa.

Me lo puse. Soledad me alisó los hombros y revisó la correcta posición de los botones.

—¿Por qué no usás el chaleco? —me preguntó un mes después.

—Estoy bien con este pullover.

—Tendrías que cambiarte.

—Bueno, mañana —el chaleco limón era esa noche. Era la noche de la revelación infernal, cuando con él puesto abracé a mi mujer. Después de las separaciones, nos necesitábamos como las esferas de Magdeburgo. Nos comprimimos en una alegre primavera de deseos que brotaban succulentos. La naturaleza exaltada por el tibio aliento nacía con amor nuevo, sin rastros de desgaste, propicia a descubrirse con redoblados encantos. Cada despedida era el invierno y cada reencuentro la vuelta al néctar en el fondo lujurioso de la flor.

Los traviesos juegos que precedían a la entrega solían abreviarse ante la aproximación impaciente de los centauros. Yo y Soledad, solos en el incógnito desplazamiento de las galaxias, dueños de la eternidad que se vislumbra en los instantes profundos, rodamos en la posesión.

Enardecido, recordé cuando también enardecido me descubrieron apoyado en un banco, contraído por la electrocución orgástica y la violenta transformación de mi intimidad en escarnio, rodeado por reflectores, risas, aplausos y amenazas de agresión.

El obelisco que centripetaba todas las energías empezó a aplastarse antes de tocar el cielo. Derretía sus paredes de mármol. Un derrumbe silencioso me llenaba de pavor.

Azucena. Las luces. Azucena. El bosque. Risas. El policía. Los diarios. La

parálisis. El miedo.

—¡Soledad! —exclamé aferrándome al presente—. Te amo. Pienso en vos. Soledad querida, mi mujer, mi amante, mi fruta sabrosa...

Y las palabras sonaban claras, las oía con demasiada nitidez, como si las estuviera pronunciando en el living, delante de mis amigos. El juego —convertido en trabajo— se prolongaba mucho.

—Querido... querido —gimoteaba Soledad, entre el sueño y la extrañeza.

¡Los tenía que haber destrozado a patadas! ¡Descuartizado como a reses del matadero!... Yo quería recuperar la fiereza (alguna fiereza) para transferirla al sexo, ridículamente contraído ante el recuerdo aplastante. Golpeaba a los agresores, trataba de evocar otros encuentros con Soledad, volver a contemplar fotos pornográficas que me mostraron hacía muchos años en el colegio. En vano.

—¿Qué pasa, querido?

—Nada... no sé —transpirado rodé hacia el borde de la cama; miré el techo respirando agitadamente por la boca—. No sé... Es la primera vez que me pasa eso... Ya se me irá.

Ella quedó pensativa. Ardiendo. Frustrada.

—Es la primera vez... —repetí.

—¿Demasiado larga la abstinencia, o...?

—Será la abstinencia —sonreí un instante.

—Bueno. Tráeme un vaso de agua ¿sí?

—Sí —me incorporé. En el espejo del baño contemplé mi rostro, pálido y con ojeras. Estiré las mejillas cubiertas por el denso punteado de la incipiente barba. El pelo tormentoso. Las orejas ardiendo como rubíes sin pulir sobre el lienzo descolorido de mi piel anémica. Bajé los ojos. Enjuagué el vaso. Lo llené hasta desbordarlo. Bebí a enormes sorbos, enojado con mi garganta. Lo llené de nuevo. Volví al dormitorio.

Soledad apoyó un codo en la almohada. Su hombro ebúrneo sobresalió del camisón. La Ciudad perdida. Risas de nuevo. ¡Qué fuertes! Diciendo cosas... Llevé el vaso al baño.

—Déjalo aquí —propuso Soledad.

—Tengo sed —me miré otra vez en el espejo. Era yo.

No había nadie. Pero las risas tendrán fundamento, me dije, si esto se vuelve a repetir: Soledad frustrada no me querrá.

Miré el chaleco color de limón abollonado sobre la banqueta. Lo doblé cuidadosamente. Ella también lo contemplaba: un regalo sin reciprocidad... Sentí otra vez la blandura del gato. Azucena desprendiéndose el escote, diciendo no pienso llorarte el resto de mis años, invadiendo con rabia mi bragueta, por favor, y la linterna abandonada iluminando la base de un árbol, que no era columna de castillo. Y risas,

siempre las risas, burlonas, agresivas, obscenas.

CAPÍTULO XII

EL DILUVIO fue un sarcasmo del Pistilo Central que divirtió muchísimo al esmirriado Diantre, Manuel había repetido inconscientemente la imagen del sacerdote aislado en el templo que le fue proyectada en un anticipo del Juicio Final; sus esperanzas aferradas a un altar separado de la gente se transformaron en una pelota de fuego junto con el Arca evasiva, hasta hacerse añicos: Dios no residía en la soledad del misántropo.

Manuel entonces recogió un puñal y probó su filo con la uña. Podía hundirlo en el pecho o cortarse las venas; con este último procedimiento tenía la posibilidad de morir en forma lenta gozando el viaje que lo liberaría definitivamente del mundo encadenado al irónico dios de la Gran Corola. Lo eligió. Su decisión individual no fue objetada porque no causaba perjuicios al funcionamiento de la asfixiante red. Si millones de hombres adoptaran ese camino, en un suicidio colectivo que llenara el país de cadáveres inservibles, las jerarquías conocidas de los estambres y las ocultas del Pistilo Central desmontarían su sistema de sojuzgamiento y partirían derrotadas. Eventualidad utópica a esa altura de los acontecimientos...

El deseo de muerte que animaba exclusivamente a Manuel no era objetado tampoco porque no trascendían sus motivos: él era un excelente servidor en quien no se pudo destruir totalmente el rescoldo, pero sí el heroísmo. Sabía y no podía. Impotencia. Su máximo arrojo terminaba en la automutilación. Su muerte recibiría algunos lamentos y también algunos honores, aunque el país había perdido ya la costumbre ancestral de honrar los cadáveres: después de cada fallecimiento, los tonas fijados en cada nariz reforzaban sus estímulos de gozo y amnesia. Manuel, huyendo hacia la muerte, no aportaba beneficios a la vida: consolaba solamente su interior desesperado.

Decidió usar el puñal inmediatamente. Los placeres enajenantes que proporcionaba el cubo estremecían su piel y sus sentidos, pero estrangulaban ofensivamente el resto vivo de su conciencia. Estaba absolutamente solo, abandonado por su mujer, enamorada de los cubitos; sus amigos, entusiasmados con Diantre y el mundo, gozaban el placer artificial. Se quitó la camisa y tendió en el lecho. Frotó sus muñecas y comprimió el antebrazo izquierdo para ingurgitar las venas que, azuladas, afloraron bajo la piel. Aproximó el arma y de un tajo abrió grifos de sangre. Esperó que su ángel le recitara versos nuevamente, como hacía años, cuando mediante palabras e imágenes quebró su voluntad; tal vez aparecería nuevamente el agigantado pétalo donde se adelantaría una secuencia del Juicio; tal vez oiría la música insólita o percibiría los aromas viajeros. Quizá Diantre, compadecido, acariciaría sus cabellos fosforescentes, como hace una eternidad, bajo el encaje del robusto algarrobo. Pero nada ocurrió; Manuel soltó el puñal enrojecido y se llevó la mano sana a la nariz: allí estaba el escorpión, firmemente adherido y sin funcionar; moriría con él, tenía su

mismo destino, por eso los antropólogos le bautizaron tona, actualizando el antiquísimo mito de los indios zapotecas.

La sangre continuaba ensuciándole la palma, trazando curvas a lo largo de los pliegues interdigitales y cayendo finalmente al piso: expirará rodeado por un lago rojo; pero su sangre, aunque igual a la de los mártires, no conmoverá a los hombres. ¿Era preferible esto a la castración definitiva? El sistema aún le concedía la elección.

El diluvio había sido una parodia. Los débiles golpes cargados de ilusiones que Manuel quiso aplicar fueron devueltos con una burla cáustica, como si esas agónicas manifestaciones de rebeldía le produjeran al sistema floral más regocijo que molestia. La rama de olivo en la bandeja del desayuno fue una corona de gloria que Manuel debió ofrendar a su inmediato superior, como reconocimiento de su derrota. El administrador del hotel, repuesto en su cargo, acarició su aromático botón mientras observaba irónicamente la salida de Manuel seguido por imaginarios animales — cualesquiera, naturalmente.., menos los pájaros, cuyos trinos irritaban a Diantre— como réplica bufonesca de su fallido noeísmo.

¿No podía, ni siquiera con su muerte, agrietar esa estructura? ¿No era la muerte el camino de la redención mesiánica? Jesús murió por los pecadores. Manuel podía morir entonces por el sistema esclavizante... Parecía una revelación; se estremeció. ¿Era un razonamiento correcto? Morir por un pecador es redimirlo: morir por el sistema ¿es redimir el sistema? ¿Es acaso redimible este sistema? Había empezado a delirar. ¿Estaba aún a tiempo de dar el salto salvador? ¿Cabía pensar todavía en su misión libertadora? Su mente comenzaba a obnubilarse por efecto de la anemia; su muñeca continuaba sangrando.

—Me ofrezco en sacrificio —comunicó a su ángel de la guarda, que permanecía silencioso, como ausente.

El sistema no necesitaba el sacrificio de Manuel, sino el de una comunidad cada ocho años, que ya estaba designada y cuyo nombre conocía uno de los estambres mayores de la Gran Corola.

—Tu muerte no interesa —repuso el ángel.

Manuel contempló el inútil derramamiento de su sangre, que no podía verter heroicamente, sino en secreto y cobardemente. En secreto y cobardemente... cobardemente... Se aflojó sobre el lecho, vencido una vez más. Sus viejas obsesiones no habían tenido fundamento. El muchacho que se hubiera arrojado a detener cuadrigas deformantes para embellecer la humanidad, cuya imposición de manos y palabra impetuosa hubiera derretido grillos inhibitorios para lograr nuevos ascensos hacia Dios, sólo fue un iluso pedante; afirmaría que no existió nunca.

La grieta roja que aún manaba, había pertenecido, empero, a ese joven fantasioso. Era la misma sangre que en un tiempo perdido ya, no esperaba circular por una geométrica verruga ni genitales metamorfoseados por el dolor. Había pertenecido a

otro ser... Ansiaba ver nuevamente a ese muchacho: contemplar sus ojos abiertos a la esperanza y su boca a la protesta.

Con la mano derecha comprimió su herida: quiero ver a ese muchacho —pidió al ángel de la guarda recogido en su misterioso silencio—. Voy a morir, no me interesan tus perfumes ni tus poesías; voy a morir: sólo quiero ver a ese muchacho que fui antes, verme a mí mismo cuando joven.

Diante acarició su barba y exclamó: ¡qué gracioso!

El *tona*, a través de sépalos, cálices y centros de decisión secundarios, consultó al Pistilo Central. Manuel aguardó con aprensión como si de ese encuentro fabuloso dependiera el sistema, la humanidad. Por Dios: su sacrificio merecía algo, aunque fuera esa dádiva.

Se abrió la puerta y entró un muchacho: él mismo.

Manuel, confundido, se incorporó con miedo de padecer otra alucinación. Sin quitarle los ojos se vendó la herida. Se sentía muy débil, pero en su rescoldo interior, milagrosamente, brotó otra llama. Su juventud recuperada del pasado le hacía una visita; no debía malograrla.

FARES

La guerra la tenemos que hacer del modo que podamos: si no tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos tienen que faltar; cuando se acaben los vestuarios nos vestiremos con la bayetilla que nos trabajen nuestras mujeres, o si no andaremos en pelota, como nuestros hermanos los indios. Seamos libres y lo demás no importa nada.

JOSÉ DE SAN MARTÍN

CAPÍTULO PRIMERO

CUANDO EN LOS PRIMEROS AÑOS me acercaba a Soledad, percibía su ternura: la tierra, la protección, el cariño. Conversábamos sobre temas que después se olvidan: el almacén, la vecina, el electricista, un disco, la noche. Algunos roces involuntarios —como disculpa o apoyatura—. Y un beso breve. El tocadiscos irradiaba alguna sinfonía que aflojaba músculos y aventaba la cabeza. Reían los violines, se desplazaba graciosamente un cometa, saludaban los vientos, filosofaban los peces. Soledad apoyaba su palma sobre mi mejilla, entornaba los ojos, permitía que sus dedos cayeran dulcemente sobre mis labios y el mentón, rodeándolos. Era la nieve que se deslizaba por el tobogán de los cerros. Sus dedos circunvalaban mi boca y a través del pequeño tubo acercaba sus labios. La montaña se estremecía y de su vértice brotaba una columna de fuego.

El proceso tenía sutiles variantes, que la subjetividad se encargaba de agigantar. Con otra mujer percibí una notable diferencia al principio, cuando mantenía el control de la observación; luego, en las aguas profundas y electrificadas, desaparecía el interés por el cotejo. Así me ocurrió cuando después de varias frustraciones con Soledad, recurrí a una empleada que «usó» Valentín. El doctor Grinaudo aconsejó que probara con otra mujer, para eliminar esta irritante inhibición psicológica.

—Los medicamentos no son suficientes —dijo en la tercera consulta, luego de escuchar mis quejas—. Tampoco lo puedo inundar con ansiolíticos que lo mantendrán dormido, ni afrodisíacos que le excitarán de sobra, porque no derrumbarán la muralla que usted erigió en su cabeza. Tendrá que demostrarse a sí mismo que no es impotente. Para ello, deberá tener otra aventura extraconyugal, mi amigo. Usted no es un tonto ni un mojigato. Le oprime un sentimiento de culpa, nada más; un enorme sentimiento de culpa por una travesura de adolescente. Repítala. Usted no es un puritano ni un estúpido. Su impotencia es moral.

—Doctor, resulta fácil decirlo. Pero ¿y si fracaso?

—¿Qué puede pasar? ¿Se pondrá colorado de vergüenza? Hágalo con una mujer liviana, que no verá otra vez. Si le va mal, paciencia.

Dos días después entré en la camisería. Se acercó una vendedora.

—¿Le atienden, señor?

—Estoy mirando, gracias.

Busqué a la amiga de Valentín y di una vuelta hasta que se desocupó.

—Señorita... —ayudé a la palabra con un gesto.

Me miró un par de ojos blandos enmarcados por una espesa y llamativa decoración.

—No sé si me recuerda. Soy amigo de Valentín.

—Sí... Me parece conocido. ¿Y si es amigo de Valentín?...

—¿Hace mucho que no lo ve?

—No sé si está muy ocupado, o enfermo, o fuera del país: bastante.

—¡Muy desatento! —bajando la voz, como si le quisiera transmitir una confidencia—: y tonto.

Ella estiró la arreglada piel de sus órbitas, sensible a las galanuras, aunque hipócritas y repetidas. ¡Ya lo creo! —asintió.

—¿Sabe? Me siento un poco obligado a cubrir las faltas de Valentín.

—¿Sí?

—Por supuesto; es mi amigo.

—¿Y cómo? —dijo lentamente, con cierta ironía, mientras elevaba los arcos perfectos de sus cejas.

—Primero, invitándola a tomar algo a la salida de su trabajo.

—Ahá... ¿Luego?

—¿Luego?... Quizá cenemos. ¡En fin! Deme algún margen para la sorpresa.

—Las sorpresas no son siempre buenas.

Había perdido la tensión inicial, me sentía seguro, árbitro de la conquista como años atrás.

—Le prometo esmerarme —insinué con franca malicia.

—Permiso —interrumpió ella—; me llama el gerente.

—¿Hasta prontito entonces?

Caminando, dándome la espalda, respondió que sí. Contemplé su cuerpo, bastante atractivo bajo el uniforme celeste, que cimbreaba con ritmo ondulante.

Soledad era el fruto prendido en la rama, jugoso y terso, ante el que la culpa me hacía caer sin fuerzas, rodeado por luces y risas. Iba a su cama con temor, esquivaba el momento crítico, especialmente cuando presentía que ella me necesitaba. La imposibilidad de responder me hacía más daño que la misma impotencia.

—Eh... su nombre era... —chasquéé repetidamente los dedos en el bar.

—Mercedes.

—Cierto; Mercedes.

Se acercó el mozo, creyendo que lo estaba llamando otra vez.

—No... nada.

Mercedes era la aventura extraconyugal prescrita por el médico. Pensé si debía tragarla rápidamente, como una gragea o disolverla en medio vaso de agua como un comprimido efervescente. El medicamento ideal, de efecto rápido y seguro. Un solo comprimido, que obra la curación definitiva. Mercedes: la panacea hipocrática.

El doctor Grinaudo exigió, como parte del tratamiento, la abstención con mi mujer.

—Usted ha caído en un círculo de hierro, amigo: más impaciente está por lograr el acto con su esposa y aumenta su impotencia. Búrlense de su impotencia, olvídela. ¿Cómo? No dándole oportunidad de manifestarse, evitando el contacto con su mujer.

—Pero ella...

—Evítela. Usted es un hombre de imaginación. No me pida los recursos: haga de cuenta que los crea para uno de sus personajes: ¿no está escribiendo?

Ingerir el medicamento llamado Mercedes, que se adquiere en un comercio céntrico que vende ropa para hombres, tendría la ventaja de estar acompañado por el deleite. Desde los purgantes asquerosos que constituyeron el pilar de la farmacopea antigua hasta la síntesis modernísima de este comprimido de carne y hueso, la medicina ha caminado mucho...

En la habitación del hotel, mientras apoyaba en mi oreja el auricular del teléfono para ordenar que subieran bebidas, recordé que, según Valentín, Mercedes tenía un lunar en la nalga izquierda.

El contraste se daba porque Soledad acariciaba el rostro con maestría; las yemas de sus dedos reptaban por los pliegues, las orejas, el nacimiento del cabello; luego rodaban descuidadamente hacia las órbitas y se distraían en dibujar extraños signos de amor que se irradiaban por la arborescencia nerviosa. Correteaban traviosos por la amplia pista de las mejillas, insinuando el ataque hacia los labios, que al principio se limitaba a brevísimas escaramuzas.

El lunar de Mercedes, en cambio, fue buscado por mí con menos ambages y sin encubrimientos formales. Típica barbarie. Ella se contrajo ante la sorpresa. Y esa aparente oposición desencadenó el hervor de las infinitas partículas de tiempo cerradas en mi abstención.

Las yemas de Soledad, delicadas y etéreas, apenas el roce de una hoja, obraban como acumuladores de energía. Yo, en cambio, no me preocupaba por estimular a Mercedes: estaba contento de sentirme poderoso y agresivo. Éste era el amor de una sola oportunidad, para curarme, no para participarlo. Dejé de pensar en Valentín y mi asco teórico contra la objetivación de la mujer. Mercedes era un cuerpo que me estaba enardeciendo, que había logrado en pocos segundos una maravillosa erección. A mi mente regresaron Azucena, el parque, las luces, pero mi erección no cedía, manteniéndose invicta. Mercedes se entregó pasivamente. Yo rompí por segunda vez mi fidelidad, con júbilo, sacudiéndome como un salvaje para demostrarme a mí, a esa mujer, a esa cama, al mundo, mi poder recuperado.

Mi médico era un hombre talentoso, sin duda. Mientras me lavaba sonreí satisfecho, pensando en la enorme clientela que acudiría a su consultorio si se difundiera el tipo de tratamiento que prescribía,.. Una gragea en forma de mujer succulenta... Un tratamiento maravilloso, sin dolor ni angustia.

. —Valentín es un bobo —dije a Mercedes—. Ahora puedo afirmarlo con conocimiento de causa.

Ella encendió un cigarrillo.

Pensé que tal vez esa misma noche podría demostrarle a Soledad que... Pero no.

El médico dijo que debía proseguir mi abstención hasta que el acto saliera solo.

—¿Cómo solo?

—Sí, solo: usted no se dará cuenta. Estará hablando con su mujer, o tal vez abrazado, o incluso de espaldas. Caerá en la cuenta que le está haciendo el amor. Y con éxito... Pero si intenta realizarlo conscientemente fracasará de nuevo: le estará brindando una oportunidad a su impotencia.

—¿Cuándo nos veremos? —preguntó Mercedes, vaciando el resto de su copa.

La contemplé fríamente, como a una escultura. Aún no se había abrochado. Sus formas eran juveniles.

—Te buscaré —respondí; ella era el medicamento para una sola oportunidad. Ya no la necesitaría—. Valentín es un bobo porque no te frecuenta: ¿qué pensarás de mí?

—Si sos tan cumplido como Valentín...

—Valentín te quiere, me consta.

—Con eso no se come, jefecito.

—¿Se lo dijiste?

—¿Es necesario? ¿Sabés cuánto me pagan en ese negocio?

—Supongo que...

—¿Qué suponés? Firmo los recibos por una cifra y me dan la mitad.

—Tendrías que denunciarlo —dije ruborizándome, como si fuera yo quien le robase el salario, como si esa denuncia debiera elevarse contra Fernando Albariconte, con abundancia de pruebas, engranaje también de fraudes y estafas.

—¿Ah, sí? ¿Creés que sobra el trabajo? Después ¿dónde me ocupo?

—Si todos se agachan, peor será —argumenté con facilidad, desviando la cara.

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero con propaganda de Cinzano:

—Espero entonces, que comprendás mi necesidad de efectivo.

—¿Querés cobrarme, Mercedes?... Por supuesto, tenés derecho.

—Si suena feo podés usar otras palabras: regalo, atención, solidaridad...

Metí la mano en el bolsillo.

—Y... de algún modo tengo que recuperar la parte que se guarda mi patrón —se excusó—, no me interpretés mal.

—¿También le cobras a Valentín...? —sonreí.

Mercedes se acercó y me puso su mano en el hombro, amistosamente.

—¿Te sentís defraudado? ¿No fui una conquista de verdad?

—No es eso... Pero...

—Sos simpático —me besó en la mejilla y, apartándose, agregó—: Lo siento. El amor no da de comer.

Abrí la billetera.

—No dramaticés —retocaba su peinado frente al espejo—. ¿Nunca has pagado?

Creí que se burlaba. Recordé mi impotencia con Soledad. Tuve rabia, como si

todo se estuviera malogrando. Le extendí un billete de diez mil pesos.

—¡Gracias! —exclamó sorprendida; lo recogió con ambas manos y lo contempló un rato antes de introducirlo en su cartera de plástico—. Sos generoso. Gracias.

Giré el picaporte.

—¿Lista?

—¿Siempre pagás así? —preguntó mientras alzaba su abrigo.

—¿No está todo caro? La farmacia, el médico..

—¿También el amor, entonces?

—No escapa a las leyes del mercado capitalista...

Mercedes rió.

CAPÍTULO II

EN BUENOS AIRES evocaste intensamente aquel viaje pagado por la Independencia ocho años atrás. Tu padre repetía entonces viejos conocimientos: el subterráneo es el transporte más barato y uno de los mejores del mundo. Y junto al obelisco: vamos, aquí se paran los provincianos para que los porteños se diviertan, es el alfiler que usan para joder, vamos. Yo los conozco bien, nací en Buenos Aires, pero, a Dios gracias, renuncié a su ciudadanía cuando me echaron... En efecto, Buenos Aires rechazó a tu padre cuando joven, trasladándolo a una sucursal provinciana del Banco: por ello masticaba su viejo resentimiento, sin perder jamás una íntima admiración por el «cáncer argentino»: sus calles, su música, su picardía, su lenguaje y su tristeza. *Buenos Aires debería estar en Europa, París le queda chico, pregúntenle a cualquiera que haya viajado y tenga coraje para cantar la verdad. ¡Qué ciudad tienen estos porteños de mierda!*

Su ingreso en la plantación de flores lo reconcilió bastante...

Fuiste a la Editorial. El encargado de relaciones públicas te recibió con amabilidad, sirviéndote café, preguntado sobre la vida cultural de Leubucó, tu vocación literaria y el portento de las rosas. Sí, conocía algunos rasgos de la Independencia, le gustaban las flores y apoyaba la explotación de tierras vírgenes: nuestro país es la gruta de Alí Babá; con sólo pronunciar una palabra, riquezas fabulosas se volcarán sobre nosotros. Imagino los campos teñidos de rojo, deben de ser parecidos a Holanda, donde los tulipanes alfombran praderas inmensas; yo estuve en Holanda.

—Se cultivan en invernáculos —aclaraste.

—Enormes, seguramente.

—Tienen cien metros de largo por unos seis de ancho. Imagino que se parecen a otros invernáculos: techos a dos aguas, de vidrio, protegidos contra el granizo por un tejido de alambre.

—Pero se considera una empresa muy moderna.

—Sí, el riego es automático. También el empaquetamiento.

—Interesante, interesante.

—Las máquinas seleccionan cada flor por su peso y su largo; después reúnen cuarenta y ocho flores y las envuelven en papel blanco, como se estila en otras partes. Estos paquetes se agrupan en cajas y las cajas en bultos, listos para la exportación. Un solo operario controla todo el proceso.

—Estupendo. Y salen aviones cargados diariamente...

—No —sonreíste—. Es un proyecto para más adelante. Por ahora los bultos esperan en cámaras frigoríficas.

—Se afirma que gracias a esta empresa se está produciendo una transformación profunda de la pampa medanosa, lo celebro.

—Deseamos que así sea, pero los frutos no llegan tan rápidamente.

—Porque serán grandes: hay que tener paciencia, dejarlos madurar.

—Así esperamos —sonreíste de nuevo, sin dejar de examinarlo como a un enemigo que te presentará batalla.

Tu aparentemente gentil interlocutor ordenó a una empleada que trajera el manuscrito y las cartas de recomendación. Las apiló cuidadosamente. Adelantó su espeso bigote de morsa. Los ojos miraban con reposo comercial.

—Hemos estudiado las posibilidades de editar su novela, joven: ¡Zas!, pensaste; ahí viene un rechazo igual al de la otra Editorial; ¿para esto te hicieron viajar novecientos kilómetros?

—Es factible.

Te decontracturaste: se tradujo en tu rostro. Los bigotes de tu interlocutor brincaron fugazmente hacia sus mejillas. Sobre tu memoria empezaron a gotear las recomendaciones del Patriota. *Primero, la edición no será inferior a los tres mil...*

—Pero depende de algunos factores.

No cederás nada en la primera entrevista.

—La industria editorial argentina atraviesa un período muy difícil. La ficción se vende poco. Y aunque su libro tiene valores literarios e históricos avalados por estas cartas —apoyó su mano sobre el prolijo montículo—, los números aconsejan otra cosa.

(Ahora me pide que renuncie al 10 %.)

—Estas cartas —las miró, las acarició—, nos sugirieron una solución interesante. Deseamos ayudarlo.

El giro inesperado te confundió, Héctor. Empezaba una estrategia diferente.

—Apreciamos que las fuerzas de Leubucó deseen la impresión de su novela. Podríamos hacer una edición de dos mil volúmenes, por ejemplo. En ese caso, el Municipio de Leubucó debería adquirir, al precio de tapa, mil ejemplares; con ello la Editorial cubre sus riesgos y, simultáneamente, su Municipio hace la distribución de la obra de la manera más conveniente. Los ejemplares restantes se venderán normalmente, percibiendo usted el 10 %, como es norma. Espero que se vendan. Pero si así no ocurriese, con la adquisición que haría su Municipio, lo recalco, quedarían satisfechos los anhelos de todos.

Quinto, la Editorial no se arrogará ningún derecho sobre otro tipo de reproducción ni sobre las traducciones.

—¿Qué le parece?

—No sé si el Municipio de Leubucó... —Ésa no era batalla, sino una burla.

—¡Por supuesto! Tienen que estudiar la propuesta. Pero si estas instituciones —apoyó su mano sobre las dieciséis cartas— manifiestan un afán sincero por la difusión de su novela, no resultará difícil comprar mil ejemplares; ¿cuántos

habitantes tiene Leubucó?

—Señor, no puedo responderle en este momento, no imaginaba un planteo de este tipo... Lástima que no adelantó su propuesta por carta —hubieras querido amoratarle las órbitas, hacerle un corte de manga, seccionarle de un tijeretazo los bigotes acrobáticos. Tus ojos llameaban, pero tus labios mantenían una urbana compostura. Este hombre se estaba mofando, decididamente.

—Es una transacción comercial delicada, que debe plantearse y explicarse en forma personal.

—¿No existe otro camino más... corriente?

—¿Otro camino? Sí, que Leubucó, es decir su Municipio y fuerzas vivas, paguen los gastos de edición, publicidad y otros que demande la novela. Nuestra casa, como excepción, facilitaría su sello y red de distribución. ¿Ventajas? La novela se edita pronto sin dificultades financieras y goza del prestigio que otorgan los años de nuestra Editorial. En definitiva, es una variante de mi propuesta original. Por cierto que este mecanismo no deberá trascender. El aporte pecuniario de Leubucó se contabilizará como pago por compra de ejemplares. Es casi lo mismo. Quizás este camino resulte más barato.

Sexto, las reediciones deberán ser comunicadas por anticipado a su autor.

—Transmitiré sus palabras, señor. No tengo atribuciones para resolver —te incorporaste con rabia.

—Claro... ¿Otro café?

—No, gracias —le tendiste la mano, te faltaba calidad negociadora; hubiera sido más fácil amputarle los bigotes.

—Adiós y... ¡suerte! —sus bigotes de morsa hicieron una cabriola.

Gumersindo Arenas te había recomendado que visitaras a Fernando Albariconte en Buenos aires: *es escritor, tiene vinculaciones, te ayudará en los trámites con editoriales.*

—Lo veré —prometiste.

—Es un tipo macanudo, conoce los mejores restaurantes, te divertirá.

—Cuando le escribe a papá agrega unas líneas para mí, me recuerda.

—Mejor entonces.

—Incluso me ha enviado unas postales.

—Te tomó cariño, Héctor; es un hombre excelente. El encargado de relaciones públicas te deprimió y sentiste la necesidad de encontrarte con alguien como Fernando Albariconte, cuya mano cálida había acariciado tu nuca ocho años atrás.

—¿Me permite la guía telefónica? —Aquí la tiene. Albariconte... Albaris, Albarato, Albarián, Albariconte Fernando. Conversando con él, referirás tu desolación desencadenada por un hombre con bigotes ridículos, después de haber atravesado la pampa en tren durante catorce horas ininterrumpidas de viaje. Con la

fatiga en los párpados te presentaste en la Editorial... Albariconte te hablará del *Erúctary Club* y, en vez de consolarte, preguntará si al ingresar en la pampa húmeda no viste a los zombies. Tus párpados se plegarán asombrados: ¿zombies? ¿Qué tiene que ver? Albariconte, transfigurándose, dirá: ¿no te enteraste?

Trabajan en la penumbra. Sus cuerpos se inclinan cadenciosamente. Parecen cavar sus propias fosas. El crepúsculo los recuesta sobre el *Horizonte* como una empalizada infinita. Extraña especie, Héctor, impulsada por látigos. El tren se hunde entre los cuerpos, arrojándolos hacia los costados, como la quilla de un buque tajando la masa del mar. Y saltan los zombies como cascotes oscuros, algo verdosos, rebotando contra los otros y contra las piedras. El látigo los enfila nuevamente. En el cielo evolucionan los buitres como anillos negros que se estrechan, inclinan, elongan, amenazando tocar el suelo; sus alas tenebrosas abanicán el aire. Y los zombies, indiferentes, prosiguen su trabajo removiendo el humus, el guano y la roca: ellos mismos roca y abono. Un río suele interrumpirlos; el cielo rojo se refleja en su superficie. Pero el lapso es breve: otra vez la tierra y su producto macabro. La última claridad del *Horizonte* deja esos cuerpos en pleno funcionamiento, como palancas que bajan y suben, bajan y suben, bajan y suben, bajan y suben obstinadamente, con precisión, ajenas a la fatiga y al desgaste: los zombies y el látigo conductor han logrado el movimiento perpetuo. ¿No oíste un ruido profundo, como si las ruedas de acero trituraran materia orgánica, buitres engordados o quizá zombies que engulleron a los buitres para luego recostar sus cabezas sobre la guillotina de los rieles. Saltan cuerpos y cabezas, Héctor, rebotando y uniéndose de nuevo para continuar el trabajo eterno.

Albariconte te habría arrancado de una preocupación para hundirte en otra.

CAPÍTULO III

SU ESTUDIO era una gruta donde las hileras de volúmenes amortiguaban los ruidos. Albariconte hizo que sintieras otra vez la atmósfera de encierro y ocultamiento. Para él esa cueva era, paradójicamente, la cima de las montañas: desde allí podía tocar la tela del cielo y recuperar el control de su conciencia. La primera vez que llamó sótano a su estudio te sorprendió, porque no estaba en un nivel inferior al resto de su departamento instalado en el cuarto piso de ese decrepito rascacielos de la calle Alsina. La segunda vez dijo que el sótano era el aeropuerto de los intelectuales. Esto resultaba más comprensible, porque desde allí despegaba hacia sus creaciones. La tercera vez aflojó su monumental y redondo cuerpo sobre una silla, levantó sus ojos licuados y con un breve temblor de su papada, confesó: soy un marrano.

La penumbra se descolgó en la pieza. Los lomos de los libros escintilaron sin fuerza, con los caparazones de insectos. Albariconte cubrió su cabeza y sus hombros con un manto ritual. Seleccionó un manojito de lapiceras y las armó en candelabro. Contempló las llamas cuya luz vacilaba en las curvas de su rostro. Los ojos licuados empezaron a desbordarse, porque en ese instante hablaba con Dios y se mostraba sin careta. El encuentro consigo mismo le envolvía en paños de paz. Se sentía libre y dichoso. Tenía el amado aire de las montañas y el mundo entero a sus pies.

Soy un marrano, repitió compungido, devolviendo el manojito de lapiceras al vaso de cuero. Y los insectos se transformaron en libros, el sótano volvió a ser estudio, el aire puro retomó su vicio.

La cuarta vez, señalando la máquina de escribir, dijo: a veces es mi libro de oraciones. Y señalando su reloj: ya son las ocho: pronto deberé reiniciar mi negación de Dios. Su libro de oraciones contenía plegarias borrascosas, con explícitos y disimulados mea culpa. Su negación de Dios —y de sí mismo— alternaba diariamente con los rezos misteriosos. Oscilaba como un péndulo, golpeándose en los extremos de su conducta.

La quinta vez aclaró que no se era un marrano por elección, sino por imposición. Que las fuerzas circundantes le obligaron a fingir. Que siempre se acuerda de aquella oportunidad en que llevó un manuscrito a la Editorial Porvenir, porque desembocó en el más cruel de los desastres; tu situación apenas se asemejaba, Héctor.

Te sobresaltó esa historia humillante. Sí, dijo Albariconte, cargué la carpeta con temor y júbilo, como si fuera un neófito. Transpiraba, aunque entonces no era tan gordo. Tampoco marrano. Al llegar a la esquina, divisé el establecimiento: me detuve, como frente a la dínamo universal, pensando en la Gran Corola y en los productos de las flores que circulaban en mi imaginación. Avancé por un largo corredor kafkiano, con miedo y esperanza mezclados como sal y azúcar. Una muchacha recibió el paquete y me extendió un recibo. ¿Cuándo me informarán sobre la decisión? El asesor literario tardará algunos meses en expedirse, tiene mucho

trabajo. ¿Meses?, pregunté. Sí, por lo menos tres o más; si prefiere, llévese el manuscrito y vuelva a fin de año. ¿Te das cuenta, Héctor?, con el inconsciente y supremo desprecio que te deja mudo. Este... señorita... pero a fin de año tampoco lo leerá enseguida. ¡Por supuesto! ¿Y si la obra gusta? Intenté convencerla, con tozudez idiota e inoperante, como un chico que no se resigna a perder todo de un golpe. Señor, dijo fríamente o burlonamente: cientos de autores piensan igual que usted y, discúlpeme, consideran su trabajo el más importante del mundo. Y yo: no digo que sea el más importante del... Y ella: le ruego que se decida, discúlpeme. Y yo: ¿decidirme? Sí: lo deja ahora o lo trae a fin de año. Lo dejo ahora. Bien, buenas tardes, señor.

Fernando se había colocado nuevamente su manto ritual, protegiéndose del dolor. ¿Te contaba esto para aliviarse? ¿Para aliviarte? Dijo que notó la falta de algo, como si le hubieran robado un hijo. Por cierto, cada manuscrito es como un hijo, Héctor, lo sabías muy bien, todos coinciden, es un lugar común. ¿Quién era el asesor que lo juzgaría?, ¿qué ambiciones, frustraciones, talento, visión, paciencia y calidad artística poseía para decidir sobre la «potabilidad» de una novela?, ¿qué fallo emitiría y qué fallo emitiría otro?, ¿no existía un juego de azar, una tonta y suicida entrega al azar?, pensaste; pensó.

Soledad me escuchó a medias: recibieron el manuscrito, hay que esperar ¿comprendés?, depende del asesor, estas cosas marchan así, no es como uno quiere, supongo que irá bien, me dijeron que en tres semanas, la empleada cumple órdenes, en una de éstas la cola no es tan larga... No, Fernando: tuviste que hablar con alguien de peso. Es que... es que... Tuviste que haberlo intentado. Es que... es que... ¡no es tan fácil! Tuviste que haberlo intentado. Bueno, ya está hecho. ¡Mal hecho! Y discutimos aunque yo pensaba como ella, pero me ataba la amargura; cometí otro error que no sabía enmendar. Si mi novela vale, será reconocida, dije al rato, con mucha fatiga. Y ella: Fernando: no seas un triste ángel. Seguimos discutiendo. Discutimos dos días y esperamos tres meses. Nuestro idilio de los primeros años ensombreció tras más conflictos. Escribía poco y con esfuerzo, Soledad me impulsaba, aún confiaba en mi talento literario, aún esperaba obtener los frutos del éxito y demostrarle a su tía y demás comadres de Leubucó que se casó bien. Venganzas, pequeño —burguesas... Mi ingreso en la Independencia convenía al status y al bolsillo: ella no albergó dudas sobre sus ventajas. Yo descubrí pronto su esencia. Esto es muy feo, Soledad, dije. Pero ella creyó que eran productos de mis delirios mesiánicos: ¿vos querés ser el salvador del país?, ¿acaso todo no es igual?, ¿cómo son las otras grandes empresas?, ¿cómo? Empecé a notar mi manuscrito demasiado insulso. Soledad me sirvió litros de café para que siguiera escribiendo: la Independencia es una salida transitoria —insistía— hasta que podamos vivir de tus libros. Pero yo no podía elaborar mis libros trabajando en la Independencia: era como

dividirme en dos, hacerme un marrano: estaba entrenándome para dar el salto irreversible. Por eso, o porque Soledad quedó embarazada, o porque tuve el accidente con Azucena, o porque un maleficio me había condenado, flaquearon mis relaciones conyugales. Dicen que tal vez por trastornos endocrinos, o que estos trastornos nacieron como producto de mi tortura interior: empecé a engordar, Héctor, así, inflándome como un dirigible. Me transformaba en otro ser, se producía mi conversión pública —nunca espiritual— a la fe de esa explotación de rosas. Por consiguiente, lograr la edición de mi libro, alcanzar con él un reconocimiento, era tan urgente para mí como para Soledad, que sufría la destrucción de su cristalería de proyectos.

Cuando llegamos al término del plazo, una carta traería la resolución de la Editorial, Héctor. Se me afinó el oído: es notable cómo discrimina si necesitamos escuchar imperiosamente la voz de nuestro redentor o nuestro verdugo. Desde mi habitación sabía cuántos sobres grandes y pequeños arrojaba el cartero por la boca del buzón; con premura corría hacia él con la llave en la punta de mi brazo extendido. Tropezaba con los muebles o con nuestro niño... Sí, también con él... y le gritaba al inocente porque la impaciencia me estaba volviendo loco. Y él me miraba con sorpresa o espanto y a veces lloraba. Cuatro, cinco meses: por fin el membrete glorioso y la gran desilusión. Me faltan las palabras, Héctor; una gran desilusión que te ducha, que viene en tres renglones, con un tono cortés que te sabe a burlón, con votos para el futuro y un saludo cordial. Soledad y yo permanecemos inmóviles como un conjunto escultórico simbolizando los primeros instantes de algo así como la muerte, cuando no se sabe qué pasó ni pasará, con el cuerpo en caliente en la tierra y el alma ignorante en el cosmos. Fue así, te lo aseguro: absoluta perplejidad.

—Es terrible.

—Terrible —pasó sus dedos por los labios temblorosos—. Como la muerte, sí... Pero no es la muerte. No se muere uno, muchacho. Se aguanta... especialmente cuando los años no pesan demasiado. Soledad fue la primera en reaccionar: se sentó. Yo seguía pensando en mi hijo, no el que tenía al lado empujando un carrito o llorando, sino en el que confié a esa empleada indiferente y aburrida, ese hijo que elaboré con transpiración, que debía salvarme, que fue mal recibido, mal escuchado e hipócritamente expulsado. Cuando atiné a mirar a Soledad, con una estúpida sonrisa, como resignándome a la fórmula del qué vas a hacerle, ella dijo en tono de reproche: lo esperábamos ¿qué nos asombra? Yo, aferrándome a los residuos de posibilidad: tal vez la publiquen más adelante. Y ella: no te la publicarán nunca, Fernando. Pero ¿por qué? Porque los lectores están intoxicados con manuscritos: ¿qué puede opinar sobre un buen plato quien ha estado comiendo obligatoriamente todo el día una desordenada sucesión de comidas buenas y asquerosas? ¿ah, quién? Lo ingerirá con repugnancia y dirá a lo sumo que es estiércol rociado con limón; eso dirá. Me encogí

ante su firmeza. Y sólo encontré una salida: reconocer que no sirvo como escritor. Pero ella gritó ¡no te excusés!, ¡tu trabajo es bueno! Y se acercó a un anaquel con libros, los tocó: ¡con las porquerías que se publican cada hora!

Miraste los anaqueles de Albariconte, doblados por el peso de tantos volúmenes, quizá los mismos que oyeron ese viejo diálogo en el que se traducía una falta de resignación ante los hechos. Como el marrano, que no se resigna nunca a olvidar su Dios aunque lo vitupere y escupa, aunque esté casi muerto, porque en el fondo de algún sótano puede encontrar el resquicio de una providencial salvación. Por eso Albariconte se dice marrano, pensaste. Por eso se esconde bajo un manto y arma candelabros con sus lápices de madera. ¿O, por qué otra razón abandonó a su esposa, que amaba como a una divinidad y sólo la recuerda en sus mea culpa ineficaces y ridículos? ¿Se dice marrano porque en vez de morir con dignidad decidió vivir con deshonor? ¿Y cuál es ese deshonor? ¿No era su excesiva obesidad el opaco envoltorio de una llama incurable?

Iremos a entrevistarnos con ese Campi, Fernando. Pero Campi es el gerente, Soledad. Por eso mismo, confirmó ella. Fuimos entonces a la Editorial Porvenir y nos precipitamos a la ventanilla en el fondo del insoportable corredor. Apareció aquella muchacha, educada en el ejercicio de un elegante e irreprochable desprecio. ¿Desean? Hablar con el señor Campi. ¿Para qué asunto? La publicación de una novela. No necesitan verlo a él: entrégueme el manuscrito si lo trae. Ya lo entregué, me ha contestado, y por eso quiero hablarle. ¿Cómo se llama usted? Fernando Albariconte. Un momentito, se alejó, apretó un botón, conversó con otra voz femenina. Al rato sus labios hermosos y fríos me dieron la respuesta: avance hasta la penúltima puerta del corredor y allí le devolverán el manuscrito.

Señorita: no he venido por el manuscrito sino a conversar con el señor Campi, dije molesto, sabiendo que empezaba el anti-diálogo burocrático. El señor Campi está ocupado, no le puede atender. Dígale, por favor, que no le demoraré más que algunos minutos. Si es por su libro, señor, la decisión ha sido tomada, discúlpeme. Pero yo no cedía, con el dedo de Soledad hundiéndose en mi espalda como un revólver. ¿No puede recibirme ni cinco minutos, tan sólo cinco minutos? A ella le impresionó algo de mi cara o de mi voz o la tarjeta con membrete de la Independencia que le extendí; se alejó de nuevo, apretó el conmutador y conversó con la misma voz femenina. Al rato concedió suspirando: lo recibirá el próximo viernes a las once. Gracias. Soledad apartó el revólver. Tiene que ir a la penúltima ventanilla para que le devuelvan el manuscrito, señor, me recordó la empleada. Titubeé. Lo retirará el viernes, replicó Soledad con envidiable sentido común. La empleada se encogió de hombros y en mi memoria quedó así, con los hombros encogidos, espasmodizados, sufriendo un espantoso calambre como castigo por su antipatía y rutinaria displicencia, mientras planeábamos con Soledad, exultantes, las frases redondas y explosivas, las

sugerencias prodigiosas y las contestaciones fulminantes con las que reduciríamos la intransigencia de Campi. Teníamos un enemigo, Héctor. ¡Qué bien hace encontrar alguien contra quien descargar! Para esos enemigos debería acuñarse otra palabra: ángeles de la salud, por ejemplo. Concentran todo el odio e higienizan el alma, permiten que arrojemos toda la basura en un pequeño rincón. Campi era como un pequeño rincón que nos permitió ventilar y lustrar nuestro ánimo. Estábamos otra vez contentos.

Los marranos también se ponen contentos, por cierto, como Albariconte cuando te narraba este episodio. En pleno maremoto de horror espiritual encontraba ese fino y larguísimo canal que le conectaba con la verdad y el bien, pronunciando fórmulas de arrepentimiento, arrancando con las uñas revoques de la esperanza para adherirlos a su propio cuerpo. Lloraba de alegría. Creía que Dios le perdonaba, tocado por una inmensa paz.

Llegamos otra vez a la Editorial, que me pareció una casa de oración, como antes. Detuve mis pasos con respeto o con miedo. Atravesamos la misma puerta de cristal. Llegamos a la ventanilla donde se asomaban aquellos hermosos labios despreciativos. Tenemos una cita con el señor Campi, le recordé. Y ella: su nombre, por favor. Y yo: ¡Fer-nan-do Al-ba-ri-con-te!, irritado por su amnesia impúdica. Un momentito, se retiró, apretó el conmutador, respondió la conocida voz femenina y ella retransmitió la orden: vayan a la puerta número 17 y aguarden. Gracias.

Caminamos por el agobiante corredor, angosto, bruñido, infinito. Largo y estrecho como el canal que comunicaba al marrano con Dios, Héctor.

Apareció el número 17. Soledad dijo que llamase. Llamé. Ella, nerviosa, acarició el picaporte. ¿Abro?... Descubrimos una oficina vulgar. ¡Momento!, rugió alguien. Soledad cerró de golpe. Nos miramos, ella cruzó los brazos, yo me apoyé contra la pared. Me estaba olvidando del plan que habíamos trazado y de muchas frases inteligentes que frotaríamos en el hocico de ese Campi. Al rato apareció una mujer: ¿Fernando Albariconte? Sí. Tiene cita con el señor Campi, ¿verdad? En efecto. Lamento informarle, señor, que está en una reunión de Directorio, se prolongará mucho; no lo podrá recibir. Pero... tenía cita desde hace una semana. Lo sabemos... esta reunión no estaba prevista, usted disculpará. ¿Cuándo podrá recibirnos, entonces? ¿No puede informarme el motivo?, tal vez yo pueda ayudarle, dijo con una amabilidad que me desarmó. Quería hablarle sobre mi man... ¡Es personal, señorita!, interfirió Soledad. Ella la miró sorprendida: Como quieran; vuelvan entonces en otra oportunidad. ¿Así?... Soledad arremetió: ¿No podríamos esperar?, quizá se desocupe pronto. ¡No, no!, se opuso horrorizada, cerrándonos el paso como si quisiéramos invadirle la oficina: hoy no los atenderá de ningún modo, es imposible. ¿Cuándo, entonces? Aguarden, y cerró la puerta como si amenazáramos su intimidad. El corredor solitario y silencioso me hizo recapacitar sobre mi insignificancia y

ridiculez. Contemplé a Soledad, con las mejillas arreboladas por la indignación. La empleada asomó media cabeza: vengan el próximo viernes. ¿No habrá reunión de Directorio otra vez?, ironizó Soledad. ¡Adiós! replicó. Y salimos con rabia y apuro; miré la penúltima ventanilla donde devuelven los manuscritos. Empujé violentamente la puerta de cristal como si fuera el cuerpo de Campi.

Porque no era Campi, Héctor, porque el marrano no pega a su enemigo, sino a su propio pecho: invierte la agresión, se lastima y muestra su sangre a Dios como testimonio de su sacrificio. Es cobardía. Y te aseguro que la cobardía duele muchísimo, muerde tu carne y tus nervios a toda hora; y exagera su voracidad con el recuerdo. Es como si una bestia se hubiera metido en las entrañas. Yo era cobarde, Héctor. Y Soledad impulsiva. Mi cobardía me hizo marrano ¿ves? El marrano quiere vivir. Y para ello tiene que aceptar todo, todo. Principalmente negar a su Dios, renunciar a su identidad, abandonar su vida, su historia: lanzarse al vacío, donde tan sólo vivirá. Le anega el instinto de conservación, que es irracional y miope.

Una semana después la puerta número 17 se abrió y nos dejaron pasar: tomen asiento, dijo la secretaria de Campi. Y añadió una advertencia ofensiva: el señor Campi está muy atareado y tiene varios compromisos, les ruego sean breves. Mordí mis labios. Esperamos en una salita que daba a la puerta del santuario. ¿Valdrá la pena esto?, pregunté a Soledad con ganas de rendirme. Hemos llegado, dijo, debemos intentar. La secretaria ingresó en la salita y abrió la puerta que subyugaba mis ojos. Vi a un hombre tras un escritorio. ¿El señor Campi? Sí, mucho gusto, extendió la mano a Soledad y luego a mí. Nos señaló un sofá. Estábamos junto al monstruo o qué sé yo... El decorado agradable, la alfombra verde o la luz blanda ahuyentaron algunos fantasmas. El gerente se mostró tranquilo y atento contrariamente a mis previsiones; incluso nos ofreció cigarrillos. Como a vos, Héctor. Como Ceballos a mí. Como yo a los otros. Es una cadena diabólica. Aclaré mi garganta, miré a Soledad, cuyas mejillas ya estallaban de sangre y largué el chorro: que he recibido su carta, que mi manuscrito, que pese a las consideraciones tuyas, que la opinión del asesor literario no parecía categórica, que las opiniones de amigos escritores que leyeron mi novela... Es su primera novela ¿cierto?, me interrumpió. He publicado cuatro libros de poesías y dos ensayos; ésta es la primera novela que presento a una Editorial, aunque tengo varias escritas, pero aún... Impublicables, añadió él con mordacidad y una sonrisa. Inconclusas, repliqué. Ahá ¿qué desean beber?, ¿whisky, pepsi, café? Una tregua impensada: café, dijo Soledad. Yo también. Campi también. Campi oprimió un botón: tres cafés, por favor. Y luego, elevando los ojos: ¿qué decía la carta? disculpándose por su mala memoria, pero ustedes saben, la cantidad de problemas y correspondencia. Saqué el papel de mi bolsillo y se lo extendí. Lo leyó de golpe: sí, sí... bueno, he dicho la verdad, el asesor literario apreció su trabajo y, ¡ahora recuerdo!... claro, nuestros compromisos, existe una saturación que incidiría

desfavorablemente: o sea que su libro no puede imprimirse enseguida, queremos dejar la puerta abierta, en el futuro, usted es un escritor bien considerado, tiene lectores ¿me explico?... usted es talentoso, se infiere por el asesor, la próxima obra no hesite en enviarla, la leeremos.

—Sí, pero ¿en concreto, señor Campi? —imploraba.

—En concreto, la edición es imposible durante este año.

—¿El año que viene?

—Mm...

Llegó el café: sírvase, señora, por favor; sírvase, señor Albariconte. Gracias. La conversación se alejó del foco, huía riéndose de nuestras intenciones, de nuestros proyectos. El precio del café, Colombia, Brasil, la carretera trans-amazónica y el trabajo esclavo que tiene más trascendencia, pero que entonces me molestaba como un ultraje. Soledad volvió bruscamente a su carril: necesitamos una definición, señor Campi. Campi arqueó las cejas, hizo como si reflexionara paternalmente: vean, mi consejo es que recurran a otra Editorial. ¿Cuál, señor? La que publicó sus libros anteriores. Ya no existe: quebró. Bueno, otra. ¿Por ejemplo? Otra, otra, cualquiera... ¿Cualquiera? Sí, sí, cualquiera, la que por uno u otro motivo más les atraiga; son mis competidoras, no puedo hacer recomendaciones ¿me explico? Entonces, cualquiera... Así es, y puede tener suerte, usted es conocido, nuestro asesor... Soledad se incorporó. Claro, dijo Campi, es cuestión de oportunidades, inciden muchos factores extraliterarios, usted sabe. Entonces, cualquiera... Sí, sí, como dije recién; permítanme, los acompañaré hasta la puerta; por aquí: usted primero, señora; adelante, señor Albariconte, por favor; bien, señora, señor, mucho gusto y buena suerte, adiós... Buena suerte, adiós... Y nos encontramos en el túnel oprimente, Soledad llena de rabia y yo de fatiga. Me arrastré hasta la calle, hasta casa.

El marrano atraviesa un período previo en el cual medita acerca de la muerte como una forma de evasión. Cansado de sufrir, antes de negar a Dios y traicionar su identidad, pareciera dispuesto a entregarse. Porque la muerte no aparece como un acto heroico, sino como una forma de alejar la crueldad ambiente y el dolor. No hubiera ofrecido resistencia en aquel momento a la acción de un verdugo: no me hubiera importado que aplastaran mi cabeza, que estrangularan mi cuello. Quería dormir el sueño más profundo. Pero ese cansancio era también una evasión y el primer paso hacia la mayor desgracia.

Nuestro chico nos recibió llorando. ¿Qué te pasa? Siguió llorando. ¡Explicate, querés! Nada, más sollozos. Luego ahogos, hijo, un asco. Fui a lavarme la cara; me siguió. Basta, basta, estoy mal. ¡Callate!, le gritó Soledad. Después lo alzó en brazos, le cantó, lo besó, le metió el chupete en la boca. Nada, más llanto. ¡Qué te pasa, qué te pasa! Metí los índices en mis orejas para no oírlo. Y siguió llorando. ¡Qué mierda quiere!, estallé. Y lo arranqué del regazo de Soledad, lo zarandeé. Estoy muy irritado

¿entendés?, ¡me sacás de quicio!, ¡callate!, ¡no aguanto tus chillidos!, ¡no aguaaaan-to! Fui otra vez al baño y él a lo de su madre. ¿Caramelos? ¿Ése era el motivo? Basta, después te compramos; he dicho después ¿no callarás nunca, carajo? ¡Me vuelvo loca!, gritó Soledad. ¡Callate, mierda!, grité con un repentino descontrol. Se me habían roto todas las costuras, salió otro ser de mi cuerpo que corrió hacia el pibe, que seguía junto a su madre y su madre chillaba con franca histeria. ¡Callate, callate! Tenía necesidad de romperle el cráneo a ese Campi, pero no estaba allí, tampoco la puerta de cristal: estaba mi pecho, mi carne o la indefensa carne de mi carne. Y yo explotaba con la brutalidad del cobarde y del descarriado. Mi mano cayó violentamente sobre la cara de mi niño. Me sentí más agresivo, como si ese primer golpe me autorizara a continuar. Lo golpeé otra vez. Y otra. Decidido a frenar esa máquina de ruido que me trepanaba la cabeza. Gritó más fuerte, con gusto, y le descargué la última tremenda bofetada; cayó al suelo con la boca abierta y dejó de respirar; se iba poniendo azul: yo tiritaba mirándole; su madre se contrajo; él estaba quietecito, oscureciéndose, con la boca muy abierta y las manitas crispadas. ¡Respirá! Y ella: ¡qué le hiciste, bruto! Y yo: ¡respirá, idiota, respirá! Y ella: ¡bruto!, ¡bruto! Y yo desesperado le descargué otra bofetada, extraviado. Soledad se arrojó sobre mí: ¡criminal! ¡Qué hacés!... Mi niño contrajo la cara. Yo me largué a llorar. Soledad lo abrazó, lo acostó; él siguió hipando largo rato. Yo caí sobre una silla bañado en transpiración. Al rato se durmió. Fuimos a otra pieza. Soledad me miró con intenso reproche: vos no tocás más al chico..., vos no tocás más al chico... Y salió. Dos días más tarde mi niño enfermó. El médico dijo que era grave: había que internarlo. ¿Muy grave? Sí, es necesario hacerle algunos estudios. Después empeoró. ¿Qué tiene, doctor? Está grave. ¿Qué tiene? Está inconsciente. Sí, sí, pero dígame qué es. El médico apoyó su mano sobre mi hombro para infundirme ánimo: encefalitis.

—¡No puede ser! Un traumatismo no produce encefalitis.

Fernando Albariconte largó su sollozo esforzadamente contenido. El estudio se transformó en sótano, los lápices en candelabros y una dilatada sombra en manto ritual. Las paredes se cubrieron con caparazones de insectos, que le succionan y protegen.

CAPÍTULO IV

MANUEL SE SOLAZÓ en la contemplación del muchacho: era él mismo antes que lo atrapara el sistema. La nariz del joven conservaba su rectitud original, sin la giba enajenante que los habitantes del país se adosaron con ingenuo entusiasmo. Se había quebrado el tiempo: podía volver, borrar caminos, empezar de nuevo, recuperar la brújula.

Lo llevó hacia un hotel. El administrador le reconoció y, sin hacer comentarios enojosos, condujo a ambos personalmente hacia la habitación. Manuel extendió sus manos: ésta fue el Arca.

Manuel le narró su vida a partir de la lluvia de cubos forrados con pétalos impermeables, porque a partir de esa época se transformó en otro Manuel, torturado e ineficaz. Su ángel de la guarda le dejó hablar, como última gracia antes de su sacrificio voluntario: no interfirió con colores ni músicas ni visiones. Manuel, viejo y destruido, había elegido por fin la castración... En forma desordenada, como se cuentan los sucesos oprimentes, repasó las tentaciones, su entrega, su desdoblamiento espiritual, el desarrollo de su saber y la involución de su poder, la necesidad de huir ya que no cabía la rebelión, su viaje, su ansiosa búsqueda del hijo, la monstruosa parábola de las dos mujeres, la venganza del muerto, la mofa del diluvio. De sus ojos rodaban lágrimas abundantes, aunque no se deshacía en ellas como lo hubiera deseado.

El joven lo oía con interés: adquiriría sentido su infancia, el viejo lustrabotas, la fosforescencia nimbante de sus cabellos, la enérgica liquidación de los escorpiones en el gran hipódromo. Así como al Manuel adulto le fue anticipado el Juicio Final en un pétalo magnificado, al Manuel joven le era expuesto su propio futuro de esclavitud, angustia y suicidio. El adulto desgarró sus vestimentas y mostró los genitales desfigurados: ¡de ellos sólo brotaban cubitos!

El muchacho se asustó. El adulto golpeó con sus uñas la abyecta verruga de su nariz hasta hacerla sangrar. —¡Huele! —gritó.

El muchacho aspiró el aroma de los pétalos y movió la cabeza.

Manuel, sufriente, le asió una mano y arrastró hacia la calle. Mientras bajaban las escalinatas, anunció: también conocerás la catarsis de nuestras jerarquías; la conocerás, te juro. Y se refería a una depuración personal y trascendente, sangrienta, ignominiosa, que agradaba al sistema y que, por eso mismo, tal vez encerraba una esperanza de contradicción. Tropezaron con los peatones que circulaban con su orgullosa eminencia nasal.

—¿Los ves? —gritó—. ¡Somos todos iguales, igualitos!

Cabezas calvas, órbitas huecas, manos enormes que no razonan ni sienten, prosiguiendo el trabajo absurdo bajo el imperio de

pesados látigos. Marchan sus pies compactos de un extremo a otro, con antenas artificiales en la frente, vigilando la integridad de esos mismos látigos: su alimento. Funciona el sortilegio perfecto e indestructible contra su propia libertad. En las calles y en los parques ellos caminan, silenciosamente, rítmicamente, protegiendo cables, vigas, postes, travesaños, arcadas, columnas que preservan el mundo donde los cadáveres tienen vigencia, ajenos a la sangre, el amor y la venganza. Ejército horroroso que se encarga de paralizar su propia transformación.

—¡Yo soy parte de ese ejército! —exclamó, llamando un automóvil.

El vehículo acudió en seguida frenando con precisión junto a ambos.

—Subamos: verás lo más importante.

El viaje se prolongaba. Se durmieron. Iban hacia una encrucijada definitiva: el adulto hacia un rito, su doble rejuvenecido hacia una incógnita. El *tona*, como si fuera una persona resentida, había suspendido otra vez sus encantos con el dubitativo Manuel. El joven, carente aún de esa succionadora presencia, enfrentaba su futuro en ese tiempo alucinante.

Cuando despertaron, la vibración blanda del vehículo atravesaba sus nuca y espaldas como agua tibia. La vegetación de los costados huía hacia atrás despavoridamente, verdosa, interminable, haciendo reverencias. El paisaje era hermoso.

Sentían empastadas las bocas. La vida continuaba siendo real, a pesar de la enajenación. Contrajeron las mejillas, estiraron los labios y revolvieron las lenguas; inspiraron y expiraron para desobstruir sus fosas nasales, se las restregaron con amistosa violencia y, disgustados, comprobaron que los dedos se habían tornado untuosos con la seborrea acumulada en la piel. Parpadearon, carraspearon, movieron una rodilla, cruzaron los dedos y los extendieron hasta producir el transparente crujido cartilaginoso. El adulto oprimió un botón azul y extrajo dos pequeños sobres, uno de los cuales ofreció al muchacho. Rompió un extremo y se dilató una neblinosa esfera aromática, similar al tenue y permanente efluvio de su artefacto nasal. Desplegó la toalla embebida en detergentes anfetamínicos y frotó su rostro, que el joven examinaba atentamente: frente bilobulada, mejillas secas, labios finos, mentón partido, nuca hirsuta, orejas rosadas —como se insinuaban ya en él—. Después el adulto restregó sus manos con placentera minuciosidad y ya deshecha la toalla, marchita y pequeña, pero con el aroma aún intenso —como una prostituta vieja que se empeña en atraer clientes con perfumes baratos— fue arrojada al cenicero, mezclándose con tabaco desechado, restos de comida, ceniza y un esputo que se

balanceaba gelatinosamente como un gordo oprimido en el centro de una caótica multitud.

—¡Puah!...

El joven recordó que cierta lentitud parsimoniosa se establece en los suicidas horas antes del hecho: le descubrió a su doble el puñal en la cintura, el mismo con que había seccionado sus venas...

—Estoy solo —insistió—. Mi aislamiento en el Arca fue la culminación de mi reclusión espiritual... y condujo a nada.

—No me gusta la soledad —dijo el joven.

—Tampoco a mí. Pero en este sistema, soledad es igual a sociedad...

—No entiendo.

—El sistema floral convierte a cada hombre en un instrumento ligado a los otros únicamente por las exigencias de la producción. Lo aísla, lo separa, lo enclaustra, para que ansíe volver a su esclavitud productiva donde al menos puede mantener una relación con los demás. Así caí yo: para liberarme —me demostraron— debía convertirme en un esclavo y asumir sus placeres de circo, animalizantes. Ahora, oprimido y agónico, no puedo liberarme siquiera a mí mismo. Por eso reclamé tu presencia, que será el contrapeso de mi redención total.

—Usted es mi futuro, lo sé. No deberé repetir sus errores si quiero modificar el destino, entonces —reflexionó ingenuamente.

—No es tan fácil ni esquemático...

—Pero el sistema floral, la cibernética, la biología.

—Lo que mi rescoldo repudia es al hombre esclavizado por la Gran Corola y no montado sobre ella como un jinete triunfal. En la Gran Corola se han parapetado aristócratas voraces que despliegan un sutil dominio ideológico. Los cubos hacen agradable la vida y jubilosa la sumisión. Pero han barrido la dignidad. Los aristócratas inventan chivos emisarios y los sacrifican cada tanto para que no trasciendan los verdaderos beneficiarios de esta impresionante degradación. Y para colmo... estos aristócratas tienen virtudes de los ángeles.

A través de las ventanillas abiertas se introducía la fragancia de los campos. Manuel adulto se lamentó: mis bulbos olfatorios están borrachos de perfumes artificiales que dosifican el placer; hace tiempo había pensado que en el siglo diecinueve se buscaba la identidad a través de los rasgos faciales (que se pueden modificar) y de los arabescos digitales (que no son siempre categóricos); y que la ciencia apocalíptica descubrirá la identidad mediante los olores que emana cada ser. El olfato es el órgano sensorial más antiguo, gastado en transformaciones, pero que se remonta al génesis. Eso había pensado, muchacho. El muchacho asintió: es cierto, lo estaba pensando él mismo. Como si una intuición profética me hubiera revelado la táctica del invasor que ha sojuzgado a mi país —prosiguió el adulto—; el

sometimiento se realizó con aromas ¿vas entendiendo?, embriagando el sentido crítico a través del olfato, animalizando. Lo demás resultó sencillo.

Señaló con el índice su aterciopelado botón nasal: mediante esto no hay más identidad ni rebelión... Sólo se autorizan catarsis. Verás la mía, la de los vencidos... que después se veneran. Acelere, chofer.

CAPÍTULO V

FERNANDO ALBARICONTE te invitó a una reunión del *Erúctary Club*. En el taxi dijo que no le extrañaría la existencia de una organización encargada de terminar con el arte. En el Olimpo las musas riñen tirándose de los pelos; han caído varias y las que aún se mantienen en pie se cubren las feas contusiones y se tambalean ahitas de vejez. Puede que alguien las haya lanzado unas contra otras, envenenándoles la sangre. Las musas ya no pueden exhalar sus alientos de creación sobre la frente de sus elegidos: se les ha apagado el fuego y evanecido la inmortalidad, es un hecho.

—Luce muy pesimista, Fernando.

—He comenzado mi higiene y mi catarsis. ¡A la boca todas las amarguras, es necesario expulsarlas!

—Tengo muchísima curiosidad por esta cena.

—Entiendo. Lástima que la de hoy no registrará ningún evento extraordinario. La semana pasada, en cambio, se incorporó un nuevo miembro. Con gran solemnidad, los grabadores encendidos, los cronómetros ajustados, se mandó un eructo de siete segundos que era un poema.

Llegaste a *El rincón selecto*, un restaurante de mediana categoría en la calle Entre Ríos. Albariconte atravesó apretadamente la puerta vaivén. Con el brazo en alto saludó a los conocidos instalados a un lado y otro del largo mostrador. Lo seguiste por entre las mesas. Con ambas manos apartaba las sillas que obstruían el paso de su volumen; algunos comensales giraron sus cabezas, advertidos del sorprendente proboscidio. Casi al término del salón, un mozo se adelantó para abrirle una puerta disimulada en el revestimiento de madera. Viste la sala del ágape, cálida e íntima. Entraron, cerrándose tras de ti la puerta. ¿Es una cámara acústica?, preguntaste. Ya se había concentrado mucha gente que conversaba de pie en grupos irregulares. Las mesas estaban ordenadas en forma de espiral; era la primera vez que advertías semejante disposición: ¡qué forma rara!

—¿Viste?, es un caracol: para amplificar los sonidos; un plagio a la espiral siniestrógena de la Patafísica; transferimos un emblema a la práctica.

—No pierden detalle.

—También para estar más cerca, comunicarnos mejor. Además, ya te dije, aquí se exalta la vida y la vida es una espiral. Vamos a saludar a los amigos. Por aquí. ¡Hola, hola!

Albariconte irradiaba simpatía, como si los estratos de grasa y la epidermis impermeabilizaran su profundo dolor. Era, en efecto, el marrano en funciones de converso, adaptado al mundo en que no cree. Enfiló hacia un grupo de personas que seguramente no conocían su desdoblamiento abismal.

—¡Hola, Fernando! Vos debés conocer el menú... Presentarnos al joven... Te busqué en el Patria... Qué tal, viejo: me chismearon que empezaste un régimen.

—Les presento a Héctor Célico, de Leubucó, exiliado por unos días en nuestra gran «ubre».

—Mucho gusto, joven... Dígale a Fernando que si no fuera por esta «ubre», estaría cazando vizcachas en la pampa ¿Y usted es amigo de este globo terráqueo?... ¿Le explicó en qué consiste nuestro Club?... Encantado: soy Esteban Lucas Obregón.

—¿Esteban Lucas Obregón?

—Sí, Héctor —explicó Albariconte—; el célebre Obregón, capo de las computadoras, trabaja en el octavo piso del edificio Patria, ¿te acordás cuando lo recorriste hace años? Aquí viene lo mejor de Buenos Aires... ¿Qué tal, Esteban?

—Con unas ganas locas de eructar cien libras de gas: tuve una semana de mierda, llena de problemas y complicaciones. ¿Me permitís ahora una palabra?

—¿Ahora? No me vengás con asuntos, ché...

—¡Una palabra! ¡No exagerés!

—Bueno, hablá. Pero nada de nudos gordianos, que se me atrancan aquí —se señaló el estómago.

—Permiso: es un instante —Obregón levantó un dedo y apartó a Fernando Albariconte.

Los demás te siguieron hablando, con afectuosa hospitalidad.

—¿Así que viene de Leubucó?

—Ahá.

—Si le gusta nuestro Club, podría organizamos una filial allí.

—¿Tan lejos?... para qué —dijo otro.

—Cómo para qué. ¿No te gustaría hacerte una giritita recorriendo filiales? Esto tiene que agrandarse, lo bueno debe ser compartido: y esto es bueno.

—«Y Dios vio que era bueno y fue la luz» —parodió un tercero.

—Fue el Erúctary...

—¿Cuántos años tiene? —te preguntaron.

—Dieciocho —te erguiste.

—Es nuestro huésped más joven. Lo celebraremos convenientemente.

—De acuerdo: en su honor tendremos que superar las marcas anteriores.

—A mí me será difícil: ya alcancé los ocho segundos.

—¡Qué vas a... qué vas a...!

—Atención: apareció Bermúdez. A la carga, dijo Varga...

—¿Quién es Bermúdez? —te asombró la excitación súbita.

—El presidente de turno. Cuando llega es obligatoria empezar enseguida. ¡A la mesa!

—¡A la mesa!... ¡A la mesa!

—Te sentarás a mi lado, Héctor —dijo Albariconte al regresar de su aparte.

Circulaba un alegre bullicio. Tu anfitrión avanzó bordeando las mesas en espiral.

En el centro del blanco caracol se instaló Bermúdez, un hombre robusto y sanguíneo, de doble papada. Ya estaba dispuesta la vajilla y enseguida se empuñaron las jarras de vino escanciándolas pródigamente. Los mozos empezaron a moverse con paneras y cubiertos para completar las provisiones de cada comensal. La multitud policroma, integrada en su mayoría por gente obesa y extrovertida, se ubicó rápidamente, rompiendo con apuro trozos de pan, llenando copas y contando chistes.

Bermúdez se incorporó. Tenía una amplia servilleta atada al cuello. Extendió ambos brazos como un director de orquesta que pone en orden a los músicos y exclamó: ¡hermanos!

Se reconcentró frunciendo algo los párpados; su tronco se enderezó al hundir el abdomen. La sala se silenció rápidamente. Creías que iba a pronunciar un discurso, como en Leubucó te tiene acostumbrado López Plaza. Pero ocurrió lo inesperado: por los labios temblorosos de Bermúdez afloró un burbujeante y ronco sonido... Nadie rió, la cosa iba en serio: tus vecinos se ensimismaron para la respuesta: un gran eructo colectivo, disonante, que estalló a destiempo como centenares de petardos. Había empezado la sesión.

Albariconte sonrió interrogativamente: ¿vas bien?

—Bien —contestaste, porque aún no habías inhalado el olor cetónico que penetró violentamente en tu nariz. Te echaste hacia atrás, pero la invisible nube te envolvió. En las tormentas celestiales primero ilumina el relámpago y luego ensordece el trueno: en esta tormenta gástrica primero *detona* el sonido y luego voltea el aliento.

Albariconte también desplegó su servilleta y la anudó sobre la nuca. Parecían lactantes con baberos. Era una cena ritual o una desconcertante cochinada.

—¡Una catarsis! —repitió Albariconte.

Las bandejas distribuían aceitunas, maníes, papitas saladas, cubitos de queso, trozos de salchichas rociadas con mostaza, rebanadas de salmín, puré de roquefort con ajo y manteca. Se mezclaba vino con soda, vermut con Paso de los toros, cerveza y Coca-cola. La gimnasia eructante proseguía en forma regular, con notorios esfuerzos por expulsar el aire que penetraba con el aperitivo. El júbilo parecía haber ingresado raudamente a su climax Brincaba una alegría inocente y traviesa asociada al alimento, sencillamente aislada de las represiones.

El estallido que los chorizos en grasa revolviéron labios y papadas de Albariconte, atrajeron y repelieron tus ojos y nariz. Eructaste también: de asco. Albariconte celebró tu rápida adaptación y gritó a sus compañeros: ¡este muchacho debe ingresar en la cofradía! Obtuvo estruendosos aplausos y eructos. Pero tu escape gaseoso era producto de la náusea, no te reportó alivio.

Las fuentes con soperas coronadas de vapor merecieron elogios anticipados. El estómago necesitaba caldearse para la maratón inminente. En el Club se procedía con ciencia. Convenía también estimular los ingresos de aire, sorbiendo el líquido desde

la punta de la cuchara con el mayor ruido posible, formando un puente de caldo: verdadera proeza.

Eructaste de nuevo, de manera breve y muy espasmódica; el estómago se te había elevado.

—Muchacho: sos un genio —se admiró Albariconte.

Tu padre es un genio, creíamos, y resultó un pillo. Es el mejor colaborador que hubiera conseguido Ceballos. Me ha superado, Héctor: con la diferencia de que él no se siente marrano, no tiene que pedir perdón, no clama misericordia, no desea trocar su infamia en mérito. Eructaste de nuevo: con el gas tenían que escapar los malos pensamientos.

La sopa era un círculo dorado y brillante que descendía rápidamente en el plato de Albariconte. *Durante los primeros años Antonio Ceballos hizo gastar una fortuna para crear una falsa imagen de la Independencia: esencial para consumir el gran dolo. Has sido parte de la función, ganaste el premio, te comiste ahorros de pobres ilusos, trajiste a tu padre a la boca de la fiera, Héctor.*

—¡Ésta es música concreta! —celebró Albariconte un acorde de eructos.

Música biológica y legítima —según sus cultivadores— que las convenciones arbitrarias han denigrado a la categoría de repelente. Pero siempre existieron los rebeldes como Trimolquio, que no ponían obstáculos al placer de sus huéspedes. El *Erúctary* se remonta a esos tiempos de gloria cronicados por Petronio —te había explicado Albariconte—, en que la humanidad selecta eructaba en los banquetes para expoliar los malos humores. Querías recordar a Trimolquio para espantar —o justificar— a Antonio Ceballos. Pero Ceballos te mordía el cardias. Ceballos, de pelo gris y de piel tostada, labios sensuales y sonrisa pedante, reaparecía en el hervor de los gases, apretando la mano de tu padre y haciendo un violento corte de manga a toda Leubucó. Trimolquio, el romano vulgar y multimillonario, levantaba su copa de oro que se transformaba en un paquete de acciones. *El 51 % de las acciones fue retenido por el grupo Brain y el resto se colocó entre los campesinos cándidos de Leubucó y sus alrededores, que aún sueñan con hacerse ricos por arte de magia. A tu padre le encantaba sentirse mago: una forma de ganar admiración.*

Los manjares de Bermúdez Trimolquio se multiplicaban prodigiosamente, como *las rosas que inundarían al país y al mundo, devolviéndonos divisas y poder*, decían los reversos de platos y tazones. Llegó la carne condimentada. Albariconte se alegró y Diantre Ceballos se llevó la mano a la corbata para inclinarse sobre la fuente y oler su fragancia, como se inclinaba satisfecho sobre los balances que lloraban cuantiosas pérdidas... Carne de vaca y oveja, de cerdo y cabrito, aves de caza y una soberbia liebre disfrazada de Pegaso. Los vítores retumbaban en el techo. La servidumbre trajo un enorme jabalí del cual salió volando una bandada de tordos vivos. Los romanos golosos chorreaban sus jugos al contemplar las cestas que colgaban de los colmillos

del jabalí, llenas de dátiles tebanos y sirios. Los cuchillos relucientes se clavaron en los lechones rellenos de bizcocho que rodeaban a la salvaje bestia y en la sala los eructos brincaron en el aire como nuevos tordos amaestrados para circenses acrobacias.

Y seguían brotando las pruebas que el profundo Albariconte te había refregado en la cara y en ese momento golpeaban en tu epigastrio. Las travesuras literarias se habían metamorfoseado en un infierno. *Todo pertenece al grupo Brain, ¿entendés? ¡Todo! Es una maniobra gigantesca adornada con slogans patrióticos para consumo de imbéciles. Si se hubiera aplicado como test de inteligencia, vos y todos los que se tragaron la burla deberían ingresar en hospitales para retardados. La primera carnada, ¿te acordás bien?, decía que la Independencia se instala en Leubucó para conseguir la ansiada descentralización económica del país. Surgía una poderosa firma en la profundidad de la pampa, se aprovechaban las riquezas vírgenes del país, se terminaba con el estrangulamiento económico y cultural de Buenos Aires. Aparecieron artículos en los diarios de provincia, se pronunciaron docenas de discursos. A los habitantes de Leubucó se les puso la piel de gallina, la Intendencia regaló el terreno fiscal para que se instalase la fábrica: era un magro gesto de reciprocidad. ¿Estamos de acuerdo?... La segunda carnada decía que esa plantación de rosas era la primera industria en su tipo. La audacia de sus promotores sólo podía abreviar en un intenso amor a la Patria, porque producir flores en la pampa medanosa tenía visos de fantasía o genialidad. Por eso la Independencia quedó exenta de impuestos municipales y provinciales. Todo el mundo lo sabe y todo el mundo aplaudió la medida. ¿Por qué se te secan los labios, Héctor? La solución está en beber más: te lleno la copa. ¡Salud, muchacho!*

Presentaron en la sala tres cerdos vivos, atractivamente decorados con campanillas. Trimolquio Bermúdez se levantó y apoyó su barriga sobre la mesa: con el largo cuchillo señaló al mejor, para que sea cocinado. Mientras, que siga el banquete; más eructos, libaciones y exquisita música. Ojalá el gran cocinero clave el tridente en los sesos de Diantre Ceballos y los arroje a la parrilla. Notaste una nueva contractura de tu abdomen, por una cinta de olor repugnante: era la tercera carnada. *La Independencia exportaba un artículo no tradicional; por lo tanto, el Banco Central de la República le adelantó fondos para facilitar el proceso productivo: créditos para comprar la materia prima y créditos para financiar al importador extranjero. Esto lo gestionó personalmente Antonio Ceballos, con éxito total. ¿Me seguís, Héctor?, hay más... La cuarta carnada decía que la Independencia era la empresa más importante de la provincia, casi un motor atómico destinado a transformarla; por lo tanto, debía ser apoyada por los Bancos locales, que, como magra reciprocidad a los beneficios que volcaría en la zona y el país, le dieron prioridad en los créditos, transfiriendo así los ahorros del pueblo a la*

Independencia, que inmediatamente los giraba a Buenos Aires...

Sirvieron una pequeña copa con un milímetro de polvo en su fondo.

—¿Qué es?

—Échale un poco de soda, es bicarbonato: para los que padecen acidez.

—Yo no padezco acidez.

—¡Pero, muchacho! ¡Entonces para eructar! Hay que eructar, expeler los fantasmas, limpiarse. ¡Viva el asco! ¡Ésta es la catarsis de los grandes!

Bebiste el líquido opalescente y espumoso. Al rato ascendió por tu esófago una columna que rebotó en el paladar, giró vacilante y afloró sonoramente por tu boca y nariz. Con ella se evaporaba la quinta carnada, esa venta de acciones que jamás alcanzarían mayoría, ni un centavo de utilidad, que comprometía el dinero y la adhesión de una multitud incauta, *venta en la cual trabajó activamente tu padre, presintiendo y después conociendo esto que es para vos, Héctor, como un desayuno.* Hiciste un esfuerzo y una segunda columna gaseosa arrastró la sexta carnada: *la intensa publicidad nacional e internacional ha sido provista a bajísimos costos por Cosmos S. A., instalada en el noveno piso del mismo edificio Patria: una contribución espontánea de Cosmos al bien del país, que la enaltecía, que la popularizaba, que tapaba la boca de los incrédulos y que también... disminuía sus ingresos denunciables. ¿Vas entendiendo, Héctor? Porque todo pertenece a Brain y el dolo es en gran escala, combinando empresas, sobornando al gobierno, mandando las utilidades al exterior. La Independencia es sólo una pieza maestra de este juego voraz. ¿Sabés cuál es la séptima carnada?, la compra de acciones que con bombos y platillos le hacían otras empresas a la Independencia, «para enriquecer al interior del país»... pero sin ingresar el capital, que giraba al exterior... Total, los inspectores que descubren en Leubucó el fraude contable saben que en un lugar apartado no se investigará mucho y más les conviene meterse la coima en el bolsillo, aceptar un buen asado y regresar con la sensación de que a estos pulpos no los va a parar un solo tipo como yo...*

Dedicaste el eructo a esos inspectores y tuviste una de las tantas explicaciones de por qué se eligió un punto aislado de la pampa medanosa para instalar esa fábrica de sueños. Llegó el cerdo cocinado; Trimolquio lo saludó con un grito basto como su aspecto. Pero enseguida observó que su volumen excedía lo normal. Alarmado, hizo comparecer al cocinero. Llegó como hubieras querido que llegara Antonio Ceballos, el lacayo de los Brain, haciendo reverencias y con la ropa manchada, temblando ante su dueño repulsivo. El gastronómico confesó haber cocinado al cerdo sin destriparlo, como cocinaba sus delitos. Trimolquio ordenó su ejecución inmediata. Antonio Ceballos palideció. Los zombies del edificio Patria corrieron por las escaleras para interceder ante el brutal romano y empezaron a danzar grotescamente golpeando las baldosas con sus pies, verdes y amputados. Trimolquio Bermúdez ordenó que con un

puñal partieran al cerdo, para obtener la prueba del delito. Así deberían obtener las pruebas del delito encubierto por la Independencia, Héctor: con un puñal. *El 51 % de las acciones pertenecen a otras Sociedades Anónimas del grupo Brain. Como la fábrica siempre ha arrojado pérdidas, permitió a esas otras empresas no aumentar e incluso disminuir sus utilidades denunciables. El activo de la Independencia es falso: las maquinarias ingresaron por un valor mayor al real, que le reportó a Brain dólares al cambio oficial cuyo excedente fue enviado a cuentas bancarias extranjeras. Además, Héctor, el dinero que tu padre recaudó por la venta de acciones a ciudadanos y campesinos ingenuos, tampoco ingresó en la Independencia: fue girado a Brain...*

Los esbirros sujetaban al cocinero. La piel rosada del cerdo se abrió y de su vientre se derramaron budines y salchichas. La multitud ovacionó al cocinero, como los empresarios porteños ovacionaron las proezas del inteligente ejecutivo Antonio Ceballos cuando propuso la mecánica de exportación que no daría «ganancias»...

La transpiración adhería tu ropa, una mancha de hormigas picoteaba tu abdomen y las uñas de los anzuelos con asquerosas carnadas raspaban tu faringe. Eructaste para conseguir alivio: un morrón rojo y picante brincó del estómago a la garganta y quemó tu lengua. Lo deglutiste tratando de borrar su huella con un sorbo de vino. En los cuatro puntos cardinales explotaron eructos como obuses y un vaho amarillento te cegó momentáneamente. Diante Ceballos recibía las congratulaciones y vos querías vomitarle en los ojos. El cerdo parecía mal cocinado, una fábrica que siempre arroja pérdidas, pero no, no, adentro de su impresionante barriga se acumulaban las sorpresas: *sobrefacturación, evasiones fiscales, aplicación de los créditos a otros rubros*. Ceballos era un gran cocinero y en su olla podía confiar Brain y los demás titulares del adéfago monopolio.

Los eructos que repetían su complacencia se interrumpieron al abrirse el techo y descender un enorme aro conteniendo cajas piriformes y perfumes. Las frutas se derramaron por las mesas. Tus ojos nublados veían más tordos rellenos con harina de trigo, pasas y nueces. Y los sirvientes portaban gansos, pescados y carne de ternera.

Te inclinaste hacia delante: te sentiste peor; hacia atrás: una ola de aire impregnada en jugo gástrico se aplastó sobre tu rostro.

—¿Algo va mal? —preguntó Fernando Trimolquio Albariconte Petronio Brain.

—No sé... —tenías fiebre; las revelaciones eran agresivas nubes de microbios que infectaron tu sangre.

La Independencia arrojando pérdidas va bien, de lo contrario iría mal el edificio Patria, ¡qué fácil! Argentina aguanta ¿no es cierto? Sí, me siento muy mal: son las carnadas, me atosigué con carnadas... después de haber mordido el anzuelo, como todos. Proceso invertido: en nuestro país ocurre cualquier cosa, es un gran país, por eso brinda cálida hospitalidad a Brain y le deja estafar cómodamente.

—Deberías ir al vomitorium —dijo Albariconte.

Pero no tropiece con los esclavos que portan ánforas repletas de ostras y mariscos, advirtió gentilmente Trimolquio Bermúdez.

Permiso. Eructaste. Permiso. ¡Bravo: eructa, muchacho! Permiso, no que... Déjenle pasar... ¿Dónde está Ceballos?, quiero vomitarle en los ojos y tapárselos con picantes y ácidos. Cuidado, por aquí... Es el joven amigo de Fernando... Está muy pálido... Es la primera vez, claro... ¡Eructa, muchacho!... ¡Eructa, que es salud!... ¡Grrrupt!... Así, así... Bravo... límpiate el cerebro... ¡Grrrupt!... La cara de Antonio Ceballos, por favor; rápido, rápido; no veo... Es salud... Así... Con todo el abdomen.

Primero el trueno, después el relámpago: tu boca se iluminó con un largo chorro colorado como las pedrerías de un fabuloso tesoro. Y el largo despeño se enterró en la cara de Ceballos, el hábil cocinero de Trimolquio, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén. Leubucó, mi padre y el profundo Albariconte se disputaron sus extremidades para cocinarlo a fuego lento, y como su carne era vieja y dura, la ablandaron largamente a golpes de maza y luego la condimentaron con graciosos círculos de ciruelas y avellanas.

Zambulliste la cabeza en el lavabo, lleno de agua fría, hiciste varios bucheros, reacomodaste la ropa y regresaste a tu butaca. Te recibieron con exclamaciones amistosas y fraternales eructos. Bermúdez, enrojecido, invitó a *entonar* el Himno Eructario en homenaje al revitalizado huésped. Cada uno abrazó los hombros del vecino y las bocas hicieron estallar los sonidos gaseosos más abyectos, como fogonazos de dicha, en esa regresión colectiva hacia la infancia o las cavernas.

CAPÍTULO VI

MI NIÑO tenía dos bracitos tiernos que se enrollaban en mi cuello. Luego apoyaba su mejilla lisa y blanda contra la mía áspera para saber si me había afeitado... Me duele la cabeza, quiero eliminar el olor a alcohol que asciende desde mi estómago. Son nubes de alcohol; pero no apagan su voz adorable: ¡papito, papito!, gritaba al verme llegar. Sus bracitos estaban entonces abiertos como dos remos y venían cortando el aire con la alegría desbordada... Al anoecer, cansado, cuando accedía yo a narrarle un cuento, apoyaba su cabecita, pequeña y redonda, sobre las manitas regordetas. Son las tres actitudes que más recuerdo con lucidez o sin ella, aunque me tambalee como ahora... En cambio se me ha borrado por completo su imagen en el lecho de enfermo ¿sabés?... Esa larga y terrible enfermedad que lo consumía a él y a mí, que era y no era resultado de mis golpes. Al principio Soledad intentó ayudar a mi conciencia, en las treguas de su enfado. No seas necio, no te culpés, decía. Pero a la segunda semana, durante una acre discusión, soltó un rencor oculto: ¡criminal, bruto, no merecés ser padre!... Al día siguiente se opuso que lo visitara en el hospital: lo cuidaré yo sola, resolvió. Pero, Soledad... ¡Basta!, he dicho yo sola: vos no pisás más aquí, hasta que se cure. Soledad... Fue inútil, porque ella estaba descentrada... Yo también, pero en otro sentido: en mí cayó el abatimiento, la depresión. En ella la furia, el odio que venía acumulando desde tiempo atrás, cuando yo elegí la impotencia... Por eso necesito comer y beber... ucho, mucho. ¡Qué distinto fue cuando nació nuestro niño! Sentí de manera casi palpable que estaba casado, que tenía un hogar. Soledad era ambiciosa, me empujó hacia las escaleras del llamado progreso. Los primeros meses fueron duros, pero felices: resplandecíamos como amantes irresponsables que se conforman con algo de comida y mucho de amor, lo confieso otra vez. Esa irresponsabilidad preñó a Soledad antes de lo conveniente, yo acababa de ingresar en la Independencia, creo que te lo dije también... Ella tomó unos medicamentos, se aplicó inyecciones, queríamos interrumpir el embarazo —seguíamos siendo irresponsables—. No teníamos dinero para pagar un aborto clandestino: eran los primeros sueldos, para el departamento, los muebles, las tertulias... Debimos aceptar al impensado hijo. Y yo... yo cambié: antes nos hacíamos el amor todas las noches, con avidez. Aun en la pensión asquerosa me preguntaba si con el tiempo nuestros lazos excesivamente eróticos no se cortarían..., como si presintiera mi próxima enfermedad. Y cuando esa pregunta se afirmó obsesivamente, nació nuestro hijo: he aquí el nexo, dije entonces... No me podré separar nunca de mi mujer. Entonces se manifestó mi enfermedad: engordaba y no le hice más el amor. Nuestro hijo era la salvación del lazo, era mi salvación. Compré champaña, Héctor; llevé la botella en mi portafolios al hospital, la descorché cuando se ausentó la enfermera y la bebí con Soledad. ¿No le hará mal al niño?, preguntó ella. ¡Lo hará hombre!, rugí enloquecido, haciéndole oler las burbujas doradas. Entró

la enfermera y armó un escándalo: le ofrecí la botella y me echó a empellones. Soledad protestó y yo reí. Fui a un bar y seguí festejando; me dormí borracho... El niño venía con el pan bajo el brazo, como dijo Soledad: la Independencia nos aseguraba el techo, comida y status. La puta que lo parió a esa Independencia... Me gustaba más escribir, por cierto, mas que el techo, la comida y el status: había publicado libros de poesías y ensayos de algún valor. Después quise escribir novela... se me hizo cuesta arriba, no me gustaba esa farsa floral con los infinitos enredos que acaban arrojando el sudor de muchos a los bolsillos de pocos, no me gustaba estar colaborando con los monstruos que detesté cuando era libre en el llano. Criticé escribiendo, dijo Soledad, pero no renuncies, pensá en mí y en el niño... Escribí la novela, esa larga, insípida y pavorosa novela que rechazó el señor Campi, que era la protesta contra mí mismo, la forma de recuperar mi identidad perdida, identificándome con Manuel. Comencé a desdoblarme mientras la escribía ¿fue ahí, Héctor?, ¿ahí empecé a vivir dos vidas?, ¿ahí empezó mi conducta de marrano?, ¿ahí abandoné la mejor oportunidad que me brindó la vida para ofrendarme heroicamente?, ¿fue ahí, Héctor?... ¡Habla, Héctor! ¡Fue ahí!... O no... Porque enojado con Soledad ausente... ¿enojado?... cometí algo así como un peccadillo sin trascendencia... Lo de Azucena fue una vulgar cana al aire. Tal vez oíste versiones espeluznantes sobre ese episodio... Según el médico era una impotencia moral, y según un amigo era mi pasión por las letras con máscara erótica, y según otro amigo era mi excesiva responsabilidad que me castigaba por la otra excesiva irresponsabilidad... La nave se hundía: nos agarramos a tabloncitos diferentes, yo a la literatura impubliable y secreta, ella a nuestro niño... Soledad hizo lo que pudo; me aguantó, lo reconozco; incluso me perdonaba. Pero yo interpretaba su actitud como reproche irónico... Cuando decidí presentar mi novela a la Editorial Porvenir nuestro hijo tenía tres años y nuestra relación estaba madura para deshacerse; fue un último intento. Fracásó. Con ese fracaso no sólo tenía perdidos a mi mujer y mi niño, sino el fruto de ese sacrificio. Descargué la furia contra mí mismo, contra mi niño, contra lo más débil... Soledad vio demasiado claro. Y ya no tuvo fuerzas para perdonarme... Soy el culpable, Héctor.

En un tiempo practiqué el fetichismo... Sí, fetichismo. ¿Vos lo comprendés? Claro, mi fetichismo no era morboso. Soledad había salido con el chico y me dejó un mensaje diciendo que volvería para la cena... Oscureció y ella no regresó. Di vueltas por la habitación, preocupándome. Intenté leer y no pude... Tampoco escribir. Nada. Tendí el mantel, distribuí los cubiertos, coloqué el vino y la panera. Encendí la radio; la apagué. Salí a la calle... Volví. Estaba asustándome, con impulsos de avisar a la policía o preguntar a los hospitales. Me acerqué a la cuna diminuta, humilde, con aroma a talco... Vi un zapatito. Lo recogí, cabía en mi puño, era el mismo que quiso calzar apenas se lo regalamos... Por un instante se envaneció mi angustia y sonreí,

contemplando el objeto... Lo miré por arriba y por abajo y lo llevé a los labios, besando su empeine y besando su suela. Como a un fetiche... Eso es amor. No lo sabe Soledad: me hubiera avergonzado. Tampoco habría ablandado su obstinación en negarme el acceso a su camita durante los pesados meses de la enfermedad... Habría dicho que soy justamente un fetichista, capaz de adorar un zapato y amputar un pie... Soy un borracho, un cerdo. El médico me habló para consolarme: ella está desesperada, señor, el niño no reacciona; comprenda lo que significa verle inconsciente tanto tiempo, cualquiera adivina el pronóstico... Volvía a mi habitación solitaria para llorar, Héctor. Y trabajaba como un galeote en la Independencia para poder comprar toneladas de medicamentos inservibles... mientras yo servía a la perfección, como un empleado perfecto, como un zombie. Una noche Soledad regresó a casa. No me saludó. Fue de aquí para allá revolviendo cajones. ¿Te puedo ayudar? No contestó. Al rato le pregunté si quería que fuera a comprar algo para comer. Ceno en el hospital, respondió. No comés lo suficiente: quise aparecer afectuoso. ¿Te importa? Claro que me importa... No parece. Y yo dije algo más y ella contestó más fuerte, subimos el tono, nos agredimos con frases espinescentes y en seguida nos lastimamos como fieras. Que yo soy su padre y tengo derecho. Que vos sos el culpable de su enfermedad. Es una canallada tuya hacerme esa acusación. ¿Canallada?, te advierto que no he abierto la boca todavía, porque si no a estas horas estarías en la cárcel... Hablá, entonces, qué esperás. No me empujés, que lo haré...

Hablá, hablá si estás segura. Y me entró un miedo enorme de que hablara: callé de golpe. Di vueltas como un estúpido alrededor de la mesa... Y salí a la calle oscura. La enfermedad de mi niño fue desencadenada por mí, o complicada, o empeorada por mí. Yo era roña, bahorrina, mugre, la mayor porquería del mundo. Porque ahora que estoy sumergido en alcohol, Héctor, bien borracho... bien cerdo, puedo confesarte que el llanto inconsolable de mi niño..., que me exasperó cuando volvimos de darnos contra la pared en la oficina de Campi, era ya una manifestación de su enfermedad... Mi niño había sido atrapado por la encefalitis... Y yo le pegué con mi fuerza más salvaje, yo le di el empujón que necesitaba el virus para obtener su tenebrosa victoria... Yo, yo, Héctor... Entonces me hice marrano decididamente. ¿Te das cuenta? Me hice lo que soy..., lo que ves. Fue en ese preciso instante: cuando el miedo me mordió en la nuca... Estaba dispuesto a renunciar a mí mismo, separarme de mi hijo y olvidar a Soledad. Todo, con tal que ella no hablara, señalándome como el responsable por la gravísima situación de mi niño... La muerte no era mi salvación, porque Soledad podía hablar incluso sobre mi cadáver: era necesario estar vivo y ceder, ceder siempre, para que jamás se sepa quién fui yo, para que no me lo digan, aunque una vez, Héctor —¿ya lo conté?— me sentí muerto y presencié mi propio velatorio, como si fuera el acceso a mi liberación.

CAPÍTULO VII

TU PADRE se contrajo, sorprendido y molesto: ¿eso te contó?

—Sí, papá. Y de distintas maneras, y en distintos momentos.

—Y vos escuchabas, simplemente...

—¿Qué más podía hacer?

—Claro: no conocés a tu padre, cualquier cosa que se diga de mí se puede creer, se puede aceptar. El Héctor irónico, inclemente, burlón, deja de funcionar cuando necesita defenderme.

—Pero, papá, la cosa no es con vos, entendé. Es una defraudación monstruosa, todos somos de alguna manera las víctimas.

—¿Ese cerdo estaba borracho cuando te llenó la cabeza con tantas fantasías?

—En algunos momentos estaba borracho...

—¡Ahí está!

—Pero no de vino: de amargura.

—¡Ja, ja! La amargura tiene alcohol... qué gracioso.

—Papá .. tenemos que sincerarnos..., esto es terrible... y asqueroso —eructo e Independencia se abrazaban en tu memoria.

—¿Creés que los ocho años de trabajo que llevo en la Independencia me los he pasado chupándome el dedo? Héctor, antes de entrar yo tenía mi estabilidad en el Banco, no necesitaba limosnas ni negocios sucios. Si ingresé en la fábrica es porque vi un futuro próspero y digno, sobre todo digno.

—Pero las sobrefacturaciones...

—¡Qué sobrefacturaciones! Vos no entendés estas cosas. Esto te pasa por andar en las nubes, como todos los artistas. La Independencia no es una novela: es una empresa real, físicamente real. Es... ¿cómo te podría explicar?, un organismo que respira, que come y crece.

—Pero siempre arroja pérdidas.

—Porque crece. Todavía no completó una década de vida. ¿Dónde viste que una fábrica de esta magnitud, con proyectos de tan largo alcance, produzca utilidades enseguida? Ésa es una mentalidad de comerciantes minoristas. La Independencia es una empresa de aliento internacional, no un quiosco de golosinas.

—De flores...

—Sí, de flores. Nada menos que flores: primera industria en su tipo, un orgullo.

La segunda carnada decía que esa plantación de rosas era la primera industria en su tipo: por eso quedó exenta de impuestos municipales y provinciales.

—Además, Héctor —prosiguió tu padre—, esas flores que no son golosinas, implican la exportación de un artículo no tradicional ¿sabes lo que significa?, ¿entendés algo de economía?

—Sí... *significa la tercera carnada: por ser un artículo no tradicional el Banco*

Central de la República le adelantó fondos para facilitar el proceso productivo... que se destinaron a otras empresas del mismo grupo Brain. Brillante operación planeada y ejecutada por Antonio Ceballos.

—Me extraña mucho lo que hizo Albariconte: está enfermo. Sí, debe de estar mentalmente enfermo.

—Yo diría espiritualmente enfermo.

—Es lo mismo. Su gordura no es normal, tiene un hijo tarado por alguna razón, su mujer no lo habrá abandonado sin motivo. No debería estar en la Independencia...

—No lo decías antes, papá,

—Por decencia. Gracias a él, que me propuso a Ceballos, me contrataron. No soy un ingrato. Pero ahora... ahora que ha enloquecido que delira... no sé. La verdad es que no debería estar más.

—¿Es peligroso lo que dice?... —ironizaste.

—¡Es mentira! ¡Héctor, no voy a permitir que sigás dudando de mí!

—Papá: estás a tiempo. Si lo que me ha demostrado Albariconte es cierto...

—¡No te ha demostrado una letra! ¡Necesita el manicomio! ¡Te ha recitado una novela! ¡Es un escritor, no te olvidés que es un escritor..., un artista!... Ahí tenés: así terminan los artistas.

—Me duele verte tan irritado, ¿por qué no hablamos con tranquilidad? Soy tu hijo, no quiero tu mal.

—¡Y yo tu padre! ¡Además, no estoy irritado!

Se sentó y encendió otro cigarrillo. Entró Celina: ¿qué ocurre, por qué pelean?

—No peleamos —dijo—. Trato de explicarle a Héctor quién es Albariconte.

—¿Qué pasa con Albariconte?

—Qué va a pasar... Perdió a su familia, se le llenó el cráneo de grasa y ahora está loco, decididamente loco.

—Pero ¿no dijiste que te atendió muy bien, Héctor? —se extrañó tu madre.

—Hay cosas que quise discutir a solas con papá... —era cierto, lo conocías, aspirabas a cubrir su orgullo, ayudarle.

—¿Qué cosas?

—Mirá Celina: son delirios de Albariconte. Te lo diré en dos palabras: él no puede dormir por el desastre que ha sido su vida y elabora novelas ¿entendés? Novelas fantásticas. Ha pretendido convencer a Héctor de que la Independencia no existe, que es un bluff, que es la careta de una gran defraudación ¿te das cuenta? Es decir que mi sueldo es aire, que vivimos gracias a la magia... La Independencia es un espejismo, las plantaciones de rosas y los invernáculos son ilusiones.

—Absurdo.

—¡Claro que absurdo! —exclamó tu padre.

—No es tal cual lo estás pintando, papá —replicaste.

—Yo no soy artista: ante Cicognatti lo haría mejor.

—¿Por qué no razonamos tranquilamente? En ningún momento te achaqué culpas, puede ser que ignorés algunos aspectos; que te hayan embaucado, como a otros.

—¡No te permito!

—¡Lorenzo! —intercedió tu madre.

—No le permito, Celina. Le cree a un puerco borracho y duda de mí.

—Estás irritado, papá..,

—¡No estoy irritado! ¡No vuelvas a decirme que estoy irritado!... Antes debés enterarte de quién es ese Albariconte. Te lo diré. Después de sus infamias quedó saldada mi gratitud; además, es un enemigo de nuestra empresa... Albariconte era un escritorzuelo mediocre. Le premiaron una poesía; después publicó unos libros, pero con el apoyo de los ingenuos mendigando dinero a las instituciones de caridad. No eran trabajos que se disputaran las editoriales, de ninguna manera. Y para vivir fue pinche de oficina, mecánico de automotores, dependiente de verdulería, cualquier cosa, como un gitano. Porque en esencia era un agitador, por el solo gusto de agitar, de armar escándalos. Y sus libros no tenían otro propósito. Sí, Héctor, un agitador. Como prueba recordemos la tremolina que armó en la reunión de ese pastor que se llamaba... Trádiner o algo así. Después sedujo a la hija de Conrado Castelli mientras mantenía un idilio hipócrita con la señorita Irrazúriz. ¿Te acordás o no?

—¡Eso qué tiene que ver!

—¡Tiene que ver! Se casó y la llevó a Buenos Aires, para morirse de hambre, como escritor... Causó la muerte de Castelli, y como si nada. Aguantaron varios meses con el dinero que heredó ella. Y también gracias a ella conoció a Antonio Ceballos. Se acababa de fundar la Independencia y le dieron trabajo. Pero mientras ¿qué pasaba?

—Lorenzo, para qué estas historias —se incomodó Celina.

—Que sepa, ya es grande. En *Contramalón* dice cosas peores, la juventud de hoy no es la de antes. ¿Sabés qué pasaba?, que se embarazó su mujer. Pero no en forma decente, sino a lo bohemio, como los artistas, como merece un agitador irresponsable ¿entendés?

—Hasta ahora, no...

—Ahí empezó a perder el juicio; ahí mismo. O su mujer tenía un amante o él le transmitió la sífilis. Esa historia de la encefalitis es para consumo de los tontos. Albariconte hacía funcionar su salvoconducto de periodista en los burdeles. Porque hay algo que vos no conocés: Albariconte y su mujer no llevaban una vida conyugal como Dios manda, por eso se separaron ¿captás lo que quiero decir?... Obtenía los frutos de su conducta anterior. Dicen que antes soñaba con ejércitos libertadores, pero de tanto soñar y vivir al margen del mundo y contra todo el mundo, no le alcanzaron

los ejércitos para recuperar el honor y la decencia. Hay cosas que se descubren tarde. Cuando pretendió entrar en vereda, desempeñándose correctamente al lado del señor Ceballos, se le derrumbó la estantería ¿entendés? ¿Me estás oyendo?

—Perfectamente.

—¿Quién no empieza a perder el juicio? Le nació ese monstruoso hijo y la mujer lo abandonó. Ahora está loco por completo.

—¿Entonces?

—¡Está loco! ¿No es bastante?

—No, papá.

—¡Héctor!

—Antonio Ceballos no lo tendría como colaborador —argüiste.

—¡No lo tendrá un día más! Hoy mismo le llamo por teléfono.

—Lo denunciarás... Porque lo denunciarás.

—Claro que sí. ¿O seguís pensando que está en sus cabales?

—Papá... no sé cómo explicarte —bajaste la cabeza con intensa desazón—. Para vos Albariconte no está loco por la sífilis, ni por su impotencia, ni por su hijo tarado, ni por su mujer.

—Cómo que no

—Lo hubieras dicho antes. Hasta hace una hora merecía tu respeto...

—Porque... porque no sabía que calumniaba a la empresa, que se le dio por esto.

—Justamente, papá. Lo considerás loco porque ha denunciado una horrible defraudación, en la que estamos comprometidos todos. Por eso está loco: por su coraje.

—¡Héctor! —tu padre se levantó ardiendo de rabia; Celina corrió asustada hacia él para detenerle—. ¡Me está ofendiendo!, ¡que hable claro!, ¡sólo le falta decirme ladrón, encubridor! ¿Qué soy?, ¡ah! ¿qué soy?

Retrocediste. Te dolía la garganta, tal vez fueras a llorar: ¿qué pasó con el dinero de las acciones que vos vendiste y cobraste, papá? En vez de ingresar en la Independencia era girado a Buenos Aires, para otras empresas o para el exterior. ¿Qué pasó con el dinero de las acciones que compraron otras empresas del grupo Brain? Jamás llegó a Leubucó. ¿Por qué las inspecciones terminaban con un asado?, ¿para celebrar el fraude?, ¿para consolidar la coima?

Tu padre se desprendió de los brazos de Celina y te descargó una pesada bofetada: así aprenderás a respetar... —balbuceaba entrecortando su agitada respiración— así aprenderás a respetar... hijo de... porquería.

—Lorenzo, Lorenzo —lloraba tu madre sujetándole las manos—. Cálmate, por favor, querido...

Ella lo apartaba. Descendiste lentamente el antebrazo protector de tu frente. La mejilla quemaba. ¿Fue el golpe de un honesto padre malherido o el de un delincuente

acorralado? Tu pecho galopaba. La sangre se acumuló en tu garganta y vomitó un rugido animal: ¡quiero que sea mentira!, ¡no entendés!, ¡que sea mentiiiiiraa!

Tu padre cayó en el sillón y miró con ojos extraviados. Era la primera vez que se producía un enfrentamiento de tanta brutalidad. Tus palabras le habían golpeado muy duro, le resultaban intolerables, no podía aplacar el tórax. Le ardían los ojos, de pronto enrojecidos, llameantes. Sus dedos se clavaron en la tela. Bruscamente se levantó. Celina corrió a protegerte nuevamente y vos te llevaste otra vez el brazo a la cara ante la inminencia de un nuevo golpe. Pero se precipitó hacia su dormitorio y cerró la puerta. Tu madre te miró desconcertada. La abrazaste.

CAPÍTULO VIII

MI HIJO DORMÍA. Su respiración serena, sus ojos cerrados, su mente definitivamente blanca, no eran testigos de mi infortunio. Caminé por entre los blandos cojines que a mi mujer se le ocurrió distribuir sobre la alfombra, abrí el tabique de cristal que daba a la terraza y salí hacia el atardecer enrojecido. Movimiento automático... Las horas de las plantas instaladas en las esquinas del amplio balcón se estiraban hacia el menguante astro y, como prueba de amor, le arrojaban sus perfumes: dádiva a los agónicos. Dádiva; sólo una dádiva. El sol, ruborizado por su impotencia —como yo— bajaba la cabeza tras el brazo protector del *Horizonte* velludo.

La atmósfera se poblaba de misterio, que los nacientes foquitos de arriba y de abajo no podían desleír. Me apoyé en la baranda y contemplé la calle hundida entre los edificios. Los automóviles correteaban abriéndose paso con las lanzas de sus faroles. En uno de esos vehículos podía viajar Manuel —en un país alucinante y en un futuro incierto— que pretendía explicar algunos de mis conflictos. Me hizo bien escribir su parábola, extraña resultante de mi culpa, mi esperanza, mi inocencia y mi desilusión. Un nombre —Manuel— que salva, universal, un ser que amo, que está junto a Dios y no puede despegarse del diablo. Dije su nombre por primera vez con impulso inconsciente, cuando florecía el amor de Soledad hacia mí, en la balumba de Joe Tradiner...

La misión de Manuel me obsesionaba con sus fregonazos inverosímiles y, sin embargo, significantes, su simbolismo obstinado y cruel, su mezcla de morbo, claridad y delirio. Incluso después de concluido el relato, de presentado a la Editorial Porvenir, de ser rechazado por Campi, de enfurecerme al extremo de golpear brutalmente a mi hijo...

El pesimismo era la tónica que sujetaba el aire, el movimiento. Se instaló con tozudez, amontonándose en mi pecho como las aguas de un río encajonado en la montaña que necesitaba abrirse paso demoliendo rocas. Mi paladar fue una brecha por donde penetró un brazo del río. Su presión disminuía a medida que yo engordaba: compensación paradójica, grotesca y cruel. Cambiaba angustia por kilos. Me convertí en una esfera grasienta que Soledad no podía amar.

Mi conflicto se asemejaba al de muchos intelectuales. Pero del mío, yo hice una metáfora...

Soledad recogía las copas vacías, ordenándolas sobre la bandeja. También era un movimiento automático... Su paso elegante daba estabilidad a la bandeja sobre la que antes —en el lejano cuchitril— solían venir dos relucientes pocillos de café. Ya no proyectaba sus ojos, que, como dedos, solían penetrar en mi cráneo y acariciar mis circunvoluciones para estimular pensamientos originales. Me abandonaba a una sangrante desolación. Mi rostro, cada vez más abultado, y mi cuerpo en crecimiento

transversal, ocultaban mi guerra interior, cuyos avances y retrocesos, amenazas y claudicaciones me consumían. Mi voz retumbó en la sala vacía de interferencias. El futuro que yo imaginaba una pesadilla inspirada en las flores de la Independencia; todo confluía en la Gran Corola, omnipotente y misteriosa, ubicua y casi invisible, usurpadora de Dios. La gente se entregaba al gozo pagano, festejaba al Becerro, olvidaba sin remordimientos su vocación de trascendencia. Acorralado, abriéndome paso en una maraña de símbolos, ungido con el nombre de Manuel, busqué regresar a la pureza frágil, pero arrojada, de mi juventud; ensayé acciones libertarias de huida o combate, fracasando siempre ante la potencia de la sumisión; porque confundiendo mimetismo con solidaridad, practiqué una solidaridad insuficiente. Confesé sibilinamente que por la frustración y la impotencia se llegaba al desdoblamiento; y el desdoblamiento conducía imperiosamente hacia la mutilación.

En el vértice de la desesperación, frente a la muerte apostada en el charco rojo que recibía las gotas de mis venas, delirando, imploré la visita de mi ser joven, queriendo trastocar el desdoblamiento moral de Manuel en uno físico. Me necesitaba a mí mismo siendo joven, ya que mi hijo, malgrado por la encefalitis, parecía en verdad un horrible producto de alucinantes cubitos aromáticos. Concedido el portento, desgarrante e ilógico, mi presencia adulta acaparó la faz externa y la joven el exigente rescoldo interior. Mi faz externa servía a la esclavitud floral, pero necesitaba aún liquidar sus posibles restos de rebeldía con el primitivo rito de la castración, desarrollado en una catarsis que sublimaba la catarsis que ya había empezado a buscar en las reuniones del *Erúctary Club*. Hacia allí fueron Manuel viejo y Manuel joven. El joven asumía el rescoldo consciente y el adulto, perdido, transformado en otro zombie, quiso perder también al muchacho; pero éste se lanzó a una culminante batalla prometeica. Las secuencias pavorosas abrevaban en una inclemente angustia moral.

CAPÍTULO IX

EXPLICASTE las condiciones planteadas por la Editorial. Eran vergonzosas realmente. Los adictos a tu novela primero se asombraron y luego entristecieron. Sin embargo, como si en breve tiempo hubiera madurado una vieja aspiración, se despeñaron en violenta jauría. Los integrantes del C.E.I., más las cartas que comprometían a jefes militares, eclesiásticos y figuras relevantes del medio, formaron un cinturón en torno al Intendente Municipal, quien, ahogado por el asedio, tuvo que acceder rápidamente a modificar su presupuesto e incluir los gastos que demandaría la edición de tu novela.

—¡Éste es nuestro *Contramalón* a los malones de Buenos Aires! —gritó entusiasmado Bartolomé López Plaza.

Te dije que López Plaza es un buen hombre, se alegró tu padre. ¡Héctor, Héctor, esto es hermoso! exclamó tu madre. ¡Felicitaciones, Héctor, no sabe cuánto me alegra! te detuvo en la calle Azucena Irrazúriz. Yo convoco a una sesión especial para este asunto, resolvió Gumersindo Arenas, y el escribano Tassini corrió a comprar un cuaderno nuevo, pues temía que no alcanzaran las páginas del que estaba en uso. ¿Así comienzan todas las locuras? pensaste torciendo la boca. Lo pensaste, sí, Héctor: las locuras.

—Pero, doctor —dijiste—, la Independencia puede costarle demasiado cara a Leubucó si se comprueba la defraudación.

—Una cosa no excluye la otra —respondió Bartolomé López Plaza—: tu libro es tu libro y la Independencia es la Independencia.

—Es que me da miedo... el mismo fervor, los mismos sueños que cuando se inauguró la plantación de flores.

—Lo tuyo es una obra de arte, la plantación de flores, en cambio, una empresa económica... Además, nadie puede afirmar todavía que la defraudación sea real: tal vez sea una infamia. Yo sigo creyendo en las rosas de Leubucó y en la fertilidad de los médanos.

—Sin embargo, las revelaciones de Albariconte no me dejan tranquilo, me abruman.

—¡Y qué! ¿Paralizarías al mundo si eso fuera cierto? Supongamos que se demuestra la defraudación. ¿Entonces? Argentina seguirá andando, Leubucó seguirá andando, yo seguiré andando.

—No será lo mismo.

—¿Por qué? ¿Por tu padre?

—Por todos, usted y yo incluidos, doctor.

—Yo no tengo nada que ver. La Independencia no me reportó un centavo. Yo tampoco le di un centavo.

—Le dio su apoyo y su apoyo decidió a muchos.

—Palabras...

—Las palabras no salen porque sí... —miraste severamente al Patriota.

—¡Está insolente, mi joven amigo!

—Estoy preocupado. Y debería estarlo usted también.

—Yo miro siempre hacia delante, con la cabeza erguida e impertérrita. Si cae la Independencia, nuevos acontecimientos providenciales, como vientos en popa, empujarán el velero argentino hacia su grandeza. Por eso debemos continuar nuestras gestiones en favor de tu libro. Leubucó vive y debe hacer sentir sus latidos. No hay que descarriarse —sentenció con grandilocuencia inapelable.

El impulso colectivo se acrecentaba, sin que alguien cuestionara los méritos legítimos de tu novela. Parecía natural que *Contramalón* fuese una gran obra y que las puertas de Buenos Aires se hubieran cerrado exclusivamente por el desprecio que allí reina contra el resto de Argentina. Esta idea se fortaleció de tal modo que oías defender tu novela con argumentos frágiles, pero numerosos. No jugaba tu prestigio ni tu carrera literaria (pequeñeces), sino la gloria y el futuro de la ciudad. La metamorfosis arrastraba sentimientos y razones, como el viento a los médanos, revolviéndolos con sus hélices frenéticas. Sin embargo, sabías muy bien que el futuro de la ciudad no dependía de tu libro, sino de las rosas.

La imprenta Gutenberg —Leubucó crece sobre la historia, no lo olvides— aceptó el reto de la población y prometió editar el libro al mejor precio. ¿Así, en abstracto? La comisión directiva del C.E.L. no se conformó con promesas diluidas y exigió un presupuesto definitivo. El viejo impresor, nacido en Viena, apartó sus obligaciones: que esperen las cartas, los recibos, las facturas; mi sueño es llegar a ser Editorial, amigos; no me importa perder, les aseguro: imprimiré la novela al más bajo costo y la más alta calidad; éste es el momento crucial de mi vida. La comisión, con el presupuesto en la mano, sumó los gastos que demandaría la distribución de la obra, el estampillado, la publicidad e imprevistos, elevando otra vez los cálculos al Intendente. Su secretario palideció. ¿Más dinero todavía? Lo apartaron: invadieron su despacho. El funcionario explicó sus eternas dificultades presupuestarias. Es por la ciudad, señor Intendente; su nombre figurará en la última página junto al pie de imprenta; éste es un año histórico; depende de usted; Leubucó entera aguarda su aprobación; es una medida eminentemente popular; el secretario de Hacienda está de acuerdo; su resolución será ejemplar en el país entero, señor Intendente: inspírese en Sarmiento. ¿Cómo habría actuado él?, ¿cómo?

—¿Qué tal marcha la impresión, Héctor?

—Todavía no la empezaron. El austríaco tiene que evacuar compromisos impostergables, dice. Pero aseguró que la semana próxima: también está impaciente.

—Sí... la semana próxima, la semana próxima.

—Y bueno. ¿Qué puedo hacer, papá? —no ocultaste tu gusto.

Habías depositado el manuscrito en manos del austríaco. Lo recibí con solicitud.

—Pronto será una realidad —exclamó emocionado.

Volviste a tu casa sintiendo la rara presencia de dos seres en tu cuerpo: uno actor y el otro espectador. El primero se regocijaba con el curso de los sucesos, disfrutaba los halagos, se entregaba a las caricias de la elación. El segundo se mofaba con cinismo de esos irresponsables que se abrazaron a un delirio desencadenado por viejos resentimientos y tremendas ambiciones. ¿Estabas asumiendo la duplicidad de Fernando Albariconte? Escribiste *Contramalón* como disfrute personal: ahora lo querían transformar en un suceso; ¿por qué no? ¿aunque lo patrocinara una murga?... La misma murga que vitoreó y apuntaló a la Independencia y que pronto enfrentaría a un tribunal...

Cuando llegaron a tus manos las primeras pruebas, dejaste a un lado la crítica y la ironía: un estremecimiento te sacudió. Tenías ante tus ojos esos caracteres perfectamente alineados, que eran y no eran tu novela. El papel y la tinta, exhalaban un olor penetrante y evocaban la piel curtida y el moño expresivo de Gumersindo Arenas que te explicó someramente el oficio de corregir... El cadete informó que no podían entregar las galeradas completas, porque escaseaba el plomo. El libro se irá imprimiendo por etapas. Cualquier duda, hable con mi patrón, señor.

—Señor Robustiano Buteler: sólo le pido que investigue —no dominabas tu inquietud.

—Mire, Célico: también me preocupaba la ausencia de utilidades, la poca cantidad de trabajadores contratados en Leubucó, la presencia de un gerente radicado en Buenos Aires que viene y se va, y otras cositas por el estilo. Soy un viejo comerciante.

—¿Y?

—Hablé con el señor Ceballos. Me mostró toda la documentación que quise, me brindó todas las explicaciones que exigí. Podemos estar tranquilos. Ésta es una empresa muy grande, evoluciona de manera distinta a las de poca monta. Existe un período de asentamiento y consolidación que luego lleva al gran salto: producción regular, mercados seguros, financiamiento permanente. En eso estamos ahora.

—Pero Ceballos puede haberse comprometido con la estafa...

—Célico: soy el presidente, conozco mis derechos y mis deberes. Si usted se preocupa, más me preocupo yo. En caso de defraudación, quien deberá rendir cuentas ante la justicia seremos yo y mis compañeros del Directorio, nadie más.

—Entonces... por eso mismo.

—Quédese en paz, confíe en nuestra empresa y dedíquese a su novela. Contribuirá a difundir el nombre de Leubucó y de la Independencia: doble beneficio, quizá primera utilidad.

Regresaste desconsolado.

Se imprimió el primer cuadernillo. Con el plomo libre se encaró el segundo. Más pruebas. Más correcciones. El proceso se fue repitiendo durante semanas de agitada exaltación. Las hojas se amontonaban en largos tablones de la imprenta. Contemplabas la arcilla que poco a poco adquiría la forma maravillosa del primer hombre, como Dios en el génesis. Con el prólogo de quince páginas que escribió Bartolomé López Plaza, el libro acaparó un total de 247. Casi un cuarto de millar. Muchas páginas; en Leubucó, sinónimo de libro importante.

Para la tapa se había discutido si llevaría alguna fotografía, dibujo, símbolo o simplemente una guarda con motivos indígenas. Don Gumersindo sugirió que se invitara a Dante Cicognatti, meritorio plástico y profesor de dibujo del Colegio Normal, para que presentara algunos proyectos. El fogoso artista, en cuya sangre no se había enfriado el sol de Calabria, se entusiasmó con la idea y exigió, naturalmente, conocer el argumento de la obra.

Cicognatti fue a tu casa. Su fuerte mano oprimió con júbilo la tuya.

—«Cól-lég-gá» —exclamó con acento extranjero, separando sílabas, alegrando cada vocal. Enseguida reveló su firme decisión por expresar gráficamente el contenido de la novela. Necesitaba saber si el personaje, o si la geografía, o si los conflictos, o el lapso que abarca la narración, o los principales acontecimientos, y entonces él podría, si era fácil comprender, y sus manos gesticulaban nerviosamente, como si ya estuvieran trazando curvas o manejando efectos.

Trataste de resumirle el argumento, las intenciones de nudos y desenlaces, algunas audacias de concepto y estilo, pero Cicognatti, descontrolado, te interrumpía sin tregua inundando el aire con imágenes y posibilidades. La conversación se alargó mucho: terminaste muy cansado. En realidad, no fue una conversación, sino lucha: lucha contra un alud de ideas que se despeñaban escandalosamente. Tenías que expulsar las piedras de Cicognatti para reemprender el camino de tu propia creación seriamente amenazada por aquel artista volcánico.

Cuatro días después reapareció el sanguíneo maestro con varias cartulinas enrolladas bajo el brazo. Las extendió sobre una mesa, fijando con floreros, libros, ceniceros, sus codos y hasta una rodilla, los bordes que intentaban enrollarse. Sus manos recorrían los dibujos de arriba abajo, nerviosamente. Algunos bocetos eran truculentos: sangre, hombres con los intestinos derramados sobre la tierra, ojos flotando sobre las órbitas, pelos electrizados por el horror, mandíbulas desencajadas en el grito de mayor espanto. Los blancos cabellos de Cicognatti se agitaban en la tempestad de sus explicaciones, su piel se ampollaba sobre las brasas de su temperamento, los dedos mágicos trituraban articulaciones, deshacían cadáveres, contusionaban al planeta bajo el trueno de su apocalíptica inspiración.

Arrojó esas cartulinas al suelo. Extendió otras. Violento, saltó hacia la reflexión del símbolo: lanza, rémington y una escritura que los abrazaba. *Horizonte* pampeano

sobre el que se esforzaba en despuntar el sol, luchando contra una nube oscura en forma de puño. Laureles goteando barro. Un indio con libros, un blanco con flechas. Un sable dorado atravesaba el pecho hemorrágico de soldados e indios.

Héctor optó por el rostro de un adolescente que mira perplejo la batalla. El maestro se sorprendió. No coincidía con sus gustos. No tenía suficiente *forza. Ma, va bene.*

Fueron a la imprenta Gutenberg. El clisé deberá reproducir con especial cuidado estos detalles, señaló. Quédese tranquilo, maestro, sonrió el austríaco. Pero estas líneas... Quédese tranquilo. Aquí se esfuman... Sí, se esfuman: saldrá muy bien. Y éstas: son importantes... Vaya nomás, maestro, le aseguro que quedará conforme.

La tapa se imprimió a dos colores y sobre el expresivo dibujo del calabrés, cruzaba como lanza emplumada el rimbombante título: *Contramalón*. En la mitad inferior decía *novela histórica de héctor célico*. Con letras ligeramente menores, *prólogo del dr. bartolomé lópez plaza*.

Gumersindo Arenas avanzó cavilante hacia la muralla de cactus que cerraban su jardín. Su cuerpo, inclinado, contrastaba con la hidalga belicosidad de los espinos. Le habías transmitido tu desazón.

—Aprecio a Fernando —dijo acomodándose el moño negro—; es un hombre complejo, idealista. Incluso le bullen ideas místicas... Pero no ese misticismo del anacoreta. Es un misticismo distinto. Lo sé por sus poesías. Yo lo hice invitar hace muchos años para dictar una conferencia. Estuvo brillante. Se refirió al mesianismo del intelectual. Entonces era un intelectual puro, libre. Después se casó, contrajo obligaciones, familiares, en fin, entró en la Independencia. Pero eso que llevaba adentro, que respiraba en sus versos, no podía morir.

—Le aseguro que no ha muerto, don Gumersindo.

—Ya veo... —alzó las cejas y regresó a tu lado apoyándose en el bastón.

—¿Qué se puede hacer?

—Estoy pensando en por qué se abrió a vos —sorbió meditativamente su mate.

—Se abrió totalmente. No cabe la mentira en un contexto de tanto dolor. Su denuncia es cierta.

—Estoy de acuerdo, Héctor.

—Usted es el primero que lo dice.

—¿Que lo dice?

—Sí; temo que muchos, sabiéndolo, no se atrevan a confesarlo.

—Aunque no sean culpables, ¿verdad? Por el miedo al futuro, al derrumbe de una ilusión demasiado grande.

—Pero es necesario enfrentar la realidad, no podemos aceptar que saqueen el país a cambio de un sueño. La Independencia es un monstruo.

—Escribiré a unos políticos de Buenos Aires y al asesor letrado de la C.G.T. —

resolvió tranquilamente don Gumersindo, echando una mirada a la agresiva formación de cactus gigantes.

Sabías que esas cartas eran nubarrones que podrían desencadenar un diluvio.

Reconcentrado, fuiste a presenciar la costura de los volúmenes, alzaste uno, tiernamente, como a un pajarito. Dejaste correr sus firmes páginas. Ya estaba el libro. Un libro. Tu obra. La primera. Real, soberbia. Y al pie de la primera página decía claramente: *Impreso por la Municipalidad de Leubucó.*

CAPÍTULO X

EL ÓMNIBUS SE DETUVO en Río Cuarto para el almuerzo. Ya iba a Leubucó, impulsado ciegamente: quería abrazar a mi hijo, nuevamente enfermo, golpeado e internado en un hospital. Era la única vez que decidí hacerlo, contra viento y marea, después de recibir la noticia de un accidente espantoso que me transmitió Ceballos sin omitir su apabullante crueldad. No entré en el comedor de la terminal; tampoco crucé a los restaurantes cuyos letreros llamaban desde el otro lado de la calle. Caminé desentumeciendo las articulaciones, con la ropa adherida al cuerpo en ese día sofocante de verano, luchando brutalmente en mi interior. Soledad no quería que lo viese; ella esgrimía derechos que yo no estaba en condiciones morales de derribar. Aunque legalmente... legalmente sí, pero no lo intenté, Héctor, porque en el fondo tenía un miedo atroz al reencuentro con mi niño. La noticia era ciertamente espeluznante. No la creí. Después me esforcé en no creerla. Más tarde la creí. Terminé agrandando el informe primitivo, acumulando dolor y grasa: la grasa alcolchada al dolor. De repente decidí arrancarme esa pesadilla que devoraba mis entrañas, enfrentándome con ella, aunque me explotaran los ojos. Compré el boleto, el del ómnibus que partía inmediatamente, antes que cambiara de idea, aunque realizase un trayecto inútilmente largo, primero hacia el noroeste, hacia Río Cuarto, y después hacia el sudoeste, hacia Leubucó. Me encontré viajando horas y horas a lo ancho de la pampa infinita, rumiando siempre. No lograba conciliar el sueño ni concentrarme en la lectura. Miraba el campo cada vez más seco a medida que correteábamos hacia poniente, imaginando las distintas formas en que se desarrollaría ese instante crítico. En cada parada descendía a beber. El pañuelo chorreante ya no servía para continuar secando mi transpiración. En Río Cuarto, a un tercio de la meta, no soporté el desasosiego. Hice bajar mi equipaje. Me senté en un duro y viejo banco. Transcurrida la hora, el ómnibus se puso en marcha hacia el sur. Pero mis pies se clavaron en el suelo. La piel se me enfrió contemplando el vehículo que se iba solo hacia el objetivo renunciado. El camino del marrano está lleno de renunciamientos. Creí que me iba a desmayar.

Después de un tiempo indeterminable me arrastré hasta la boletería. A la noche pasaba otro ómnibus: llegaría a Leubucó de madrugada, me consolaron. Y me alivió la posibilidad de no traicionar a mi hijo, finalmente. Lo iría a ver de todas maneras, aunque con algún retraso. ¿Qué significaban diez horas en cuatro años?... ¿Ves, Héctor? Cometía el yerro y después pedía perdón: estaba condenado.

Depositó mi maleta y salí a caminar, como si llevara de paseo a mi niño. Para mostrarle la plaza San Martín con su monumento ecuestre, junto a la terminal. Y luego para acercarlo al río, con playas enormes llenas de gente conforme con mucho sol y poca agua. Por fin, abrigando su manita, nos internaríamos en la ciudad, en su bullicio, hasta el centro. Descubriríamos una confitería de curioso nombre: Xanadú.

¿Te gusta el nombre, hijito? Xanadú es la casa de Mandrake el mago, supuse. La fantasía puede instalarla en un risco inexpugnable del Himalaya, dentro o fuera de Nepal. Quizá su inventor se inspiró en Katmandú: la X inicial evocaría el misterio. Pero la confitería en sí no tiene nada de mágico, excepto el nombre, no te preocupés. Vamos a entrar.

Desde aquí se ve perfectamente la plaza Roca. ¿Qué es roca? No, no, no es una piedra. Julio Argentino Roca luchó contra los indios hasta exterminarlos. Gracias a él y otros próceres, Leubucó, donde ahora vivís con tu madre, no es una toldería, sino una ciudad civilizada. Aquí, en Río Cuarto, planificó la guerra y por eso le honran mucho: ha desplazado a la periferia el monumento de San Martín... Imaginaba su carita expresando asombro.

Un mozo retiró la vajilla sucia y se marchó sorteando dificultosamente a las personas aglomeradas de pie, acechando con indisimulada impaciencia la marcha del consumo y, fundamentalmente, cualquier movimiento que denunciara en alguien la intención de levantarse para tomar posesión, afirmar una mano en el respaldo de la silla o en el borde de la mesa. Esa gente escrutadora se desplazaba lentamente, como río de llanura, abrazando los islotes de personas sedentes y oprimiéndolas con escaso disimulo.

Dios está detrás de esa nube, papito —diría—; recién asomó la cabeza... es grande... ¿lo viste? No bajes los ojos...

Mi niño tendría inclinaciones religiosas, como yo...

La bandeja venía flotando sobre las olas del aire, siguiendo la marcha en trenza del camarero que masticaba sus ¡permiso! con la dentadura contraída y la piel sudorosa, esquivando furtivos insultos o la zancadilla de un adolescente aburrido. Junto a nuestra mesa no podía descargar las copas pues la multitud lo comprimía como un chaleco. Consiguió destornillar su mano derecha, la elevó hasta su cabeza y luego, merced a un amplio movimiento de aspa, fue trasladando los objetos desde su bandeja suspendida hasta nuestra mesa. Un sombrero de nieve cubría el batido de frutas; la esmaltada transpiración del vidrio anticipaba la buena dosis de hielo que participó en la elaboración del licuado. Convenía rodear ese ancho cilindro y sentir sobre la piel su humedad refrescante, levantarlo y brindar sacralizándolo, beber lentamente empujando el líquido sabroso hacia cada una de las papilas gustativas. Por fin, apurar el trago, impelido por su exquisitez, en un extravío báquico reñido con la civilización misma, con esa multitud, Xanadú, nosotros. Quería explicarle esto a mi niño, en un lenguaje simple. Pero él se concentraba en otro quehacer. Tengo que cavar un foso, papito —explicaría—, porque las hormigas no saben nadar. ¡Qué bien! ¿Has sembrado maíz? Me parece magnífico protegerlo de las hormigas; idea estupenda esa del foso. ¿Los granos de maíz han prendido?, ¿la altura de las plantas es suficiente? Yo quisiera que aparezca un choclo, papito, y entonces mamá lo

cocinará; pero si se vienen las hormigas... El foso es lo mejor... igual que en los castillos de los cuentos, hijito: las plantas crecerán, te pasarán y podrás ocultarte en ellas como si fuera un bosque, guardar allí un tesoro, un cofre con monedas por ejemplo... atravesarás el foso de un salto, cosa que no son capaces de realizar las hormigas; y en el centro de todas las plantas dejarás un claro para algo de gramínea y quizás una flor; vos solo tendrás acceso a ella; será tu secreto, hijito... Le regalaré la flor a mamita. Sí, claro, a mamita... Y mi niño abría los ojos de maravilla. Los míos se empañaban en lágrimas.

Seguimos hablando en forma enmarañada bajo el continuo bordoneo de la muchedumbre, reprimiendo los detalles del accidente. Sentados en ángulo, extraíamos servilletas de papel: dibujábamos a San Martín con un enorme sable que reproducía la curvatura de sus patillas; a Roca acariciándose la barbita con la mano izquierda y agitando con la derecha un par de castañuelas (o quizás orejas de indios, pero no estaba nítido); a un enorme viejo barbudo asomándose por entre inmensos lóbulos de algodón prometiendo misericordia, a un castillo cuya chimenea era un choclo y que estaba rodeado por una cinta de agua que cerraba el paso a numerosos puntitos negros: soldados, hormigas o vaya uno a saber... Yo dibujaba y deliraba.

Reuní los dibujos. Contemplé a distancia las caricaturas. Por algo las hizo —las hice—, son un recuerdo para mí, servirán para tu biografía, hijo mío. Volví a la terminal. Esperé el ómnibus. Me sentía extraviado. Había conseguido ahuyentar por unas horas las referencias del accidente, creando un diálogo imposible. Porque mi hijo, lo sabés bien, Héctor, era incapaz de entenderme una palabra; totalmente incapaz. El calor y la oleada sofocante del recuerdo me hicieron transpirar nuevamente. Los próceres, Dios, el maíz, los pájaros, los indios y las hormigas llenaron mi propia infancia junto a un algarrobo titánico; mi hijo diría que Roca intentó cruzar los Andes y se resfrió. ¿Lo diría acaso? Es una barbaridad. Y yo: es cierto ¿por esa razón habrá preferido venir a Río Cuarto, donde no hay nieve? El accidente cruel pugnaba por concentrar mi atención. Y mi hijo: pero de noche pican las hormigas ¿por eso se enojó y salió a matar indios? No, no, no... mi hijo no habla, ignora todo menos las experiencias biológicas, escapó de manos de Soledad persiguiendo un auto, lanzando gritos salvajes, lo contó Ceballos. Y el accidente... atroz... atroz... Es el idiota del pueblo, como si lo hubiera engendrado un cubito aromático en vez de un espermatozoide. Se burlan de él, le arrojan arena, le tironean la ropa, le silban mientras conserva su mansedumbre. Y aquella vez, debe de ser cierto, una piedrita le pellizcó la oreja, le dolió, cambió la cara, se convirtió en una tormenta; los chicos que le provocaron retrocedieron. Y fue peor... Quise volver al diálogo imposible —Roca, San Martín, Dios, maíz—, pero el relato que me erizó y no creí, que después creí y amplifiqué, se reproducía en mi cabeza. Ceballos movía la boca y las manos, impresionado también mientras hablaba. Otro niño quiso asustarlo

con su proyectil; no se lo iba a tirar, sólo para frenarlo, estamos jugando, bruto, esto es un juego, no te pongás así. Fue peor. Mi hijo gritó y saltó; corrió tras uno, tras otro, sin saber a quién elegir, a quién golpear primero; lleno de fuerza rebotaba en los postes de luz, en las paredes, en las puertas, quiso entrar en un negocio, otros chicos le arrojaron una lona y saltaron encima. La lona se agitaba, como si hubieran atrapado a un animal. Alguien llegó con un palo. No puede ser, dije. Sí, ocurrió tal cual: el del palo ofreció su ayuda. ¡No! Sí, tal cual, le digo. ¡Qué tienen ahí! preguntó. ¡Un rabioso!... exclamaron que un rabioso, y el del garrote creyó que era un perro rabioso, de modo que asestó fuerte, quién sabe si en la cabeza o en la espalda. La lona se alzó, de punta, violentamente, y ¡pac! otro golpe. Lo ablandó a golpes rápidos y potentes. Vinieron más, como cinco hombres. ¿Un perro? ¡Dele, dele más fuerte! ¡Pac! ¡Pac! ¡Pac! sin asco, como hundiendo un poste. Los chicos lloraban, mudos, arrepentidos, alelados. Yo sentía que me desmayaba nuevamente. Basta, Ceballos, por favor, no cuente más. Y me siguió contando después, al otro día, tras mis ruegos masoquistas ¡qué pasó por Dios! qué pasó, Ceballos, dígame todo... Lo aplastaron contra el suelo, quedó liso. La lona empezó a mancharse de rojo. La retiraron... la gente gritó y el grito se interrumpió por un ahogo. El del garrote se desplomó de rodillas, para rezar o desvanecerse. Alguien levantó el ensangrentado garrote y enseguida lo entregó al vecino, el vecino al del lado, y así, porque nadie lo podía sostener. El chico parecía muerto, como si lo hubieran matado, exactamente como a un animal rabioso. Y los niños, lloriqueando, pensaron enterrarlo. ¡Enterrarlo! ¡Cállese, vuelvo al diálogo!: San Martín, Roca, Xanadú, los indios, el maíz, Dios, las nubes... Un policía echó a todos; un farmacéutico le tomó el pulso, pidió ayuda. Y lo llevaron al hospital; una carretilla de arena cubrió las manchas de sangre.

Subí al ómnibus, renunciando a verle... En el trayecto de regreso a Buenos Aires intenté reconstruir la absurda conversación mantenida con mi hijo en Río Cuarto... renunciando a verle...

CAPÍTULO XI

MANUEL ADULTO le ofreció un cubo: los historiadores le llaman *tona* —repitió— y los teólogos ángel de la guarda; es en verdad un segundo yo. El joven miró con desconfianza. No hay que asustarse: sólo para que te vayas enterando (¿cumplía ya el papel de Diante?)

El muchacho recibió en su mano la delicada pieza de paredes tan suaves como el terciopelo. Son flores de verdad, aclaró el adulto, aunque perennes.

—¿Y usted me invita a ponerlo sobre la nariz?

—Sí.

—¿No me estuvo contando, hecho una esponja de lágrimas, que este aparato lo ha perdido?

—Mi propósito es hacerte conocer este infierno: soy tu Virgilio... y seguramente tu futuro.

—¿No combatiría mejor sin esto? —hizo saltar el cubo como si fuera un dado, como si estuviera cerciorándose de su inocuidad.

—Imposible desde fuera: los puntos vulnerables se revelan adentro —dijo automáticamente.

—¿Tendré que ser como uno del país?

—No digo tanto... Por ahora serás testigo de mi rendición final, mi muerte, mi acceso al reposo. Después, después te irás sin compromisos... el resto dependerá de tu conciencia... de la conciencia que pueda arder en tu interior, del nuevo camino que te abras. La encrucijada te está desafiando. Diante, tras su mesa de control en un estambre de la Gran Corola, sonreía complacido: la conducta de Manuel no vulneraba al sistema; por el contrario, respondía a los cánones del buen servidor, asumiendo sin excesivo dramatismo su inminente unción ritual.

El muchacho lo miró con pena.

—El cubo se coloca así... —intentó ayudarle Manuel, pero el joven rechazó sus manos. Lo examinó de nuevo, raspó con las uñas los pétalos y aspiró su aroma: repetía los procedimientos que intuitivamente efectuaron los demás seres al enfrentar la tentación. Por último lo calzó sobre el dorso de la nariz. Diante lanzó una carcajada. El interior de Manuel se estremeció. El joven pareció reconcentrarse en la delectante vivencia de esos perfumes que producen un súbito brote de optimismo. A pesar de las advertencias, el muchacho se entregó al flamante placer... Su rostro adquirió rasgos tremulentos. El rescoldo del adulto iba apagándose con esa nueva y aparentemente definitiva frustración. El mimetismo —falso sentimiento de solidaridad— que le llevó equivocadamente a aceptar su descenso a esa esclavitud mantenida con dicha artificial, e incluso a la aberración del Arca, fue también el instrumento que hizo caer al muchacho.

Volvió a funcionar su ángel de la guarda, reconciliado. El adulto oyó nuevamente

versos luminosos como joyas bajo el sol. El sistema revelaba su aprecio por la traición baja: había atrapado nada menos que a un efebo con fosforescencia, él mismo, antes. Nada quedaba a salvo. Sus últimas brasas, escondidas en la profundidad, ahogaban sus parpadeos ante el espectacular crecimiento de la culpa: no podían ya resistir bajo tanta obsecuencia. En el Manuel escindido sólo trascendía su vida de relación, siempre al servicio del sistema; el resto de su conciencia no hacía más que lamentarse y desgarrarlo. El Manuel servicial había pillado al joven que fue solicitado por el Manuel agónico y aún rebelde, entregándolo atado ahora, para que sea también un servidor. La sinuosa estrategia de Diante no traslucía puntos dañables.

—Prometió llevarme a la catarsis de las jerarquías —le recordó el joven con insólito entusiasmo.

El adulto asintió.

Su cubo aromático transmitió con alborozo a los sépalos y éstos a los cálices y los cálices a los centros de decisión secundarios —filtrando, asociando, sintetizando— la noticia de la nueva incorporación. El Pistilo Central se enriquecía con un singular aporte.

—Veamos la catarsis —insistió el joven—, quiero conocer la bacanal de estos tiempos— su *tona* le regocijaba.

—La conocerás —aceptó el adulto; su conciencia oscurecida deseaba llegar a la muerte cuanto antes, solo... o matando también al muchacho.

Ingresaron en una sala rodeada de espejos. Se acercaron dos hombres con pelucas empolvadas y uniformes purpúreos del siglo xviii haciendo reverencias. Al joven le maravillaron los disfraces. Fueron conducidos a un cambiador, donde otros criados respetuosos y hábiles los desnudaron. El adulto vistió un frac azul —pureza, reposo—, medias de seda y zapatos con gruesas hebillas doradas. El muchacho eligió un traje de terciopelo gránate —indignación, combate, vida—, cruzado por una banda ocre. Regresaron a la sala de los espejos abrochándose los guantes de raso. Se abrieron dos suntuosas puertas labradas y apareció una escalinata de mármol con gruesa alfombra en su centro. Traviesamente rodaban por los peldaños los sonidos de una zarabanda antiquísima.

El joven, con su rostro demudado por el flamante cubo que lucía sobre la nariz, pasaba de sorpresa en sorpresa. Manuel le indicó que avanzara. Empezaron a rodearlos otros caballeros lujosamente ataviados, acompañando damas con largos vestidos de baile y elevadas tocas.

—¿Ésta es la bacanal? — preguntó.

La escalinata profusamente iluminada con cirios, estaba ya repleta de una multitud que ascendía majestuosamente. El rito gracioso de la música parecía adecuarse a la mancha de tantos pies aristocráticos. Las parejas conversaban en voz

baja anticipándose las emociones de la fiesta. Los gigantescos espejos reflejaban ese lento fluir de vestidos rosas, índigos y armiñados, que se interrumpían en brazos desnudos y cuellos ebúrneos. La colorida procesión se volcó en el salón de piso brillante. Cuando Manuel y el joven llegaron a la puerta, fueron saludados por los dueños del palacio. Manuel se inclinó profundamente y besó la mano enjovada de la dama, mientras el hombre atusaba su enorme bigote. Después, señalando al muchacho, dijo:

—Permítame presentarle al futuro embajador de la Gran Corola.

El robusto anfitrión se inclinó, expresando la profunda satisfacción de recibirlo en su casa.

El joven, asimilado a la comedia, aceptó su papel y besó los dedos de la mujer, admirando su vestido de plata adornado con vaporosos encajes y una ancha cinta azul.

Ingresaron en el esplendoroso recinto donde unos admiraban a los otros, murmurando elogios y revelando títulos de nobleza: Marqués de la Anémona, Vizconde del Lirio, Condesa del Ceibo, Duque de la Rosa.

—¿Qué es esto? —volvió a preguntar el muchacho.

—Estamos en una ociosa y magnífica sociedad de aristócratas.

—¿Y la bacanal?

—¿No la ves?

El joven, sin entender aún, pero con la felicidad impuesta por el cubo, circunvaló el salón contemplando rostros, gemas, cuadros, flores.

La orquesta se detuvo bruscamente. Los cuerpos se paralizaron como si se hubiera suspendido el correr de una película. Sólo seguían contorsionándose las llamas de los cirios. Algunas caras optaron por girar hacia el balcón donde se apiñaban los músicos y otros hacia el regio pórtico. El pasmo fue roto por las trompetas. Las mujeres, olvidando sus complicadas maneras, corrieron despavoridamente arrastrando sus bulliciosas faldas por el piso encerado; los caballeros las ayudaban en ese acelerado repliegue. Pronto quedó abierto un sendero recto. Las damas doblaron las rodillas y los hombres inclinaron sus condecorados torsos. Al son de los brillantes acordes marciales, tras un emperifollado bastonero, emergió un extraño sacerdote envuelto en regias túnicas cetrinas. Su rostro imberbe y arrugado impresionó al muchacho: sí, es eunuco, aceptó Manuel.

Los anfitriones se acercaron para darle la bienvenida. Cuatro sirvientes le seguían portando cestos con flores. Los dueños del palacio extrajeron una de cada cesto y las arrojaron a los pies del emasculado hombre; después los criados distribuyeron capullos hacia los cuatro puntos cardinales.

El sacerdote avanzó dignamente hacia un trono con forma de cáliz, mientras su cabeza recibía una delicada lluvia de pétalos. Se instaló frente a la multitud y ordenó

a la orquesta que prosiguiera ejecutando música de baile.

Se reanudaron las corridas. Algunos oficiales cuyas chaquetas sostenían policromas medallas, trataron de organizar a los concurrentes invitándolos a desplazarse. La pista se ensanchó al tiempo que empezaba a crecer la ampulosa esfera de un vals.

Manuel señaló al rejuvenecido príncipe Diantre con peluca empolvada, que se acomodaba los relucientes botones de su frac de terciopelo celeste: pronto sucederá al Archigallo, gran sacerdote.

La pista, reluciente como un lago redondo, aguardaba la invasión de los cisnes. Las mujeres agitaban sus abanicos, arrebatadas por la emoción, mientras los oficiales, embajadores y miembros masculinos de la nobleza las seleccionaban con ojos atrevidos.

El Duque de la Rosa invitó a la dueña de la casa, ella accedió con una elegante inclinación y apoyó delicadamente su mano izquierda sobre la magnífica charretera. Girando lentamente en círculos amplios y perfectos, la pareja recorrió el salón. El príncipe Diantre lo cruzó también enfilando hacia una joven con un peinado que remataba en diadema de brillantes.

—Es mi mujer —aclaró Manuel, con un dejo de amargura—, la conocí lejos, nos amamos en una gruta frente a un cadáver, aceptó mi esperma de cubitos perfumados, me siguió, me ayudó y al último... me abandonó.

Otros hombres se lanzaron hacia las damas comprimidas contra los frescos que ornaban las altas paredes. La música se aceleraba y los vestidos se redondeaban en el aire como corolas sueltas girando en el viento.

El muchacho quiso ver a la mujer de su futuro —traída de lejos, que no despreció los cubitos, que vio genitales deformes y nunca su rescoldo torturado—, pero los aluviones de izquierda a derecha y de derecha a izquierda abrían y cerraban ventanas que le permitieron descubrirla parcialmente; bucles postizos flotando en la nuca, ojos profundos cerrándose en el ensueño, boca de fruta estival; sus tules la envolvían como una nube caprichosa. El príncipe la hablaba sonriendo o sonreía hablando, sujetándola firmemente por el talle, como si apresara una mariposa.

Se abrió el techo profusamente decorado. La música acentuó su frenesí y los danzarines enardecieron sus piernas. Del amplio agujero negro empezó a descender una bandada de pájaros multicolores que giraban en el espacio tejiendo y destejiendo figuras. El Archigallo se incorporó simulando sorpresa y extendió sus manos para protegerse de los intrusos. Las parejas interrumpieron el baile lanzando gritos de pavor; los músicos cambiaron su ritmo feliz por un lóbrego y obsesivo martilleo. Irrumpieron sirvientes con antorchas, los caballeros desenvainaron sus espadas. Las aves, en lugar de amedrentarse, prosiguieron rondando como aros maleables, con la intención de posarse en la elegante sala. El Archigallo pronunció fórmulas

exorcizantes hasta que los pájaros estuvieron al alcance de las armas. Diantre, acomodándose la dorada barbita, lanzó un silbido tan agudo como el que en otros tiempos le permitía ahuyentar todos los gorriones de un gigantesco algarrobo. Entonces empezó la batalla: estrépito de golpes, exclamaciones agresivas, plumas deshaciéndose en el aire, trozos amputados y manchas rojas salpicando como destellos. Manuel contuvo al muchacho, absorto ante la imprevista carnicería: es la tradicional inmolación de los pájaros, explicó, parte de la catarsis.

Las aves despiadadamente batidas parecían aceptar el sacrificio, aproximándose en sus trenzados vuelos a las antorchas y espadas asesinas. El techo rococó volvió a cerrarse y las plumas que flotaban en el aire se trocaron en pétalos.

Desde ese instante la orquesta sólo hizo oír tambores y trompetas. Ingresaron numerosos sacerdotes eunucos arrojando cubos perfumados y la luz clara de los cirios se redujo a la oscilante de escasas antorchas. La reprimida delectación ingresó aceleradamente en un clima tenebroso y frenético; el absolutista siglo dieciocho involucionó hacia sus orígenes paganos.

Manuel adulto acató la orden de su *tona*, abandonó al muchacho que debía asumir su conciencia agónica y corrió pesadamente hacia el centro de la pista. Los sacerdotes le rodearon, cubriéndolo con las alas de sus túnicas. Su mujer, junto a Diantre, lanzó un chillido y se ocultó la cara con las manos, asustada de lo que iba a ocurrir. El Archigallo, de pie ante su trono en forma de cáliz, aguardaba con los brazos extendidos. El joven, comprimido entre los espectadores, torcía la cabeza para contemplar el extraño episodio. Los seres epicenos, envolviendo a Manuel, lo arrastraron hacia el pie de la escalinata regia; luego se separaron, corriendo como pajarracos deleznable. La orquesta acentuó su ostinato angustiante. Los sacerdotes empezaron a desarrollar una grotesca coreografía ritual, agitando anárquicamente sus miembros y tremolando bárbaramente sus cabezas arrugadas. La vehemencia de las contorsiones arrastró a varios espectadores. La cara del muchacho había enrojecido, atacado por la fiebre; empezó a tiritar esperando la culminación de la híbrida ceremonia.

Obedeciendo un gesto imperioso del Archigallo, los sacerdotes dejaron libre la mitad de la pista. Manuel quedó solo y expuesto, como en aquella proyección mediante la cual Diantre le había anticipado una secuencia del Juicio Final. Manuel lucía una sonrisa falsa y una mirada triste; sus manos se crisparon como las del religioso aferradas al paño lactescente de un altar; en un vaso azul se comprimían las flores blancas; el Juez lo condenó por rezar de espaldas a la multitud. Manuel introdujo la mano en sus ropas, desgarrando botones, y extrajo el puñal ondulado y reluciente, el mismo que había cortado sus venas.

El muchacho se estremeció y pretendió abalanzarse para quitarle el arma, pero la multitud lo apresaba irreductiblemente. Palpó su artefacto nasal, intentó despegarlo,

molesto y febril, pero ya había comenzado a adherirse; lo golpeó con el puño dando voces, maldiciendo, llamando la atención de sus vecinos. Era inútil. El cubo le inyectó un aroma que debilitó su brazo.

La orquesta ensordecía con su repiqueteo inclemente, estimulando la carrera desbocada de los latidos. Las caras extasiadas y los ojos en blanco flotaban sobre las quebradas luces rojinegras de las antorchas. Manuel alzó el puñal del sacrificio y lo apuntó hacia su cuerpo. El Juez lo miraba. El Archigallo lo miraba. Diante lo miraba. En el ritmo enloquecido se intercalaron fórmulas rituales. Manuel, solo, expuesto y vigilado, con una aureola fosforescente rodeando sus cabellos, lanzó una carcajada histérica, dejó resbalar la hoja filosa por el pecho cortándose la camisa, se detuvo un instante a la altura del ombligo y con un golpe seco y brutal, amputó sus genitales. La música se espasmodizó en un acorde estridente. Los sacerdotes rodaron en violentas convulsiones. Hilos de sangre descendían por las piernas de Manuel para unirse con su desdichado órgano. De la sangre brotaron anémonas, rosas y violetas. Manuel parecía inmensamente tranquilo, flojo y desdichado.

El joven percibió el dolor en sus propios testículos: acababa de presenciar su futura tragedia. Intentó nuevamente despegarse el cubo de la nariz. Ardía de fiebre. El salón infernal empezó a girar hacia arriba, como las aves lo hicieron hacia abajo, y se desvaneció lentamente. Los criados, con uniformes purpúreos, se encargaron de retirarlo. Manuel, entretanto, era ungido emasculado sacerdote por el Archigallo, respaldado por la complacencia de Diante y los gemidos de fatiga que exhalaba la saciada multitud.

CAPÍTULO XII

El LANZAMIENTO DEL LIBRO debe ser un acontecimiento, ordenó Bartolomé López Plaza. Los escritores agrupados en el C.E.L. asintieron unánimemente. *Un acontecimiento*. El secretario del Intendente consiguió en un presuroso viaje a la Capital Federal el direccionario al día de las autoridades nacionales y provinciales vinculadas a la cultura en variados órdenes. Y además, intelectuales relevantes, directores, críticos y redactores de las principales revistas y diarios, agregados de las embajadas. ¡Celina, será algo grande!

Cuando alguien, apelando a un resquicio de sentido común, deslizaba una tímida palabra sobre lo desafortunado del acto, se le cerraba la boca con la importancia que tenía esa novela para Leubucó. *Contramalón* traduce nuestro sentir nacional profundo; accederá a los ambientes decisivos del país. Faltarán hoteles para albergar tantos invitados, es cierto; pero cada hogar será una posada fraternal. La casa es chica, pero el corazón es grande: ese cartel no lo tengo al pedo, mi amigo. ¿Víspera de un milagro, no cree? Aparecieron signos en el cielo. Yo veo cosas extrañas ¿usted no? También: estoy contento. *Horizonte* empezó a publicar en caracteres más visibles opiniones callejeras y hasta pronósticos relativos a «la gran novela de nuestra pampa».

Cartulina blanca y brillante, como un lujoso programa de concierto en cuya tapa se balanceaba el señuelo: *Invitación Oficial*. En su interior el Intendente asumía la representación de las fuerzas culturales del medio e invitaba *personalmente a Ud. (y señora)*, al acto de presentación de la novela histórica *Contramalón*, del joven del joven talentoso y galardonado —galardón de aquel concurso poético organizado por la Independencia— Héctor Célico, que tendrá lugar en el salón dorado del Palacio Ranquel el sábado 15 de setiembre a las 18. A continuación se detallaba el orden establecido. Al pie otro lazo: a las 22 se servirá una cena para autoridades nacionales, provinciales, universitarias, diplomáticas, artísticas y demás invitados especiales, en el Club Social. A la primorosa cartulina acompañaba una carta aclaratoria bastante extensa, que sufría variaciones estereotipadas según el destinatario.

El secretario del Intendente y los miembros del C.E.L. te acompañaron durante las dos semanas previas dictando, corrigiendo, pasando en limpio, ensobrando y estampillando invitaciones. Un rincón del Palacio Ranquel —sede de la Municipalidad— fue destinado para albergar las columnas de volúmenes impresos, cuidadosamente separados de los otros papeles relativos al acto.

Escogiste un ejemplar —no todos eran iguales: una rayita, irregularidad en la costura, un detalle de encuadernación...— y lo instalaste en el anaquel de tu modesta biblioteca junto a otras novelas. Lo contemplaste codeándose holgadamente con las de Stendhal, Dickens, Bronte, Gide. Retrocediste unos pasos, como el maestro Cicognatti frente a sus cuadros, aunque con menos nerviosismo. Distinguiste el

contraste que su lomo violeta hacía con el de los vecinos: parecía destacarse no sólo por el color, sino por ese algo que tu ojo deseaba con apasionamiento: calidad. Te envanecías, Héctor. Y consideraste necesario volver a conversar con Gumersindo Arenas para no perderte, oír su palabra lenta, mirar su piel oscura y rugosa.

Te embelesaban sus cactus gigantescos, como fantasmas corporizados.

—En ellos podríamos enterrar al grupo Brain —propuso don Gumersindo, señalándolos con su bastón—. Un poema de Albariconte dice que antes de la Conquista los cactus estaban cubiertos por un vello húmedo y suave que nadaba en los pliegues del viento, sonreía al sol dorándose y en la noche adquiría el color de la plata; crecían junto a los arroyos; que los indios los usaban para curar heridas, frotando su emoliente superficie sobre la carne abierta. Hace una descripción muy bella. Después, con tono épico, refiere la llegada de los blancos a estas tierras, matando indios, robando sus riquezas y violando sus mujeres. Entonces, dice el poema, los cactus inspiraron violentamente, espantados, y chuparon toda el agua de los alrededores; nació el desierto, sus cabellos blandos se erizaron convirtiéndose en espinas y en sus cuerpos redondos acumularon el agua que volcarán tumultuosamente sobre los monstruos, anegándolos.

—Estupendo...

—Se lo escuché a él mismo, cuando lo invitó el C.E.L. y lo publiqué en *Horizonte*>. Tengo memoria de historiador y de chismoso... ¡y de poeta! Hay palabras y conceptos que no se olvidan...

—Entonces usted decidió cultivar cactus...

—Lo decidí antes. Albariconte admiró mi colección y me dijo su poema... Las espinas deben ser como lanzas ¿las ves?

—Sí: son poderosas.

—Y los cuerpos gordos, hinchados de agua.

—Tanta como para un diluvio, el diluvio que imagina Albariconte.

—Ahá... Ya ves, él siempre ha sido coherente con sus obsesiones. Las expuso claramente, aquí. En su conferencia reconoció que el mesianismo de algunos intelectuales —su obsesión fundamental— tiene una raíz romántica: el hombre solo, noble y sufriente, que padece la incomprensión del mundo. Eso no es nuevo; pero él lo interpreta como el producto de un antagonismo entre el saber y el poder; es decir el mesías padece mucho conocimiento —divino— y poca fuerza —humana—. Exacto. El intelectual, por su cultura y el afinamiento de su sensibilidad, participa de ese sufrimiento. En el nivel teológico el sufrimiento es una categoría operativa y salvadora; pero no siempre en el nivel antropológico. El exacerbamiento de la angustia romántica dio pie al sentimiento mesiánico e individualista que se prolonga en algunos intelectuales de nuestro mundo, en él especialmente, con riesgo de llevar al narcisismo ineficaz y reaccionario. Albariconte era extraordinariamente sincero...

y difícil para muchos.

—¿El auditorio de la Biblioteca Echeverría pudo asimilarlo?

—A medias... o nada. Recuerdo, y lo consigné en el comentario que escribí para *Horizonte*, que en un párrafo de la conferencia dijo más o menos así: el intelectual cree manejar el timón de la historia y gravitar sobre ella, pero comprueba a cada paso lo contrario... Su condena es saber que no cambia al mundo, pero que debe querer hacerlo. Para mí son frases inolvidables.

—Me parece estar oyéndolo; es cierto: son sus palabras.

—Inolvidables..., Después lo invité a casa, donde organicé una reunión a la que hice venir, sin conocer sus flirteos, a la hija de Conrado Castelli y a la señorita Irrazúriz. Se produjo un rebote fuerte. Entre música y baile, siguió exponiendo sus ideas obsesivas.

—Pero interesante.

—Te ha cautivado, por lo visto..

—¿A usted no?

—Claro que sí. Lo he comentado mucho, lo he memorizado... Ahora su gordura choca con el ascetismo que uno atribuye a los místicos. Entonces, en cambio, quillotraba, como diría López Plaza. Con él precisamente, sostuvo una discusión. Mientras López Plaza exaltaba las glorias del intelectual, Fernando sostuvo que su saber y su no poder, le obligaban a la discreción, que es la antesala del fracaso. Y agregé: la gloria del mesías tiene que pasar a través de un fracaso.

—Esa concepción no era digerible, por supuesto: no tenía... ¡grandeza!

—Así es. Y quienes no coincidieron o no entendieron, encontraron pronto otros argumentos para descalificarlo: su actuación en una función del pastor Joe Tradiner. Hasta salió una nota en el diario...

—Me contaron.

—Por eso es difícil que muchos den crédito ahora a su denuncia: pesan sobre él los adjetivos de excéntrico y loco. Fernando Albariconte no es una buena palabra en un lugar como Leubucó. Aclaro: para cierta gente.

—Pero lleva nueve años intachables en la Independencia. Es decir, «intachables» para esa «cierta gente»...

—Las comadres son inapelables, Héctor: le llegó a decir a ese Tradiner que el mesías estaba con los hombres, ahora, impulsándolos, que si le ignoraban, ¿acaso no ignoraron a Jesús? Si no se producían los portentos de los tiempos finales, era porque así revelaba su carácter transitivo, evolutivo o preparatorio: era el largo alfabeto que une la primera llegada: alfa, con la última: omega. Esto era una herejía, una ofensa. La multitud se alzó violentada, Tradiner lo sacó a patadas del escenario.

—Cierto... y Albariconte no lo ha olvidado.

—Pero él no dijo nada extraño a sus obsesiones congruentes. Ese sentimiento

mesiánico, al tener posibilidades transitivas, abarcaría multitudes; ¿te das cuenta? Rompe la calidad de espectadores que otorgaba a los fieles el sacrificio de Jesús, para convertirlos en actores del sacrificio y de propia salvación. Por eso te dije que el misticismo de Fernando no era de anacoreta...

—Él cree que ha fracasado...

—El fracaso es la fragua del mesías, lo repitió, te lo habrá dicho.

—O sea que...

—O sea que su dolor tiene sentido. Para él su vida frustrada, amarga, no es como para otros: está llena de significaciones y consecuencias.

—Dice que es un marrano.

—¿Y qué es un marrano, Héctor?

—Un hombre desdoblado, que niega a Dios en público y le pide perdón en secreto.

—Que sufre además, que llegó a ese estado por la imposición de un orden injusto y que, fundamentalmente, nunca corta su lazo con Dios, es decir, con lo que a pesar de todo considera la verdad.

Las espinas de los cactus mantenían su guardia insobornable, indiferentes al diálogo y a tu inquietud.

Antes de la fecha crucial empezaron a llegar cartas con membretes oficiales. Bartolomé López Plaza, director de la orquesta que hacía vibrar *Contramalón*, releyó indignado muchas de ellas.

—¡Es claro! —rugía—. Inventan excusas para no comprometerse con Leubucó. Más de uno tiene curiosidad por tu libro y le gustaría venir y pasarse un hermoso fin de semana aquí. Pero no se atreven a prestar su nombre a la juventud, a la novedad, al interior. Verás cómo aparecerán por otros motivos. Querrán conocerte. Tu libro triunfará. Será el triunfo de la justicia.

Tu madre guardó algunas invitaciones como recuerdo. Tu padre casi llegó a las manos con un ex compañero del Banco cuando exclamó que la ciudad había perdido sus cabales para hacer tanto ruido por una novela que nadie conocía, absurdo. ¡Absurda será tu bestialidad! exclamó tu padre, mostrando los dientes. ¡A mí no me insulta nadie! ¡Te insulto yo, y qué! ¡Repetilo! ¡Sos un animal! ¡La puta que te parió! ¡Qué te recontra, carajo, con tu hijo novelista! ¡Te mato!...

—*Yo no estoy confundido, Héctor.*

—*¿Sobre qué, papá?*

—*Sobre tu libro. Tu futuro no es ser escritor. No te ilusiones.*

—*¿Por qué?*

—*Porque los escritores son parásitos. En las grandes ciudades son algo peor. Tu inteligencia tendrá que aplicarse a algo útil.*

—¿Creés que por otro camino habría conseguido esta popularidad?

—Por eso te digo que no me confunde. La popularidad no da de comer. Me alegra, me pone orgulloso tu libro por supuesto. Pero no me confunde.

Dijiste eso de la popularidad para tocarle el lado flaco. Lorenzo no se rendía ante la evidencia... ¿Evidencia de qué? Contemplabas con ironía al Patriota grandilocuente; a los escribas infatuados con tres versos y dos artículos; al Intendente que accedía le arrancarían lonjazos del presupuesto municipal; al frustrado Dante Cicognatti, que trajo sus pinceles a un lejano oeste argentino sin indios y sin oro; al pobre imprentero, hijo de imprenteros, que soñaba con una gran Verlag en la pampa seca. El desierto producía espejismos. Pero también —lo afirmó varias veces Albariconte— un impulso místico; los que se agitaban por tu novela no eran bobos, sino hombres tocados por una llama misteriosa y energizante; eran los admirables de quienes no debías reírte con la limitación burocrática de tu padre. En Leubucó palpitaba el germen del prodigio y la trascendencia, que tu padre desconocía merced a su obsesión práctica. Y que vos mismo descalificabas para tus adentros con irrefrenable crítica zumbona. Sin embargo, la principal maravilla de Leubucó, esa portentosa explotación de flores en la profundidad de la pampa, recibió la pronta colaboración de tu padre, quien ante la tentación del ofrecimiento olvidó sus argumentaciones realistas. De ese modo, el espejismo atrajo a dos hombres opuestos: tu padre y Albariconte, que coincidieron originariamente en su desconfianza hacia la empresa, luego trabajaron para ella y finalmente desembocaron en un apoyo a la ilusión por el realista —tu padre— y en una denuncia temeraria por el soñador —Albariconte—. El trampolín que iba a producir el gran salto de Leubucó hacia el futuro empezaba a mostrar su inconsistencia, paralelamente al proceso que enaltecía el nuevo trampolín que debía ser tu novela. ¿Se trataba realmente de relevo providencial, como se reconfortaba López Plaza?

Tu madre se quitó el delantal de cocina: Héctor, no me gusta cómo anda papá.

La miraste en silencio.

—Lorenzo no es capaz de encubrir porquerías, por eso lo echaron de Buenos Aires cuando era joven, no necesitaba aceptar sueldos malhabidos, tenía condiciones de sobra para conseguir otro trabajo... Pero vos, Héctor, vos creés...

—No, mamá. Pero si hay algo feo, que lo diga, o que lo busque. Después será peor.

—Si hay algo feo, él no lo sabe. No lo sabe, Héctor. No lo sabe, por Dios.

—¿Te dijo algo?

—Sí... no, es decir, le preocupa eso que dijiste, tus dudas.

—Mamá; soy su hijo ¿por qué no se sincera?, ¿por quién me toma?

—Tu padre es orgulloso.

—Y yo soy un mocoso de porquería ¿no es así?

—Atraviesa un momento difícil, necesitamos apoyarlo y no hundirlo.

—Él te contó algo...

—Me habló de vos.

—Y mi libro: ahora le entusiasma el lanzamiento.

—Siempre le ha entusiasmado, Héctor, no seas injusto.

—De otra manera.

—Héctor: necesitamos ayudarlo.

—¿Qué ocurre mamá, por favor?

—Varios chacareros han venido a reclamar el reintegro de sus acciones...

—¿Cómo?

—Son ignorantes, creen que una sociedad anónima es una tienda donde se reclama lo que no sirve. Lo grave es que está corriendo la noticia de la defraudación...

—¡Mamá!

—Sí, hijo —los ojos se le llenaron de lágrimas—; y amenazaron a Lorenzo...

Celina buscó en sus bolsillos y luego alzó el delantal con el que secó las mejillas: han escuchado por radio, de Buenos Aires; parece que varios políticos quieren hacerse famosos con este asunto; son oportunistas, aventureros, nos arruinarán a todos, Héctor. Los políticos no se frenan ante nada.

—¿Políticos, dijiste?

—Sí, me contó Lorenzo. Y están haciendo todo el ruido que pueden. Habló con Ceballos.

—¿Qué dijo?

—Que la denuncia originaria partió de Leubucó, de aquí. Lo retó a tu padre y le encargó que no perdiera los estribos.

Evocaste los cactus de Gumersindo Arenas y sus espinas como flechas que partieron hacia Buenos Aires con cartas inflamables... A los políticos, a la C.G.T. Una rebelión contra la estafa, un desafío del interior postergado. Tal vez burdo, ingenuo o irresponsable. Pero que ya no se podía contener.

El viernes tu madre fue a la peluquería. La atendieron con deferencia. Todas las mujeres hablaron de *Contramalón*, la felicitaron por su hijo «escritor», a quien una conoció cuando era así de chiquito y otra cuando asistió al cumpleaños de su nene. Te removieron la infancia, de donde saltaban con una evidencia nunca descubierta antes, tus inclinaciones literarias, tu agudeza de observación y tu riqueza imaginativa. Además, según unas, tenías voluntad y según otras, con el genio se nace. Palabras sin pudor. Te decían genio: en Leubucó un collado puede ser una montaña y un gorrión el símil del cóndor. Celina se regodeaba con inmodestia, compensando su angustia permanente.

La noche anterior no pudiste conciliar el sueño. Los vendavales desatados

confluían en la gran tormenta. El sábado 15 de setiembre arribarían por ferrocarril y por ómnibus la mayor parte de los invitados especiales. Tenías que darles la bienvenida, justamente con los miembros del C.E.L., acompañarlos a sus respectivos alojamientos en hoteles o casas de familia, reunirse luego con los periodistas, almorzar con el Intendente y los huéspedes, dar un paseo con estos últimos por el centro y los lugares más interesantes de la ciudad y por fin asistir al solemne acto de presentación.

Las previsiones sufrieron los primeros desgarros. No vinieron escritores de relevancia. Tampoco los esperados periodistas de la gran prensa capitalina. Del cuerpo diplomático sólo se hizo presente el agregado aeronáutico de la embajada de Italia, en consideración a la importante colonia piemontesa. Algunos viejos y jóvenes poetas, cuentistas y escritores menores traían las maletas llenas de apartados y volúmenes para distribuir. ¡Es un desaire imperdonable!, protestó Gregorio Tassini. ¿Qué esperaba usted de éstos?, gritó don Robustiano, fácilmente alterable en las últimas semanas. El Patriota, paradójicamente tranquilo, insistió en que no importa, que con o sin ellos todo saldrá bien: los momentos estelares no suelen acompañarse siempre del contorno merecido: Jesús nació en un establo y los Reyes vinieron después. Sucederá lo mismo: vendrán después, con obsequios, con devoción.

—¡Les echaremos a patadas! —protestó Cicognatti.

—De ninguna manera —se negó con profunda dignidad el Patriota—; los recibiremos como cuadra a nuestra cultura y nuestro valer.

Conversaste con muchas personas sin recordar sus nombres, dichos imperceptiblemente durante las presentaciones de (mal) estilo. Y pronto te aburrió la reiterativa y zalamera insistencia en tu juventud, como asimismo las hipócritas referencias a las virtudes del clima y la geografía de Leubucó. ¿Y los vientos de tierra que rayaban los ojos y herían la piel, la desesperante mezquindad del agua, el hambre del ganado, la soledad abrumadora que imponía un *Horizonte* inacabable? *Leubucó es el paraíso, señores. Aquí florecen las rosas más bellas del mundo.*

En el salón dorado del Palacio Ranquel se habían efectuado los arreglos necesarios. Las butacas de la platea brillaban. Una mesa central con gran paño rojo; sillas para autoridades y oradores dispuestas en perfecta herradura. El micrófono de pie y de mesa, conscientemente probados y ajustados, con la vasta red de parlantes interiores y exteriores, estos últimos sobre la plaza: para las multitudes que no faltarían a la convocatoria. La decoración principal era una reproducción gigantesca y llameante de la tapa del libro que realizó personalmente el maestro Dante Cicognatti: un afiche enorme, más grande y proporcionado que el astigmático retrato de Bécquer en la Fiesta de la Poesía. Te cruzaste con López Plaza en la calle, luego en el hall de un hotel, también en la escalinata de la Municipalidad. Tu eminente prologuista quería hacer notar su presencia a cada uno de los huéspedes, aunque fueran

insignificantes, recurriendo a sus actitudes de prócer o alguna de sus frases de sonancia vagneriana. Ese día era también el suyo, por razones obvias. Don Gumersindo y sus huestes del C.E.L. no se dieron descanso en la agotadora jornada. Gregorio Tassini llevaba un cuaderno en el bolsillo con la extensa lista de obligaciones a cumplir, de naturaleza protocolar o doméstica; sus gruesos anteojos se empañaban en transpiración. Poco faltaba para que la Banda Municipal hiciera sonar sus trompetas y la población fuera invitada a embanderar los frentes de los edificios. El imprentero exclamó: menos mal que todos los meses no se lanza un libro así ¿no es impresionante?

Hasta la hora del acto el desarrollo de los acontecimientos funcionó con lubricado ajuste. El centro de la ciudad te pareció algo transformado por la presencia de desconocidos que te saludaban alegremente o porque se te esbozaba un placentero complejo de persecución: ojos que te seguían, voces que te nombraban, cerebros que cosían juventud-Célico-triunfo-*Contramalón*-patria-literatura.

El maestro Cicognatti, con su habitual excitación, te apretó el brazo:

—¿Sabe que ha venido un corresponsal de *Prospectiva*?

—No, ¿cuándo?

—Hace unos minutos, en un auto de la revista. Lo acompaña un fotógrafo.

—Qué bien, maestro.

—¡Maravilloso! ¿Se da cuenta? ¡Buenos Aires a sus pies! *Prospectiva* es lo que más se lee. ¡Yo siempre dije: *Contramalón* hará hablar!

—Gracias, maestro.

—¡Hasta pronto! *¡Si avvicina Vístante decisivo! ¡Avanti!* —levantó su brazo, lo proyectó como lanza, flexionó la cabeza y arrancó velozmente.

Te recostaste en un sillón, arrojando lejos los zapatos; necesitabas descansar. Azucena Irrazúriz mandó un ramo de flores a tu madre: se consideraba también responsable de tu éxito, ella fue la primera en exaltar tus valores, los propalaba sin tregua ni discreción, temiendo que le birlaran su mérito. Y hasta confesó que el empuje de López Plaza se debía a su permanente trabajo persuasivo, porque el doctor me oye con gran respeto ¿sabe? Yo le dije que Héctor es un chico genial, que merece nuestro cariño y nuestra colaboración; he hablado con don Robustiano Buteler para que el Directorio de la Independencia le obsequie con una plaqueta que recuerde la Fiesta de la Poesía; y también le dije al Presidente del Rotary; no puede faltar nadie; la Cooperadora de la Escuela ofrecerá un pergamino con la firma de los maestros, de eso me he ocupado personalmente; y lo mismo el Club Social, no crea que porque soy mujer y soltera he dudado en hablar con varios miembros de la Comisión Directiva; será porque fui la maestra de Héctor, o porque fui la primera en descubrir sus condiciones literarias, pero me siento obligada a realizar todo eso. No, no es ninguna molestia, al contrario, me siento feliz. Pero qué digo, si es mi deber. ¡Qué

contenta estoy! Me parece que estuviéramos presenciando el nacimiento de Amalia de Mármol; o María, de Isaacs. Y pensar que Héctor fue mi alumno. ¿Se acordará de mí cuando sea famoso? Bueno, bah, tonterías. Héctor es un chico de gran corazón.

Y adormeciéndote, viste de nuevo a los zombies de Albariconte, que continuaban su trabajo como la mayoría en Leubucó, ignorando la insólita fiesta de la elite pseudointelectual. Golpeaban aceros, perforaban rocas, amontonaban ladrillos, transportaban cementó, claveteaban marcos, construyendo edificios que no habitarían, con perseverancia incomprensible. Sus cuerpos, verdes o granates, movilizaban la materia en una producción incesante. Los látigos hacían garabatos en el aire, aplastándose contra sus espaldas sumisas. Pero el látigo no les hacía apresurar sus movimientos y su ausencia no los hubiera retardado: los zombies perseveraban en su mecanismo regular e ilógico. Al margen de las fiestas e impermeables a las emociones. Y su falta de rebeldía te inquietó profundamente, como antes.

En el Palacio Ranquel prosiguieron los arreglos hasta la llegada de los primeros contingentes de público. Las beatas de la calle Yanquetruz afirmaron solemnemente que las tumbas del cementerio se sacudieron esa madrugada ¿de regocijo?, ¿de admonición? ¡Dios santo, Dios santo!

CAPÍTULO XIII

LAS OREJAS PÉTREAS de los zombies no atrapan las volutas sonoras de las máquinas de escribir ni las de los bolilleros que se aferran al papel para transfundirles su linfa oscura. Tampoco sus órbitas vacías ven lo que sus dedos ordenan. Sacados de féretros herméticos y engañados con simulacros de resurrección, los zombies afirman su muerte con el absurdo de un trabajo que responde al látigo, pero nunca a un afán de vida y libertad. Infinitas bocas descompuestas articulan palabras que no se oyen. Infinitas manos insensibles doblan páginas que nada dicen. Sólo hay movimiento. Producción, destrucción y transformación. Cabezas que se inclinan y enderezan, torsos que bajan y suben, rodillas que se flexionan y extienden, pies que caminan, corren y descansan manos que atan, desatan, estrangulan, estiran y muestran sus terminaciones romas desprovistas de uñas. Los zombies llenan el planeta, los diarios, los libros, los cines y campos de deportes. El movimiento incesante y absurdo, perfectamente organizado por el látigo manipulador, sarcástico y necordúlico.

Cuando descendieron –vos con un extraño peso en el tórax, él, bambolenado el vientre—, les salió al encuentro un perrito de pelo rojo envuelto en traje escocés. Se enredó en las piernas de Albariconte trazando círculos. Enseguida apreció un joven desolado: ¡dónde te escondiste, sinvergüenza! y e sus reproches goteaba el caramelo de su femineidad. Le hizo algunos gestos amenazantes, le acarició el lomo y se lo llevó. Era de esos perritos que los romanos sacrificaban en primavera a la estrella de Sirio para favorecer la maduración de los granos. Junto a la nuca de su dueño, los ojazos del animal miraban con aprensión.

Avanzaron hacia los cuadros de sol que resbalaban del follaje. El encuentro con peatones desconocidos, que por eso mismo parecían normales, te dio la seguridad que se obtiene al despertar de una pesadilla y sentir el colchón, el travesaño de la cama, las rendijas de luz a través de la celosía entreabierta. Las mejillas de Albariconte se sacudían levemente al caminar, colgando de los ojos secos, detrás de los cuales habitaba un inquietante Manuel desdoblado en un adulto y un niño, una ficción, una persona angelical o tarada; en él se asociaban muerte y amor. Giraba en torno a la muerte que a veces es la huida y otras el heroísmo.

El aire fresco, oxigenado, estimulante, perfumaba tu cara mientras caminabas por la vereda. Las razones de Albariconte – o sus sinrazones- tenían peso místico. Los

bloques del pensamiento se alternaba, resistiendo y entregándose. Astros que dependen unos de otros, que parecen vivos cuando están muertos porque envían a través de años luz los destellos de épocas povectas, mientras nada dicen cuando están ardiendo. Y la locura equivale a luz de las estrellas: mensaje titilante de una vida que ya pereció. Albariconte estremecía su materia con el ritmo pausado de la marcha.

Hay alegrías que son fuertes como una bofetada humillante, dijo Albariconte, recordando la oportunidad en que Antonio Ceballos ofreció prostituírlo. soledad se alegró muchísimo En el rostro de Ceballos no cruzaban llamaradas, no existían amenazas de torturas ni anticipos del infierno. Simplemente ofrecía Algo. Su naturalidad, su lógica, sus planteos amables estremecieron a Soledad bien y a mí mal. Soledad se encargó luego de cambiarme. Cuando regresamos a nuestra gruta de amor, Soledad saltó a mi cuello, su cuerpo se adhirió al mío, vibrante. Hacía mucho que no la sentía con semejante exaltación. corrió a la esquina para comprar un vino blanco; arrojó el corcho al piso sucio. Brindamos, convenciéndome sin usar palabras: su amor obtenía una compensación pródiga. Me estás regalando un día muy feliz, querido.

¿Estás segura que debo....? ¡Querido, ni pensarlo! Pero... Un beso lacró mi duda. volvía Ceballos. Poco a poco Ceballos se transformó en Antonio. Con Antonio me sentí más cómodo. Con Ceballos no. Soledad, en cambio, se sentía bien con ambos, especialmente con Ceballos, a quien yo temía y, embozadamente, detestaba.

La prostitución tenía su recompensa, desde luego. Y con recompensa casi ni se la advierte. Es cuestión de prejuicios, dicen algunos. Otros: de principios. De éstos me quedaban pocos, me sentía en los finales. Final de una etapa y final de la inocencia. ¿Por qué la inocencia se asocia frecuentemente a estupidez? Estúpido es el hombre que se deja arrastrar hacia donde le estrangula la repugnancia. Y el que prefiere inhalar el hedor porque obtiene compensaciones, es un inmoral. El círculo se cierra en una danza de íncubos, Héctor, que representan inocencia frustrada, estupidez enaltecida, moral incomprensible... ¿me seguís? La recompensa de Ceballos estribaba en mi solercia de escritor: sueldo, status, apoyo publicitario, relaciones con críticos. Fama. Admiración. Poder... Más fama que poder, más admiración que méritos. Y el alma se me venía a los pies. Porque yo sabía que era la prostitución y la mentira.

Cuando niño tuve extrañas preocupaciones: los héroes, Dios, los indios. Buscaba la relación de los héroes con Dios, de los indios con los héroes; los representaba con espadas, nubes y flechas, tratando de encontrar en ellas el arcano del poder y la nobleza. Sus luchas y objetivos, aunque opuestos y confusos, incluidos los de Dios, siempre apuntaban hacia algo. Tenía una vocación precoz por la justicia, que tal vez abrevó en lecturas de fábulas o en afortunadas experiencias que después olvidé. Reconozco en ello cierto maniqueísmo... o inmadurez conceptual. En la adolescencia me impresionó Mahoma, como síntesis del héroe y el santo; después me fascinó

Beethoven, por su dolor y voluntad prometeica. Por último volví a Jesús: un Jesús diferente del que visitó mi infancia mimado por Reyes y dotado para milagros abundantes; era otro Jesús: el que habla como siente y se conduce como le impulsa su verdad; regó mis entrañas y desarrolló mi identificación. Nació el sentimiento mesiánico; con él se destila felicidad, confianza, lucidez. Y también uno se expone al ridículo.

Cuando ingresé en la Independencia empezaron a revolotear en torno a mis ideales los fluidos argumentos de Antonio Ceballos, como lóbregos buitres que olfatean la carne descompuesta. Decía: la literatura es parte de nuestra sociedad, cambia con ella, soporta o disfruta sus posibilidades. Usted no es un héroe sino un tonto. Hay una cadena productiva; el libro no es un ente abstracto desde el preciso instante en que adquiere corporalidad. Un manuscrito es un pedazo de materia. Desde Gutenberg, esa materia aspira a la reproducción millonaria. La sociedad actual que se critica por simple mimetismo, era la utopía maravillosa de los siglos precedentes. Ahora que la tenemos, despreciamos sus virtudes. ¿Cuándo un escritor pudo vivir de su profesión? ¿Cuándo podía llegar a millones de manos? ¿Cuándo su rostro y su nombre se difundían por radio, pantallas de televisión y revistas ilustradas? ¿Cuándo la gente de la calle comentaba galardones literarios? Esa sociedad de masas que usted, Fernando, desprecia, es más libre que las de antes. La televisión y la radio, los periódicos y el cine, los afiches y las revistas, no esclavizan la opinión: la aguzan, desarrollan, le proponen una gimnasia. Antes las masas estaban encerradas en un solo pensamiento, libro, ideología. Hoy son arrastradas hacia la derecha y la izquierda, adelante y atrás, pero con una riqueza de elementos que juega a favor de la libertad. Entrar en la cadena productiva no es esclavizarse. ¿Acaso toda agrupación cercena la libertad? ¿Acaso el hombre debe estar solo? ¿Acaso ingresar en el ejército de Espartaco es ser otra vez esclavo?

Levanté las cejas: ¿los escritores somos el ejército de Espartaco? Sí, gritó Soledad. Cómo me gustaría, dije yo. ¿Qué son, si no? Ceballos arribó a un resultado transparente: Espartaco, yo, escritores, sociedad de masas, la Independencia es Espartaco ¿está bien? Querido, intercedió Soledad: ¿qué deseas beber? Pregúntale primero al lugarteniente de nuestro libertador, ironicé. Me gusta usted, Fernando, porque ama la burla, dijo Antonio. ¿La amo?, ¿de veras? me pregunté.

—Fernando: a usted no le resultará difícil comprender que en el proceso dialéctico de la historia, un libertador puede convertirse en tirano. Por consiguiente, el empresario que usted no ama, que en esta sociedad facilita, organiza e incluso pertrecha a los guerreros de la oposición que son ustedes los escritores ¿no es en última instancia un caudillo de la libertad?

—Ceballos, usted es un magnífico canalla.

Ceballos liberó una carcajada gozosa.

Triste e inevitablemente, Héctor, yo rodaba hacia el infierno acompañado por ironías.

CAPÍTULO XIV

LOS HUÉSPEDES más importantes se reunieron en el despacho del Intendente. Circularon tazas de café y jugueteó una charla frívola, con silencios desagradables y chistes repetidos. Cuando se consideró adecuada la hora —un anciano abrió delante del abdomen su soberbio reloj de bolsillo que atrajo la atención y originó preguntas que su dueño evacuó complacido—, el Intendente invitó pasar al salón dorado. La conversación de quincallería retumbó en los corredores. Ibas rodeado por trajes oscuros y camisas fragantes. Recordaste la Fiesta de la Poesía y tus compañeros de uniforme avanzando hacia el escenario. Entonces atravesaste una platea vacía. Ahora llegabas al estrado por una puerta lateral. Parecía repetirse la historia, como cerrando un ciclo; pero, como toda repetición histórica, con un parche menos en el ojo de la conciencia...

El salón se había colmado. El público demoró unos segundos en percibir a las autoridades, a los rostros conocidos y desconocidos, al joven autor. Algunos aplausos abrieron las compuertas de un estruendoso fragor que sacudió violentamente al recinto. El Intendente avanzó sin titubeos, seguido por el doctor Bartolomé López Plaza, quien te aferró un brazo. Detrás vinieron los demás integrantes del Gobierno comunal. La organización seguía funcionando. Se apretujaron miembros del C.E.L., huéspedes. El Intendente se detuvo ante la silla del centro; con un gesto te ubicó a su derecha y con otro a López Plaza a su izquierda. Los demás se distribuyeron solos. Empleados diligentes arrimaron sillas a los que sobaban. Contemplaste la amplia media luna de personas paradas en torno al compacto cuadrilátero de butacas. Y había gente fuera del recinto. Deflexionaste hasta dónde puede llevar una travesura, qué fácil resulta arrastrar personas con sólo tocarles una debilidad común. Primero la Independencia, ahora tu novela. Una novela temeraria del comienzo al fin, para consumo de individuos más o menos descocados como vos, que gustó a tu padre porque proyectaba sus resentimientos y entusiasmó al Patriota porque le daba pie a un lucimiento inédito. En *Contramalón* te burlabas de la oficialidad, de los próceres, de los indios, de la vieja y nueva Leubucó. ¿Tu mérito era haberla escrito en Leubucó? A la que amabas. Te conducías con ella y con sus valores como un hijo díscolo, como un amante caprichoso que no podía soportar la mengua del amor. Por eso irritabas: para que te escuchen, te atiendan y te amen. Pues bien: ahí tenías a una multitud amándote. ¿Era eso? Sonreíste a la gente que te miraba con afecto y envidia, sintiéndote, como vos a ellos, cercano y distante. El amor no se da en reposo ni en las cimas de la exaltación.

El locutor se aproximó al micrófono. Los ruidos de la sala se inhibieron. Abrochó su saco elegante, arregló su corbata carmín.

—Leubucó se viste de gala para lanzar al vuelo la creación de uno de sus hijos. Todo nacimiento tiene algo de maravilla —gorjeó—. Y el nacimiento de un libro es

siempre una apoyatura en la escala ascendente de la humanidad. Leubucó se viste de gala, señores, porque hoy se lanza un libro de alguien que nació aquí y dice cosas de esta tierra bendita. A este suceso que celebra la ciudad entera, se han adherido espon-tá-nea-men-te... numerosas instituciones oficiales de la Capital Federal, de la Capital Provincial y otros centros del país. También han llegado adhesiones calurosas de las representaciones diplomáticas acreditadas ante nuestro Gobierno.

Contemplaste de reojo al solitario agregado aeronáutico de Italia...

—En el curso de este acto daremos lectura a una rigurosa selección de cartas y telegramas, porque el tiempo no nos alcanzaría para todos, dado su importante número.

Ojalá fuera cierto. El locutor exageraba con impecable caradurismo y estudiada articulación vocal. Las rosas habían estimulado el coraje de los leubuquenses, o sus quimeras.

—Estos documentos de entusiasta adhesión señalan la enorme trascendencia de este acto y el valor indiscutible que posee el libro escrito por un hijo de nuestra tierra.

Recordaste la palabra «indiscutible»: evocaba la piedra dura, el cadáver descompuesto.

—Además, débese subrayar la presencia de ilustres huéspedes que han recorrido cen-te-na-res de kilómetros para asistir a nuestro evento. Aquí, en este venerado salón dorado del Palacio Ranquel se han congregado autoridades diplomáticas, escritores, historiadores, artistas y amigos de Leubucó que viven lejos de Leubucó. A ellos les decimos nuestro profundo agradecimiento, que se exterioriza a través de un... ¡nutrido aplauso!

Aplausos nutridos. Estabas inmerso en un mar de celebridades: podían ser próceres, merecer estatuas. Y otra novela como la tuya, que sarcásticamente les partiría la crisma.

—Iniciando esta ceremonia hará uso de la palabra el señor presidente del Centro de Escritores de Leubucó, el poeta y periodista Gumersindo Arenas.

Don Gumersindo abandonó el bastón junto a la silla y caminó cuidadosamente hacia el micrófono, donde lo recibió el locutor, quien luego retrocedió con paso de danza hasta un disimulado rincón del estrado. Don Gumersindo contempló a la multitud expectante, introdujo su mano en un bolsillo lateral y extrajo su discurso. Lo desplegó lentamente. Giró un poco para mirar a los sentados arriba. Mostraba aplomo. Con la paciencia heredada de sus antepasados indígenas o de su impregnación gauchesca, fue nombrando a cada una de las personalidades presentes.

La bonhomía de don Gumersindo se revelaba esta vez sin vino ni mate, pero con su calma chicha, de paquidérmica coraza a las impacencias circundantes. La pampa era espacio y también tiempo infinito: el *Horizonte* de las horas no se alcanzaba nunca, como el de la tierra. Siempre era bueno repetir otra anécdota, de esas que

nacen en el campo desierto, como sus briznas humildes, sus cactus guerreros, sus aves traviesas. Era el hombre que admiraba a Fernando Albariconte y comprendía su complejo andamiaje místico, que practicaba un sabio y alegre periodismo de tierra adentro, que había desencadenado la investigación en torno a la Independencia con cartas soflamadas, que se sentía dichoso en la pampa medanosa, que no temía los disgustos de ajenos o allegados cuando propalaba una información, que también podía saltar al cuello de quienes pretendían bastardear a su pueblo.

Azucena Irrazúriz, sentada en quinta fila, con mucho colorete en las mejillas y un florido sombrero que remataba la alegría de su espíritu, tironeaba con las cejas sus párpados pesados: se hacía muy difícil seguir en vigilia la lenta palabra de Gumersindo Arenas. Y tu padre arrojaba su cuerpo sobre el codo derecho y el rato sobre el izquierdo, depositando cansancio y rabia en forma ostensible y provocadora; te resultaba fácil adivinarle el pensamiento: aprovechan los méritos de mi hijo para lucirse. Y poco más tarde ya balanceaba su cabezota redonda el entusiasta imprentero vienés.

El locutor, oculto en un ángulo del estrado, no podía mantenerse de pie. De su mano pendían las glosas del extenso programa. Don Gumersindo olvidó el tiempo y el mundo, como si estuviera contando estrellas junto a un fogón perezoso y eterno. Tenía mucho que decir y el coraje de no callarlo. Era su manera provinciana de irritar. Dejó de percibir las llamadas de la fatiga, la proporción, la tolerancia. El orgullo herido de indígenas, gauchos e inmigrantes de la pampa seca y luchadora, se desquitaba con palabras. Palabras. Palabras que caían con la prodigalidad de una lluvia serena, interminable.

La media luna de gente parada alrededor del apiñado cuadrilátero de butacas se transparentó. Los ojos se acordaban con obsesión de los relojes con o sin disimulo, muchos asistentes se acercaron a la puerta.

Don Gumersindo dobló sus papeles, saludó tranquilamente a la platea, que aplaudía para desentumecerse, giró noventa grados y enfiló directamente hacia vos. Te levantaste para darle la mano. Él te abrazó: estaba transpirado, temblaba con una emoción verdadera. Había hablado con la sangre, pertenecía a tiempos de epopeya, no a la mecanización apremiante y horaria.

Pero el público no daba más.

El locutor avanzó precipitadamente hacia el micrófono. Era imperativo reconfortar a la gente con voz distinta, picada, humorística. Improvisó un chiste que nadie celebró, tal vez por cansancio. Un rumor creciente de voces y butacas le obligaron a correr con desconcierto hacia el doctor López Plaza en demanda de auxilio. ¿Qué hacer? El funcionamiento del acto perdió lubricación. Ya era la hora de la cena. López Plaza decidió categóricamente. Pero el locutor titubeó. López Plaza contrajo el rostro: estaba ordenando. El locutor no titubeó más. Se desplazó hacia el

micrófono, lo aferró con dureza:

—¡Señoras y señores! ¡En breves instantes finalizará este maravilloso acto!

No creía o tal vez ni oía sus palabras.

—Y podremos disfrutar la soberbia comida de agasajo en nuestro Club Social. Les ruego controlar su explicable impaciencia, pues ya está con nosotros... ¡la palabra del doctor Bartolomé López Plaza y la del autor de la grandiosa novela que hoy presentamos! —su brazo te señaló. El programa quedó así amputado. Y mientras López Plaza se dirigía hacia el micrófono, el azorado locutor saltaba como gacela hacia cada una de las personas instaladas en la tarima para explicarles que los otros discursos e inclusive la lectura de algunas páginas del libro tendrían lugar después, durante la cena. No recibió objeciones: nadie estaba tan loco para querer prolongar la tortura. Bartolomé López Plaza necesitaba recurrir a la última capacidad auditiva de la multitud agónica. Se paró desafiante, el mentón proyectado hacia la batalla. Comenzó de insólita manera.

—¡Seré breve! —y calló, para que recapacitaran sobre la importancia de su resolución—. Ni siquiera leeré el prólogo que escribí para la novela de nuestro amigo Célico, como estaba programado —dio un paso hacia atrás contemplando con rostro marcial al adormilado monstruo agazapado en la platea. Inspiró hondo y te sentiste niño, halagado por haber escrito una bella poesía, protegido por la señorita Azucena Irrazúriz en una fiesta escolar. López Plaza arremetió con energía, subrayando cada palabra, en un amplio circunloquio:

—*¡La juventud maravillosa que no sabe de cadenas materiales y está en condiciones, por ello, de igualar el vuelo majestuoso de las águilas en busca de la belleza,* está representada por Héctor Célico, que marcha ufano por los campos elíseos de la literatura nacional con una novela densa en el contenido, inspirada en la forma y soberbia de su mensaje, cargada de fuerza, agresividad, patriotismo, sensibilidad e in-co-rrup-ción! —respiró; respiró la platea, al ver que el acróbata cayó de pie luego del tremendo salto mortal.

López Plaza metió el dedo en el cuello de su camisa, excesivamente ceñido para la ingurgitación de sus venas.

—*Contramalón* ha brotado en esta tierra de mártires como esa oleaginosa que se yergue altiva diciéndole al sol: te miro y soy tu imagen. ¡Leubucó ha cerrado filas tras este libro —y señaló la gigantesca pintura de Dante Cicognatti— porque en este libro Leubucó está reflejada, porque él reproduce su grito vital, porque llevará la pasión de Leubucó a todos los valles y cimas de la Patria, del extranjero, del mundo! ... Señores —calló de golpe; después agregó—: he prometido ser breve. Me reclino modestamente hacia la sombra, porque aquí y ahora, escucharemos a quien esperamos: nuestro joven y talentoso ¡Héctor... Célico!

López Plaza te extendió la mano derecha, mientras con la otra hacía señas para

que te apures. Había que ganarle al sueño.

—¿Preparaste tu discurso?

—Sí, mamá. Estoy fastidiado. Me ha resultado más difícil que escribir la novela. Yo no soy orador y el Patriota nunca será novelista.

—¿Puedo leerlo antes? o es una sorpresa...

—Podés leerlo. Aquí está, si te gustan los tóxicos.

—Oh... cuántas páginas.

—Tengo que explicar mis motivaciones conscientes, por lo menos, aunque no las estéticas: hablar de Leubucó, las guerras, los abusos, las injusticias que duran hasta ahora. Debo mantener el dedo en la llaga. Es lo que corresponde. ¿No te parece?... Aunque no sirva un pito.

El locutor te ofreció el micrófono de pie: una alabarda.

—Gracias.

Los papeles cuidadosamente doblados permanecieron en tu bolsillo. Era necesario terminar pronto. Tu discurso ya no servía.

—Amigos: en mi novela digo con más elocuencia lo que siento por esta ciudad y esta tierra, que lo que expresaría ahora engrillado por la emoción...

Brillante lugar común, Héctor: confusa coartada que hollaron miles de individuos metidos en igual circunstancia. Hubiera sido largo hablar de tus sentimientos. No debías leer tu discurso, no sabías improvisar: era difícil encontrar frases breves y significantes. Recurriste a efectos emparentados con los que manejaba el Patriota, por cierto que con una habilidad muy inferior. Remataste la alocución con un sentimental: Gracias. Muchas gracias. Bajaste la mirada. Retrocediste. En el estrado se pusieron de pie. Abrazos. Se empezaron a disputar tus espaldas. De todas maneras eras un novelista, no un orador. Pero habías pecado, como sentenciaría Albariconte.

Las manos batían a rojo mientras se anunciaba con entusiasmo la finalización del magnífico acto. Los abrazos se prolongaron en la platea. Alrededor tuyo, estrechándote el pecho, palmeándote hombros, diciendo palabras de afecto, rondaban agitadamente los amigos, maestras, parientes, desconocidos. Sin percibirlo, te arrastraron por medio salón. De pronto supiste que el Palacio Ranquel fue evacuado. Percibiste el stand con ejemplares de tu novela. La joven que lo atendía, colaboradora del C.E.L., te felicitó: se han vendido veinticuatro ejemplares.

—Muy bien —exclamaron a coro, sin calcular que esa tarde se habían concentrado por lo menos cuatrocientas personas.

Luego la cena: mucha comida, chistes verdes, negros, marrones, atosigamientos, carne de vaca, de cerdo, de oveja, vino, discursos, postres, más discursos. Gracias: estoy satisfecho ¿café?, otro discurso, torta, champaña. En Leubucó gastan como locos: ¡hay que lanzar libros todos los meses! más discursos, ¿quién paga todo esto?, sueño, discursos, éste es mi último libro de poesías: se lo regalo y me gustaría

publicar otro en Leubucó ¿qué le parece?, aplausos, otro discurso: ¡silencio por favor!, sí: ésta es la noche más hermosa de mi vida por supuesto, ¿otra copa?, ¿cree que me editarán en Leubucó, amigo Célico?, último discurso, me despido con un chiste, le escribiré, aplausos, pero quédense: es temprano ¿cuándo terminará?

De pronto irrumpió la policía y un grito de espanto rajó la sala.

CAPÍTULO XV

HABLASTE CON Fernando Albariconte un tiempo indeterminable.

—Me afeitaré —resolvió de pronto, ingresando lentamente en el cuarto de baño—. Ahí te espera un banquito —lo señaló—: seguiremos el diálogo donde sea.

Su abdomen apoyado contra el lavabo impedía que acercara su rostro al espejo. Lo contempló con detenimiento, girando la cabeza y comparando el brillo untuoso que sus glándulas acumularon sobre el cutis. Apreció con el dorso de una mano las púas negras que se extendían como una mancha de insectos. Reflexionó: tres cuartas partes de los intelectuales descubren sus mejores pensamientos mientras se afeitan; en la Grecia clásica tenían otros recursos, evidentemente, pero nadie los fijó en un tratado y se han perdido; de manera que deberé proseguir mi diaria automutilación... ¿presumiría un gato arrancándose los bigotes?... eso hacemos, en aras de la lucidez ¡vaya barbarie!

Encogiste tu presencia en un ángulo de frescos azulejos.

Albariconte abrió el tocador: una hilera de botellitas parecidas a irregulares soldaditos de plomo saludaron con una descarga de perfumes. Seleccionó un par de objetos y enseguida su piel grasienta se cubrió con una espesa espuma blanca. Los tres dedos centrales de la mano izquierda estiraron una mejilla hacia el ojo, mientras la otra deslizaba prolijamente la maquineta cargada con cuchilla nueva, corriendo los blandos lóbulos de jabón.

—¿Qué enseñaría una puta vieja a una doncella florecida en esperanzas? —conjeturó—. Hoy por hoy afirmarí que una puta no debe simular ser una señora; si algo vale es como puta, nunca como señora; no debe avergonzarse de su profesión ni de su piel gastada... Se termina por respetar lo auténtico, aunque al principio repugne.

La hoja filosa pulió el labio superior y después torció hacia un mechón residual que se ocultaba junto a la fosa nasal derecha.

—Que una puta simule ser una señora implica desdoblamiento. En algunos casos la simulación es convincente y en la mayoría grotesca. Pero en todos, Héctor, en todos arrastra un impresionante lastre de amargura. Mi propio desdoblamiento exigía, para funcionar, que hundiera en el tubo subconsciente montones de acontecimientos, aplastándolos con el pie cuando se resistían a descender, incluso mi vida anterior a Soledad, mezcla de oro y mugre. He saltado sobre esos trastos como sobre una valija que no acepta cerrarse. De vez en cuando, por los bordes salía una camiseta, la esquina de una solapa y antes que lograra esconderlas de nuevo, ¡blop!... ya estaban afuera íntegramente, arrastrando calzoncillos y calcetines. Hay recuerdos que no pude borrar jamás: me persiguen, me torturan. Los estás conociendo, Héctor... los estás conociendo.

Apoyó la máquina bajo el chorro del grifo hasta que barrió la espuma desechada.

Contrajo los labios como un hocico y atacó al mentón. Pero siguió hablando con un leve cambio de tono.

—No sé de dónde proviene exactamente la palabra marrano, pero sé que en los tiempos de la Inquisición los marranos constituían una especie de heroica resistencia, un maquis contra el fanatismo. Los marranos de nuestro tiempo, en cambio, repiten los ritos por instinto de conservación, pero vaciados de espíritu rebelde. Mi desdoblamiento no es, en fin de cuentas, tan imperioso hoy como en aquellos tiempos. Mis pedidos de perdón acumulan más lágrimas, pero no hacen más méritos.

—Fernando... no sé. Usted me impresiona.

—¿Por qué? He llegado a la conclusión de que existe un verdadero establishment del marranismo: por un lado la concesión a las exigencias del mundo, total, es la lucha por la vida; por otro lado los cargos de conciencia a liquidar mediante el psicoanálisis y otros recursos más o menos exorcitantes. En pocas palabras, buena conciencia oculta y sucia conducta operante, mi amigo. Se sublevan los jóvenes con indignación, asimilando conciencia a conducta o conducta a conciencia... La mayoría de las veces fracasan, lamentablemente.

—¿Está seguro de que fracasan? —te opusiste con escasa convicción.

—Para lograr resultados inmediatos... En realidad todos los golpes valen; son gotas de agua sobre la roca; tenés razón: no se debe hablar de fracaso; la revolución más drástica sólo puede cambiar circunstancias; el hombre, que es profundo, insondable, cambia despacito, imperceptiblemente... ¡ay! —se lastimó—. ¡Carajo!...

Cubrió con espuma la breve incisión.

—Una puta vieja juzgando conductas sostendría que el mundo está poblado de pícaros y caníbales, que diariamente el hombre celebra un festín con otro hombre ¿no es así? ¿Qué son los periódicos, los cafés, los corrillos de todas partes? ¿Qué es la risa sino el placer por el ridículo... de otro? Aquí estamos solos: desde ese banquito ves mis nalgas gigantescas de eunuco, podrías fabricar un chiste y cocinarme en tu olla; también llevas una olla para cocinar a tus semejantes, Héctor. Fíjate, la tenés prendida a un costado.

Te llevaste automáticamente la mano a la cintura. Albariconte, concentrado en su operación, agregó:

—Los pícaros y caníbales tienen, empero, sus conciencias: son también marranos. La diferencia entre ellos es cuestión de balanza: en unos pesa más la buena conciencia y en otros la sucia conducta. Antonio Ceballos en el fondo es un buen tipo... empezó de abajo, se hizo solo a costa de empujar, pensar, inventar; llegó a donde quería; sin embargo, para no ser expulsado de su puesto debe presentar un mínimo de méritos diarios. Como Lucifer: ángel hermoso y brillante, necesitaba su reino; lo creó y ahora debe trabajar para mantenerlo.

—¿El diablo cansado?... linda conclusión.

—Analicémoslo bien ¿podría abandonar su infierno? ¿Qué sería de él? El pobre Diablo suda atrapado en su propia caldera. Y debe simular fiereza, voracidad... para que no lo destituyan.

Aproximó la cara al espejo para controlar las zonas afeitadas y las repasó con prolijidad.

—Ya estamos cansados de lucir el color oro de la simulación y esconder el color sangre de la conciencia. Deberíamos arrojarnos hacia el acto heroico, ese acto fundamental de nuestra vida, que esperamos e idealizamos con una especie de mesianismo laico e ingenuo. Ese acto fundamental a veces no es asumido oportunamente y entonces uno llega en seguida a viejo. Es como si se saltara la meta; así como excita verla cada vez más cerca, abate verla achicarse a nuestras espaldas... Por ejemplo, yo tengo la honda sensación de haber llegado a la vejez siendo aún joven.

Apoyó otra vez la máquina bajo el vigoroso cilindro de agua. Estiró su amplia papada y la rasuró a contrapelo.

—A veces me comparo con mi país, como si lo encarnara.

Frunciste el entrecejo y después aflojaste una sonrisa. Albariconte soltó su piel y giró para mirarte nuevamente: en serio, muchacho; llegarás a la conclusión de que sufro una paranoia o vaya uno a saber qué... Comparemos: por un lado mi tamaño, mi peso, mis ilusiones... por el otro mi impotencia, mi frustración. Argentina es así: tamaño, peso, ilusiones... impotencia y frustración. Creció pero no ha logrado lucir la magnificencia de su corola; busca temblorosa un bastón como si nunca hubiera aspirado al cenit. Cuando gritaba en la cuna, tan bella y tan fuerte, la grandeza prometió coronarla y el mundo envidió su suerte... pero después, bueno, después la esquivaron como a una mujer macilenta y quejumbrosa. Argentina es joven y ya se siente vieja, como si el único acontecimiento revolucionario y vivificador que sacudió su tierra hubiera sido la llegada de los primeros conquistadores españoles, allá, en la prehistoria: lo demás se redujo a una estéril y esterilizante comparsa de fantasmas. Y todo eso, Héctor, por haber extraviado el rumbo... ¡si es para aullar como un perro!... —examinó con rabia el cutis terso, comprimió los párpados y luego preguntó como un niño: merecería ser degollado ¿no es cierto?... ¡Compararme con mi país!

—¿Hasta dónde es cierto lo que dice? —musitaste.

—¿Cómo? —te oyó a medias.

—No... nada.

—La vida desdoblada agota y suprime la felicidad, Héctor —prosiguió su monólogo—. El marrano alcanza preeminencia en el mundo falso, contempla injusticias y calla, participa del dolor y calla, obedece como un esclavo y calla. Calla siempre, porque su boca pertenece al territorio de la exterioridad: su conciencia en

cambio arde, pero las llamas no calientan ni su piel. Por eso sufre.

—La simulación es un arma instintiva: la usan hasta las fieras —observaste.

—Pero la fiera que simula y luego ataca, que traiciona, que devora sus propios hijos, no tiene conciencia.

—Entonces esa conciencia es nuestra superioridad —lo cercaste. Albariconte reflexionó un instante y concedió: claro...

—Y el desdoblamiento también... —estrechaste el cerco.

—Tu insinuación es nítida —sonrió Albariconte—. Pero más nítida es mi historia, mi frustración, mi impotencia. Podemos edificar teorías sobre ellas, acercarnos al Bien o al Mal, a la piedad o al pecado, pero en realidad provienen de una cobardía asquerosa. Frustración, impotencia, lágrimas, gordura, simulación, desdoblamiento, todo: pura consecuencia de la cobardía. Si torcí mi vocación, si no pude enfrentar a tiempo la estafa, si descargo mi indignación escribiendo parábolas y, en el vértice final, confiándome con esperanza ingenua o mística en un muchacho como vos, es porque no asumí con integridad y valor mi misión de hombre... Del hombre ideal... También soy hombre así, Héctor, lo sé: cobarde, desdoblado, con una conciencia escondida; pero no soy el tipo de hombre que provoca una redención.

Lo entendías por fin.

Lavó el instrumento barbicida y lo guardó. Enjuagó abundantemente su rostro. Le alcanzaste la toalla. Su rostro apareció más claro.

—Mi sinceridad nace en el sótano, cuando ruego perdón. Escribir es pedir perdón. El buen artista se entrega al lenguaje liberado del perdón: no le frenan las revelaciones más íntimas o peligrosas, ni siquiera los acontecimientos bochornosos, ni las ideas espurias, ni sus contradicciones vitales. Frente al papel desarrolla un acto sacramental.

—¿Es una metáfora?

—No; un sacrificio de verdad. Algunos dirán: el que escribió estas páginas (que podrán ser tuyas o mías), es un torturado, un enfermo, un estúpido; desarrolla situaciones alienantes y lo hace desde su propia situación alienada, con un lenguaje que no puede ser más que una deprimente versión de la libertad. Algunos críticos dirán que mis confesiones y creaciones merecen atención médica, no literaria, correctiva, no delectante, privada, no pública. Entonces al escritor sacrificado le quedará la oportunidad de redargüir que se ofreció con generosidad, heroicamente, que en sus páginas late su sangre y brillan sus lágrimas. Le responderán: ¿acaso alguien te pidió que lo hicieras, boludo?

Albariconte colgó la toalla.

—Pero aunque eso te enrosten, Héctor, no debes claudicar. A la puta le dirán puta y al escritor honesto boludo, pero terminarán por respetar a ambos si no se inclinan... Vamos al living —propuso—: nos esperan algunas bebidas. Te invito libar

a dúo, ya que hasta ahora sólo hubo monólogo.

—¿No es usted la puta que aconseja y yo la doncella que aprende? Mi función es receptora.

—Estás resultando un buen pastel, muchacho... —torció los labios. Pero que el sabor no se te pierda hasta el final: el último bocado, como el último impulso, es el decisivo y perdurable.

—Sanos consejos, Fernando... casi moralejas —ironizaste de nuevo para quebrar el extraño clima que imponía Albariconte.

—Creo que tus ojos no están suficientemente abiertos.

—¿Por qué?

—Porque esto que te digo, que te estoy diciendo desde hace días, no lo manifesté a otra persona: detesto la moralina.

Temiste haberle ofendido.

—No me has ofendido —replicó—: tu presencia, tus circunstancias, tus anhelos, me impulsaron, porque los impulsos son irracionales y súbitos, a mostrarte mis llagas, que escondía con vergüenza y avaricia como un tesoro infame.

Abrió ambas puertas de un pequeño bar. Te interrogó con la mirada: señalaste un coñac. Albariconte lo separó; eligió dos copas. Dándote la espalda, dijo las frases que cerraban una conclusión:

—Una brasa quiere que la vecina también arda; de lo contrario, perece el fuego. Creo, Héctor, que ya has empezado a despedir humo; es una buena señal: te he contagiado la llama.

Asentiste, pensando en sus torturas, en las maniobras de la Independencia, en vos mismo, en tu pueblo tanteando puertas de un futuro incierto.

CAPÍTULO XVI

A MUCHOS les quedó ardiendo en los oídos el grito de la esposa de Robustiano Buteler, cuando la policía arrestó al Directorio de la Independencia S. A. Todavía vibraba en los tuyos, cuando días más tarde el secretario del Intendente te entregó las listas de escritores, revistas literarias y agencias distribuidoras de libros que había recopilado laboriosamente durante la frenética organización del acto. Se desprendió de la carpeta con disgusto. Debías enviar ejemplares autografiados, como insistió López Plaza. Desde Leubucó tu libro iba a trazar rayos hacia todo el país. Tu madre ofreció su concurso, empaquetando los volúmenes. El franqueo corría por cuenta de la Municipalidad, como se estableció oportunamente.

Mientras, tu padre viajó a Buenos Aires para hablar con el señor Antonio Ceballos; le cantarías cuatro frescas: en el Banco había estado seguro, con un salario modesto pero limpio, sin necesitar ascender por una escalera de barro. Ceballos debía indemnizarle doblemente, por la mancha que volcaron sobre su foja. Y además conseguirle otro trabajo, que sea digno, sin estafadores en el medio. Y también exigiría que se compense a los accionistas que volcaron sus ahorros en la fábrica, que él mismo entusiasmó y suscribió: es gente de pueblo y de campo, gente pura que no entiende las defraudaciones, que sólo quería aportar su ayuda a la patria y ganarse honestamente algunos pesitos, que confiaron en él y en la propaganda, que deben recibir centavo por centavo lo que han puesto con algunos intereses también, que es una prioridad, si no me matarán, señor Ceballos, me matarán, se lo juro. Y Robustiano Buteler es inocente, cualquiera lo sabe. No puede quedar en la cárcel: pesa ciento veinticuatro kilos y cumplió sesenta y un años. Es una injusticia, una cochinada, señor Ceballos. En la cárcel debería estar usted y ese otro gordo que se esconde tras usted, ese Fernando Albariconte que es el verdadero culpable, porque él le contó todo a mi hijo y mi hijo soliviantó a la gente y ahora... ahora estoy perdido. La empresa desapareció ¿comprende? ¡Desapareció! Ha sido un sueño. Como decía Héctor, la Independencia no existe... Recorrí el campo, sólo quedan las rosas con su aroma falso, se llevaron las máquinas, desmantelaron los invernáculos, desapareció el dinero de Caja, en el Banco cerraron la cuenta, me vine con mis propios recursos... ¿Qué debo hacer, señor Ceballos?, ¿qué debo hacer, grandísimo hijo de puta?...

Eso le diría.

Tu libro empezó a circular: era el acontecimiento que debía compensar la tremenda desgracia colectiva. Lucubrabas si en esa dimensión pequeña se daría el proceso redentor que tanto obsesionaba a Fernando Albariconte. Tenían que producirse los primeros comentarios literarios; según López Plaza, ellos determinan la tónica general de la crítica, *uno copia al otro, es una cadena oscurecida por el herrumbre*, lo digo por experiencia. Aumentaron los pesimistas: el colapso sufrido por la Independencia produjo una melancolía colectiva. Se afirmaba que la gran

prensa subvencionada por los terratenientes no aceptaría las insolencias de *Contramalón*. Entre los integrantes del C.E.L., en cambio, se aventuraron ilusorios pronósticos: *Contramalón hará hablar originará polémicas, enloquecerá a los snobs, acidulará los estómagos porteños*. Lo avala un prólogo brillante, una ciudad entera lo aplaude: *Contramalón* es el libro del año. Leubucó, por el escándalo que originó la Independencia ya está en boca de todos los argentinos y este nuevo impacto es otro golpe sobre el mismo nervio.

—En un día de éstos aparecerá una crónica del lanzamiento. El fotógrafo de *Prospectiva* ha tomado varias fotos —recordó Cicognatti—. Le impresionó la reproducción de la tapa que colgamos detrás de la tarima; yo le expliqué mi técnica personal que inventé aún en Italia; la miró desde un ángulo, desde otro, compuso la fotografía, una de lejos y otra con el lente de aproximación, será una belleza.

En efecto, el primer comentario llegó con *Prospectiva*. Pero su corresponsal viajero no tenía el alma de Fernando Albariconte, quien muchos años atrás pergeño un artículo comprensivo y afectuoso. El nuevo corresponsal era un hombre erizado por la desconfianza y el rencor, presuroso en subrayar defectos como garantía de su criterio independiente. Dedicó tres páginas a su informe. El título apuñalaba los ojos: *Delirio de grandeza: una ciudad enajenada*. La revista pasó de mano en mano. Produjo latidos en la cabeza, fuego en el vientre. Las charlas de cafés, los diálogos en el trabajo, las tertulias familiares, los corrillos, los encuentros fortuitos giraban confusamente alrededor de ese artículo increíble. La ofensa era brutal. Caían bajo la metralla, masivamente, el acto de presentación, las autoridades municipales, el C.E.L. y en forma generosa el resto de los ciudadanos que se habían solidarizado al esfuerzo común. Al libro en sí no se abría juicio —no hubo tiempo para leerlo, seguramente—, pero se refería a su tapa, *que luce un dibujo sentimentaloides y demodé propio de un artista chato e ignorante*. La revista juzgaba con severidad al Intendente, preguntándose si todo el impresionante show no era una coartada para cubrir la ineptitud de sus actividades al frente del Municipio; que era difícil comprender tan *fantástica erogación* para promocionar una novela histórica que sólo interesará a esa *minúscula localidad... si ello ocurriere*. De Héctor Célico decía que era un jovencito con veleidades, como es frecuente encontrar en lugares alejados, pues en el país de los ciegos... Descargaba un inclemente garrotazo contra el pobre Gumersindo Arenas, destinándole el párrafo más extenso, como graciosa reciprocidad a su interminable y soporífero discurso: *el presidente del pomposo «Centro de Escritores» es un espécimen folklórico que declina en las grandes ciudades, donde el ritmo de la vida no tolera tanto abuso de la lata. Su canción de cuna comprendía una tediosa, inaguantable y presuntuosa historia de Leubucó y de sus instituciones culturales, como asimismo la vacua biografía del joven autor. Las autoridades municipales tuvieron la osadía de invitar a cuanta personalidad política, artística o diplomática*

habita en el país, para que asista a una fiesta escolar. Esa irresponsabilidad sólo se explicaría por el estado de enajenación que provoca la soledad y los vientos. Leubucó se considera, sin pudor, el ombligo del universo, la capital de nuestro país y el semental de su futuro. Afortunadamente concurrieron pocos invitados de prestigio; quienes lo hicieron por lazos familiares o compromisos políticos, escucharon repetir incansablemente sus nombres como triste certificado de la jerarquía que vanamente querían imponer al acto. La mayor parte de los huéspedes eran desconocidos: escribas, imitadores, arribistas que repartían sus propios impresos con dedicatorias exuberantes, en un comedido afán de autopromoción. Lo que debió haberse desarrollado como un suceso íntimo y humilde se transformó en un grotesco de proporciones inusitadas. Las autoridades provinciales deberían adoptar serias medidas contra los municipios que despilfarran el erario para levantar falsos ídolos, organizando actos circenses que chocan con el buen gusto, la decencia y seriedad que debe reinar en torno a la genuina producción artística.

Te estremeciste. El golpe desvanecía tus esperanzas de resarcimiento y expiación: Leubucó estaba nuevamente condenada, como cuando las tropas del Coronel Antonino Baigorria arrasaron sus tolderías ranqueles: una novela no compensa la defraudación, no debe ni puede hacerlo. Y por haber nacido en plena degradación, se ha impregnado de ella.

Por otra parte, tu padre no consiguió nada de lo que pretendía, ni siquiera pudo insultar a Ceballos, a quien vio de lejos en el edificio Patria, donde ni aceptó recibirlo. Tal cual: ni recibirlo... Trabajaba en otra empresa del grupo Brain, la misma que se llevó las máquinas de Leubucó desmantelando las plantaciones, porque hacía rato que las tenía prendadas... Lo planeó el mismo Ceballos: es para tirarse de los pelos o volverse loco.

La ciudad se había alterado exasperando su sensibilidad. Las frases agresivas del semanario indignaron de tal suerte a Bartolomé López Plaza, Gumersindo Arenas, Dante Cicognatti, el Intendente y demás autoridades, que acordaron enviarle cartas furibundas al Director de la revista. Luego la Municipalidad convocó una asamblea popular que concentró a organizaciones culturales, deportivas y de bien público, de la cual surgió una comisión con mandato para viajar a Buenos Aires y exigir reparaciones por las calumnias y exabruptos de su corresponsal. En caso de fracasar esta vía digna y respetuosa, se publicarían solicitadas en los diarios, organizarían reuniones de prensa con otras revistas y se iniciaría acción penal contra la publicación por sus injurias contra Leubucó, sus autoridades legítimamente constituidas y sus personalidades de mayor relevancia. La ciudad es digna y altiva. El «caso explotación de rosas» no da carta abierta para menospreciar y ofender. Por el contrario, Leubucó revelará la hondura y permanencia de sus valores. La desubicación del corresponsal que envió *Prospectiva*, o su sadismo, o su fobia incontrolable, recibirán una firme

condena. Ha injuriado a toda una ciudad proyectando en ella su propia cerrada enajenación —sentenció López Plaza.

Mientras, Robustiano Buteler y los demás integrantes del Directorio de la liquidada explotación de rosas permanecían presos. Las comadres no tuvieron clemencia. Son unos sinvergüenzas. ¿Y si es cierto lo que dicen? ¿Si es cierto que los engañaron?... Que los castiguen por idiotas. De acuerdo: ¿quién les mandó meterse en lo que no entienden? Querían volar alto, ser grandes ejecutivos, entrar en la rosca mundial... ahí los tiene: en la sombra, a pan y agua... le vendrá bien al gordo Buteler... El único que tuvo suerte es Lorenzo Célico. ¿Vio? porque figuraba como empleado, sacó la mejor tajada: cobraba sueldos y está libre; Buteler y los otros no cobraban ni medio y están presos. El «digno» Lorenzo Célico buena ficha, hace bastante que lo tengo bien catalogado. Ahora protesta mucho, quiere cubrirse. Pero ¿a quién engaña ése? En un día u otro algún accionista lo agarrará del cuello. Y querrá estar en la cárcel... le resultará más seguro.

Apareció la primera crítica literaria. En un ángulo de la página dominical del diario más importante de la provincia, con título de mediana talla, decía escuetamente que la novela histórica de Héctor Célico, a través de la *mediocre edición pagada por la Municipalidad de Leubucó*, revelaba el cariño que sus habitantes sienten por la tierra donde crecen y trabajan. *Evoca con estilo ardiente y zumbón la guerra contra el indio*, amazacotando un conflicto de blancos y salvajes, de blancos y blancos, sobre el que *planea un imposible romance* entre la hija de un hombre calculador, con un militar obsesionado por sus principios morales. El libro —seguía la crítica— cuestiona la guerra y la historia, exagerando culpas en el origen de los latifundios. El afán doctrinario de la novela es excesivo. Ello ensombrece lo rescatable del relato y la correcta ambientación histórica. El autor debería apuntar su mordacidad contra los enemigos de nuestro estilo de vida occidental y cristiano, en vez de introducir la anarquía, desconsiderando lo que se construyó con tantos sacrificios. Empero, *se le puede reconocer como una promesa más de nuestras letras*.

—La crítica es favorable —juzgó el Patriota. Aquí dice correcta ambientación. Elogia tu forma de narrar: estilo ardiente. Cuestiona tu afán juvenil, vehemente, hiperbólico, de querer transformar Argentina con un libro.

—Bueno... tanto no. Eso más bien lo vaticinó usted; mi propósito fue escribir una novela.

En el mismo cine donde ocho años atrás retumbó la grandilocuente Fiesta de la Poesía con esperanzas en el arte o en las rosas, volvió a repiquetear la palabra hipnotizante del predicador Joe Tradiner. Regresaba el pastor luego de un brillante periplo por grandes capitales y célebres enfermos, como ilustraban los rutilantes afiches impresos en Taipei, Monrovia, Beirut, Amsterdam, Huston, Santo Domingo y Copenhague. En sus labios hervía el castigo ejemplar que el Señor aplicó (en su

misericordia) a la pecadora Leubucó. *Lanzó su rayo sobre Nínive y su fuego sobre Babilonia*. Leubucó extravió el camino de la santidad, encandilada por riquezas fatuas; la liquidación de la Independencia equivale a una segunda destrucción de la ciudad: *es la destrucción del segundo Templo*, bramaba Joe Tradiner. *Loado sea el Señor. Aleluya, aleluya. Hágase su voluntad...* El pastor atraía cojos y ciegos, histéricos y estúpidos, cosechando multitudes rumorosas y atemorizadas.

Insólitamente, en los bares, patios y zaguanes se comentaba con angustia la casi olvidada y devastadora campaña con que los soldados de la civilización barrieron las tolderías de Leubucó, capital de los ranqueles. Los médanos sepultaron cueros, cadáveres y cenizas. Los vientos se llevaron una malla de gritos espantosos. Luego se impuso la soledad y el silencio. Hasta que sobrevino la reconstrucción.

—Nehemías y Ezra reconstruyeron esta ciudad —afirmó Joe Tradiner—; se produjo el milagro a través de las manos y las plegarias de los inmigrantes iluminados por el Señor. Pero después llegó la tentación y el pecado, encarnados en la forma diabólica de las rosas y de la fortuna. ¡El pueblo abandonó al Señor para arrojarse a los pies del becerro de oro! Y el Señor ardió.

—Loado sea. Loado sea.

—Lanzó su rayo y su fuego. ¡Muerte a Sodoma!... Loado sea el Señor.

—Loado sea.

Los inválidos corrían hacia el mesmerizado pastor. La platea lloraba su desdicha. Tradiner se extasiaba blandiendo teatralmente los versículos y, al contrario de lo que pensaba Albariconte, tal vez ni en secreto pedía perdón a Dios.

Leubucó entera lloraba. Sobre sus restos se abalanzaban los buitres para arrancar las partes que mejor le sabían.

Joe Tradiner amplió su círculo de influencia en el clima lóbrego que le resultaba tan propicio. El desmoronamiento de la Independencia —nudo de intensas ilusiones— equivalía en el alma de esos pobladores aislados, en efecto, a una segunda y definitiva destrucción. Esta vez, como la anterior, merced a la superioridad de las armas blandidas por el progreso. Sobre esa llaga colectiva caían las ácidas gotas que la crítica destilaba contra tu libro. Tu padre yacía amargado, con los párpados ocluidos y un dolor de cabeza pertinaz. Tu madre limpiaba cuatro veces por día la casa para distraerse. Vos, pensando en Albariconte, en la historia o el azar, en tu vida o en tu arte, leías con sumo interés los comentarios, queriendo aprender de ellos, encontrar en esa maraña de opiniones la guía erudita y sensata sobre los defectos que habrías de corregir y las cualidades que atender y cultivar. Pero tu desorientación fue completada por dos revistas que no sólo ignoraron tus intenciones estéticas, sino que atacaron acerbamente tu desdibujado alegato contra los latifundios, interpretando *la reticencia del autor en formular una denuncia clara y firme como prueba de su ideología reaccionaria o su cobardía imperdonable...*

—Sí, las leí —contestó López Plaza—, son resentidos sociales.

—No esperaba tanto veneno —dijiste—. Mi libro no es un panfleto, es un producto artístico.

—¡Ah, hijo! Es el precio de la fama —el Patriota ya estaba en franca contradicción con su reciente postura: ¿se le había esfumado la indignación?

—Yo no escribí para la fama. Sólo quiero que me respeten que traten de entenderme y no me peguen a priori. Esas contradicciones donde lo único coincidente es la ponzoña ¿ésa es la crítica? —lo apuraste.

—La crítica es un género literario también, muchacho. Y no está libre de crítica, a su turno —replicó sin perturbar su olímpico e inexplicable equilibrio.

—Pero doctor, a usted le parece...

—¿Crees que estoy contento?... ¡Sí y no!

Y rompió su equilibrio: empezaba un discurso. Minerva le exaltó: estaba a su lado.

—Tu novela es polémica, tu novela sacude, irrita. Es un libro de la pampa medanosa, arde en los ojos, en la garganta. No esperé jamás comentarios genuflexos para tu novela, porque eres joven, eres neófito, eres independiente, eres provinciano. Te atacan, Héctor. ¡Bienvenidos los ataques! ¡Es la guerra! ¡A la guerra vamos! blandiendo espadas y lanzas, muchacho. Lloran su dolor, porque tu novela los ha herido.

—No estoy tan seguro...

—Es tu primer libro. Peor, mucho peor, hubiera sido la indiferencia, el silencio. Con tu novela has atrapado a la serpiente por el cuello, con desesperación sus colmillos gotean el veneno, su cola fustiga en el aire. Tu juventud de oro...

(¡El tema de la juventud!)

—es la piedra del escándalo. Los carcamanes seniles pierden muelas en sus grotescos mordiscos contra tu obra. *Contramalón* les patear en el bajo vientre, les ha hinchado la próstata. ¡Los dioses son testigos de su dolor visceral!

(¿López Plaza no es capaz de groserías?)

—Descarga tu ira, Héctor; ¡insultálos! Pero... ¡atención!, ¡atención! —levantó su índice magno—. Afuera, burlas y sonrisas. Adentro, di lo que quieras. Puedes hablar: dilo.

—Decir qué.

—¡Cualquier cosa! Expresar tu indignación, transformar en un rayo tu cólera, pellizcarles las amígdalas. Di, di —te empujaba hacia rebeldías hipócritas y falentes.

—No, no tengo ganas.

—Tienes que descargar, muchacho. ¡Di algo contra esos imbéciles! ¡Masácralos! ... es salud.

—Que se vayan a la reputa madre que los parió... ¿Así?

López Plaza quedó inmóvil; sus ojos encantados en el Olimpo se escandalizaron ante el deslenguamiento.

—Hijo: yo no pretendía...

—Bueno, usted me pidió.

—Es lo conveniente, sí... Por otra parte, has de saber que un crítico amigo, residente en Buenos Aires, está leyendo tu libro. Prometió comentarlo. Será un estudio profundo, correcto, justo y, por consiguiente, muy elogioso. Apreciará tus objetivos estéticos.

—Usted no me entiende. No quiero elogios. Quiero evaluación, orientación.

—¡Quieres elogios! —su mirada anunciaba algo más—: Yo también... No olvides, muchacho, que mi prestigio se juega en el prólogo.

—No lo olvido, por cierto, no.

Las cinco personas, entre las que se incluía el secretario de Gobierno de la Municipalidad, el presidente del C.E.L. y el maestro Dante Cicognatti, llegaron a la Capital Federal con plenipotencias para transformarla en un manicomio.

La delegación permaneció en Buenos Aires sólo una jornada, pues fue recibida sin demora por el director de *Prospectiva*, quien prestó una cordial atención a sus reclamos y prometió publicar otra nota que corrigiese los errores de la anterior, además de una crítica literaria sobre *Contramalón* ya encomendada a uno de sus más eficaces colaboradores. El director invitó a los delegados a posar ante las cámaras fotográficas: algunas de esas imágenes serían incorporadas al próximo artículo. Este gesto y la amable conversación borraron el rencor que los hombres traían comprimido en sus pechos y maletas. No fue necesario movilizar a otros órganos de expresión, gastar en solicitadas ni empezar una acción judicial. Dieron una vuelta por la calle Corrientes, saborearon las papas fritas soufflées, miraron el obelisco sin tocarlo ni sentarse a calcular su altura, descansaron en un banco de la plaza Congreso junto a inmortales jubilados, merendaron pizza, espantaron palomas frente a la Casa Rosada, compraron obsequios para la mujer y los chicos y en Leubucó informaron al Intendente, a los demás miembros del C.E.L. y a la asamblea nuevamente convocada, las felices alternativas de su escabrosa y delicada misión. La ciudad entera aguardó con impaciencia el próximo número de *Prospectiva* que registró una prodigiosa venta, pero sin incluir en sus páginas ninguna referencia a Leubucó, la novela de la discordia y la entrevista sostenida con el Director del semanario...

—Posiblemente ya estaba en prensa —pensó Gumersindo Arenas—. Su promesa ha sido categórica: saldrá la semana que viene.

En efecto, un solo artículo, dividido en dos partes, analizaba tu novela y comentaba el viaje a Buenos Aires de la comisión ad hoc. Sobre tu libro no escamoteaba corrosividad. *Producto juvenil e ingenuo... Pobreza imaginativa... Idealizaciones utópicas... Estilo incongruente... De buenas intenciones está*

empedrado el infierno... Fluidez ramplona y anchurosa... Mordacidad estéril... Regionalismos intraducibles... Patriotismo de tierra adentro... Concepción ochocentista de la mujer... La metralla concluía con un disparo de gracias: *los lectores le augurarán mejor suerte en el futuro, si aún se empeña en escribir.*

En el centro de la página se destacaba la fotografía de la comisión, captada en un instante de pose anacrónica. La leyenda a su pie rezaba: *Hombres de Leubucó, en pro de una celebridad imposible.* Gumersindo Arenas miraba con desafío a la cámara imitando a sus cactus belicosos, con ambas manos afirmadas sobre el mango del bastón. El maestro Cicognatti hacía un gesto impaciente con su diestra, hablándole a don Gumersindo. Los otros, incluso el secretario de Gobierno, sacaban pecho y estiraban la boca en estúpida sonrisa.

«Una comisión de vecinos de Leubucó, representando a sus autoridades e instituciones de bien público, entrevistó a nuestro Director para manifestarle su desagrado por la nota aparecida en el número 124, bajo el título *Delirio de grandeza: una ciudad enajenada.* Este simpático conjunto de notables fue escuchado atentamente, sin que pudieran establecer las razones de su indisposición con nuestra revista, objetiva e imparcial. Por el contrario, evidenciaron cierto complejo de inferioridad que explica —pero no justifica— algunas reacciones desmesuradas e hipersensibles de muchos grupos provincianos. Justo es reconocer que ello no enaltece a Leubucó, su actual empuje y su heroica historia. La crónica publicada en el N.º 124 es la relación verídica del lamentable acto al que fueron arrastradas personalidades e instituciones, con el objeto de promocionar una novela desprovista de valores, como se determina en la crítica literaria incluida en esta página. Los ciudadanos de esa progresista localidad, analizando fríamente los hechos y sus consecuencias, podrán sacar conclusiones propias, para no reincidir en actividades desproporcionadas, equívocas e ingenuas, que lesionan su imagen, construida con vidas, sudor, trabajo y tiempo.»

Así empezó a abrirse al vacío. Las ardientes arengas en favor de una incansable acción frente a los demás órganos de la prensa capitalina e incluso ante la justicia penal, se retrajeron bruscamente. Asomaron escarceos de un arrepentimiento doloroso. Y en ciertos diálogos se sostenía que *Contramalón* era demasiado político y demasiado apolítico, centrándose entonces el acuerdo en que no servía porque, como usted dijo, es apolítico, evidentemente político, y como dijo alguien más la política y el arte tienen-no-tienen que ver. La ambientación histórica abunda en defectos: si no vio nada, es demasiado joven y la fantasía lleva a cualquier disparate. Por supuesto, esa ambientación histórica es lo único bueno del libro, pero la trama no me gusta. A mí me gustó la trama, fíjese, creo que promete. El libro me parece que... en fin...

Tu padre te reprendió con dureza: eras el culpable, el aprendiz de brujo que desató la tormenta: por tu imprudencia perdimos el control de los acontecimientos;

todos los negocios tienen algo de sucio, por eso son negocios y no tratados de ética. Contagiaste el pánico, obligaste a don Gumersindo a escribir denuncias, pusiste en marcha un ejército de políticos y periodistas más sucios que la Independencia, que armaron el escándalo para beneficiarse ellos a costa de nosotros. Nadie es santo, son puro bla, bla, bla, peores que López Plaza... Y ahora, mal dispuestos con Leubucó por haberse prestado a las maniobras del grupo Brain, descargan contra tu libro; total, para ellos es cosa de seguir la corriente y sacar tajada... Lo tenés merecido, bien merecido. Ojalá quemen para siempre tus veleidades de escritor ¡ojalá!

El viento seco y áspero rechinaba su cólera. Los médanos se movían en el vacío de la pampa, adquiriendo formas de lápidas.

Hiciste las maletas. Tu madre lloraba retorciéndose los dedos. Habías adoptado una decisión. Tu primer objetivo era llegar a las puertas del edificio que mal usaba la palabra Patria. Allí te esperaba una alternativa de hierro: el momento fundamental de tu existencia.

CAPÍTULO XVII

MANUEL FUE INSTALADO en un estambre de la Gran Corola. Las irregularidades de su proceder anterior se tradujeron en daños a su propio cuerpo, ofrendados en sacrificio para la fertilidad y larga vida del sistema. El conflicto entre su filiación y su identidad había concluido con la muerte de la última, al adquirir definitivamente la personalidad del eunuco.

Los criados uniformados, mientras, tocaron la frente del muchacho y confirmaron su fiebre. Le ataron muñecas y tobillos a una larga vara de bronce, como si fuera un animal de caza mayor, y lo retiraron de la sala del sacrificio. Las mujeres contemplaron su labor eficiente con las bocas abiertas y los dedos apoyados en el amplio y agitado escote. Los caballeros comentaron en voz baja. Se encendieron los cirios y la estancia recuperó sus relucientes blancos y dorados. Retiraron las primitivas antorchas; se marcharon los emasculados sacerdotes. La orquesta afinó sus instrumentos y lanzó a rodar los alegres globos de un nuevo vals, como si no hubiera jamás respaldado con un ritmo primitivo y delirante el holocausto ignominioso. Las parejas, devueltas a la elegante represión dieciochesca, con sus calzados livianos bruñeron el piso frotando la cera de los genitales que Manuel adulto se amputó, celebrando la paz recuperada.

En el vestuario le quitaron al muchacho las ropas de fiesta. Poco a poco fue atraído hacia la realidad. Como viniendo de mucha distancia, oyó algunos sonidos de la bacanal moderna, en la que los hombres se entregaban a sus pasiones delirantes de poder y autoselección, sublimando sus bajos instintos mediante una paganización ritual. La impotencia y frustración llevaban irremisiblemente a la castración exigida por el sistema, que necesita repetir periódicamente la inmolación de los pájaros como salutífero conjuro contra los residuos de la anarquía. Y cada ocho años exterminar una colectividad para mantener lubricados sus engranajes de dominio. El combate de un solo hombre se hacía ridículo, conduciendo siempre hacia la amputación genital. A Prometeo le volvía a crecer el hígado, pero Manuel adulto jamás se encontrará con sus testículos. Era necesario el suicidio de multitudes, un suicidio épico, o un diluvio de zombies que anegaran la Gran Corola. El mesianismo de Manuel se estrellaba en su propia inconsistencia: espejismo, delirio, narcisismo, vanidad; siempre condenable, como lo anticipó la secuencia del Juicio Final y como lo demostró su trágico destino.

En el cerebro ardiente del muchacho se repetían desordenadamente las últimas experiencias, mezcla de información y vesania. Solo, como su doble lo estuvo al producirse la copiosa lluvia de cubos aromáticos, se lanzó a la calle. Él era también Manuel, porque repetía su juventud y porque cargaba el fuego de una indignación profunda.

Tenía sed, le ardían los ojos y la boca. Avanzó apoyándose en las paredes; se

detuvo junto a un farol. Lentamente se desplomó sobre la acera y abrió su camisa. En lo alto giraba el sol nocturno y artificial, que se le ocurrió la lámpara que usan en ciertos interrogatorios. Él era también Manuel y su culminación horrible; las mujeres que conoció Manuel conocerá él mismo, con el tiempo sufrirá igual, rogando en el extremo de sus fuerzas —tal vez seccionándose las venas— que quiere volver a verse como ahora. Destino paralelo, como el reservado al tona; o variación del rejuvenecimiento de Fausto, para vivir lo que se saltó con estupidez cobarde. Repetir la trayectoria de Manuel, sin embargo, equivalía fundamentalmente a duplicar la tortura, quizá a centuplicarla o hacerla infinita a través de una fórmula reiterativa: el esclavo sufriente que implora su reencarnación en un joven libre que llegará a esclavo sufriente...

Sacó la lengua seca y la pasó por los labios quemantes. Cerró los ojos para evitar la luz del farol. Palpó lentamente y sin esperanzas sus bolsillos. Encontró otro cubo, lo hizo girar en sus dedos, percibió la suavidad notable de sus paredes y se lo llevó a la boca. Lo mordió: sus pétalos soltaron agua fresca. El muchacho lo succionó con ansiedad hasta saciar su sed y dormirse con esa especie de caramelo inagotable.

Cuando despertó, la luz se derramaba a través de los visillos. Se incorporó: estaba sobre una cama tendida con sábanas rosas. Sintió que sus apoyos empezaban a girar como los pájaros inmolados y se recostó nuevamente.

Manuel adulto, desde su comando junto a Diantre, empezó a trabajar con rigor de zombie en el sometimiento del muchacho. A través del cubo le hacían viajar, oír músicas y poemas, razonar en términos sofisticados y contemplar visiones.

Pero simultáneamente se desarrollaban otros procesos en el cuerpo del joven. El encuentro con su siniestro futuro en el salón-templo y la noticia del exterminio que esperaba a una comunidad, fue como una invasión masiva de bacterias. Surgió un nuevo binomio conflictivo. El pus invadió su garganta, sus senos paranasales, sus oídos, su vejiga. En poco tiempo la batalla orgánica repercutió en el ángel de la guarda instalado sobre su nariz, que envió señales alarmantes a los sépalos y éstos a los cálices. La ensoñación que lo domesticaba se iba fragmentando, porque sus bulbos olfatorios se inflamaron hasta la inhibición. Llegó un instante en que el muchacho dejó de percibir los aromas, gracias a la fiebre que amenazaba matarle. Paradoja cruel de la liberación anhelada... Tambaleándose bajó de la cama y se precipitó hacia un espejo: contempló esa horrible tumoración inservible y se la quiso arrancar nuevamente. Buscó un cuchillo, una hoja de afeitar, unas tijeras. La conjuntivitis le cegaba. Se abalanzó contra la puerta cerrada con llave. La golpeó furiosamente hasta que acudió una enfermera, luego otra. Que vuelva al lecho. Se resistió, él era libre, podía hacer lo que le diera la gana. Después, con los cubiertos de la cena se empeñó en despegarlo, hundió el tenedor en la piel de su nariz hasta hacerla sangrar, forcejeó con la otra mano, jadeaba de dolor, fatiga y ansiedad,

tironeó violentamente, aunque arrancara con el grillo ultrajante la mitad de su rostro. Cordones de sangre mancharon sus mejillas, sus labios, el cubo, sus dedos impacientes, el tenedor implacable. Se destrozaría músculos y cartílagos hasta verse libre del cepo. Las agujas del tenedor atravesaron su carne —tal vez sus huesos— divulsionando hombre de objeto y, haciendo palanca, desprendió la adherencia. El centro de su cara se convirtió en un cráter. Aferró el artefacto manchado en rojo y amarillo; ahogando su asco en rabia, lo llevó a su boca y lo mordió con todas sus fuerzas rompiéndose tres dientes. El cubo y el tresillo vengador fueron escupidos a un ángulo del cuarto. Luego orinó sobre el piso. Alarmadas, las enfermeras entraron con un médico. El joven, convertido en un tizón de fiebre, se les abalanzó: huyeron despavoridamente y aseguraron la puerta con otro cerrojo.

Los centros de decisión secundarios registraron estos acontecimientos. Se estremecieron los estambres. El Pistilo Central impartió instrucciones y hacia la dilatada y compleja red se difundió una noticia adaptada a la jerga de consumo: recientes subversiones irresponsables contaminan estructuras perfectas de esta sociedad feliz; por lo tanto, deben ser aisladas y destruidas, aunque se hayan alojado en el corazón de nuestras instituciones.

El muchacho infectaba con su pus los pañuelos, las sábanas y el piso, rodeándose de un lago amarillo verdoso. Ya nadie se atrevía a visitarlo: los muebles flotaban en el pegajoso líquido. La decisión suprema ordenaba escuetamente la liquidación del monstruo. Se planeó entonces construir murallas en torno al cuarto y asfixiarlo.

Los camiones descargaron ladrillos y bolsas de cemento. Una escuadrilla de zombies comenzó a trabajar. A través de los visillos manchados el joven observó el crecimiento de la pared que lo sepultaría. Borracho de fiebre, se arrojó contra la ventana, oprimió todos los timbres, golpeó nuevamente la puerta... Cayó extenuado sobre el asqueroso líquido que eliminaba su cuerpo combatiente.

Desde afuera los zombies, con sus horribles verrugas nasales, proseguían su labor en torno al que consideraban repugnante criminal. Apilaban ladrillos con sus manos ulceradas y controlaban la alineación con sus órbitas vacías. Su piel verdosa o granate no transpiraba, sus orejas acartonadas no recogían sonidos. Sus cuerpos necrosados funcionaban implacablemente para su propia esclavitud. El reptil pillado en la trampa iba a morir, segregando ríos de pus a través de sus orificios y sangre por su herida nasal; yacía en un lecho cubierto de lamparones, pero no lograba conmover a los zombies, desprovistas sus cabezas de ángulos y arrugas donde pudiera refractarse el mundo circundante y la existencia de los

demás. Sus dedos sin uñas y sus cuerpos sin gusto ni tacto ni visión ni conciencia ignoraron el sacudimiento que convulsionó al muchacho. Continuaron su trabajo imperturbable y hueco mientras el prisionero, apelando a una suprema indignación, hundió sus pies en el lodo pestilente que anegaba la celda, levantó una silla y violentamente partió los duros cristales de la ventana. Un soplo fétido escapó al exterior envolviendo la cabeza de un zombie; pero el esclavo continuó aún su labor, mientras de sus dedos nacían espinas turgentes y sus extremidades se hinchaban con el vapor deleznable. Proseguían los demás su trabajo ignorando que la nube cargada de rebelión transformaba al zombie en un cacto guerrero. El muchacho reconoció por fin en ese cacto a un hombre —al dios que, multiplicado, llena el alfabeto del alfa hasta el omega—, porque en su rostro creció una potente espina que expulsó al cubo abyecto. El hombre-dios interrumpió su trabajo, contempló la absurda muralla, reconoció al muchacho enfermo y le tendió su mano armada, ancha y caliente. La Gran Corola se estremeció: el muchacho y el cacto formaron un binomio que prodigiosamente se convertía en cadena infinita de seres enlazados y dispuestos a enfrentar el aluvión de cubos forrados con pétalos inmarcesibles.

FIN



MARCOS AGUINIS, (Río Cuarto, Córdoba, Argentina, 13 de enero de 1935) es un escritor que se formó en diversas áreas que incluyen la medicina, el psicoanálisis, el arte y la historia.

En 1963 apareció su primer libro y, desde entonces, ha publicado once novelas, dieciséis libros de ensayos, cuatro libros de cuentos y dos biografías.

Ha escrito artículos en diarios y revistas de América Latina, Estados Unidos y Europa. Ha dictado conferencias y cursos en instituciones educativas, artísticas, científicas y políticas en Alemania, España, Estados Unidos, Francia, Israel, Rusia, Italia y casi todos los países latinoamericanos.

Cuando se restableció la democracia en la Argentina en diciembre de 1983, Marcos Aguinis fue designado subsecretario y luego secretario de Cultura de la Nación; apoyó junto a otros intelectuales la “primavera cultural” a través del Centro de Participación Política. Creó el PRONDEC (Programa Nacional de Democratización de la Cultura), que obtuvo el apoyo de la UNESCO y de las Naciones Unidas, y puso en marcha actividades participativas para concientizar a los individuos sobre los derechos, deberes y potencialidades que se cultivan en democracia. Por su obra fue nominado al Premio Educación para la Paz de la UNESCO.

Aguinis es un ferviente liberal y es crítico de la gestión de Cristina Fernández de Kirchner, destacando negativamente su carácter populista.

Marcos Aguinis, ha recibido, entre otros, el Premio Planeta (España), el Premio

Fernando Jeno (México), Premio Benemérito de la Cultura de la Academia de Artes y Ciencias de la Comunicación, Premio Nacional de Sociología, Premio Lobo de Mar, Premio Nacional de Literatura, Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores, Premio Swami Pranavananda, la Plaqueta de Plata Anual de la Agencia EFE por su contribución al fortalecimiento de la lengua y cultura iberoamericanas, el Premio Esteban Echeverría (Gente de Letras), el Premio J. B. Alberdi (Hispanic American Center for Economic Research) y fue designado por Francia Caballero de las Letras y las Artes. Le otorgaron el título de Doctor Honoris Causa, por la Universidad de Tel Aviv (2002), la Universidad Hebrea de Jerusalem (2010) y la Universidad de San Luis (2000). En 1995 la Sociedad Argentina de Escritores le confirió el Gran Premio de Honor por la totalidad de su obra.